

2876

Sala	a-
Est:	7-
Tak	1a-21
Nº	827

N
BIE
bod

BB

no re presta

B-682

BIBLIOTECA ESCOGIDA.

VOLUMEN XVI.

LA BODA
DE LA NIÑA.

NOVELA ORIGINAL

FOR

ATROCINIO DE BIEDMA.

(Primera edicion.)

CADIZ: 1885.

TIPOGRAFIA LA MERCANTIL.

Plaza Gaspar del Pino,

Es propiedad de la autora.

A LA SEÑORA
D.^a ISABEL MARIA DE LA MONEDA
Y RIOFRIO, DE BIEDMA.

† EL 6 DE SETIEMBRE DE 1881.

~~~~~

Jamás pude escribir tu nombre adorado al frente de un libro mio: ante tu mirada investigadora y profunda; ante tu razon elevada y recta; ante tu talento clarísimo y benévolo, todas me parecían tan pequeñas tan pobres, tan indignas de tí, que apenas me atrevía á que las leyese.

Si hoy me decido á dedicar una obra á tu memoria no es porque la estime mejor, sino porque creo que tu espíritu, desligado de la materia, podrá recoger en ella el sentimiento que para tí, Madre mia, vive indeleble en mi alma, unida siempre á la tuya por el amor y la fe.

Que tus bendiciones me acompañen desde la gloria, como tu memoria me acompaña, y descansar contigo en la eternidad de lo infinito, es lo que desea tu hija amantísima

*Patrocinio.*

Cádiz: Enero, 1885.





## CAPITULO I.

Comenzaba Agosto.

El calor se dejaba sentir con tal fuerza, que parecia haber fundido nuestra clásica indiferencia para hacerse tema obligado de todas las conversaciones.

Jamás se habia sentido una cosa semejante.

Como suele suceder con lo que ya es pasado, nadie recordaba la Canícula anterior.

Motivos habia para elevar, no una, sino muchas quejas al Sol, por el abuso que hacia de sus omnímodas facultades.

Pero él parecia burlarse del clamoreo de los que se tostaban aquí abajo, ocultando su rubicunda faz detrás de una careta roja, y escupiendo sobre la tierra chispas de fuego que volteaban como aristas de oro entre la caliginosa neblina.

El viento se habia declarado en huelga.

No era en verdad cosa de gusto rondar por la agostada campiña sin agua y sin

sombra, cuando podía ir á ocultarse en las frondas, ó á mojarse las alas en las espumas del Océano.

Por eso los que encerrados en los wago- nes de un tren cruzaban la abrasada llanura en las horas de la siesta, no esperaban favores de la brisa, ni acariciaban la esperanza de un milagro atmosférico.

Confiaban en el vapor, en su fuerza locomotriz, que creían debilitada bajo aquella inercia universal, y encontraban las horas insoportablemente largas.

Era un tren expreso.

Casi todos los que ocupaban sus elegantes departamentos viajaban por placer, por el deseo de seguir las costumbres del gran mundo; por el afán de gastar el dinero en los centros que el lujo elige para fijar su emporio.

No era, pues, la necesidad imperiosa, el negocio urgente, el asunto científico, la obligación de un cargo, lo que por regla general congregaba en aquel tren que devoraba el espacio, caldeado y vertiginoso, á los viajeros que detrás de sus cortinillas azules se quejaban de asfixia.

Era su voluntad, ó más bien, su debilidad en seguir la corriente imperante, y no



habia para qué perder el tiempo en compadecerlos, que pecados de vanidad no necesitan ser compadecidos, sino ser perdonados.

En un departamento reservado iba una familia, compuesta de un matrimonio, joven todavía, y una linda muchacha, criada ya para ser niña; iba vestida con el traje corto que no permitia calificarla aún de señorita y era hija á no dudar de los esposos, pues ofrecia en su rostro notables rasgos de semejanza con ellos.

La dama iba fatigadísima: sofocada por el calor se habia quitado el vestido, y sobre la batista bordada de la camisa y la enagua, habia echado el cubre-polvo gris, como una bata holgada que la permitia recostarse con libertad.

El caballero se habia quitado tambien la americana de lanilla á menudos cuadros, y la corbata de hilo, buscando en la lectura de los periódicos, ya que no frescura, aunque algunos de sus escritos la tenian en gran dosis, distraccion contra el fastidio de aquella soledad acompañada.

La niña era la que resistiendo valientemente los ardores del Sol, no habia alterado en lo más mínimo su irreprochable *toilette*.

Vestida sencillísimamente, con un traje á grandes cuadros de tonos azulados, que se ceñía al talle por una cinta de los mismos colores, anudada en un gracioso lazo, se miraba los pliegues de sus volantes, el fruncido de las mangas en los hombros, los largos guantes de hilo, la punta de los piés, calzados con botitas de piel bronceada, y, ya que no podía verlo, tocaba de vez en cuando su alto sombrero de paja, sin otro adorno que una tira de muselina bordada con los colores del vestido y un lazo de terciopelo, y sonreía, como si se encontrase encantadora bajo sus atavíos de adolescente.

Pero aquella contemplacion de sí misma, ó más bien de las prendas que la adornaban, la cansaba pronto, como era natural que sucediese, pues para la movilidad de un pensamiento encerrado en una cabecita sobre la cual sólo habian pasado diez y seis años, no bastaba la contemplacion de un tejido escocés, de un guante y de un calzado.

El cansancio de la niña se demostraba en movimientos pueriles é involuntarios; unas veces levantaba por un lado la cortinilla azul de la berlina, dejando penetrar



un candente reflejo de la luz exterior; otras bajaba de la regilla del coche un pequeño *cabás*, lo abría, sacaba de su interior algunas baratijas, una carterita en que escribía para arrancar despues la hoja, rompiéndola en menudos pedazos; una labor de *frivolité*, en la cual hacia algunos nudos para abandonarla en seguida; un espejito en el que se miraba los dientes, riendo ante su graciosa imágen; hasta que apresuradamente, como si llegase al término de su viaje y hubiera de faltarle tiempo para abandonar el tren, lo guardaba todo, cerraba el saquito y volvía á quedar de nuevo rígidamente sentada sobre el almohadon gris, mirando con curiosidad por la ventanilla, y volviendo á contemplar sin prisa sus volantes, sus manos y sus piés.

El silbido de la máquina hizo saltar de su asiento á la jóven viajera, que entendiendo que se aproximaba una estacion, se levantó, miró á través de la corrida cortina, y dijo, aproximándose al caballero, bamboleándose por el movimiento de trepidacion, y riéndose por ello:

—¡Papá! ¿Es aquí?

—¿El qué? preguntó el lector sin separar la vista del papel, y estendiendo la

mano para defender su periódico y su cigarro del choque con que lo amenazaba el vaiven del cuerpo de la niña.

—¡Pues, dónde vamos! San Sebastian...

—¡Qué disparate!

—¿Falta mucho?

—Ya lo creo: mucho.

—¿Está muy lejos?

—Mira, niña, déjame que estoy leyendo: hubieras aprendido bien la geografía, y no tendrías que preguntar á nadie.

La carita de la jóven se puso encendida como las amapolas que á través de las cortinas azules habia visto en los campos.

Quiso retroceder á la ventanilla, pero como el tren detenía su marcha en aquel momento, el movimiento se hizo más brusco, y la gentil viajera hubo de buscar apoyo para no caer en el respaldo henchido del coche.

—¡Jesús! Loto, qué fastidiosa estás, qué insufrible, dijo irritada y medio dormida la señora.

—Pero, mamá, si no hice nada... es que me caía, dijo próxima á llorar la niña á quien habian llamado Loto.

—Ha sido una tontería haber sacado á esta chiquilla del colegio para que me fas-

tidie todo el verano, dijo incorporándose la dama y agitando un abanico; ha sido una debilidad mía y estoy bien arrepentida.

—¿Pero qué hace? dijo el padre abandonando el periódico y quitándose los lentes, como si se dispusiera á tomar la defensa de la niña.

—Ser insoportable! Ni tiene edad de estar con nosotros, ni esas buenas madres del colegio han sabido enseñarla á no aburrir á sus padres.

—Va á cumplir diez y siete años, dijo él con maliciosa sonrisa.

—Te engañas, apenas tiene quince.

—Supongo que no habrás olvidado la fecha de su nacimiento...

—Bien, sea la que sea, dijo con mal humor la señora, en tanto que la pobre Loto escuchaba sin atreverse á mirar la estación, el caso es que no se la puede resistir.

—Encerrada aquí está como el pájaro en la jaula, despues podrá moverse sin molestarte.

—De todos modos es un cuidado...

—Tú sabes que el médico la mandó bañar... está en la edad del desarrollo, es algo delicada...

—Bah!... Dí más bien, Enrique, si has



de ser sincero, que fué empeño tuyo.

—No lo niego: creí que te sería grato, como te quedas sola muchos días...

La dama guardó silencio.

—Sí, dijo al fin, si es razonable... si no me fastidia...

—Oh, mamá, yo seré buena, dijo la niña, olvidando ya su pasajero dolor, y besando la mano de su madre.

Esta nada contestó, volvió á recostarse con languidez y entornó los ojos: Enrique, dando el incidente por terminado, tomó de nuevo el periódico y se dispuso á continuar su lectura, con un ademán de aburrida indiferencia.

El tren se puso en marcha.

—¿Sabes, Angela, quién vendrá á San Sebastian? Lo supe ayer, cuando bajé á la estacion para que despachasen nuestro equipaje y marcharan los criados en el correo.

—¿Quién?

—La de Castillo: parece que el general sale en una comision del gobierno, y ella lo esperará aquí.

—¿Sola?

—Tal creo, puesto que su hija, que salió para la Granja á saludar á SS. MM. cuan-

do se casó, marcha desde allí á Alemania.

—Pues lo siento.

—¿Por qué?

—Es una mujer insoportable: se cree la más hermosa, la más elegante, la más atendida...

—Es guapa...

—Para tí, que tienes probado el mal gusto; ya sabia yo que te hacia gracia.

—Cuenta que me gustastes tú... en cuanto á la generala, me es indiferente.

—Más vale así; de otro modo tendrias que aceptar el turno con el número 24...

—¿Cómo es eso?

—Dicen que tiene ocupadas todas sus horas... y como el dia no tiene más...

Enrique se echó á reir, pero en el momento, y como si recordara algo, dijo á su esposa á media voz:

—Ten cuidado: Loto puede entenderte, y esas cosas...

—Qué disparate!...

Enrique volvió á leer.

La niña, que continuaba muy quietecita para evitar que su mamá se cansara, entendió el aparte, y comenzó á pensar con interés en el misterio de aquellas cosas que no sabia, que no podia saber y de las cua-

les hablaba su mamá, y su papá se reía.

—Ah! dijo Enrique que habia vuelto la hoja del periódico, aquí se dice que saliamos de Madrid.

—A ver, dijo Angela...

Enrique la entregó el periódico.

La dama pasó la vista rápidamente sobre las noticias de viajes en que se citaban algunos nombres conocidos y leyó: «Tambien salen para las playas de Guipúzcoa los condes de Villa Quemada con su linda hija...»

—Ah! exclamó Loto, levantándose y haciendo los mismos equilibrios que hizo antes, á ver, mamá, dame...

—¡Vaya una tontería! Cualquiera creerá que se trata de una mujer hecha y derecha... ¡Qué noticia y qué manera de escribir!... *para las playas de Guipúzcoa*... como si hubiéramos de recorrerlas todas... ¡qué necesidad!... Pero ya sé yo de dónde viene esto...

—De un gacetillero, que no tiene la obligacion de saber á dónde vá cada uno que sale de Madrid, dijo Enrique.

—Pues sino lo sabe que no lo diga. ¡Déjame en paz, nada tienes que ver, dijo á la niña que reclamaba el periódico, no faltaba



más sino que te envanecieras por ello!...

Y tiró el periódico con aire de mal humor.

El conde lo recogió filosóficamente, y siguió leyendo.

La condesa volvió á abstraerse, y Loto, ó Loreto, que así se llamaba la hija mayor de los condes de Villa-Quemada, comenzó á pensar por qué le molestaría á su madre que la llamaran linda.

—Ah! dijo Enrique, tambien veremos por ahí á la de Casa-Nueva; oye lo que dicen: «Una de nuestras más bellas damas, la marquesa de Casa-Nueva, ha ofrecido á sus amigos que durante el Estío dará algunas fiestas, de un género completamente desconocido entre nosotros, en el castillo que posee en Guipúzcoa, en el cual podrán admirar los convidados tantos gloriosos recuerdos como acumularon en él sus ilustres antepasados. La espiritual y bella castellana, hará los honores con la gracia que le es peculiar, y que todos reconocen en esa estrella del gran mundo.»

—¡Qué descaro! dijo la condesa, más quemada que la villa que le daba título, parece que escriben para que se lea en el Congo! Esto está hecho por Ramiro X, el

periodista más cursi de España, siempre á caza de una taza de té y de una protectora...

—¿Qué sabes tú?

—¿No he de saberlo? ¡Lo sabe todo el mundo! Hace el turno par con el torero predilecto, y hasta le escribe revistas tau-rófilas, para probar su conformidad á la protectora *in partibus*... que ama por igual á las letras y á los cuernos.

—Chist... exclamó de nuevo Enrique señalando con los ojos á la niña.

—Bah!... contestó con indiferencia la condesa: ¡qué sabe ella!

Loto oía, oía y pensaba, pugnando por entender aquellos turnos incomprensibles de que hablaba su madre.

—¡Sus ilustres antepasados!... siguió la condesa, agitando su abanico, tan ilustres son que algunos vendieron sardinas!

—Si con ellas ganaron dinero, más hicieron que los míos, que gastaron el que ganado estaba sin vender cosa alguna.

—Para tí sólo vale el dinero.

—Para mí como para tí y para cualquiera; si á cambio del oro no hay cosa que no se alcance, tenerlo es tener el mundo en el bolsillo.

—La sangre no se compra...

—Como todo: su sangre y su nombre da el marqués á los hijos que en ella tiene, y él es noble...

—No todos se dejan comprar.

—Casi todos, dijo volviendo á sonreír Enrique.

El pensamiento de la niña tomó un rumbo distinto.

Estaba esforzándose por comprender cómo era que según su padre el dinero valía más que todo, cuando nada de eso había aprendido en el colegio.

La condesa había reclinado de nuevo su cabeza en el almohadon en que se apoyaba, y guardaba silencio.

Un gesto de impaciencia, de disgusto, quedó marcado en su semblante, como la sombra de un mal pensamiento.

Loto no se atrevía á mirar.

El conde leía de nuevo.

El tren seguía su marcha sin apresurarse por las quejas de los que iban á veranear, pasando ántes por aquella prueba de fuego, y deteniéndose apenas para que se le culpase lo ménos posible.

La hija de los condes de Villa Quemada no se cuidaba ya de las estaciones por don-



de cruzaban rápidamente, sin tiempo para dejar el tren.

Su pensamiento se engolfaba en aquellos problemas que iban surgiendo ante ella.

¡Qué profundos misterios!...

¿Quién le explicaría la verdad de todo?

El dinero, los periodistas, los toreros, aquel antepasado de una dama ilustre, que había vendido sardinas, aquel castillo nobiliario, el mal humor de su madre, los diez y siete años que iba á cumplir, aquellos turnos... todo volteaba en su cerebro, aglomerándose como si rodara un torbellino de nubes dentro de su cabeza, y al mezclarse en ruda confusión, se combinaban las fantasías más extravagantes del mundo en su pensamiento.

La inocencia tiene unos atrevimientos, unas osadías, que sólo como prerrogativa del candor pudieran perdonarse.

Si hubiera sido posible seguir el vuelo de aquellas ideas desordenadas; si los ojos de la niña hubieran copiado en su cristal las abigarradas figuras que por su interior cruzaban, acaso aquella madre se hubiera arrepentido de la poca seriedad con que cumplía su sagrada misión.

## CAPITULO II.

Los condes de Villa-Quemada pertenecían tan por completo á su época, á su tipo genuino é invariable, que señalando al primero que pasase del círculo en que vivían, estaríamos dispensados de hacer sus retratos.

Vástagos de esa egregia raza de nobles españoles, que tuvo su tiempo para brillar y ostentar virtudes, sentían la decadencia moral y física de una especie que se agota, que se acaba, que tiende á mezclarse, á confundirse y desaparecer, arrastrada por el torrente de la nueva vida, vigorosa y fuerte como toda juventud.

Habían sido ricos, muy ricos, sino ellos sus abuelos, que á más de horca y cuchillo tenían pendón y caldera, y otras muchísimas cosas que á sus nietos de nada les hubieran servido.

Habían conquistado blasones y títulos



ya con actos de valor heróico, ya con hechos de inusitada generosidad, pero no habian podido salvar al viejo tronco de la carcoma de la ruina, y la sangre que habian trasmitido aquellos potentes varones, se empobrecia, así como los pergaminos se apolillaban.

Su ilustre descendiente, el último degenerado vástago de aquella egregia familia que habia mermado en un tiempo con su absorbente poder el poder real, representante del poder divino, apenas tenia fuerza física para sostener en sus manos el libro de su ejecutoria, ni valor moral para comprender el significado de sus blasones.

El conde de Villa-Quemada habia vivido muy deprisa; habia devorado el tiempo para huir del tedio que lo devoraba á él, y víctima de esa ley fatal de destrucción compensada, se habia sentido devorado á su vez por el desórden, al cual se habia lanzado, rey de su capricho, sin freno y sin conciencia.

Era noble, era rico, era bello y era español: cuatro magníficas cualidades que sumadas quedan reducidas á una nulidad peligrosa.

Estudió lo preciso para distinguirse de

sus colonos, que no sabian leer; viajó con un preceptor, que cobraba y dormia, dejando al linajado discípulo aprender prácticamente la táctica de la vida, léjos de la vigilancia maternal, única tutela con que contaba desde sus primeros años el condesito, y que si bien era muy amorosa, tenia intermitencias de descuido, pues la religion absorbía por completo las horas de la condesa viuda, que hubiera entrado en un claustro, á no ser por no separarse de su Enrique.

Y ya en el goce de sus facultades de heredero, tiró el oro, se distinguió en las aficiones aristocráticas, tales como los toros, la caza, los caballos, el juego... se casó, cuando el desengaño pesaba como cuajada escarcha sobre su pensamiento, sin amor, sin entusiasmo, sin fe, por huir de un fastidio de soledad que en uno de sus períodos de calma pareció abrumarle, llevando al matrimonio con un caudal seriamente comprometido, una salud casi agostada y unas costumbres llenas de peligros para la paz de su hogar y el porvenir de su familia.

La condesa Angela, de tan ilustre prosapia como su marido, se habia educado en un colegio, léjos de sus padres y de su

casa, habiendo alimentado su fantasía con todas las quimeras que la juventud sueña realidades, y que suelen tener tan funesta influencia en la vida.

Era bella, no hermosa; distinguida, pero de limitada inteligencia; graciosa y coqueta, comprendió al salir de la pension que casarse era su negocio, y se presentó en el mundo (con gran sentimiento de su madre, que hubiera deseado que no acabase nunca su educacion), armada de punta en blanco, y dispuesta á ganar la batalla.

La táctica de agradar era la única que habia aprendido de las lecciones de sus compañeras, que de las de sus directoras no se acordaba, y como en su hogar vacío de calor y ternura ningun afecto reclamaba su atencion, la consagró por entero al culto de su persona, al adorno de su belleza, causando sensacion su presencia en los salones, más por la novedad que por el mérito de la figura.

El conde siguió aquella débil corriente que debia morir en el mar del olvido, y se aproximó á la diosa de un dia para ofrecerle el culto de su curiosidad, ya que no de su amor.

La dama aceptó el frío homenaje, ana-



lizó la ventaja de un matrimonio, y envolvió en las finas redes de su sonrisa y de sus distinciones al vanidoso conde, que se creía digno de recibir las pruebas de atención de todas las bellas del gran mundo, así como la adoración humilde de las mujeres de otra esfera.

El fino trabajo diplomático de la aspirante á condesa dió resultados; el conde de Villa-Quemada, lisongeado en su amor propio, insistió sin deseo de vencer; un rival, hábilmente presentado, resolvió la cuestión á gusto de Angela, que ya se impacientaba, pues Enrique, demasiado orgulloso para sufrir rivales ni competencias, llegó hasta el matrimonio inconscientemente, impulsado por el capricho, no llevado por la razón.

La familia de Angela se apresuró á aceptar: era un buen partido, pues si bien su riqueza estaba muy mermada, el azul de su sangre estaba intacto y su nombre no había perdido ni un acento.

Además una jóven casadera es una preocupación, un estorbo para los padres; diríase que llega de paso al hogar paterno en busca del esposo que ha de venir, y que desde el colegio á su casa, debe dete-

nerse lo ménos posible en la estacion intermedia.

Para Angela fué un triunfo: vencer á las que habiendo llegado ántes esperaban al marido... llamarse condesa, figurar en todas las revistas de sociedad, llamar la atencion en los salones, salir sola, hacer compras, tener dinero, tener amigos... era el colmo de la felicidad.

De Enrique se preocupaba poco, de sus rentas algo: habia sido un loco en gastar tanto, pero en fin, no habia que pensar en un dinero que se habia ido para no volver; aún le quedaba alguno, y despues de todo, podia heredar; hay muchas razas próximas á extinguirse en nuestra nobleza y toda ella está enlazada: era una esperanza; si se desvanecia, siempre habia cargos palaciegos para nobles arruinados, y él reunia los mejores derechos, que serian atendidos sólo con que mostrase el árbol genealógico de la preeminencia de sus antepasados.

El porvenir se presentaba sonriente.

Angela no llevaba dote al matrimonio, pero llevaba un gran caudal de esperanzas: no era poco.

La luna de miel fué breve: apenas alumbró el camino que recorrieron los nuevos



esposos en su viaje de novios: si sólo hubieran viajado de noche, la luz del gas hubiera tenido que perfilar con su amarillento reflejo las fantasías que para el porvenir creaban los casi aburridos viajeros.

Pero apenas notaron la falta de la luna, con su luz pálida y melosa; el sol iluminaba las novedades que veían, y refractaba en sus vacíos pensamientos, con un reflejo alegre como una promesa.

Al volver á Madrid parecían haber agotado la exígua cantidad de ternura con que de allí salieron, pero la instalación en la nueva casa, la exhibición de las galas nuevas, y el cumplimiento de los novísimos deberes sociales los ocupó de tal modo, que apenas lo notaron.

Y aún de notarlo no les hubiera sorprendido: el caudal de amor aportado al matrimonio por ambos contrayentes era tan mezquino, que debía agotarse por sí mismo, como se evapora la gota de agua.

La condesa se apercibió muy pronto de una novedad impertinente y á todas luces inoportuna.

Sin esperar á ser deseado se presentaba su primer hijo, anunciándose con todo el cortejo de molestias que altera en su estado

interesante la salud de la mujer, y empaña por el momento su belleza.

El heredero de los Villa-Quemada debía esperar siquiera á que la flamante condesa luciera sus galas de desposada, pero no quiso, pensando sin duda que cuanto más tardara más pobre nacería.

El conde pareció reanimarse con aquella nueva perspectiva del matrimonio, y encariñado con la esperanza de tener un hijo, tomó un aire de marido amante que engañó á muchos.

La condesa no ocultaba su mal humor: el plazo de nueve meses, de diez, contando el de la convalecencia, era muy largo para su impaciencia.

¡Qué tontería!

¡Era incomprensible como ella habia caído en aquel absurdo estado!

Se resignó para mostrarse ufana despues de su maternidad.

Cumplido el plazo que Dios ha marcado á la formación de su obra maestra, nació una niña, muy bonita, muy delicada, que parecia llegar al mundo con gana de llorar por todo lo que la habian mortificado al partir de la nada para llegar á la vida.

El padre tuvo un gran sentimiento en

que no fuese un varón; María de Loreto era una muñeca para entretener á su madre, pero no un sucesor de los Villa-Que-mada.

Su efímero entusiasmo se extinguió por completo.

En cuanto á la condesa, conoció que era muy aburrido oír llorar á su *bebé*, despertar intranquila, y ocuparse de los menudos detalles que la recién nacida exigía, y al entregarla á una nodriza la instaló lejos de sí, y volvió á su soledad perezosa y lánguida, poblada de sueños encantadores.

Es verdad que llevaba alguna vez á la niña en su coche, en brazos de su nodriza; que la besaba casi diariamente, y que tuvo noticia, y se alegró mucho, de que la pequeña Loto tenía ya un diente, y más tarde se rió grandemente al verla andar con vacilante paso, y oírla pronunciar las primeras palabras.

Cuando se inició el segundo embarazo la condesa tuvo accesos de verdadero dolor.

¡Otro hijo!...

Otros diez meses de sufrimientos, de re-  
trainimiento forzado; otros gastos y otros  
cuidados...

Era insufrible aquella intempestiva fecundidad.



Tener una hija, pase, pero ¡otra más!  
La ocurrió que podía ser varón, y se resignó á esperarlo.

Si hubiera podido quejarse á algun poder culpable de su estado, lo hubiera hecho.

Su belleza iba á ser destruida, aniquilada, y esto cuando empezaba á brillar!...

Enrique no pareció interesarse en ello.

Parecia presentir un segundo chasco si esperaba.

En efecto, cumplido el plazo nació una niña, Enriqueta, que siguió la suerte de su hermana.

Por fortuna aquella pesada broma, que tan nerviosa ponía á Angela, no pasó de allí: dos niñas, y ya era mucho!

Para lo que debían partir!...

Blasones, sí, había para las dos herederas de los Villa-Quemada, pero dinero, para ninguna.

Es verdad que se casarian...

Con eso tenían bastante.

Sus padres no se preocupaban de ello.

Apénas la edad lo permitió las niñas fueron á un colegio, acaso al mismo en que estuvo Angela.

Se pagaban los gastos como el cumpli-

miento de una obligacion, y ni Enrique ni su mujer se acordaban de otra cosa que del dinero que costaba educarlas.

Angela realizaba al fin sus sueños; brillaba en los salones, era citada; los revis-teros de los periódicos hablaban de las líneas puras de sus hombros desnudos; de la blancura de su pecho de estatua; de lo voluptuoso de sus labios, de lo picaresco de su mirada... manoseaban su belleza en una gacetilla que iba de mano en mano, y parecía que gozaba ella en ver así profanados los encantos que hubiera debido velar el pudor.

Aquellos retratos al desnudo la encantaban; cuando el periodista dedicaba algunas líneas á describir el busto de otra dama, cuando le parecía ver surgir la carne palpitante de aquellas descripciones atrevidas, sentía un movimiento de envidia y rencor.

Enrique por su parte no leía esas revistas; si sus ojos caían en una línea impresa que encerraba su nombre, buscaba otro asunto.

¿Qué le importaba aquello?

Pagaban á su mujer en frases el té, las comidas y recomendaciones, esto era todo.

Absorbido él por sus viciosos desórde-



nes, no tenía tiempo de ocuparse de esas pequeñeces.

En tal estado, y cuando el matrimonio proyectaba el viaje de verano, los sorprendió la noticia de que Loreto, aquella niña que tenía ya diez y seis años, necesitaba salir del colegio y tomar baños para desarrollarse y restablecer su salud.

¡Qué contrariedad!

La condesa pensó en los disgustos que dan los hijos!...

¡Diez y seis años ya!

¿Era acaso posible?...

¡Si siquiera hubiera nacido más tarde!

¡Pero cómo decir, cómo no ocultar que aquella semi-mujer era su hija!

¡Y cómo negarse!

Era un conflicto, verdaderamente.

Enrique resolvió ir á buscarla.

La condesa tuvo que resignarse.

Pero con cuánto dolor!...

Era una inoportunidad insoportable...

Si á lo ménos hubiera esperado para enfermarse á que pasase el verano...

Tanto capricho elegante en trages y sombreros; tanta novedad atrevida como se encerraba en su equipage de baños, cuyas cuentas ¡ay! fabulosamente altas, aún

no estaban pagadas en su mayor parte, y tener que exhibirlas como mamá de una pollita casadera!... Eso era horrible!

Ella no tenía más que 38 años, y la iban á tomar por una vieja, cuando hacia creer que fluctuaba entre los 25 y 27...

¡Cómo sostenerlo con una hija, espantosamente alta y deseosa de vestirse de largo!

Ajustarian cuentas con los dedos sus admiradores y verian clara su partida de bautismo...

Tomó su partido, ya que no podia ocultar su partida, y decidió lucir la niña lo ménos posible... hasta se le ocurrió decir que era hija política (cosa que no es tan fabulosa como parece, pues existe alguna dama que lo ha hecho), pero desistió por absurdo de tal proyecto: su marido era muy conocido, y nunca fué viudo de ninguna de sus manos.

Si el dinero disponible para la excursion lo hubiera permitido, la habria hecho por el extranjero, pero el conde se negaba: el dinero tomado sobre un cortijo, que se desmoronaba á sus anchas sobre tierra andaluza, no daba para tanto: el sacrificio tenia que ser completo.

Y ahora para iluminar de algun modo el

sombrío cuadro de los bocetos en que presentamos á los esposos, digamos que la alegría de la niña, de la pollita Loreto, apenas podía contenerse en los límites que le marcaban la frialdad y el desden, y se desbordaba en preguntas y en movimientos inconscientes, que semejaban los del pájaro en la jaula.

Fuera del colegio, con bonitos trages, con la perspectiva de un viaje de veraneo, era la más feliz del Universo, y estaba pronta á prorumpir en gritos de gozo ante la hermosura de un mundo que no conocía.

Ya sabemos, pues, quiénes eran nuestros viajeros, y sabemos cuanto de ellos se podía saber, pues como no tenían en la historia de su vida ni rasgos de ingenio ni actos de virtudes, ni nada de lo que constituye los méritos excepcionales del sér, para no penetrar en lo inmundo de su egoísmo y su indiferencia, había que contemplarlos, como á los lagos, en su superficie.



## CAPITULO III.

Apénas instalados en las mezquinas habitaciones que tanto habian disgustado á la condesa por su poca extension, como debian disgustar al conde por su mucha carestía, Loto comenzó á soñar con esa caprichosa proligidad de niña, no acostumbrada á ejercitar en nada sério y útil su pensamiento.

En primer lugar saldria con mamá á todas partes; iria bien vestida, como mamá, con lindos sombreritos, elegante peinado, zapatos de lazo, medias de color... era un encanto seguir aquella dorada fantasía, que parecia espacir á su lado flores y perfumes.

A medida que la doncella de la condesa abria las cajas, preparaba la ropa blanca, ordenaba el tocador con sus mil secretos de belleza, y esparcia por todos lados las maravillas de lujo y buen gusto que for-

maban el atavío veraniego de Angela, Loto, sorprendida, loca de alegría, se aproximaba á contemplarlo, buscando instintivamente el equivalente para ella, pues no comprendía que todo hubiera de ser para su madre y nada para sí.

La doncella contestaba con medias palabras al torrente de preguntas de la niña, llamándola á cada instante con mal humor, y advirtiéndole que no tocase el lazo, la flor, el pliegue de finísima tela, pues lo mancharia ó alteraría, exponiéndose á que se incomodara la condesa.

—Tiene, pues, mal genio, para incomodarse por tan poco? preguntó al fin Loreto.

—Oh! contestó filosóficamente la doncella.

—Oh! ¿es decir, sí, ó es decir, nó? insistió la jóven en tanto que se extasiaba ante un sombrero lleno de cintas y pájaros.

—Ni es decir, no, ni es decir, sí, dijo socarronamente la doncella arreglando un *puf* algo aplastado.

—Pero, en fin, dijo impaciente Loto, ¿tiene mal genio? Porque yo apenas conozco á mamá... fuí tan chiquita al colegio... y han ido á verme tan pocas veces!...

—La señora está muy ocupada...



—En qué? preguntó con la candidez de sus diez y seis años la ex-colegiala.

—¡Qué pregunta! contestó Coralia, que era una francesa españolizada, colorada y rubia y atenta siempre á su negocio: ¡las niñas no deben ser curiosas!... La señora está ocupada en sus asuntos, como todas las grandes damas.

Y la francesa no pudo tragarse del todo una juguetona risa que onduló en sus labios y se apagó en seguida.

Pero aquel indicio de buen humor, por ligero que fuese, animó á Loto á proseguir en sus investigaciones.

—¿Y qué negocios tienen las grandes damas? preguntó de nuevo, mirando fijamente á Coralia para ver si se reía otra vez.

—Ya los irá Vd. conociendo, contestó la doncella, que á fuer de experimentada sabia huir á tiempo del mal camino, y lo era, y de los más escabrosos, el de la curiosidad de la niña.

—Pues lo sé aunque Vd. no me lo diga, dijo con su vanidad de adolescente que quiere saberlo todo, la heredera del título de los Villa-Quemada.

—Bah! que es saber!... En el colegio no

se aprenden esas cosas, no están en los libros...

—¡Pero están en la memoria!... Yo tengo una compañera, la hija de los Duques de Pino Alto, que estuvo una temporada en el palacio de sus papás, y cuando volvió al colegio nos contaba unas cosas!...

—¿Y qué contaba? preguntó dejando una caja de medias sobre un mueble y aproximándose á la niña, Coralia.

—No, no lo digo, que puede Vd. repetírselo á mamá.

—Tonta!... Yo no digo nunca á la señora lo que no le gusta!...

—¿Y por qué no le gustaría eso? preguntó con su candor infantil la curiosa niña.

—Pues, porque le probaría que la educación de la señorita ha tenido algunos lunares...

—¡Ja, ja, ja! interrumpió con una alegre carcajada Loto, si todas hablábamos de todo!...

—¡Ya! contestó socarronamente Coralia volviendo á su ocupacion y á su curiosidad, ¿y qué decía la señorita de Pino Alto?

—Pues, contaba que la doncella de su mamá era muy amable, muy amable...

—Como yo, dijo burlonamente Coralia.

—No sé, un poco más segun parece, pero en fin, así seria.

—¿Y en qué probaba esa amabilidad?

—Verá Vd.: decia Blanca que la doncella la dejaba tomar cosméticos del tocador de mamá, para ponerse bonita; probarse sus trages; revolverlo todo, y que una noche... pero eso no debiera yo decirlo...

—Alguna tontería...

—No, un secreto... tanto pidió Blanca, tanto prometió, tanto dijo, que la doncella, aprovechando el permiso que le dió la duquesa para salir porque pretestó un enfermo en su familia, llevó consigo á la niña.

—¿A su casa?

—No! Eso no hubiera tenido gracia ninguna: la llevó á un baile de máscaras, con trage largo, y Blanca bailó, y le dijeron muchas cosas...

—Para que viese un baile, seria eso...

—Pues fué lo gracioso que Blanca pasó un susto terrible, porque se le perdió la doncella de su mamá y no sabia qué hacer; su compañero queria llevarla á cenar...

—¿Y no fué? preguntó tranquilamente Coralia

—Cuando ya estaba muy apurada, y dice



que tenía ganas de llorar de miedo, llegó la doncella y se la llevó.

—Vamos, llegó á tiempo: pues eso no vale nada.

—Dice Blanca que asustada por su escapatoria, y temiendo que hubiera podido saberlo su mamá, no podía dormir, y se levantó para saber si su mamá dormía...

—¿Y bien?

—La alcoba estaba vacía.

—Está claro: de no salir la señora duquesa no se hubiera atrevido la otra á llevarse la niña.

—Eso sería, pero Blanca dió en asustarse porque no estaba allí su mamá, y hubiera gritado y llamado, á no ser por las recomendaciones de la doncella, que de antemano le hizo muchas advertencias.

—Naturalmente.

—En su angustia llegó hasta el saloncito donde su mamá solía estar de noche; la lámpara estaba encendida, y ella creyó que la duquesa se habría distraído leyendo.

—Debió creer que se la esperaba, y nada más.

—Cuando la buscaba allí, se oyó el rodar del coche en el patio, y la pobre Blan-

ca, sorprendida, asustada, temiendo ser vista, se escondió detrás de una cortina.

—¿Qué edad tiene la señorita de Pino Alto? preguntó, sin duda para hacer con acierto sus congeturas Coralía.

—Tendrá la mía, próximamente, pero esto sucedió hace dos años...

—Catorce, y escondida allí... muy mal hecho, muy mal hecho...

—Sí, dijo Loto sin comprender la intención de la doncella, hizo mal; apenas se habia escondido entró su mamá envuelta en su abrigo, y arrastrando la cola de un magnífico traje de baile: un caballero le daba el brazo...

—El duque, sin duda.

—No, no era el duque; el duque estaba de caza con varios amigos.

—Pues, ¿quién era?

—Blanquita no le conocía: en su deseo de ver á su mamá abrió las cortinas un poquito, y...

Loto se detuvo vacilando.

—¿Y qué? preguntó Coralía que reía de nuevo.

—Y vió que el caballero, que hablaba en voz baja á su mamá, ántes de retirarse la dió un beso.



—Bah! tonterías, dijo Coralia apagando de nuevo la risa: esa señorita se asusta de poco!

Y volvió á su tarea sonriendo, como quien confirma con un informe nuevo una creencia antigua.

Loto, disgustada del poco éxito de su cuento, volvió á inspeccionar el equipage.

—Déjeme Vd. probarme el sombrero de los pájaros, dijo.

—No puede ser; se estropearía...

—Pero ¿y los míos?

—¿Cuáles son los de la señorita?

—Pues eso digo yo, ¿cuáles son los míos?

—No los he visto.

—¿Pero las señoritas no se visten como sus mamás? preguntó afligida Loto.

—¡Qué disparate! Las señoritas no se pueden vestir así...

—¡Y por qué no!...

—Porque á las señoritas tienen que pagarles las cuentas los padres, y á las señoras se las pagan los maridos.

Loto abrió los ojos asombrada ante aquella singular explicacion, y dijo próxima á llorar:

—¿Entonces no tendré sombreros ni vestidos bonitos hasta que no me case?

—¡Pues es claro! Aparte de que la señorita es muy jóven, y todavía deberá parecerlo más, y tiene que vestir sencilla, como una niña; esto unido á que no está la bolsa para extraordinarios.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Nada, sino que al Sr. Conde le gusta la sencillez.

—¿Y cuándo sale á paseo mamá?

—Ahora está descansando, tomando noticias, instalándose, en fin, y despues, cuando sea oportuno, saldrá.

—Pero y yo?...

—De eso no sé nada.

—¿Y los baños?

—La señorita, segun creo, los tomará por la mañana.

—¿Con mamá?

—La señora condesa no madruga.

—¿Pero iré sola?

—¡Oh, no! Conmigo...

—Entónces no iré con mamá nunca...

—Alguna vez...

—Y al baile, al paseo...

—Supongo que á la señorita convendrá acostarse temprano, no tomar humedad...

—Pues para eso valia más no haber salido del colegio, allí siquiera hablaba con mis compañeras.

—Aquí también hará la señorita amigas; yo seré muy amable, tan amable como la doncella de la señora duquesa, y aparte de no dejarla esconderse detrás de las cortinas, creo que no tendrá Vd. queja de mí.

—¡Ah, sí! yo se lo agradeceré mucho, dijo Loto que quedó pensativa después de esta conversacion.

Algo se levantaba en el fondo de su pensamiento de niña semejante á una queja ante aquella soledad, á una protesta por aquel aislamiento, pero no sabia formularla.

Cansada de mirar trapos brillantes, combinados gallardamente para cambiarlos por oro, y no sabiendo qué hacer, salió al balcon, para mirar la calle que aún no habia pisado.

Sus ojos, llenos todavía de inocencia y empañados por la tristeza en aquel momento, se fijaron en una gallarda pareja que adelantaba lentamente, siguiendo el paso de dos niñas de seis y cuatro años respectivamente, que vestidas de blanco, con grandes lazos escoceses y sombreritos de paja con el mismo adorno, iban rodando un aro, y riendo alegremente al verlo caer al choque de algun transeunte.



La señora era muy bella, con una fisonomía tan dulce y tan pura que no se comprendía que aquel rostro se mostrase sin sonrisa: el caballero parecía fino y distinguido.

Loto miró con encanto, con una celosa envidia á las niñas que iban delante de aquella pareja feliz, que desde luego comprendió ser matrimonio.

En un instante, y de una manera inconsciente, llevó su pensamiento desde su soledad y la de su hermana educadas en un colegio lejano, al calor de vida, á la ternura deliciosa bajo la cual crecían aquellas dos lindas y dichosas criaturas.

Suspiró recordando que Coralía había dicho que las grandes damas tienen mucho que hacer, y pensó rebelándose á su destino, que vale más nacer de una mujer pequeña, como aquella que sonriente y feliz acababa de pasar, pues éstas tienen tiempo para querer á sus hijos.

Cuando dejó de ver al matrimonio de las chiquillas juguetonas, como si su pensamiento cambiara de rumbo, se dijo que si bien las hijas de las altas señoras estaban solas hasta llegar á casarse, despues de casadas tenían lujo, amigos, convites, y

eran completamente felices, mucho más que podía serlo aquella modesta madre que llevaba sus niñas á paseo.

Dominada por esta idea entró rápidamente en la habitación, sorprendiendo á Coralia, que preparaba el tocador para la condesa, con esta pregunta:

—¿Qué hay que hacer para casarse?

Coralia dejó caer el peine que tenía en la mano, contestando entre seria y burlesca:

—Tener novio.

—¿Y qué hay que hacer para tenerlo?

—Pues, gustar mucho, llamar la atención, fingir bondad, ir á todas partes... ostentar riquezas, coquetear...

—Ah! todo eso, dijo desconcertada Loto, todo eso!...

—Y algo más, contestó Coralia riendo.

—Pues prepárese Vd. á enseñarme, porque estoy decidida á tener novio, para llegar á tener marido.



## CAPITULO IV.

La primogénita de los Villa-Quemada, la bonita niña rubia que se aburría en el tren, quería tener un novio.

—Bah! dirán las jóvenes lectoras, poca cosa!...

¡Eso es muy fácil!...

¡No tan fácil, señoras mías!

No tan fácil, sobre todo para una niña que no conoce ni es conocida, que acaba de salir del colegio, y que no acompaña oficialmente á su joven mamá á teatros, bailes y paseos.

Pero como la mujer, desde que nace, sabe llegar á donde quiere ir, y Loto era mujer, es decir, una encantadora promesa de mujer, con sus inconscientes coqueterías y sus gracias de gata, no será imposible que la veamos conseguir su objeto.

Prosigamos en su estudio.

Si al día siguiente de llegar á San Se-

bastian hubiera tenido una amiga con quien charlar y reir, á quien preguntar en sus dudas, á quien quejarse de sus imaginarias penas, la hubiéramos oído decir que era la más desgraciada del mundo.

Loreto creía al salir del colegio ir tocando con su manecita delicada todos aquellos primorosos *chateaux dans l'Espagne* que decían sus compañeras de colegio, *castillos en el aire*, que decimos nosotros, y las originales creaciones de su fantasía se iban deshaciendo ante ella como contornos de niebla, que el viento se hubiera divertido en condensar.

Fernan Caballero tuvo una vez la delicada ocurrencia de contarnos lo que sería una sociedad infantil, con sus congresos de golosos, donde se votaran las fuentes públicas de arrope, las escuadras de barquitos de papel, y los ejércitos de pajaritas, y esta graciosísima idea no perdería nada por ampliarse hasta abarcar en su luminoso espacio ese otro mundo de sueños y deseos que la adolescencia lleva dentro de su pensamiento como una embriaguez de vida que se desborda en su plenitud de los límites de lo real para buscar lo infinito.

Y cuando la niña que sueña ha vivido

alejada de penosas realidades, de sucesos tangibles de dolor ó de lucha, que hacen adivinar males que aún no se conocen, cuando tampoco ha tenido en ese despertar de su razón la voz calmada y tierna que, conteniendo sus movimientos de pasión, le hace conocer la verdad de las cosas, sin arrancarle la belleza de sus ilusiones; la imaginación, como caballo indómito, salta, arrolla y hunde cuanto encuentra á su paso, sin conciencia del daño que hace.

Loreto de Villa-Quemada no carecía de inteligencia y prometía ser una jóven espiritual, entusiasta y sensible; pero como su pensamiento no había sido guiado por la cariñosa experiencia de sus padres, ni mano alguna se había tendido hácia ella para alejarla de las falsas utopías que la juventud forja á su antojo, sus conocimientos respecto á los más sencillos actos de la vida eran una graciosa mezcla de errores y verdades, que tomaban en su imaginación ya apariencias de pueriles recuerdos, ya proporciones de firmes creencias.

Al salir del colegio, su pensamiento henchido de esperanzas, veía en sí mismo alegorías de dicha que debían realizarse en los días futuros.



Las plumas, las flores, la cola de los vaporesos trages de baile, los bucles flotantes de un peinado de mujer, las miradas furtivas, las risas bullendo en los labios juguetones como la luz en las olas movibles, todo ese cuadro fantástico que la vanidad bosqueja en las lontananzas del deseo, se aparecían á Loreto en una brillante perspectiva de colores que la embriagaba de luz y de esplendor.

Y al llegar á la realidad el lienzo se borraba, los tonos vivos se hacían sombríos, la verdad se burlaba de la pobre muchacha dejándola en lugar de sus ilusorias galas su sencillo trage corto, su trenza suelta, y la soledad como campo de aquellos desvanecidos sueños.

Pensando en esto estaba, muy triste, muy aburrida, detrás de una persiana que impedía al Sol entrarse como Pedro por su casa en el reducido cuarto que ocupaba en el *Hotel*, cuando oyó en la cercana habitación pronunciar su nombre, y prestó atención para saber de lo que se trataba.

—Supongo que no habrás pensado, decía la condesa de Villa-Quemada, con voz algun tanto irritada y dura, que he de hacer el papel de aya de la niña, á mi edad y en mi posición.

—No he pensado nada de eso, contestaba el conde, siguiendo al parecer un diálogo empezado, pero á todas las edades pueden las madres serlo dignamente.

—¿Es decir, que segun tú, yo carezco de la dignidad maternal?

—Te aconsejo que no embrolles la cuestion tan sencilla por sí, con torcidas interpretaciones ni exageraciones románticas.

—Yo no exagero; contesto á lo que me dices.

—Pues lo que te digo es bien sencillo: la niña no ha de estar encerrada porque á tí te desagrade que la vean á tu lado.

—Supones mal, no es que me desagrade; es que se me hace insoportable el cuidado de esa criatura en esa edad...

—Bah! Está perfectamente educada, va á cumplir diez y seis años...

—Su desarrollo es muy tardío...

—No lo creas: tiene todas las gracias y todas las petulancias de esa edad encantadora...

—Pues te confieso que no me hacen gracia ninguna esas petulancias insoportables.

—Eres muy difícil de contentar, dijo el conde cuyo acento pareció adquirir un to-



no de reproche que dominó al de glacial indiferencia que venia usando: Loreto es dócil, es buena, y otra en tu lugar se envanecería de darla á conocer.

—Sí, ya sé que para tí cualquiera otra obra mejor que yo en cuanto hace.

El conde hizo un movimiento de desden, que su hija no pudo ver, y nada dijo.

—Pues, á pesar de tus consejos, yo estoy poco dispuesta á ir detrás de la niña, satisfaciendo la pueril vanidad de oír que tengo una hija bonita: es muy pronto para eso, dijo Angela con burlona expresion.

—Tú harás lo que quieras, contestó Enrique, pero te advierto que el alejarla de tí puede parecer ridículo, ya que no parezca egoísta y pretencioso.

—Con que es decir, dijo la condesa con reprimida explosion de ira, que de no hacer de aya de la niña debo arrostrar la crítica necia é injusta de las gentes.

—Tú misma has de comprenderlo, si mis advertencias no te convencen: esto no es Paris, ni siquiera Madrid, y el círculo es demasiado pequeño para que nada pase desapercibido: tienes, como siempre, libertad absoluta para obrar, pero cuida de no llamar demasiado la atencion porque no

estoy dispuesto á servir de pasto á la murmuracion de los bañistas.

—Tus advertencias son innecesarias, porque yo no olvido nunca el lugar que ocupó.

Loreto dejó de oír la voz de su padre: en cambio oyó el eco de unos golpecitos dados en la puerta y la voz de la doncella francesa que pedia permiso para entrar.

Coralia murmuró algunas palabras que Loto no entendió: la condesa contestó precipitadamente:

—No es posible! No estoy vestida, no he descansado aún del viaje!... Estoy enferma!

Y el conde se apresuró á decir:

—Harias bien en recibirla: pudiera ofenderse, y es tu amiga segun creo; prescinde de la *toilette*, estás muy bien así.

—Ruegue Vd., pues, á esa señora que me espere algunos momentos, dijo la condesa á su doncella, y venga Vd. á ponerme un peinador...

—Hazla pasar aquí, insistió el conde que con su frío acento parecia quitar interés á todos los asuntos de que hablaba: en una fonda lo más escogido es el departamento privado, por reducido que sea; el

salon es un punto de reunion para todos...

—Aquí!... Buenas habitaciones para recibir visitas!

—No las tendrán ellos mejores: un viajero no está obligado á llevar consigo las comodidades de su casa.

—Espero órdenes de la señora, dijo Coralia tranquilamente.

—Pues bien, que pasen aquí... ya que te empeñas en mostrar esa confianza cursi, añadió Angela dirigiéndose á su marido, en tanto que arreglaba los lazos de seda de su bata de encages.

Enrique de Villa-Quemada se habia levantado, y sin contestar á su mujer habia fijado sus miradas en la puerta con algo de curiosidad, ya que no de interés.

Una señora jóven, seguida de un caballero al parecer de su edad y de aspecto fino, apareció en el dintel.

Angela se levantó con poca prisa, y dijo adelantando hácia la dama que llegaba:

—Me tomo la libertad de recibirte aquí, porque aún estoy fatigada del viaje, y algo enferma.

—¡Qué importa eso! dijo con viveza la recién llegada, cuando tenia tanto deseo de verte!... Y volviéndose hácia el caballe-



ro que la acompañaba y señalándolo á los condes con la mirada dijo: mi marido, Rafael Ponce...

El conde se inclinó tendiendo su mano al marido de la amiga de su mujer que cambió con él las atentas frases de un primer saludo.

La condesa entre tanto devolvía á su amiga, algo friamente, el cariñoso abrazo que de ésta habia recibido, ofreciéndola un asiento á su lado:

—Mi marido te conocia ya, dijo la señora de Ponce sonriendo cariñosamente á la condesa, y no debe ser un extraño para tí.

—¿Me conocia? preguntó con curiosidad Angela.

—Pilar gusta de hacerme amar cuanto ella ama, y me da á conocer con sus noticias á sus amigas, dijo Ponce con esa sonrisa afable, con esa soltura fácil que solo se adquiere por la costumbre de la buena sociedad, y que prueba una educacion distinguida.

La condesa oyó con gusto la réplica; le parecia que su amiga, á la cual no veia hacia tiempo, no habia hecho un casamiento tan desigual como ella habia crei-

do al tener noticias de la boda.

Si Ponce era un burgués por sus negocios, por sus maneras parecía un aristócrata.

—Esta querida Pilar, dijo Angela con una sonrisa ménos fria que de costumbre, no me habia olvidado!

—¡Los que saben amar no olvidan! afirmó Ponce sonriendo á su esposa.

—Y á qué feliz casualidad debemos esta visita? preguntó el conde, que encontraba á Pilar muy bella, muy fresca y muy graciosa, con su color sonrosado, sus ojos brillantes, su cabello castaño y su estatura mediana, que hacia un fuerte contraste con la belleza algo ajada y marchita de Angela.

—Hemos venido á pasar una temporada á San Sebastian, dijo Pilar, para bañar en el mar á las niñas, y al buscar Rafael á un amigo suyo en este *Hotel*, supo anoche la llegada de ustedes...

—¿Tienes hijos? preguntó la condesa.

—¡Dos niñas nada más!

—¡Nada más!... Cualquiera diria que sientes que sólo sean dos! dijo con burlona risa la condesa.

—Y diria la verdad: siento no tener un hijo!



—No es tarde, dijo el conde.

Ponce suspiró ligeramente, como si participara del sentimiento de su mujer.

—Y tú? preguntó Pilar, ¿cuántos hijos tienes?

—Dos niñas también, pero ¡ay! á mí no me parecen pocas.

—¿Te dan mucho que hacer? preguntó sencillamente Pilar.

—¡Si apenas las vé!... afirmó el conde.

—Ah! dijo Pilar algo cortada, porque le parecia que pudiera ofender á su amiga su pregunta: ¿no están á tu lado?

—Naturalmente, dijo con tono algo seco la condesa, son aún muy niñas para eso: están en los colegios, es decir, está ahora en el suyo Enriqueta, porque Loreto, la mayor, ha salido á tomar baños.

—¿Y está aquí? preguntó la señora de Ponce con viveza.

—Sí, aquí está, pero aún no ha llegado su aya, y esto me apura un poco...

—Llámalas, insistió Pilar, que cariñosa y sencilla se olvidaba con frecuencia de las frialdades de la etiqueta del gran mundo, quiero conocerla.

—No estará vestida, se apresuró á contestar Angela, que no tenia al parecer mu-

chos deseos de hacer la presentación de su hija.

—Oh! qué importa eso! dijo sencillamente Pilar, es una niña, y además, en viajes de Verano todo está permitido, el calor es enemigo de la *toilette*.

El conde hablaba con Ponce de la animación del casino y de las novedades que habia podido apreciar en los días que llevaba en la capital de Guipúzcoa.

Preguntaba por las familias de Madrid que allí se encontraban, y hallaba un agradable encanto en la conversacion fácil y oportuna de aquel caballero que con tan modesta apariencia poseia tan finos modales y lenguaje tan escogido.

—Si su señora desea acompañar á la mía un rato, le rogaré que me acompañe á dar una vuelta, no conozco esto apénas.

—Por mi parte con mucho gusto.

—Pues vamos á dejarlas á ustedes, dijo el conde, charlar á su gusto, y nos iremos á dar una vuelta.

—¿No tardarás? dijo Pilar algo inquieta por aquella ausencia; Angela tendrá que vestirse, y acaso la importune...

—¡Oh, no! dijo la condesa con frialdad: hoy no salgo, estoy fatigadísima, destro-

zada del viaje; solo á tí me hubiera yo atrevido á recibir así.

—Te lo agradezco mucho, y en ese caso no tengo prisa más que por las niñas.

Los dos hombres se despidieron, y Pilar volvió á decir á la condesa.

—¿No quieres que conozca á tu hija?

—Sí, la verás, pero está en una edad tan fastidiosa...

---



## CAPITULO V.

La condesa alargó la mano y tocó un timbre.

La señorita Coralia apareció, con la risa en los labios, esperando las órdenes de su señora.

Esta le dijo algunas palabras en francés, y la doncella desapareció, volviendo poco despues con Loreto, colorada de alegría, ondulando al andar su trage corto y su trenza flotante.

—¡Dios mio! qué linda es! dijo Pilar levantándose y dirigiéndose hácia Loto: cómo se parece á tí!... Pero si es ya una mujer!...

La condesa frunció sus lindas cejas con enojo y dijo con tono seco:

—No tiene aún catorce años, y no conviene que se crea mujer aunque por un capricho de la naturaleza, haya crecido tanto.

A Loto se le pasaron buenas ganas de lucir los diez y seis años que llevaba tan gentilmente como un rosal sus rosas, pero comprendiendo por instinto que la verdad habia de desagradar á su mamá, no la contradijo en su error de fechas.

—En efecto, dijo Pilar tomando la rosada y redonda barba de la niña y besándola en las mejillas, no tiene edad, lo recuerdo muy bien, pero es tan bella y está tan desarrollada que parece una pollita.

—Gracias, dijo Loreto que miraba atentamente á la señora de Ponce como si pugnara su memoria por reconocerla, Vd. me favorece.

—Sepa Vd., señorita, dijo volviendo á sentarse Pilar, que yo he de quererla mucho, y he de pedirla que me quiera, puesto que soy amiga de su mamá.

—Con mucho gusto, dijo con la juvenil efusion que avaloraba todos sus sentimientos, la hija de los condes de Villa-Que-mada.

—Háblala de tú, y no la prestes mucha atencion, porque gusta de hacer la mujercita, dijo la condesa, cuyo ceño se habia deshecho ante la condescendencia de su amiga.



—Oh! es muy formal, y si no fuera por complacerte la escucharia con mucho gusto.

Loreto que se habia puesto muy encendida y confusa ante la advertencia de su madre, se apoyó en el respaldo de un sillón que encontró por azar al alcance de su mano, y permaneció de pié sin atreverse á sentarse ni á irse sin que se le indicara.

—Despídete de esta señora, Loto, y retírate, si quieres.

—Adios, hermosa, dijo Pilar besándola de nuevo, ya te traeré mis hijas para que las conozcas, aunque son pequeñas para que jueguen contigo.

—Ah! dijo Loto como quien encuentra la palabra buscada en vano durante algun tiempo: si yo las conozco!

—¡Cómo! dijo con extrañeza la condesa, ¿tú?

—¿A mis niñas? preguntó Pilar: no sé donde.

—Esta mañana han pasado por aquí, vestidas de blanco con lazos escoceses...

—Pues es verdad! dijo la señora de Ponce, pero cómo sabías?...

—Iban con Vd., y con un caballero que será su papá: son pequeñitas, muy monas, muy alegres...

—Ya comprendo, al verme ahora las has recordado.

—Eso es, dijo Loto.

—Pues bien, aunque son pequeñas son juiciosas, y yo te las traeré.

—¿Cómo se llaman? dijo Loto encantada de prolongar su conversacion.

—La mayor Dolores, Lolita; y la menor Carmen, Carmela, como mi madre: ¿te gustan sus nombres?

—Mucho; tanto como ellas.

—Gracias, hija mia, dijo Pilar oyendo con gusto que agradaban sus hijas: tambien me gustas tú á mí.

Loto besó de nuevo á la señora de Ponce, y salió muy contenta de que la casualidad hubiese traído á su lado, á su amistad, al círculo estrechísimo de sus conocimientos, á la simpática dama que la habia encantado al pasar sonriente rodeada de sus hijas.

La condesa ahogó un ligero bostezo entre su pañuelo de batista al quedar sola con su amiga.

Adivinaba que habia de preguntarle, que habia de pedirle noticias de aquellos años que habian pasado sin verse, y se aburría de antemano del fastidio de aquel interrogatorio.

Pero se engañaba en sus conjeturas.

Su amiga, cuya plácida sonrisa no habia desaparecido, no pensaba en preguntar en aquel momento á la condesa, sino en decirle lo que ella creia que Angela por cariño tendria deseo de saber.

—¡Cuánto me ha gustado tu hija! dijo.

—Tú eres muy amable para ella.

—¡Oh, no! Es encantadora... las mías son tambien tan bellas, tan buenas... ya las verás...

—Veo que siguen gustándote los niños!

—Pues á quién no le gustan!... Tan inocentes, tan puros, tan graciosos...

—Pues á mí, la verdad, se me hacen insoportables, con sus gritos, sus juegos, sus males, sus exigencias...

—Cuando se les quiere...

—Ni aún así, no hay cariño que resista ese aburrimiento continuo: ¡oh no! imposible sufrirlos!... Compadezco á los maestros...

—Ya te acostumbrarías.

—Nunca: Loto ha salido del colegio para bañarse, y despues volverá...

—Pobrecilla... eso es cruel!

—¿Y qué hacer?

—Tenerla á tu lado.



—Imposible! Ya comprenderás que no puede ni debe alternar en sociedad todavía, y que yo no he de convertirme en institutriz para terminar su educacion.

—Puede ser que necesite aún algunos cuidados, pero á mí me parece perfectamente educada ya, y si la vistieras de largo, como está tan desarrollada, podias presentarla en el mundo, y te acompañaria á todas partes.

—¡Dios me libre! Ese es el colmo de la vulgaridad burgués, pero entre nosotros no está permitido llevar las niñas á fastidiar á nadie, ni ir haciendo la maestra con advertencias de educacion.

Pilar palideció ligeramente al oir el tono desdeñoso de su amiga, pero se repuso en el acto.

—Es tan dulce para una madre, dijo, enseñar á sus hijas.

—Pues te confieso que para mí seria insoportable: no está en mi carácter el género docente.

—Pues yo gozo en extremo cuidando de mis pequeñas; las he criado yo misma...

—Tú! Qué valor!... Y sin embargo has conservado tu frescura...

—La naturaleza no se agota por dar lo

que debe, más bien pierde no dándolo.

—Bah! esas son teorías de las que no pueden pagar la nodriza; los cuidados aniquilan.

—Yo podía pagarla, gracias á Dios, dijo con calma Pilar, pero preferí á ser madre á medias, serlo por completo.

—Cuestion de gusto: yo me hubiera muerto de fastidio si hubiera tenido la necesidad de dormir al *bebé*, limpiarlo y entretenerlo.

—Te hubieras acostumbrado.

—Puede ser, pero no lo creo... tengo tan poco tiempo para todo!... Los viajes, los teatros, los salones, el paseo, las comidas...

—Yo prescindo de todo eso, y créeme, gozo más que tú viviendo para la familia, para el sentimiento, para la verdad.

Angela se incorporó riendo.

—Siempre fuiste muy romántica, dijo; nos amamos por el contraste, y nos aproximó la contradicción.

—Bah! queria convertirme á mis ideas.

—Yo no tuve esas pretensiones, pero me divertia con las tuyas: según parece has encontrado tu media naranja.

—¡Oh, sí!



—Será, como tú, una fruta insípida y descolorida.

—No lo creas, dijo Pilar animada con el tono festivo de la condesa, no es fruto insípido el que concentra en sí mismo su sabor, sino el que lo evapora en emanaciones ociosas, que nadie aprecia.

—Segun eso, siguió bromeando animada por una pueril alegría Angela, es fruta de gusto tu marido?

—Fruto del cielo, ofrecido por Dios.

—Jesús! Qué sublimidad! Te advierto que si te remontas no voy á poder seguirte: tú vuelas por la region de las nubes, yo me quedo *terre á terre*.

—Pues alas tienes, porque tienes inteligencia.

—Si las tuve, eran materia combustible, como las de Icaro, y se han derretido al calor de la vida: apénas me quedan piés, porque se niegan á sostenerme y sin el coche estoy perdida.

—Tú anulas tus fuerzas físicas y morales.

—Yo no, querida: las anula el tiempo, que las gasta como todo lo que pasa con él.

—No ha pasado tanto tiempo por tí!

—Bah! De eso sí que tú no entiendes! Soy más vieja de lo que parece y de lo que reza mi partida de bautismo, puesto que de todo estoy cansada.

Y la condesa, que habia cambiado bruscamente la expresion jovial que habia animado por un instante su fisonomía, dijo con viveza, como si quisiera huir de sus propios pensamientos, y sin dar tiempo á su amiga para que le contestase:

—Pero dejemos eso, y hablando en sério dime si eres feliz y si estás contenta de haberte casado.

—Oh, sí! dijo con efusion Pilar: Rafael es para mí tan bueno como si fuese á la vez mi padre, mi hermano, mi amigo y mi marido: tiene para mí todo el cariño, la confianza y la ternura que pudiera contenerse en toda una familia.

—Eso es tan cómodo, dijo con amarga ironía la condesa, como tener compendiado en un libro el espíritu de una biblioteca.

—¿Te burlas? preguntó la de Ponce con tristeza: no lo harías, si pensases por un momento en que yo estaba sólo en el mundo, sin porvenir, sin amparo, y él me dió con su apoyo y su cariño, familia, hogar, consideracion y dicha.

—Perdóname, querida, ya sabes que no resisto al placer de hacer un epígrama, pero en el fondo yo te quiero siempre y tu dicha me interesa: en realidad tenía una idea distinta de tu casamiento; creía que era un negocio de conveniencia, veo que fué un acto de amor.

—Tuvo de lo uno y de lo otro, dijo la de Ponce, cuyo dulce y agraciado rostro había recobrado su plácida expresión habitual.

—Pues cómo? Cuéntamelo todo, nada he sabido desde que supe la muerte de tu padre!

—Sin embargo yo te escribí... dijo Pilar que no se atrevió á formular una reconven-  
cion.

—No recuerdo...

—Quedé con mi tia, anciana, achacosa, llena de manías, con escasos medios y grandes pretensiones.

—Sí, sí, ya sé; la condesa viuda de la Cañada: una buena cócora, con papalina negra, contemporánea de Carlos IV, que había sido solicitada por el príncipe de la Paz...

—¡Qué cosas tienes!... Pues bien, esta señora, prima de mi padre, tuvo la caridad



de llevarme á su lado cuando quedé huérfana.

—¿Pues qué habia de hacer?

—No tenia obligacion ninguna, y fué mi amparo en la tierra.

—Ella ganaria, pues llevó á su lado una persona alegre, fresca, risueña, para animar su aspecto de momia viviente.

—Yo fuí la que gané, y mucho, pues si bien hice una vida triste y martirizada por sus caprichos, la sombra de su nombre honrado y digno me protegió en mi juventud.

—Sí, ya recuerdo, le daba por ahí... Contaba heróicas defensas en pasiones violentísimas... era una Lucrecia envejecida sobre sus laureles, si bien no faltaba quien dijera que su rostro, nada bello, habia hecho más en favor de su buen nombre que todos los textos de virtud con que alimentaba su escuálida persona.

—A su lado me conoció Rafael, dijo Pilar que deseaba descartar de su conversacion todo lo que pareciese una censura á su protectora.

—¿Y cómo fué eso? porque supongo que la condesa no abriria para buscarte novio sus apolillados salones, donde se guarda-

rian los recuerdos de los héroes del Dos de Mayo, como si la cosa hubiera sucedido ayer.

—Vivíamos muy retiradas; ya te he dicho que los asuntos de mi tia iban muy mal, los únicos bienes que le quedaban le fueron disputados por los herederos de su marido, y tuvo necesidad de consultar un abogado.

—Ah!

—Rafael vino á su casa, y así nos conocimos.

—Es una novelita tierna y sentimental, como tú.

—No hubo nada novelesco en nuestros amores: simpatizamos, segun parece, á primera vista; despues conociéndonos, fuimos estimándonos, y comprendiéndonos al fin, nos quisimos.

—De suerte que el abogado ganó la sobrina...

—Y el pleito, pues la pretension era injusta: mi tia se opuso en un principio á mi casamiento, con una tenacidad que no razonaba.

—¿Por qué?

—Por capricho; Rafael es un hombre de talento, de carrera; pertenece á una fa-



milia decente, y es apreciado de cuantos le conocen por sus nobles prendas personales.

—La condesa no podría avenirse con las modernas ideas...

—Pero yo le hice notar que nada tenía, que si ella me faltaba, como su edad lo hacia temer, quedaria sin recursos ni amparo; que Rafael era un hombre honrado, y que con su voluntad ó sin ella me casaria.

—Ah! la malva se trocó en cardo!... Casi siempre pasa lo mismo.

—Era una injusticia que destruia todo mi porvenir, y no accedí.

—¿Y al fin?

—Me amenazó con no darme nada, y di gracias á Dios, pues temí que me negase su casa para los dias que me faltaban aún para casarme: tomó conmigo un tono frío, desdeñoso, humillante, que me hizo sufrir mucho; habló de la ingratitud de los sobrinos, de los beneficios mal empleados, pero cuando la hermana de Ponce vino por mí para llevarme á la iglesia, se conmovió, lloró en su soledad, y cuando vine con Rafael á suplicarla que me perdonase el no haberla obedecido por tratarse de mi feli-

ciudad, nos abrazó á ambos, nos aseguró su cariño, y nos suplicó que no la dejásemos sola en sus últimos dias.

—Súplica á la cual no accederias.

—Al contrario, accedí muy de corazon, y muy contenta de haber sido perdonada. Amargaba mi felicidad su negativa.

—Hipócrita! Hacias tu gusto, pero querias que te aplaudieran á coro.

—Yo quedé á su lado en tanto que Rafael seguia ocupándose de sus negocios, y esto le fué muy útil para su carrera; cuando nació mi primera hija fué su madrina y la puso su nombre; poco despues murió dejándonos cuanto tenia.

—No es gran mérito, pues no tenia otros parientes, y no habia de llevárselo por allá para ofrecer un banquete á Godoy.

—Fué para nosotros una base, y como Rafael tiene suerte y trabaja, gracias á Dios formaremos un modesto patrimonio á nuestras hijas: ya lo sabes todo.

—Sé que eres feliz y me alegro, pero hubiera querido para tí más brillante posicion.

—¡Oh, no! Si me quieres, no me desees otra cosa que verme siempre así: tranquila, amada, sin sobresaltos, sin vanidades,

sin luchas... La familia adorada, la casa bonita y risueña, la acomodada medianía que se basta á sí misma, no quiero otra cosa para mi felicidad.

—Estás loca! La vida sin emociones es una muerte lenta! Los triunfos, las pasiones, las penas que ahogan y las alegrías que exaltan, dan color á sus pálidos cuadros...

Rafael Ponce y el conde de Villa-Que-mada, llegaron á interrumpir tan agradable conversacion.

---



## CAPITULO VI.

—¿Volvemos demasiado pronto? preguntó el conde con acento familiar, en ese caso nos iremos de nuevo.

—En verdad que se nos ha pasado el tiempo sin sentir, dijo la condesa; hablando, hablando... hace tantos años que no nos vemos!

—Como he de volver, dijo Pilar, voy á despedirme, pues tengo cuidado por mis niñas.

—Oh! es temprano, dijo Angela.

—Para mí no, pues ellas comen á esta hora.

—A propósito, dijo el conde, y ántes de que esta señora se retire, te daré cuenta de una oferta del Sr. Ponce, que estoy seguro que has de agradecer tanto como yo.

—¿Qué es ello? preguntó con negligencia Angela.

—Dice este caballero, y te repito que

solo con decirlo merece nuestra gratitud, que la niña podia ir á bañarse con sus hijas, al cuidado de esta amable señora, ya que la pobre Loto necesita los baños, y á tí no te es posible acompañarla por la mañana.

La condesa quedó un momento pensativa.

—Seria abusar, dijo al fin tímidamente: Loto no se basta á sí misma todavía, y yo necesito á la doncella.

—De ningun modo abusarias, dijo con su viveza amable y afectuosa Pilar; la niñera de mis chicas bastará para atenderla si algo necesita, y como yo he de estar allí...

—Es mucha molestia, dijo deseando ceder Angela.

—Queda convenido, dijo levantándose la de Ponce; desde mañana vendremos á buscarla.

—Yo te lo agradezco infinito, dijo la condesa tendiéndola su mano, solo contigo la dejaria, pero me da miedo el darte un cuidado más.

—No temas nada; me parece que Loreto y yo hemos de ser buenas amigas, y como es ya una pollita me servirá de compañía.



—Pues bien, sea, y cuenta con mi gratitud. ¿A qué hora vendrán ustedes por ella?

—A las ocho: los baños matutinos son los más sanos.

El matrimonio se despidió de los condes afectuosamente, y salió.

Loreto que habia oido algo los encontró *casualmente* en la antesala.

Al verlos los saludó con graciosa timidez.

—Aquí tienes á la señorita de Silva, dijo Pilar á su marido tomando la mano de la niña, que desde mañana se hará amiga de nuestras hijas.

—Es muy bella, dijo Rafael Ponce saludando.

—¿Mañana? preguntó curiosa Loto.

—Mañana, sí, dijo Pilar besándola, porque vendremos á buscar á Vd. para que se bañe con nosotros, señorita!

—Ah! ¡qué alegría! exclamó Loto con entusiasmo, tanto como me gustaron las niñas de los lazos escoceses, parece que adivinaba que las habia de querer!

—Gracias, hija mia, dijo conmovida Pilar, y hasta mañana.

—La condesa entre tanto decia á su esposo.

■—Hazme el favor de llamar á Coralia: con esta visita interminable no he podido darla órdenes, ni vestirme, ni aún peinarme.

—¿Saldremos hoy?

—Daremos una vuelta, si acabo á tiempo.

—Como estabas tan cansada.

—Por eso te digo que daremos una vuelta nada más, y de cualquier modo.

—¿Irás al comedor?

—Lo dudo, pero en fin, te avisaré.

\* Coralia entraba en aquel momento.

Enrique de Silva, aburrido como quien no conoce una poblacion, ni tiene ocupacion que lo absorba, fué á buscar un periódico para leer algo, y por un momento pudo distraer su fastidio el cuadro más original y gracioso que pudo imaginar un pintor realista.

Loreto, aprovechando la ausencia de Coralia, se habia aproximado á los trages y sombreros que formaban el equipo de verano de su elegante mamá, primero con sed de verlos de cerca, pero con gran respeto; despues con excesiva confianza, tanta que su mano, como una inquieta y blanca mariposilla, tocaba los lazos, acariciaba las flores, se escondia entre las plumas, y

se deleitaba en remover las cintas.

¡Pobre Loreto si la hubiera visto la doncella francesa!

¡Pero el conde de Villa-Quemada no entendía el culto á los trapos á la manera de Coralía!

La jóven heredera de su nombre, estaba monísima en su actitud, y él se divertía mirándola, sin defender la integridad de aquellos tesoros de la moda!

Loreto se había quitado el trage para lavarse.

La fina camisa, ligeramente bordada, marcaba un seno de adolescente, blanco, bien formado, y que prometía en su desarrollo una belleza escultural.

Sus cabellos rubios, húmedos todavía y desordenados sobre su frente, se arrollaban en anillos de oro brillante, y sus ojos pardos parecían más oscuros y profundos.

La niña había comenzado momentos ántes su tocado, y solo tuvo tiempo de secarse á medias su linda carita para ir á contemplar, sin la vigilancia de Coralía, aquellos primores que aún le parecían más bellos por ser ajenos.

Cuando su padre llegó á la puerta, acababa de ceder al ardiente deseo de pro-



barse aquellas galas parisienses y sobre su trenza húmeda y medio deshecha se habia colocado un lindísimo sombrero de paja, en cuya alta copa se habia dormido una paloma, tan tranquilamente como si estuviese en su nido.

Una vez puesto, iba á mirarse al espejo, hacia graciosos gestos, bajaba con sus ágiles dedos los cabellos revueltos sobre su frente, se volvía, mirando al par que el sombrero su rosada espalda, su corsé blanco, y la cintura rizada de su enagua, y llevaba de nuevo el sombrero á su sitio eligiendo otro, como si no estuviese satisfecha del que dejaba.

Enrique, á falta de otra cosa que hacer, se divertía mirándola.

La ex-colegiala tomó una pequeña y graciosa capota de tul moteada de oro, con un ave del paraíso y un racimo de fruta.

¡Qué bien estaría el tul negro sobre su cabeza dorada como una espiga en sazón!

Se la puso, y haciéndole mal efecto el busto desnudo, el corsé y la enagua, se cubrió con una manteleta de encaje que marcó su complicado dibujo sobre aquellas blancuras íntimas, y volvió á contemplarse, más encantada que ántes, pues la ca-

potita, enmarcando su rostro, fino como un camafeo, la favorecía mucho.

La sonrisa de Loreto á su imágen probaba que así lo comprendía, y queriendo ser más bella, como si un cútis de diez y seis años necesitara velar su tersura bajo ningun afeite, tomó la borla de la *velutina* para espolvorear su rostro.

Pero apénas la llevó á su mejilla cuando una gran sorpresa dejó inmóvil su brazo, levantado en alto, y sus ojos fijos en el espejo con expresion de miedo.

La doncella francesa acababa de abrir la puerta de comunicacion con las habitaciones de su mamá.

¿Qué hacer

¿Cómo huir del chaparron que se le venia encima?

La fina carilla de Loto expresó tan vivo terror, que Enrique, alarmado, entró á saber la causa de aquella tempestad en plena calma, que anunciaba la inmovilidad de la niña.

Al avanzar dos pasos lo comprendió todo, pues vió á Coralía, que se habia quedado estupefacta ante el espectáculo del espejo.

—Ni una palabra á la niña, dijo el conde



á la doncella, me divertia viéndola.

—Va á estropearlo todo, señor,<sup>s</sup> dijo consternada la francesa, es muy<sup>a</sup> traviesa esta niña!

Enrique se encogió de hombros y se dirigió hácia su hija, que doblemente asustada no se atrevia á respirar.

—Sabes, picarilla, dijo tocando su carita, habitualmente pálida y entónce<sup>s</sup> colorada como una guinda, que estás muy bonita con esa caprichosa *toilette*?

Loreto cuyos ojos se humedecieron, no supo qué contestar.

—¿Te gusta á tí ese sombrero?

—Sí, mucho, dijo animándose ante el halago de su padre.

—Le diremos á mamá que te lo ceda, ¿no te parece?

—¿El Sr. Conde no repara en que esa forma no es admisible para una niña?

—Ah! yo ignoraba!...

—Se burlarian de la señorita, pues la capota es de señora...

—En ese caso, Loto, no diremos nada, pues reconozco que no estoy muy enterado de esos distingos.

La niña, sonriente ya, se quitó la capota y la entregó á la francesa, que se apresuró

á arreglar los desperfectos causados por aquellas inespertas manos.

—La señorita no debe tardar mucho en peinarse y vestirse, dijo Coralia retirándose con una cajita que habia venido á buscar, pues la señora condesa irá al comedor.

—¿Y á tí quién te peina? preguntó Enrique á su hija, sentándose en una butaca dispuesto á pasar con ella un rato.

—Yo misma, dijo Loreto quitándose lentamente la manteleta y envolviéndose en un fino peinador.

—¡Tú! ¿Y no te molesta?

—No, papá, ahora verás qué pronto me peino.

Y sin cortedad alguna, contenta de que su padre la acompañase, deshizo su pesada trenza y comenzó á peinarse.

Enrique la miraba con gusto.

Aquella figura juvenil parecia traer á su memoria algo semejante á un perfume, y á su corazon la ternura que en él parecia agotada.

Sacó un cigarro y recostándose indolentemente comenzó á mirar con interés los detalles del peinado.

—¿Tú sabes, dijo, que mañana comenzarás á bañarte en el mar?

—Ya lo sé, papá, y estoy muy contenta.

—¿Quién te lo dijo?

—Esa señora que vino de visita...

—La de Ponce... una antigua amiga de mamá... ¿dónde la oíste?

—Mamá me llamó para presentarme a ella, dijo echando hacia atrás la revuelta madeja de sus cabellos y sonriendo a su padre.

—Ah! pero entonces eso no estaba acordado.

—Sí, pero cuando esa señora se iba la saludé y me lo dijo.

—Será preciso que seas muy buena; de otro modo mamá te impediría ir.

—¿Y por qué no había de serlo? preguntó Loreto con seriedad.

—En efecto, no hay motivo para que una niña bien educada haga una tontería; pero pudieras distraerte un poco...

—Oh, no, papá, te lo prometo.

—Bien, en ese caso seguirás bañándote con esa señora.

—Es muy guapa, ¿no es verdad? preguntó la niña.

—No es fea.

—Y parece muy buena.



—Sí, dijo Enrique.

—Y yo que la habia tomado por una señora de otra clase... vamos, así, un poco de la clase media.

—¡Tú! ¿Por qué?

—Porque la ví pasar con sus hijas y con su marido, á pié, tan modesta, tan sencilla, como los burgueses, igual; y luégo me encontré con que era amiga de mamá!

—No todos los nobles son ricos...

—Si yo no lo decia por la riqueza... pero creerás tú, papá, que yo envidiaba á los niños de esa señora porque su mamá no era aristócrata!

—¡Qué manía! ¿Y por qué eso?

—Porque debe ser tan bueno ir siempre con su mamá... poderla hablar á todas horas...

Enrique se puso sério: le pareció que su hija pensaba demasiado hondo.

Para no contestar quiso cambiar de conversacion.

—Ya estás peinada? dijo viendo que Loreto anudaba un lazo de terciopelo en el remate de su larga trenza: ¡qué pronto!

—¡Si esto no es peinado ni es nada!...

—¡Oh, no! Es un peinado fresco y gracioso que te sienta muy bien.

Loreto sonrió con encanto al oír á su padre, y secando sus manos que habia lavado rápidamente fué á sentarse junto al conde:

—Díme, papá, dijo atreviéndose á todo animada por aquella desusada amabilidad, ¿no es verdad que ya no volveré al colegio?

—Veremos, dijo el conde que no queria aventurar una promesa que podia molestar á su mujer.

—¡Oh, no, papá, no volveré!... Tengo diez y seis años, ya sé todo lo que tenia que aprender; todas las de mi edad se han ido ó se van y aquello es muy triste, créelo.

—Eso es cosa de tu mamá; veremos si eres ya una señorita formal...

—¡Oh, sí que lo soy! Si mamá me vistiera de largo y yo la acompañara, podria ver cómo no la molesto...

—Eso es muy difícil, dijo el conde.

—¿Por qué?

—Tu mamá no quiere que parezcas mujer ántes de tiempo.

—Ya tengo edad...

—No hablemos de eso...

—Pues entónces, dijo Loto con una impaciencia que no pudo ocultar, he de se-



guir así, sola, sin tener con quién hablar, viendo á mamá irse á sus fiestas y á tí á las tuyas...

Enrique se puso de pié nervioso y disgustado.

Las palabras de su hija le parecían una amarga censura de su vida, así como de la de su esposa.

Algo semejante á un remordimiento oscureció su pensamiento por un instante.

—Las niñas bien educadas, dijo alejándose, no exigen nada á sus padres, obedecen y callan; por ese camino se vá al colegio.

Y salió sério y disgustado, murmurando:

—¡Angela tiene razon! Esta niña es muy precoz, y resulta un cuidado insopor-  
table!

---

## CAPITULO VII.

El despertar de Loreto al día siguiente fué alegre como el de un pájaro que presiente la luz.

¡Qué de esperanzas, qué de proyectos!... Iba á salir, á ver gente, á oír hablar, á reír, sin la insoportable vigilancia del colegio, sin la frialdad muda de su madre, que la imponía pavor, sin la impertinente inspección de la doncella Coralia.

¡Iba á ser feliz! ¡Feliz por completo!

¡Qué lástima que las hijas de aquella amable señora fuesen tan pequeñas!...

No era posible llamarlas amigas, ni hablar con ellas, y en cuanto á jugar, la señorita Loreto de Silva había tirado ya las muñecas.

Era lamentable que no se alargase un poco su falda, y se recogiese su cabello, pues con aquel aire de niña, nadie podría comprender que tenía diez y seis años!...

¡Pero ella misma lo diría siempre que tuviese ocasión y no la oyera su mamá!

¡Vaya un capricho extraño!

¡No querer que pasara de los catorce años! Como si el tiempo, para ella sola, hubiera de interrumpir su marcha!

Era una manía de gran señora.

No había más remedio que doblegarse á ella.

Cuando los esposos Ponce llegaron á buscar á Loreto, ésta esperaba ya, vestida con un sencillo traje de percal rosa y un sombrerito de paja con un grupo de capullos.

Estaba muy bonita con aquel fresco y gracioso atavío, que parecía copiar el color de sus pensamientos.

Pilar preguntó por la condesa.

—No ha llamado aún, dijo la doncella; el calor fatiga mucho á la señora y la molesta; pero anoche recibí sus órdenes respecto á la señorita...

—Sí, todos los días vendremos á buscarla á la misma hora.

—Si los señores no quieren molestarse yo misma llevaré la niña á donde me indiquen.

—No hay necesidad, dijo Pilar afable-



mente, pues hemos de pasar por aquí.

—Entonces los señores tendrán á bien avisar á Fausto, el ayuda de cámara del Sr. Conde, que estará en el patio, para no molestarse en subir la escalera...

—Es poca molestia esa, dijo Ponce, pero lo haremos: ¿donde está Fausto?

—Ahora se unirá á los señores, llevando el traje de baño de la señorita...

—Muy bien: hasta luégo.

—Buenos dias, dijo Pilar, mis saludos á la condesa.

—¿Y las niñas? preguntó Loto notando la ausencia de las que habian de ser sus pequeñas amigas.

—Ya estarán en los baños, con su abuelito y la niñera, dijo Pilar, pero no se bañarán hasta que lleguemos.

—¿No se asustan del mar?

—¡Oh, no! dijo Ponce riendo, ya lo conocen... Lolita nada algo, y Carmelita no tardará mucho en aprender.

—¡Ay qué dicha! dijo Loreto con expresion de pena, quién supiera nadar!

—Es muy fácil aprender, dijo Ponce.

—Pero como yo no podría, aunque quisiera.

—¿Por qué?

—Mamá no lo consentirá...

—Pues vá Vd. á tener muy cerca quien pueda darla lecciones, porque Pilar nada muy bien.

—Eso de muy bien...

—Sí, muy bien: aquí no cabe la modestia.

—Veremos si Loreto tiene aficion.

—Aficion, sí, pero como nunca he nadado, ni me he bañado en el mar...

—No es tarde para empezar.

Los bañistas siguieron en silencio algunos pasos.

Al aproximarse á la playa, Loreto, fascinada con el doble entusiasmo de la novedad y de la juventud, que parece sorprenderse de todo, comenzó á demostrar su asombro con exclamaciones de alegría.

—¡Segun eso no ha visto Vd. nunca el mar!

—Cómo habia de verle, si no he salido del colegio, como mi hermanita, que allí está encerrada, pálida y triste...

Los esposos se miraron con expresion de pena.

—Es decir que ella desearia venir...

—¡Ya lo creo! La pobrecilla estará ahora como yo estaba ántes, entre lecciones,



castigos, disgustos con las compañeras...

—No es divertido, dijo Ponce, pero como hay que aprender en esa edad...

—Pues, apenas aprendemos nada!... hablamos allí el francés, y luego no sabemos su gramática... y en cuanto á dibujo y música y primores, como hay tantas, la que es tórpe y no lo comprende no tiene quien le ayude á entenderlo...

Los esposos volvieron á mirarse.

—Quiero creer, dijo con amable sonrisa Ponce, que hay muy pocas señoritas torpes...

—Ah! no señor! Por desgracia hay muchas, la mayoría, y para no decir que no saben ó no pueden hacer una cosa, dicen que no quieren y que prefieren ocuparse de otras!

—De otras!...

—¡Pues ya lo creo! En vez de hablar de historia, de geografía, de bellas artes y de labores, hablan de sus planes para cuando salgan de allí, fingen males para que las saquen...

—¡Hola! Pues esas señoritas no se portan bien!...

—Es verdad, pero ellas entienden que son sus padres los que no debían dejarlas

allí completamente olvidadas.

—Nunca deben los hijos culpar á los padres: dar educacion á una niña no es olvidarla, dijo severamente Ponce.

—Sí, pero ellas entienden que se puede educar á una niña en su casa, sin privarla de todo cariño, de todo consuelo.

—Eso es verdad, dijo sin poderse contener Pilar.

—No todos pueden consagrarse á la penosa tarea de educar un niño...

—Pero cuando son hijos, insistió Pilar...

—Esta señora, dijo Loreto con una seriedad superior á su edad, no enviará las suyas al *Sagrado Corazon*...

—¡Oh, no! no quiero separarlas de mi lado...

—Pues por qué no ha hecho lo mismo mi madre? preguntó Loreto con amargura.

Ponce iba á contestar, sin duda para hacer comprender al rebelde pensamiento de Loto que no todas las circunstancias eran iguales, y que segun cambiaban ellas cambiaban los sucesos, pero no tuvo tiempo, porque sus rodillas fueron asaltadas por las dos preciosas niñas que vestidas de blanco y con lazos escoceses habia visto

Loto pasar el día ántes por debajo de su balcon.

—Ah! las niñas!... dijo la heredera de los Villa-Quemada, ¡qué monas son!

Y se dirigió á ellas como si las hubiera tratado toda su vida.

—Lolita, Carmela, venid conmigo, yo os quiero mucho, dijo á las pequeñas.

Las dos lindas muñecas de 6 y 4 años que la escuchaban, parecieron adivinar una amiga en aquella delicada personita, y sin resistencia la alargaron sus manos.

A la puerta del establecimiento balneario esperaba un caballero de regular edad, de aspecto fino y distinguido.

—Papá se impacientaba esperándonos, dijo Ponce.

—No, más bien se divierte con las chiquillas, afirmó Pilar.

Loto se habia detenido con las niñas al lado de la puerta, saludando ligeramente al caballero que sonreía á sus nietas.

—Papá, dijo Ponce, tengo el gusto de presentarte á la señorita Loreto de Silva, hija del conde de Villa-Quemada.

—Yo lo tengo en conocerla, tanto más cuanto he conocido y apreciado mucho á su abuelo, que era una excelente persona.



—El Sr. D. Lorenzo Ponce, mi padre, dijo Rafael completando la presentación.

Loreto se puso encarnada de alegría al verse tratada como una señorita, y saludó graciosamente, aunque algo confusa.

Una niñera joven y elegante se adelantó hacia Pilar:

—Todo está listo, dijo.

—¿Trajeron la ropa de baño de esta señorita?

—Sí, señora; me preguntó un poco antes de entregármela, pero en fin conoció que era yo la que buscaba...

—Pues vaya Vd. delante con las niñas que es algo tarde y no hay que perder tiempo, dijo Pilar; y volviéndose á su joven compañera le dijo: cuando Vd. quiera.

—Vamos, dijo Loto, estoy á sus órdenes.

—Adios, Rafael, hasta luego.

—Ya te iré á buscar, dijo Ponce.

Las dos señoras siguieron á las pequeñas.

—¡Ay! ¡qué hermoso es esto! ¡Qué hermoso el cielo y el mar, que tienen los mismos colores; el uno blanco y azul con sus nubes y su espacio sereno; el otro azul y blanco con sus aguas y sus espumas! dijo

Loto respirando con alegría aquel aire puro y cargado de oxígeno que dilataba sus pulmones; ¡que hermoso, Dios mío!... Cómo es que hay quien pudiendo gozar de su vista no quiere verlo!

—Para Vd. tiene además de su belleza el atractivo de la novedad, dijo Pilar riendo.

—Puede ser, pero estoy encantada, y apropósito, señora, le ruego que no me hable de Vd., siendo amiga de mi mamá como lo es...

—Como quieras, hija mía; tu edad tiene el hermoso privilegio de inspirar confianza.

Y la de Ponce, tomando á sus niñas de la mano, entró en el departamento destinado á desnudarse y cubrirse con la ropa de baño.

Loto y la niñera la siguieron.

Pilar, sentada en un pequeño banquillo de lienzo que la criada llevaba, comenzó á desnudar á Lolita, que era la más revoltosa.

Cada prenda de su atavío infantil, era separada por la jóven madre con una especie de ternura íntima y dulce, que parecía desbordarse en las miradas y la sonrisa.



El pequeño traje blanco, el lazo que lo ceñía al movable talle; el fino zapatito, el corto calcetín, la enagua orlada de encaje y la fina camisita, fueron tocados, acariciados, perfumados, por decirlo así, por aquellas suaves manos que parecían hechas para los cuidados maternos.

Cuando el lindo cuerpecito quedó desnudo sobre las rodillas de la joven señora, Lolita, por una intuición de pudor femenino, se tapó los ojos con las manos, creyendo así que no la vería su nueva amiga Loto, y Pilar, encantada de la gracia de aquel movimiento, cubrió de besos el blanco pecho de la niña, sus hombros redondos, su cuello sonrosado y su espalda fina y contorneada como la de una estatuita.

Lola, al sentir el cosquilleo de los besos de su madre, se echó á reír, con esa risa ruidosa y alegre de los niños que tiene el privilegio de hacer sonreír á los que no se rien ya.

Las manecitas que ántes habían tapado los ojos, se tendían hácia el cuello materno con la insistencia de dos mariposillas que aleteasen buscando apoyo.

La niñera, Petra, reía también, teniendo en la mano la holgada blusa de franela

que habia de cubrir á la niña, y Carmela, envidiosa inconsciente de aquella explosion de amor y de dicha, que parecia vibrar en las carcajadas de Lolita, se asia á la falda de su madre con fuerza, reia y lloraba y parecia exigir con medias palabras y brascas sacudidas, su parte de caricias y su parte de alegría.

Loreto contemplaba inmóvil aquel cuadro sencillo y purísimo, más bello en su realidad que todas las fantasías del genio.

Su dulce y cándida fisonomía se fué alterando gradualmente.

Sus ojos, fijos tenazmente en el grupo encantador de la madre y las hijas, se abri-llantaron, y al fin las lágrimas aparecieron en ellos.

Algo confuso, algo desconocido brotaba en su pensamiento, como si un gérmen en él oculto, fecundado por el calor de una idea nueva, se desenvolviese de su inanimada materia surgiendo con un átomo de vida.

¿Era una protesta?

¿Era una queja?

¿Era una aprobacion?

¿Era un sentimiento?

Loreto no lo sabia ni en ello pensaba.

Una leve angustia, una opresion penosa invadia su pecho, y el llanto acudia á sus ojos como un consuelo.

Si hubiera sido posible buscar entre las sombras de sus ideas algo concreto que justificase aquellas lágrimas silenciosas y amargas, es posible que se hubiese hallado esta triste reconvencion que la palabra no llegaba á formular ni la razon á admitir:

—Jamás mi madre me ha tocado así, ni me ha besado, ni me ha querido...

¿Por qué todas las madres no aman lo mismo?...



## CAPITULO VIII.

No hay nada más divertido que lo nuevo. En todo paisaje desconocido, en toda armonía que por primera vez se escucha, en toda diversión que nunca se ha gozado, hay algo tan atractivo, tan fascinador, que logra absorber nuestro pensamiento haciéndole olvidar la sensación anterior.

Por eso nuestro siglo que aquilata el placer explota la novedad; cada día un país diferente, una moda distinta, una necesidad creada bajo la costumbre ayer desconocida...

La nostalgia de lo nuevo lo invade, y como ya sabemos que nada lo es bajo el sol, agota su ingenio y su vida para obtener variedades fútiles que no lo satisfacen.

Esto en cuanto al mundo; en cuanto á Loreto de Silva se hallaba más que satisfecha con las extraordinarias novedades que la rodeaban.

Aquel traje de baño tan coqueton y gracioso, que dejaba ver la mitad de una pierna blanca y fina como si estuviese modelada en cera, cruzada por las cintas rojas de su alpargata de baño que subía en fantástico enrejado hasta la altura del pantalón; aquella blusa corta y ceñida al talle por una banda de lana roja; aquel feísimo sombrero de paja, adornado igualmente con el color más subversivo de todos, puesto que es el de la bandera de los que quieren arreglar el mundo á sangre y fuego, eran para Loto el más bello atavío.

¿Y cómo nó si la igualaba á cualquier otra dama, sin establecer las irritantes diferencias del traje corto?

Es verdad que su blusa de lana marcaba apenas las ondulaciones de su elegante busto de niña, y la de su amiga señalaba las amplias caderas de la mujer formada; el seno redondeado de la madre; las espaldas ricas y abultadas de la esposa; ¿pero qué importaban estos detalles?

Además, cubiertas con las capas de franela blanca hasta llegar á la orilla, si aparecía su figura más ligera, más fina y delgada, no era menos airosa y bien formada por eso.



La primera sorpresa fué el trage: el pequeño espejo le dijo que estaba muy graciosa de aquel modo, y este triunfo le hizo olvidar su pasajera pena.

Despues, cuando se vió en la playa pisando la fina arena donde quedaba impresa su planta; oyendo al mar rumoroso que mecía más que arrastraba su espuma; cuando se deslumbró con los esplendores de luz de las aguas y el cielo, confundéndose en un mismo azul é irisándose con los mismos reflejos; cuando sus ojos recibieron los rayos de oro del sol en su oriente, y sus cabellos flotaron besados por la brisa marina, tuvo un instante de tan profundo asombro, de sensacion tan viva, de admiracion tan completa, que se detuvo fascinada.

Aquel cuadro de radiantes tonos que abarcaba su vista y absorbía su pensamiento, le parecia el resúmen de todas las bellezas del mundo.

—¡Qué magnífico, verdad? le preguntó Pilar dulcemente comprendiendo su asombro.

—¡Oh, sí! Parece un sueño!

—La realidad tiene bellezas superiores á la fantasía, dijo Pilar, porque la verdad

es la obra de Dios, y la ficción la de nuestros deseos.

Loto miró profundamente á su amiga.

Jamás le habia ocurrido á ella aquel pensamiento, y sin embargo era exacto: la realidad supera siempre á la ficción.

—Vamos, vamos, dijo Pilar rodeando con su brazo el talle fino de Loreto, las niñas rien ya como locas porque las olas vienen á besarles los piés.

Se adelantaron corriendo.

Un gran número de bañistas, en su mayoría jóvenes y bulliciosas, corrian, gritaban, se zambullian en la ola que llegaba, la perseguian al huir, nadaban, agitaban el agua, y formaban, en fin, esa algazara característica de las playas que hace en ellas el cuadro más animado y encantador.

Loto miraba absorta.

La gruesa ola, arrollando sus espumas como deshilachados encages que se esparciesen sobre un manto soberano, se hinchó, rugió en torno de los obstáculos que á su paso se alzaban, y vino á enroscarse como una serpiente gigantesca cuyos anillos se rompiesen en pedazos cristalinos, en aquellos bonitos piés que cubrian unas

alpargatas nuevas, sujetas con cintas rojas, que se volvieron punzó al empaparse de agua.

Loreto dió un grito.

Pilar se echó á reir.

—No te quejarás de que el mar no te saluda, dijo: te besa los piés á su manera.

—¡Oh! ¡qué miedo me ha dado!

—¡Bah! ¿eres cobarde?

—¡Oh, no!

—Pues ven á mi lado; bañaré primero las niñas y luégo te daré la primera lección.

Una bellísima bañista vino á buscar á la de Ponce, con el trage mojado á medias y el sombrero mal sujeto por el movimiento de su carrera.

—Ah! perezosa, dijo: hoy vienes más tarde!

—Aurelia! gritó la esposa de Rafael á la hermosa mujer que acababa de hablar, hazme el favor de atender á esta señorita mientras baño las niñas: es el primer día y tiene miedo.

—Con mucho gusto: ¿esta señorita viene contigo?

—Ah! dispensa si no hice la presentación mútua: es Loreto de Silva, hija de los condes de Villa-Quemada.



Y entrando en el agua con la niña en los brazos dijo á Loto: la señora de Castillo...

Sobre las mejillas mojadas por el agua del mar de la que hemos oído llamar Aurelia, pasó un fugitivo rubor, algo semejante á un reflejo de color de rosa.

—Ah! dijo, tomando la mano de Loreto y llevándola hácia las olas, conozco mucho al conde y á la condesa... pero no sabia que su hija fuese ya una señorita...

La impresion del agua arrancó otro grito á Loreto, que asida á la mano de Aurelia temblaba visiblemente.

La de Castillo sonreia: sus dientes blanquísimos se veian entre sus rojos labios como un hilo de leche entre la carne rosada de una fresa.

Sus ojos negros, grandes, magníficos, parecian irradiar luz bajo la sombra del ala de paja de su sombrero.

Su cutiz terso y limpio, ligeramente moreno, tenia bajo las gotas de agua que lo salpicaban, el aterciopelado del melocoton, húmedo con el rocío de la mañana.

Sobre sus negros cabellos temblaban chispas de espuma, irisadas como los brillantes de una diadema, con los reflejos del sol.

Su hermoso busto parecía de mármol entre la gasa ondulante de las aguas que ya lo cubría á medias, ya lo dejaba húmedo y brillante, descubierto á la luz del sol, como una estatua á la que se arrollase el velo.

—¡Qué hermosa mujer! pensó Loreto cuando pudo darse cuenta de lo que veía: no he visto ninguna que lo sea tanto!

—¿Ha venido la condesa? preguntó Aurelia, mientras sostenía con fuerte brazo á la tímida bañista.

—Mamá se levanta muy tarde, dijo Loto con timidez.

—¿No se baña?

—Es probable que se bañe más adelante, pero ahora está muy cansada del viaje... aún no ha salido.

—¿Y... el conde? preguntó vacilando y no sin que se colorease su rostro Aurelia.

—¡Oh! papá sí sale, pero no sé si se baña, dijo Loto.

Una oleada hizo estrecharse á las dos señoras la una contra la otra para resistir su empuje, y apenas pasada, Loreto, dominada por su curiosidad de niña y deseando hablar con aquella linda mujer, preguntó:



—¿Usted conoce á mis padres?

—Mucho, dijo bajando su cara para que la mojase la ola la de Castillo.

—¿Usted vive en Madrid?

—Sí, contestó con laconismo.

—¿Y los trata?

—Sí; mi marido, el general Castillo, es amigo del conde: yo suelo ver en los salones á la condesa, y algunas veces cambiamos tarjetas.

—Ah! dijo Loreto, que ignorante de los usos de sociedad no sabia lo que aquello significaba.

—Aquí tambien le dejaré mi tarjeta, dijo Aurelia.

Pilar, que habia bañado á sus niñas la una despues de la otra, y las habia ido entregando á la niñera, que envueltas en ancha tohalla se las llevaba para secarlas y vestirlas, vino nadando á buscar á su jóven amiga para darla su leccion de natacion.

Desde aquel momento las alegres risas de las tres mujeres, los gritos de Loto asustada, el agua golpeada por los piés de las nadadoras que jugaban pasando, fueron el único diálogo que pudiéramos copiar.

Cuando salieron dejando un rastro de agua sobre la arena para buscar sus ca-

pas, y envueltas en ellas corrieron á las casetas, Aurelia gritó á la de Ponce:

—Adios, Pilarito: ven mañana más temprano que ya hace calor: adios, niña, hasta la vista!

Cuando Pilar y Loto se desenvolvieron de sus húmedas toallas y comenzaron á vestirse, Loto dijo con la ingénua franqueza de sus diez y seis años:

—¡Qué hermosa es esa señora amiga de usted!

—Sí, muy hermosa! Ya la verás adornada.

—No estará más guapa que en el baño.

—Ella no pierde vista así, pero compuesta está deslumbradora!

—¡Es magnífica! Parece una estatua, dijo Loto, encantada de alternar con personas formales.

—Es andaluza, y hablando es graciosísima; tu mamá la tratará...

—No sé... como hace tan poco tiempo que salí del colegio, no conozco á sus amigas.

—Es natural.

Loto quedó pensativa.

El nombre de la hermosa señora vino de pronto á recordarle un detalle del viaje.

Aquella dama que su mamá habia dicho que tenia ocupadas todas las horas del dia...

—Ocupadas... ¿De qué manera? se preguntaba Loto.

Y era ella, no habia duda, habia dicho Castillo... la generala Castillo... ¡pues es claro!... Siendo su marido general ella era generala... Compartian la faja, era lógico... además, iba recordando por completo, su papá habia dicho que era muy guapa, pero que no le gustaba... ¡Que no le gustaba! ¿Era acaso posible que no gustase aquella hermosísima mujer?

Su mamá habia dicho bien al decir al conde que tenia mal gusto.

—¿Es muy jóven esa señora? preguntó Loto mientras, vestida ya, secaba sus cabellos.

—¿Quién, Aurelia? preguntó Pilar que arreglaba á las niñas ántes de acabar de vestirse...

—Sí, Aurelia, la señora de Castillo.

—Muy jóven, no; será de mi edad.

—Pero Vd. es muy jóven.

—No tanto como parece, tengo treinta y dos años.

—Como mamá, dijo cándidamente Loto.



Pilar sonrió sin contestar.

La niña se equivocaba en seis años.

—¡Lolita estate quieta! no te puedo peinar! dijo Pilar á su hija.

Loreto que ya se habia puesto el sombrero y revolvía entre las manos su quitasol, fijó los ojos en la niña y volvió á ponerse triste: el recuerdo de su juventud, léjos de su madre, sin caricias ni cariño, volvió á oprimir su corazon.

---

## CAPITULO IX.

Cuando Loreto, despidiéndose cariñosamente de su nueva amiga, subió á sus habitaciones, la alegría habia teñido con un suave matiz carmíneo sus mejillas, suavemente pálidas, como si la Hada de la salud hubiese tocado su rostro con sus dedos de rosa.

La refraccion de su pensamiento, henchido de ideas nuevas, de impresiones desconocidas, de imágenes deliciosas, daba un brillo singular á su mirada, y una sonrisa casi beatífica á sus labios.

¡Qué bella era la vida para la adolescente que habia anegado su espíritu en luz, en afectos puros su corazon, en belleza espléndida sus ojos!...

Para un simple observador, el baño habia sentado admirablemente á la niña, que volvía con mejor color y animacion más viva; para un observador psicológico, la



vida del espíritu se iniciaba en aquella alma, dormida en su inocencia como la crisálida en sus larvas, y su envoltura carnal sentía la influencia de aquella irradiación del sentimiento.

Villa-Quemada había preguntado dos veces á Coralía por su hija: le parecía que tardaba demasiado, y había en sus preguntas algo que sino era inquietud se parecía mucho á la impaciencia.

La doncella francesa, queriendo ser agradable al conde, fué á darle aviso de la llegada de la niña.

La condesa que acababa su *toilette* de mañana en aquel momento y que no tenía otra cosa mejor que hacer, dijo con indiferencia:

—¡Y bien, que venga! ¡Es original esa chiquilla con su timidez de monja!

Coralía transmitió la orden.

Loto, con su mirada radiante, sus mejillas sonrosadas, y sus finos cabellos rubios húmedos todavía, estaba muy bella al aparecer en el dintel de la puerta.

Enrique levantó los ojos del periódico en que leía para mirar á su hija, y al ver su aspecto de salud y contento, lanzó una exclamación de asombro.

—Ah! dijo, mira, Angela, mira, qué animada viene Loto y qué linda está! Es maravilloso el efecto del baño...

La condesa que daba la última mano á los rizos de su frente contemplándose ante un espejo, se volvió hácia su hija y le preguntó:

—¿Te bañaste bien?

—Sí, mamá, muy bien.

—¿No te dió miedo el mar? añadió el conde.

—Un poco, al principio, pero pasó!... ¡Es tan hermoso, tan divertido!...

—¿Había, pues, mucha gente? preguntó Angela, yendo á sentarse en una mecedora, y tomando de un velador cercano una carterita para arreglarse las uñas.

—¡Oh, sí! mucha! Y tu amiga me presentó á otra señora...

—Pilar es muy aficionada á visitas y cumplimientos, dijo con desden la condesa.

—Es que era una amiga suya, y tuya, segun creo: y tan amable, tan hermosa...

—¿Quién era?

—La señora del general Castillo, contestó con énfasis la niña, que había creído adivinar algo desdeñoso en el acento de su madre.

—¡La de Castillo! exclamó con viveza la condesa, ¿es amiga de Pilar?

El conde, que se había estremecido ligeramente, escuchaba con toda su alma.

—Sí, mamá, muy amiga; se tutean, parece que se quieren mucho!

—No lo comprendo: ¿sabes tú, Enrique, por qué la de Castillo es amiga íntima de la de Ponce? preguntó con irónico acento la condesa.

—¡Yo! ¿Y qué motivos tengo yo para saber esas cosas?

—Como Aurelia es tu amiga...

—Bah! dijo esforzándose por hacer su acento indiferente Enrique; ¡mi amiga! ¡Como tuya, como de cualquiera!... ¡La conozco, y nada más!

—Bien, pero no me negarás que hay conocidas muy simpáticas, cuyas noticias interesan, en tanto que otras son indiferentes.

El conde se encogió de hombros y volvió el periódico para seguir leyendo.

—¿Y al general no lo viste?

—No.

—¿Con quién iba Aurelia?

—No lo sé: la ví en el agua, con el traje de baño, me ayudó á sostenerme en el



agua en tanto que Pilar bañaba sus niñas...

—Ah!

—¡Y nada tan bien!

La condesa hizo un gesto de mal humor; los elogios de su hija la molestaban.

Dejando sobre la mesa la carterita, tomó un pequeño espejo con cabo de marfil y comenzó á mirarse en él.

Si Loto hubiera tenido más experiencia, desde aquel momento hubiese dado la audiencia por terminada.

Pero la niña, sin comprender que su conversacion molestase á su madre, prosiguió animada por su silencio:

—Y Pilar tambien nada muy bien; dice que me va á enseñar.

—¿Para qué? preguntó secamente Angela.

—Para que me bañe sin miedo: las niñas de Pilar casi saben ya... ¡y son más monas!... Pues me ha dicho la señora de Castillo que yo voy á nadar muy bien.

Enrique separó el papel en que leía para hacer sin duda una pregunta, pero no se atrevió, y se limitó á mirar fijamente á su mujer y á su hija mientras encendia un cigarro.

—Será mejor que no aprendas...

—Por qué, mamá? preguntó triste Loto.

—Me dá miedo el mar.

—¡Si no hay peligro!...

—Harás muy bien en no oponerte á ello, dijo Enrique; es un ejercicio útil y agradable que ha de sentar muy bien á la niña, y puede alguna vez servirla.

—Me parece una tontería, dijo sin insistir la condesa.

—Loto será prudente, afirmó el padre de la gentil discípula de natacion, con fría sonrisa, y tu amiga tendrá cuidado de no exponerla á un peligro.

—Como querais, contestó la condesa.

—Ya vé Vd., dijo Loto que habia estado dando vueltas de un lado á otro de la pequeña estancia, mirándolo todo, sonriendo á su imágen en los espejos, aproximándose á sus padres segun la dirigian la palabra, y mirando, por último, por entre la persiana que entoldaba el balcon, á la calle, ya vé Vd. que no hay el menor cuidado, tanto la señora de Ponce como la de Castillo nadan muy bien.

—Es que tú, dijo otra vez impaciente la de Villa-Quemada, no vas á bañarte con esa señora á quien yo apenas trato....

Enrique dejó el periódico sobre una silla



y se incorporó como si se dispusiera á intervenir en el diálogo, impidiendo con su intervencion alguna imprudencia de la condesa.

En aquel momento Loto, que se habia detenido detrás de la persiana entreabierta, dijo con viveza señalando con la mirada á la calle, y con una expresion de alegría infantil:

—Mírala, mamá, ahí vá... qué linda es, qué elegante, qué graciosa!...

La condesa se levantó de un salto y fué á colocarse al lado de su hija.

Aurelia pasaba en efecto por la parte de la calle que se veia desde el balcon: iba á cruzar la puerta del *Hotel*.

Enrique, sin moverse de su sitio, hizo un nervioso movimiento de impaciencia.

La de Castillo vestida con esquisita elegancia, si bien con la sencillez exigida por la hora y el sitio, casi cubria su gallarda cabeza con la sombra proyectada por un gran quitasol.

—Oh! qué bella! dijo á media voz Loreto; en el agua estaba hermosísima, pero aún lo está más vestida y adornada!

—Qué niña tan nécia y tan pesada, dijo volviéndose bruscamente Angela; ¿piensas

tú que cada persona que no lleve el hábito del colegio es un modelo de buen gusto?

—Pero, mamá...

—Déjame! Me estás fastidiando toda la mañana con esa dichosa señora, cuya belleza es muy problemática, y cuya elegancia es tan llamativa que más que una dama de carne y hueso parece un maniquí de escaparate.

—Pues, yo creía... añadió balbuceando confusa la pobre Loto.

—Te he dicho que calles y te vayas á buscar las muñecas!... Esta chiquilla es verdaderamente insoportable, y me espera un bonito verano!

Loto muy confusa, muy avergonzada, bajó la cabeza para que no viesen sus ojos llenos de lágrimas.

Decididamente no decia nada que lograra agradar á su mamá...

Y las pequeñas niñas de Pilar que eran tan acariciadas y festejadas de su madre en todo cuanto decían!

Qué felices eran las que tenían madres tan amorosas, tan dulces, tan indulgentes!

Si había de vivir así, prefería el colegio.

El conde no salía á su defensa como otras veces.

Habia vuelto á leer y no parecia percibirse de la riña de la condesa y de la pena de su hija.

La doncella Coralia vino á poner término á esta penosa situacion anunciando el almuerzo.

—Que me sirvan á mí aquí, dijo la condesa que habia vuelto á recostarse en la mecedora.

—En ese caso dijo el conde, yo bajaré con Loto al comedor.

Angela hizo un movimiento de indiferencia.

Enrique ofreció el brazo á su hija, que alegre con verse tratada como una señorita, y con la esperanza de pasar algunas horas sin las riñas de su madre, olvidó su pasado disgusto.

Cuando llegaron al patio adornado de plantas y flores, el conde se detuvo, puso su mano sobre la manecita de su hija apoyada en su brazo, y la dijo á media voz:

—Ten cuidado, para no disgustar á mamá, de no hablar de ninguna señora...

—Pero si yo nada dije, contestó Loto otra vez afligida; es que pasaba la generala Castillo, y me pareció hermosa.

—Pues de la generala Castillo ménos



que de ninguna; á tu mamá no le es simpática.

—Pero si es tan guapa, y tan amable!

—Sí, todo lo que tú quieras, pero ten cuidado de no hablar de ella; si acaso te se ocurre algun nombre procura que sea el de una fea...

Loto lo miró absorta, como si no comprendiera una sola palabra de la advertencia: iba á preguntar algo, pero Enrique la arrastró suavemente hácia el comedor, y la niña no se atrevió á insistir.

La condesa entre tanto decia á Coralía:

—Hágame Vd. el favor de procurarme una nota de los viajeros que paran en el *Hotel*: no me atrevo á bajar al comedor sin tener una idea de las personas que en él encontraré.

—La señora será servida: copiaré la lista del tarjetero hoy mismo.

—¿No tiene Vd. noticia de que se hallen aquí algunas conocidas de Madrid?

—Creo que sí: he visto hoy bajar la escalera á la señora Marquesa de Casa-Nueva...

—Ah! ¿Sí? ¿Pues cómo?

—Creo que viene aquí unos dias ántes de ir á su castillo; he oído á su doncella

que la señora Marquesa tomará por tandas los baños...

—Ah!...

—Unos dias aquí, otros cuantos en Biarritz, Arcachon, San Juan de Luz...

—Sí, ya sé; eso hace siempre: así con poco equipage puede lucir novedades; es muy maestra en hacer efecto!...

Coralia, que servia á su señora, guardó silencio cuando ésta dejó de preguntarle.

En cuanto á la condesa se olvidó por completo de la presencia de la doncella.

---



## CAPITULO X.

Aurelia Mendoza, casada hacia dos años con el mariscal de campo de los ejércitos nacionales D. Leon de Castillo, la misma que acababa de bañarse con la señora de Ponce en la plaza de San Sebastian, habia entrado, en efecto, en el *Hotel* en que se hospedaban en esta ciudad los condes de Villa-Quemada.

Y no es que pensara ni por un momento, en ir á ofrecer sus respetos á la mal humorada condesa, ni á visitar á su nueva y apasionada amiga Loto, que la bella andaluza no acostumbraba á perder su tiempo en pequeñeces semejantes; iba á buscar á una dama con la cual la unia una especie de intimidad simpática: la marquesa de Casa-Nueva, que habia ido por breves dias á San Sebastian.

Cuando Aurelia llegó, la marquesa, que ocupaba uno de los más bellos departa-

mentos de la fonda, no estaba en él, pues según dijo la camarera la señora había tenido el capricho de pasar al comedor.

—Pero si la señora quiere aguardar, dijo la elegante doncella de la marquesa, que conocía á la generala y sabía la intimidad que unía á las dos damas, no debe tardar mucho la señora Marquesa, y tendría un pesar en no verla.

—Haré algo mejor que eso, Carlota, dijo la generala arreglándose ante el espejo de su amiga sus finos rizos negros, y los encages de su lindísimo traje de muselina bordada; iré á buscarla al comedor y á sorprenderla: es muy temprano para dar á mi venida el carácter de visita.

—Como la señora guste.

—¿Quiere Vd. guiarme al comedor?

—Con el mayor placer.

Aurelia siguió á la doncella de su amiga, que se retiró discretamente á la puerta del comedor, como si se tratase de un lugar vedado á sus profanas plantas.

Aurelia vió á su amiga en un ángulo de la mesa, y se dirigió hácia ella, sin que ninguno de los que almorzaban tuviese curiosidad de saber quién era la que llegaba un poco retrasada al almuerzo, cosa

que ocurre constantemente en las fondas.

Cuando la generala llegó á donde estaba su amiga tocó ligeramente su espalda diciendo:

—¡Josefina!...

La marquesa lanzó una leve exclamación de sorpresa, de alegría; se levantó con viveza y abrazó á la que llegaba.

—¡Tú aquí! murmuró á media voz: si yo te creía en la Granja!

—No: fué Castillo el que acompañó á su hija á saludar á los reyes, dejándome instalada aquí.

—¿Pero volvió?

—No! marchó al extranjero á una comisión del servicio; pero yo he interrumpido tu almuerzo... sigue, yo me sentaré por aquí.

Un camarero aproximó una silla á la generala.

Los que almorzaban habían fijado su atención en las dos señoras cuya conversacion no habían comprendido, y miraban con una especie de admiracion la gallarda cabeza de Aurelia que erguida y risueña parecía pedir homenajes.

—¿Pero tú has almorzado? preguntó la marquesa.



—No: vengo del baño.

—Pues en ese caso, ¿qué esperas para pedir un cubierto?...

—Bien, dijo sencillamente Aurelia quitándose sin prisa el guante de la mano derecha; almorzaré contigo.

En aquel momento, y cuando la generala se disponía á sentarse al lado de su amiga, entraba en el comedor el conde de Villa-Quemada con su hija Loreto.

Los ojos del conde se fijaron en aquella gentil figura como si hubieran sentido una atracción magnética, y adelantó hácia ella, saludando ligeramente con la cabeza á los que almorzaban.

—Hé aquí completa la colonia madrileña, dijo Aurelia sonriendo á su amiga; el conde de Villa-Quemada, que parece extrañarse de encontrarnos.

—Seguramente, no esperaba... murmuró Enrique tendiendo su mano á la generala y despues á la marquesa.

—¿Vernos aquí? interrumpió Aurelia; pues, es lo más natural... *todo Madrid lo sabía...*

—*Todo Madrid menos él,* concluyó riéndose la marquesa.

—Permítame Vd. marquesa que le pre-

sente á mi hija, dijo el conde tomando de la mano á Loreto.

—¡Cómo! ¿Su hija? Pero esto es una broma! ¡Yo hubiera jurado que era su hermana esta señorita!

—Mi hija Loreto, la primogénita...

La marquesa besó á la niña en la frente.

—Es encantadora, dijo; pero es una traicion sorprender así á los amigos...¿dónde ha tenido Vd. oculta esta joya?

—En el Sagrado Corazon, en Paris.

—Ah! Lo comprendo!

La marquesa dió á estas palabras tan fina ironía que Loto se fijó en ellas.

La niña se habia sentado al lado de su padre, que ocupó un asiento al lado de la generala.

El conde pidió al camarero los platos que deseaba, y guardó silencio, oyendo el murmullo apenas perceptible de la voz de las dos amigas, que se decian algunas palabras en voz baja.

En un ángulo de la mesa, dos ingleses hablaban del Sudan, del Nilo, de Gordon, el general *fénix* que renace de sus cenizas pues apenas se anuncia su muerte prueba que está vivo y muy vivo, dispuesto á gozar el título de lord y las rentas que In-



glatterra ha de ofrecerle como premio á sus hazañas.

En otro grupo, varios extranjeros dudan que sean fundadas las noticias sobre los nihilistas, especie de *coco* para asustar á los poderosos, y sospechan que está más enfermo de lo que dicen el emperador Guillermo, alzando la voz con tal motivo para sostener cada cual sus argumentos.

Frente á nuestros personajes, una jóven habla con un señor de edad de la conveniencia de visitar á Biarritz en aquella quincena, ántes que lo invada la concurrencia que se queda el Otoño, y otras dos señoras, ni jóvenes ni bellas, hablan de modas, de bailes y paseos.

Este mosaico de palabras formaba para Loreto un rumor interesantísimo.

Era la primera vez que comia en la mesa redonda de un *Hotel*, y esa variedad de objetivos, esa concurrencia extraña, desconocida, que casualmente se reúne en torno de una mesa, era para ella lo más divertido del mundo.

El conde y las dos damas de quienes hemos hablado, no prestaban atencion alguna á lo que en la mesa se decia.

—Supongo, preguntó la marquesa, que Angelita lo acompaña?

—Sí, afirmó el conde.

—¿No sale?

—Está delicada, dijo Enrique; el calor la fatiga mucho, pero saldrá despues; sólo hace dos dias que estamos aquí...

Villa-Quemada miró al decir esto la mano blanca y fina de la generala, que jugueteando con el tenedor sobre la mesa habia grabado algo sobre el mantel.

Los ojos de Loreto siguieron aquel movimiento y leyeron: 4 á 6.

Enrique lo leyó tambien.

Una mirada afirmó á la hermosa dama que habia sido comprendida, y una sonrisa fué la recompensa.

El cabo del tenedor borró aquella huella que habia formado una cifra, y la mano volvió á jugar inconsciente con los objetos de la mesa.

Loto solamente habia leído lo que se habia escrito para su padre, pero no comprendia por qué se habia escrito ni para quién.

Era muy inocente para saber lo que tales números trazados sin objeto aparente pudieran decir.

Sin embargo, todo lo que venia sucediéndola desde su salida del colegio des-

pertaba en su inteligencia curiosidades peligrosas.

Era preciso comprenderlo todo.

Habia mucho que ignoraba y que deseaba saber.

Puesto que nada se le decia, ella lo adivinaria más tarde ó más temprano.

¿Seria aquella cifra escrita ó más bien grabada sobre el mantel, uno de los turnos de que habia hablado su madre?

¡Con qué placer se lo hubiese preguntado si hubiera tenido confianza con la condesa!

¿Estaria su padre entre el 4 y el 6?

Entónces era el número 5.

—¿De qué? se preguntaba tenazmente como si pugnase por aclarar lo que no entendia: ¿de qué tiene mi padre ese número?

—He leído, dijo el conde, que piensa usted marquesa, dar algunas fiestas en su castillo de Vizcaya.

—No hay nada decidido aún, el marqués lo ha prometido, y hasta creo que ha invitado, pero eso será más tarde... en los primeros dias del Otoño, cuando se pueda cazar y pescar sin el peligro de asfixiarse.

—Naturalmente.



—Para entónces cuento con Vds.

—Mil gracias.

—¿Aceptado?

—Eso seria el colmo de la dicha para nosotros, pero no siempre es posible lo que es agradable.

—¿Es una negativa?

—Tampoco; es una trégua en la cual decidirán las circunstancias.

—Espero que decidan á favor de mi deseo.

—Yo he de hacer para ello cuanto esté de mi parte.

—¡Aurelia! Contigo cuento como conmigo misma!

—Haces bien de no ir más allá, porque seria peligroso: ni tú ni yo sabemos para ese tiempo lo que podemos ofrecer.

—Salvando lo imprevisto, iremos juntas á mi castillo...

—A ménos que yo no deba ir ántes al mio...

Esta alusion al nombre de su esposo hizo reir á las dos amigas.

—Oh! Sí! Tu castillo no es feudal, sino democrático...

—No hay democracia que no oculte sus gérmenes absolutistas...

—¿Irá Vd.? preguntó Enrique á media voz.

Aurelia hizo un gracioso movimiento que ni afirmaba ni negaba.

—Tú, el conde, Angelita, esta bella niña, Castillo, Casa-Nueva y yo; sin necesidad de más invitados podíamos organizar una partida de caza.

—Así estaríamos como en familia, dijo Aurelia, y te confieso que encuentro el círculo muy estrecho.

—El marqués te complacerá ensanchándolo; tiene en proyecto fiestas, escursiones, bailes campestres, comidas... y todo esto requiere gran personal.

—Mejor: en ese caso es probable que admita la invitacion.

—Es decir, que la soledad con nosotros la asusta á Vd? preguntó el conde.

—No tanto, contestó riendo Aurelia, pero es difícil la soledad en el campo... es decir, la soledad no lo es tanto como el *petit comité*...

—Qué poco agradable es eso para los que habíamos de formarlo, dijo el conde dando á su voz una ligera inflexion de amargura.

—Al contrario, dijo aturdidamente Au-



relia, puede no serlo para los que forman la multitud, la comparsa... pero no para Vd...

Josefina la miró sonriendo.

El hermoso rostro de la generala se coloreó como si lo envolviese un reflejo.

—Este Villa-Quemada con sus preguntas me desconcierta... he dicho una tontería, y rectifico: en los convidados de la marquesa no hay comparsas, todos son primeros papeles... pero yo hablaba de animación, de ruido, de grupos numerosos, de voces vibrantes...

—Entre las cuales no se oiga la nuestra, dijo Enrique en voz baja, ¿no es así?

Loreto observaba con gran atención.

Nadie se ocupaba de ella.

Hablaban como si estuviesen solos.

Aurelia la había sonreído alargándola una fruta, y esto era todo!

¡Ella tan amable en el mar!...

Su padre la hablaba muy bajo alguna vez, pero no parecía escucharlo porque no contestaba.

¿Qué la diría?

¡Cuánto hubiera dado por saberlo!

¡Y qué alegre parecía la generala, y qué hermosa y qué elegante!

Tenia puesto el sombrero y el guante de la mano izquierda.

Comia y bebia riendo, hablando, como si estuviese sola en su gabinete.

Y aquella otra dama era á no dudar la que descendia de aquel vendedor de sardinas, que segun su mamá hizo dinero para que sus nietos compraran castillos y blasones.

Y su papá parecia ser muy amigo de aquella señora, sin asustarse por lo de las sardinas.

¡Cómo es el mundo! pensaba la pobre Loreto.

Nada de lo que nos dicen en el colegio es verdad!

Y como se creia olvidada, observaba cuanto veia para ocuparse de algo.

Josefina Dávila, marquesa de Casa-Nueva, era bella, pero no como la de Castillo espléndida, ni como la condesa de Villa-Quemada distinguida, sino con una especie de encanto artificial que parecia comprado á peso de oro.

Era la mujer rica, que rie fuerte, que mira altiva, que anda erguida y que parece que va diciendo á todo el mundo: *bajadme la cabeza, que tengo dinero.*

La blancura de su cutiz debia costar muy cara, así como el dorado brillante de

su cabello, primorosamente peinado, á pesar de la *negligé* de su atavío.

Sus manos finas, aunque algo grandes, debían conocer también íntimamente el nevado cosmético, que las envolvía en una blancura trasparente.

La bata de seda se adornaba con encajes que valían una fortuna, y algunas gruesas piedras hablaban de la riqueza de su dueña con sus radiantes fulgores.

La marquesa se proponía siempre llamar la atención, deslumbrar, y lo conseguía, pues la generalidad de las gentes fijan su atención más en las apariencias que en las realidades.

Muy rica, jóven todavía, bonita, gracias á los mil medios de embellecerse que proporciona el dinero, de carácter superficial y por lo mismo alegre; de gustos vulgares, de no muy elevados sentimientos, la marquesa tenía todo lo necesario para divertirse y se divertía. Su vida era una fiesta continua, su busto parecía servir para una exposicion constante de alhajas; sus ropas pregonaban siempre una novedad, un anuncio vivo de lo más extravagante que inventa la moda.

Sus amigos, y sobre todo sus amigas,



conocían y comentaban todos sus defectos, pero la rodeaban, la adulaban, la alhagaban, formando el lucido cortejo que su vanidad exigía, y que pagaba su dinero, con esos mil obsequios que parecen gajes de la sociedad, y que realmente son estipendios para el culto de la diosa ostentación, que exige sacrificios de todos los que la adoran.

Sus reuniones eran las más animadas; sus cenas las más espléndidas; los regalos de sus cotillones, más que recuerdos de un baile, parecían pago de una deuda en joyas de valía... su marido, el noble arruinado, cobraba también su parte alícuota en aquella repartición que presidía el capricho, y se daba buen aire en gastar las peluconas del sardinero, convertidas en papelotes de rentas y propiedades por su nieta.

El marqués viajaba; protegía las artes; tenía amigos y amigas; daba comidas, compraba sin regatear antigüedades; se permitía tener *esprit*, ser original, pertenecer á lo *schut*, á la *goma*, y ménos al lado de su mujer, se le hallaba en todos los sitios *fashionables* y verdaderamente elegantes, donde el *sport* se imponía, y donde una carrera de caballos, un tiro de pichon ó un

asalto de armas, constituían, con la conquista de una belleza á la moda, lo más alto, lo más hondo y lo único importante de los problemas sociales.

De formas correctas y mundanas, desempeñaba su papel de millonario consorte á las mil maravillas, y esas eran las únicas espinas de las rosas que recogía en los dominios de la heredera del hombre de las sardinas, porque la flamante marquesa, ocupándose de su marido lo ménos posible, lo fastidiaba en la cantidad más exígua en que puede fastidiar una esposa.

Es verdad que en las grandes fiestas los marqueses recibían unidos en la puerta del salón, ó al pié de la escalera, si eran de mayor cuantía, á sus invitados, con aquella amabilidad proverbial de que se hacían lenguas las gacetillas, y aquella elegancia de buen tono que olía á todas las flores conocidas, pero no al vulgarísimo pescado base de aquella riqueza.

Después de entrar el último convidado los esposos se separaban, y probablemente no se volvían á ver hasta la hora de la despedida.

Esto en las grandes solemnidades, que en las encantadoras reuniones de los Jué-



ves, el marqués estaba exento de servicio.

Asistia tambien á las lujosas excursiones de caza, á las fiestas de palacio, donde lucia el lazo rojo de grande de España, sobre cuyos pliegues de seda dormia la llave dorada de gentil hombre, que parecia ser la llave de oro con que guardase la marquesa, que á su lado se erguia arrogante, los brillantes que por valor de algunos millones, la adornaban.

Firmaba tambien en su cualidad de marido algunos contratos, veia algunas cuentas, y lamentaba al verles no tener un heredero que asegurase aquellas riquezas en su familia; pero la marquesa no se habia dado por entendida de aquel deseo, y no habia ofrecido la menor señal de fecundidad.

En la ocasion en que la conocemos, el marido viajaba en uso de sus libérrimas facultades, y la mujer hacia otro tanto, pero el lazo conyugal subsistia intacto, puesto que debian reunirse en el castillo de Vizcaya para las grandes excursiones de Otoño.

Era, pues, una tregua en los árduos deberes del matrimonio, que ambos se apresuraban á gozar, sin exponerse á dar un

mal ejemplo de desunion, puesto que el calor del verano autoriza esas desviaciones de los cuerpos, sin escándalo de nadie.

Con estos ligeros datos, que ampliaremos si la ocasion lo exige, podrán nuestros lectores formar su juicio acerca de la marquesa de Casa-Nueva, para apreciar con más realidad el carácter de uno de los personajes que han de dar vida á esta obra.

El almuerzo habia seguido con esa trivialidad de frases que forman el fondo de toda conversacion sostenida en un lugar accesible al público, si bien con la fina intencion que suelen usar los seres acostumbrados á un trato escogido.

Aurelia fué la primera en levantarse.

—Me voy, dijo.

—Ya! exclamó sorprendida la marquesa; pero eso es imposible... tenemos que hablar.

—Despues, dijo la bella generala, poniéndose el guante que se habia quitado y sonriendo á su amiga: ¿vas esta noche al casino?

—Creo que sí, dijo la marquesa, no tenia plan, pero iré.

—Pues bien, vendré á buscarte á las ocho.

—Corriente, te espero.

—Adios conde, adios niña; hasta mañana, eh? pues supongo que seguirá bañándose.

—Sí, dijo el conde viendo que su hija no contestaba, continuará.

—La vamos á enseñar á nadar entre Pilar Ponce y yo, dijo Aurelia.

—Pilar Ponce? preguntó Josefina, ¿es acaso la sobrina de la de la Cañada que casó en Sevilla?

—La misma, la señora de Ponce, *née*, como dicen los franceses, señorita de Giron.

—¡Ah! la he tratado poco, pero la recuerdo; era muy bella, muy sentimental, muy juiciosa, algo seria y fría.

—Continúa ostentando todas esas cualidades, y á más la de esposa modelo y madre ejemplar.

—Ese era su ideal. Dila que estoy aquí y que tendré gusto en verla.

—Viene aquí todas las mañanas por mí, dijo con su petulancia de niña Loto, pues me lleva al baño.

—Entonces esta pollita se lo dirá, aunque ántes podemos saludarla en el casino...

—¡Casino ella!... ¡Qué disparate!... ¡No irá!



—Bah! pobre chica! y es lástima, siendo tan bonita...

—Adios, dijo Aurelia, ni un minuto más, tengo mucho que hacer!

Y estrechando la mano de su amiga y saludando á Enrique, salió, erguida, graciosa, haciendo volver la cabeza á cuantos ocupaban el comedor del *Hotel* y murmurar á los más cercanos:

—¡Hermosa mujer!...

Enrique se despidió tambien de la marquesa y salió con su hija.

Al subir la escalera dijo á la niña:

—Ya sabes que no debes hablar á mamá de las señoras que encontremos, y ménos que de todas de la generala Castillo.

Loreto prometió no olvidarlo.

---

## CAPITULO XI.

Los que hubieran visto á la condesa Angela fatigada bajo los ardores de un sol canicular, en un departamento reservado del tren expreso que recorria el ferrocarril del Norte; los que más tarde la hubiesen hallado reponiéndose de su cansancio, con un descuido *deshabillé* en un gabinete del *Hotel* de San Sebastian, seguramente que no la hubieran reconocido al hacer su aparicion en la elegante sociedad balnearia que habia escogido la risueña ciudad del Urumea para hacer alarde de los esplendores del lujo y las extravagancias de la moda.

Aquellas facciones finas y delicadas parecian haber ganado en pureza; aquel cutiz, algo ajado, se habia rejuvenecido, ostentando tal frescura, tal suavidad, que hubiera dado envidia á las hojas de una camelia.



Sus ojos, algo hundidos, eran más apasionados, más interesantes, rodeados de ese círculo oscuro que semeja la sombra del pensamiento, proyectándose en el rostro humano.

Su boca fina, sonrosada, de blanquísimos dientes, tenía una sonrisa lánguida y benévola; diríase que de antemano ofrecía perdonar la insuficiencia de los que á ella se aproximaban.

Su peinado, sencillísimo, era sin embargo una obra maestra de buen gusto, que hacía honor á la habilidad de Coralía.

Aquella cabeza rubia tenía una forma tan delicada, tan juvenil, tan graciosa, que más fácilmente se hubiese admitido en ella la corona de rosas que la diadema condal.

Su cuerpo era una maravilla de finura y elegancia.

De forma irreprochable, de esculturales proporciones, no se concebía nada más bello, más airoso, más delicado, ni bajo el punto de vista de la estética, ni bajo el de la moda, sujeta en la *toilette* de la condesa á la esquisita eleccion de su dueña, que huía de toda exageracion ridícula como de toda apariencia ostentosa.

Su traje era indescriptible.

Una atrevida combinacion de tegidos transparentes y aterciopelados, de colores distintos que se unian tan felizmente como se unen las tintas del crepúsculo para formar un nimbo de luz; tan nuevo, tan original, tan suyo, como lo es de un ave del paraíso su espléndido plumaje.

Y aquella gracia esquisita, aquella distincion suprema, aquella mirada inteligente atraian la admiracion, y hacian de la aristocrática dama la primera figura del círculo en que aparecia.

Cuando los condes de Villa-Quemada llegaron, estaban llenos ya los salones por las familias de los que veraneaban, ostentando las bellas y ricas bañistas lo más costoso y atrevido que la moda ofrece á la vanidad frívola de nuestra época.

La condesa pasó deslumbrando, oscureciéndolas á todas como una estrella de superior magnitud, dando un paseo lento y reposado, como reconociendo el que habia de ser campo de sus triunfos.

Un murmullo de admiracion la saludaba al pasar.

Ella sonreia satisfecha.

Habia vencido.

Desde aquel momento podia estar segu-

ra de que ninguna otra la disputaria el centro de la primacía.

Se oían frases de elogio, dichas á media voz.

El efecto habia sido magnífico.

El conde, orgulloso, lisongeado, miraba á su esposa, que saludaba ligeramente con la cabeza, como dando las gracias por aquel coro de alabanzas.

Entre aquella multitud que se apartaba para dejarlos pasar, se ocultaban dos damas que nos son conocidas, y que por distintas causas sentían como una ofensa directa el *succés* de la condesa.

La una era la marquesa de Casa Nueva y la otra la generala Castillo.

La primera lucía sus soberbios brillantes, la segunda su magnífica hermosura, una de las más acabadas y perfectas que pueden admirarse, y sin embargo, no habían producido la sensación que la de Villa-Quemada.

Esto era inaudito: aquella mujer sin gran mérito personal, casi arruinada, y con una hija casadera, las vencía en sociedad sólo con presentarse.

Las dos amigas no se comunicaban sus impresiones en aquel momento, pero se



comprendían, ó mejor dicho, se adivinaban.

Era un enemigo formidable el que se presentaba, rodeado del prestigio de otras muchas victorias.

¡Sería tan bueno derrotarlo!

Cuando los de Villa-Quemada pasaron, llevándose en pos la condesa las miradas sorprendidas ó apasionadas de los hombres, y las envenenadas por la envidia de las mujeres, los rumores tomaron forma y se oyeron preguntas, conjeturas y exclamaciones.

—¿Quién es esa mujer tan bonita y tan elegante? preguntaba un americano que habia venido á España á gastarse los millones que pudo salvar de la ruina de su país.

—Es una madrileña, le contestaba el más dulce de los componentes de la crema balnearia.

—Ah! ah! preciosa mujer! muy bonita, muy jóven, muy graciosa, muy distinguida, decia el americano siguiéndola con el lente, y moviendo la cabeza como si aprobase sus propias palabras, es deliciosa... ¿cómo se llama?

—Es un título aristocrático de los más

linajados, de los más encopetados; no me acuerdo en este momento: eh! querido Genaro, ¿no me oyes? dijo el componente de los postres del baile, es decir, el de lo dulce, que era muy jóven, vestido al último figurin y con una cabeza que parecia no tener otro destino que el sostener dos enormes orejas.

—¿Qué quieres, Silvano? Eres de lo más oportuno!... Sólo aciertas á llamarme cuando tengo prisa, dijo el llamado Genaro.

—Eh! qué diablo! Tú siempre tienes prisa, eres el hombre-máquina... te llamo porque el Sr. Morella quiere saber cómo se llama esa condesa...

Morella, el americano y Genaro, que en su dura pronunciacion revelaba su origen catalan, cambiaron un ligero saludo.

—¿Qué condesa? preguntó Genaro.

—Hombre, qué pregunta! La que acaba de entrar causando una sensacion enorme...

—Ah!... La de Villa-Quemada! ¿Quién no sabe eso, hombre? ¡Qué ocurrencia!

—Pues, chico yo no lo sabia, y no estoy obligado á saberlo porque no soy un diputado como tú, ni frecuento esos altos círculos donde se come, se bebe, se baila y se habla sin perjudicar á nadie.



El catalan sonrió.

Le habia halagado sin duda el que le reconociesen una superioridad.

—Ya los frecuentarás, dijo, cuando tengas más años y más méritos: eso se gana como los entorchados con largos servicios, contestó Genaro con petulancia.

—¿Este caballero trata á la condesa? preguntó el americano.

—No la visito, pero la trato en sociedad, dijo achicándose un poquito el diputado.

—Ah! exclamó algo desilusionado Morrell.

—Soy amigo del conde, dijo como para rehacer su decadente importancia el diputado.

—¿De qué conde? preguntó el americano distraido en la contemplacion de la bellísima condesa.

—Del conde de Villa-Quemada, del marido de esa encantadora mujer que tanto le gusta.

—Ah! su marido!

—¿Era acaso posible que no lo tuviera? preguntó el pollo Silvano riendo: sin él no ocuparia en su círculo tan alto lugar.

—Cómo! insistió el americano, ¿acaso esa dama no tenia dotes por sí misma? Su sangre...

—Su sangre es azul, azul turquí, todo lo que Vd. quiera, pero sería una solterona noble, cosa que tiene poquísima gracia. Una jamona ilustre parece mil veces más rancia que una jamona humilde, pues todo es relativo.

—Oh! aunque estuviera soltera todavía, no se hubiera llegado á calificarla de jamona: tiene la frescura de un lirio.

—De un lirio nocturno, dijo Silvano.

—De un lirio que la mañana acaba de abrir con sus besos de rocío, dijo el americano, que tenía sus extravagancias románticas, y gustaba de lucirlas en cuanto se le presentaba una ocasión.

—El rocío de la mañana de estos lirios, mi cándido poeta, dijo el diputado alardeando de escepticismo, es un rocío que se compra con oro: el tocador hace milagros.

—Oh! el tocador! ¿Qué edad le da Vd. á la condesa?

—Yo no se la doy, se la da el tiempo que por ella ha pasado.

—Pero cuánto?

—Dicen sus amigas que cumplirá pronto los cuarenta.

—¡Qué disparate! protestó con calor el

americano, envidias de mujeres!

—¿Usted no admite que sea verdad?

—De ningun modo: apénas creo que llegue á los veinte y seis.

—Me consta, dijo el interesante Silvano, siempre enterado de todo, que pasa de los treinta.

—Repito que no lo creo, afirmó Morrell.

—Hay un medio, dijo el diputado, que si era verdad que iba de prisa cuando Silvano lo llamó se habia olvidado por completo del negocio que lo llevaba á otra parte.

—¿Cuál? preguntó Silvano.

—Preguntarlo al conde que viene hácia aquí.

El americano miró con curiosidad al personage que le indicaban.

Enrique de Silva, en efecto, adelantaba hácia el grupo de que venimos ocupándonos.

Despues del paseo triunfal dado con su mujer, iba en busca de una distraccion para pasar ménos aburrido aquellas tres horas en que oficialmente se divertia.

La condesa habia quedado en un lado del salon, entre algunas señoras que se



apresuraron á dejarle sitio, contentas de que fuese aquel el preferido por aquella deslumbradora aparición.

El conde ya no tenia nada que hacer allí.

Segun los usos del gran mundo hubiera sido ridículo el marido al lado de la mujer.

Su gran tono, formado en las costumbres y en sus gustos, no le permitia esa vulgaridad.

Su mision estaba cumplida.

Despues, cuando la condesa cansada de recibir homenajes pensara en retirarse, él le ofreceria de nuevo su brazo, y la aristocrática pareja se alejaria para ocultar su fastidio con frases sueltas, ligeros epigramas, ó silencio indiferente.

El de Villa-Quemada no era hombre que alterase por nada sus costumbres.

Al pasar por delante de los que lo miraban saludó ligeramente.

El diputado, D. Genaro Valls, catalan como ya sabemos, rico, laborioso, práctico, siempre apegado á su negocio, pero con la debilidad de buscar para sus amistades y sus conversaciones nombres aristocráticos, con los cuales creia que se daba importancia, separándose del grupo en que esta-

ba se aproximó al conde, que se detuvo.

—¡Qué feliz casualidad! dijo el diputado, no sabia que estuviese Vd. aquí!

—He llegado hace muy poco... no se sabe á dónde veranear, hay alarma con el cólera...

—En efecto, por eso yo no he salido de España... He visto que tambien ha venido la Sra. Condesa.

—Sí, contestó con cierta frialdad el conde.

Y como el catalan no encontrara palabras para seguir la conversacion, el conde de Villa-Quemada, aprovechándose del silencio, le tendió la mano y se despidió de él muy cortés pero muy poco expresivo.

Parecia, segun la manera que tuvo de darle la mano, que temia que el negociante en carbones le manchara los guantes.

—Espero que nos veremos, dijo reteniendo aquella mano el diputado.

—Tendré en ello mucho gusto.

—Cuando Vd. quiera que juguemos un tresillo, me encontrará en el casino á sus órdenes.

—No lo olvidaré.

—A los piés de la condesa.

—Gracias, y adios.



Villa-Quemada se alejó con viveza.

Habia temido que el pseudo-político catalán le hablase del libre cambio, del ferrocarril del Pirineo, y de tantas cosas más como formaban el repertorio de las conversaciones de aquel comerciante que se limitaba á pedir en el Congreso ventajas para su país, haciendo en sociedad una especie de propaganda de sus proyectos.

Enrique de Silva, indiferente con los progresos de la industria, frío ante la vida activa de la política, escéptico para toda esperanza, sentía cansancio y desden hacia esos seres activos, modestos, trabajadores, que persiguen un ideal por todos los medios, utilizando para conseguirlo cuantas ventajas la casualidad les ofrece.

La vida moderna, aproximando, ó más bien, confundiendo las clases, lleva con frecuencia junto al noble título que representa las grandezas del pasado, al obrero enriquecido que habla de las tendencias igualitarias del presente, y al hombre de talento, respetado por todos, que trae al pensamiento la imagen de la sociedad perfeccionada por el esfuerzo de la inteligencia, en el porvenir.

Villa-Quemada no luchaba contra he-

chos ni tendencias: se sometia pasivamente, pero se reservaba el derecho de aburrirse.

Habia conocido en sociedad, como á tantos otros, al diputado catalan, y como D. Genaro era aficionado á los aristócratas de abolengo, aprovechando la más sencilla ocasion, se habia hecho presentar á Enrique, abrumándolo con sus demostraciones de afecto.

Cuando el conde se alejó Genaro se despidió de Silvano y Morella.

—Le agradeceré á Vd. mucho, dijo el americano, que me presente á la condesa, es una mujer ideal.

—No me será muy fácil, pues he de buscar ocasion de pedir autorizacion para ello, pero le prometo intentarlo.

—Entre tanto puede Vd. consolarse, dijo Silvano, admirando á otras muchas no ménos bellas.

## CAPITULO XII.

Cuando el conde de Villa-Quemada se apartó de aquellos pseudo-amigos, que la democrática confusión de la sociedad actual le imponía, se detuvo un momento como para orientarse á través de aquel confuso torbellino de colores, plumas, flores y encages que parecía ondular, abri-llantarse y desenvolverse bajo la luz del gas, y no viendo sin duda lo que buscaba siguió contrariado, ligeramente fruncidas las cejas, como si quisiera huir de aquella confusión armónica y fascinadora.

Apénas había dado algunos pasos su mirada fría se iluminó y sus labios descoloridos se unieron fuertemente como si quisieran apagar el eco de una exclamación que de ellos parecía querer escaparse.

Acababa de ver dos lindas mujeres que llegaban en aquel momento, deslumbradoras, la una por sus joyas, la otra por su hermosura.



La marquesa de Casa Nueva y la generala Castillo, elegantísimas, sonrientes, radiantes en su aire de triunfo.

El conde al verlas pensó en aproximarse á ellas ofreciendo su brazo á una, pero necesitaba otro caballero y entónces sintió no haber detenido al diputado catalan que con tanto gusto hubiera acompañado á la marquesa.

Su buena estrella le deparó á Silvano, que bello como Narciso y correcto como un figurin, daba *una vuelta* para reconocer el *personal*.

—Eh! Silvano! dijo el conde.

—¿Qué hay, amigo mio? preguntó encantado de que aquel caballero de tan renombrada prosapia, aquel tipo de gran tono, le llamase con tan desusada amabilidad.

—Vamos á recibir á esas señoras, que vienen sin caballero y no son aquí conocidas: son la marquesa...

—Ya las conozco; la bella Josefina y su amiga Aurelia: dos perlas madrileñas.

El conde aprobó con un movimiento y se dirigió hácia las damas seguido de Silvano, que estiraba los puños de su camisa y echaba una ojeada rápida sobre los de-

talles de su *toilette*, que podían comprometer su fama de *schutt*.

Villa-Quemada saludaba á las dos señoras con su sonrisa fría y dulce, su indiferencia melancólica y su palabra sóbria y vaga, que parecía de tan esquisita distincion.

Despues de indicar, más que decir, que tenían el deber de acompañarlas hasta su asiento, hizo una pausa calculada, durante la cual Silvano ofreció su brazo á la marquesa, que tomó aquel débil apoyo con un gesto de irritacion contenida, pues hubiera preferido al conde.

Este, con naturalidad admirable, como si obedeciese á la casualidad que así lo ordenaba, ofreció el suyo á la generala, que á su vez ocultó un movimiento de triunfo.

El gomoso, ufano de conducir á una de las mujeres más ricas, más notables y más conocidas de Madrid, se dirigió por el centro, para ser visto y admirado en su triunfo.

La marquesa, por su parte, siguió de buena gana, pues deseaba fuesen vistos su traje y sus joyas, hacer efecto en aquella pequeña sociedad, y para eso le parecía muy apropósito el paseo.

Villa-Quemada los dejó ir hácia la iz-



quierda, donde se desarrollaba como una serpiente de seda y oro aquella compacta multitud, y se dirigió hácia la derecha, buscando una fresca y silenciosa galería desde la cual se veía el cielo azul y oscuro salpicado de estrellas brillantes, y se oía el cadencioso y lejano murmullo de las olas del mar.

—¿A dónde vamos? preguntó con indolencia Aurelia.

—A respirar por un momento la frescura de la noche: ¿le pesa á Vd?

—No tal: esto es delicioso.

La hermosa andaluza aspiró con encanto aquella brisa húmeda y dulce que parecía contener entre sus alas impalpables, emanaciones de perfumes y partículas de salitrosa espuma.

El conde la miraba con una leve señal de impaciencia, de reproche por su frialdad.

—A las cinco fuí á verla, dijo con su voz indiferente algo alterada, y no tuve la dicha de ser recibido.

—Ah! era Vd? preguntó sin alterarse la generala. Descansaba un poco... el viaje, el baño...

—Sin embargo, dijo interrumpiéndola

algo bruscamente, pero con expresion altiva Enrique, yo estaba citado á esa hora.

—¿Cómo! ¿Citado? Pues, no recuerdo nada.

—Usted grabó sobre el mantel una cifra...

—Ah! puede ser! Soy tan nerviosa, tan movible que no puedo estar quieta y si tengo en la mano una sombrilla, un abanico ó un tenedor, soy terrible.

Esta conversacion tenia lugar en voz natural, sencilla, como si hablaran de la grata frescura de la noche, ó de la brillante reunion cuyos esplendores llegaban hasta ellos.

Algunos paseantes que buscando la soledad y la calma se ocultaban en la galería, no volvian la cabeza siquiera, acostumbrados como estaban á ver circular parejas desconocidas.

Dos sillas colocadas juntas, en el hueco que dejaban las cortinas recogidas á ambos lados, parecian brindarles descanso.

—¿Quiere Vd. dispensarme el honor de algunos momentos de conversacion? preguntó el conde.

—¿Por qué no? ¿Y por qué esa ceremonia? Yo escucho...

—Pues, bien, descansenmos aquí.

Aurelia iba á disculparse, sin duda, pues pareció vacilar, pero no queriendo demostrar debilidad y estando la galería suficientemente acompañada para temer á las murmuraciones, dijo con un ligero movimiento de hombros acompañado de una imperceptible sonrisa:

—Bien: pero no me entretenga mucho; Josefina me buscará.

—Oh! el paseo oficial la ocupará algun tiempo! Es preciso dejar ver todas las joyas!...

La generala sonrió: la amistad no impide oír con gusto el epígrama si se encuentra gracia á su intencion.

Villa-Quemada vió aquella sonrisa y su mirada se iluminó: le parecia que brotaba de ella una especie de confianza, de afinidad de sentimientos, que los unia.

—Y bien, dijo animado por aquella sonrisa, ¿hasta cuándo me hará Vd. sufrir? eso es cruel...

—Yo! pero esa acusacion es gratuita...

—Por Dios, Aurelia, dijo en voz queda y apasionada el conde, esta lucha es insostenible: Vd. juega con mis esperanzas, con mis sentimientos... hay ocasiones en que



creo el imposible vencido, y respiro como el náufrago que logra sostenerse sobre la ola; otras veces lo creo perdido todo, y aseguro á Vd. que de tal modo mi corazón y mi pensamiento están identificados con esta idea, que siento que mi vida se acaba con mi esperanza...

El abanico de Aurelia se escapó de su mano y fué á caer á los piés del conde que se apresuró á recogerlo.

—Es una locura hablar así... hablar aquí, donde pueden oirlo...

—Oh! Estamos solos!... Una palabra suya, una sola y seré dócil y obediente: esperaré.

—No, aquí no, repito que es una locura.

—Pero yo no puedo vivir así... Una y otra vez hay un motivo para no contestarme; en Madrid porque nos observaban, porque éramos muy conocidos... aquí porque pueden oirnos... es un juego cruel.

—Juego? Es decir que para Vd. no existe el sacrificio?

—Ah! Sacrificio significaría amor, y no me atrevo á llegar tan léjos.

La generala lo envolvió en una mirada indescriptible.

Sus hermosos ojos negros, más brillantes, más profundos al irradiar sobre los delicados tonos que aquella sombra apacible imprimía al fresco rostro de la bella dama, parecían burlarse, compadeciéndolo, del daño que causaban.

Sonreía lánguidamente, como si se dejase vencer por una súbita ternura.

De repente levantó la cabeza.

Las notas de un rigodon vibrando en el salón cercano parecieron despertarla de su fascinación.

—Vámonos, dijo alzándose.

—¿Es que quiere Vd. bailar? preguntó con acento que hacía duro una impaciencia mal contenida, Enrique.

—¡Oh, no! Quiero que me vean donde se baila.

Enrique la ofreció su brazo en silencio.

Una profunda amargura, una irritación nerviosa que alteraba su aristocrática y desdeñosa cultura, se había apoderado del conde ante aquel inesperado término de su entrevista.

La generala apreció con una mirada la realidad de aquel despecho, la amargura de aquella decepción, y temió haber ido demasiado lejos.



—Enrique, dijo á media voz, y con ese acento de seductora intimidad tan irresistible en la persona amada, ya hablaremos; seguir aquí era un peligro, un escándalo inútil...

—Ah! murmuró Villa-Quemada dominado de nuevo, otra vez esclavo de una esperanza lejana, pues si aquí no, dónde?

—Ya habrá ocasiones...

—Es que no puedo, que no quiero esperar...

Llegaban al pabellon donde se habia formado el cuadro del rigodon con que empezaba el baile.

La condesa con su belleza espiritual, su gracia infantil, y la sonrisa vaga y fina con que parecia dar á entender que comprendia el honor que dispensaba á su pareja, estaba allí, oyéndose en torno un coro de alabanzas mal contenidas, á su elegancia, á su distincion incomparable.

El conde tuvo un movimiento de mal humor.

Hubiera preferido que Angela no lo viese llegar dando el brazo á la generala.

Con retroceder un paso, hubieran podido dar la vuelta y salir al centro sin ser vistos.

Aurelia adivinó la intencion y miró al conde profundamente.

Algo semejante á una ofensa hizo encenderse sus mejillas con el color de la ira.

¿Acaso aquel hombre que la perseguia con la demostracion de su amor, tenia miedo de que su mujer sospechase de sus sentimientos?

Luégo su pasion, que se detenia ante el primer obstáculo, era un capricho vano y superficial, y el respeto, el temor que aquella mujer le inspiraba, lo vencia?

¡Y estaba tan admirablemente bella la condesa!

¡Qué triunfo!

Sus ojos de andaluza brillaron de ira, de celos acaso; no celos de amor que esos tienen algo de noble y disculpable, puesto que la pasion los enciende, sino celos de envidia, que abrasan cuanto tocan.

Un capricho de mujer hermosa, una fantasía de coqueta irritada la inspiró en aquel momento.

—Bailaremos, dijo al conde, empujándolo suavemente hácia el centro.

Villa-Quemada se detuvo: un relámpago instantáneamente dominado brilló en sus ojos.

Juzgó que lo observaban, y ocultando su contrariedad en la forma correcta que el buen tono de aquel círculo exigía, dijo á media voz y sonriendo.

—Por Dios, generala, no me obligue usted á llamar la atención sobre mí: lo confieso con pena, no sé bailar...

—Eso no es posible, dijo Aurelia con los dientes apretados.

—Lo he olvidado, por lo ménos, y como no pienso ser diplomático, ni ministro, ni alto servidor de palacio, no tengo empeño en recordarlo.

—Es decir, ¿que se niega Vd. á bailar conmigo?

—Ese seria el colmo de la dicha para mí... pero...

—Pues, bien, pronto, que el cuadro se forma y vá á empezar el rigodon; quiero bailar, lo quiero... ¿entiende Vd?

Villa-Quemada sufría una lucha violenta: su empeño, su capricho por aquella mujer lo llevaban fatalmente á complacerla, su razon de hombre de mundo le hacia conocer lo absurdo de su presencia en aquel cuadro de baile, frente á frente á su esposa, y teniendo por pareja á la mujer que sin gran misterio galanteaba.



—Pues bien, balbuceó, al otro rigodon.

—Ahora ó nunca...

En aquel momento, uno de esos ordenadores incansables de bailes pasó pidiendo una pareja, pues el cuadro estaba incompleto.

Aurelia miró al conde, que dominado, vencido, fascinado ante las promesas y las amenazas de aquella mirada, la ofreció el brazo de nuevo y fué á ocupar el lugar vacío.

La generala recorrió el cuadro con mirada triunfante y sus ojos se encontraron con los de la condesa.

Un ligero, un imperceptible movimiento de extrañeza de Angela demostró que habia visto á la nueva pareja, pero despues, muy dueña de sí, muy acostumbrada á vencerse, siguió hablando con su indolencia aristocrática, con su fina sonrisa, con su elevada indiferencia.

La hermosa andaluza no tuvo el placer de ver humillada por su triunfo á la gran dama á quien habia pretendido herir, ántes bien sintió el latigazo de su desden enrojeciéndole el rostro.

El rigodon comenzó con su ritmada y monótona parsimonia.

En su ámplio cuadro hubieran podido contarse todas las notabilidades que veraneaban en San Sebastian.

Riquísimas *toilettes* que ocultaban en su apariencia caprichosa y ligera el valor que representaban.

Joyas sencillas pero de gran precio; brillantes que parecían ocultarse entre los vaporosos encages, y que centelleaban, ya en un collar que rodeaba el cuello de una dama, ya en los broches ó medallones que adornaban su pecho, ya en fin en los mismos botoncitos que abrochaban los corpiños, que á tanto ha llegado en esta época el insensato afán de brillar y la fiebre devoradora del lujo.

El efecto era deslumbrador.

Los caprichosos sombreros parecían moviéndose sin cesar en aquel iluminado espacio, el tesoro de una Hada conducido en vaiven constante por graciosas ninfas; sobre aquellos sombreros fantásticos, se veían las aves, las flores, el oro, los encages, las frutas, todo fresco, delicado y bello.

Allí estaba, maravillosamente vestida, la marquesa de Casa-Nueva, llevando dos solitarios en las orejas que valían algunos



miles de duros, y una cinta de terciopelo granate, formando el cuello de su chaqueta de seda rosa pálido, sobre la cual centelleaba un encaje de brillantes.

Silvano, el feliz Silvano era su pareja, y tal orgullo sentia por esta afortunada casualidad, que no se hubiera cambiado por el soberano más poderoso de la tierra.

Entre tantas galas, tanta belleza y tanto brillo, Angela se distinguia siempre por su escepcional elegancia y su encantadora distincion.

Cuando avanzó sola, para hacer con su pareja una figura, hasta aquel centro de la reunion que bailaba, un murmullo de admiracion, contenido apénas por el respeto, se dejó oír.

Todas las miradas estaban fijas en ella, las de las mujeres con envidia, las de los hombres con interés.

Ejecutó correctamente el paso de baile y volvió á su sitio, tranquila, serena, sonriente, como una niña que sólo se preocupa del baile que ejecuta.

Pero el conde no tenia la misma fuerza de voluntad, y cuando en una vuelta se hallaba frente á frente de su esposa y le tendia su mano una especie de crispacion

nerviosa hacia que oprimiera en la suya aquella mano fina y fría como siempre, que no parecía apercibirse de aquella presión.

Enrique era esclavo de las formas.

Débil consigo mismo, y más que débil indiferente, escéptico, abdicaba sin gran dificultad sus derechos y sus creencias, siempre que la abdicación fuese sólo suya, sin público que la juzgara.

Hubiera admitido de Aurelia todos los caprichos, por extravagantes y costosos que fuesen, y no podía perdonarle que le hubiese obligado á aceptar aquella crítica y violenta posición, que lo comprometía y rebajaba á sus propios ojos.

Una ira lenta, creciente como la ola en la marea, se iba apoderando de su espíritu.

La idea de tener que dar explicaciones á la condesa lo exasperaba.

Una violenta escena conyugal era para él el colmo del ridículo.

Y cuando esta escena debía tener lugar en una fonda, el ridículo tomaba los matices de lo grotesco.

Era preciso evitarlo á toda costa. ¿De qué manera?

La condesa hablaria: la ofensa habia sido demasiado ruda para que pasase desapercibida, porque la condesa no ignoraba que el conde habia galanteado todo el invierno á la generala, sino ostensiblemente, por lo ménos de una manera indudable.

Sabia tambien la bella dama que su esposo, afectando un prematuro cansancio, no bailaba ya, y esta circunstancia daba al hecho, sencillo en otro caso, una intencion marcadísima.

Y Villa-Quemada, tan correcto en sus acciones, tan frio en sus sentimientos, tan cansado y escéptico en sus deseos, se encontraba verdaderamente fuera de su terreno, humillado ante la irreprochable conducta de su esposa, que podia darle y le daba lecciones de gran tono y de conocimiento del mundo.

Aurelia avanzó sola para hacer una figura del rigodon.

Su belleza soberana, radiante por la expresion de triunfo que iluminaba su rostro, produjo una sensacion marcadísima.

El éxito de la condesa habia sido de encanto, de distincion, de gusto esquisito: el de la generala era de hermosura deslumbradora, de atraccion provocativa, de gracia irresistible.



## CAPITULO XIII.

De haber dos premios en aquella selecta reunion destinados á galardonar las dotes del espíritu y las de la materia, se hubieran adjudicado por unanimidad, el primero á la elegante aristócrata, el segundo á la arrogante andaluza.

Y como las sensaciones carnales son siempre más perceptibles que las que al alma afectan; como de admirar á desear hay una gran distancia, los que habian saludado á la condesa con un rumor de respetuoso encanto, saludaron con una ovacion de calurosa sorpresa á la generala.

¡Estaba tan linda!

Su mantilla, casi única allí donde imperaba el sombrero francés, era tan española, tan castiza, por decirlo así, con sus anchas conchas de encage que ondeaban sobre su frente y sombreaban su cuello, blanco, robusto, airoso, como los que Goya di-

bujó entre las blondas con que adornó á sus majas; su traje era tan atrevido, tan original; sus piés tan bonitos, tan admirablemente calzados; hasta los claveles y las rosas que adornaban su pecho parecían haber nacido allí, y formar parte de tan espléndida hermosura.

Aurelia saboreó su triunfo, algo material, es cierto, puesto que sólo á su belleza se dirigia pero uno de los más preciados para la mujer que verdaderamente mujer sólo de agradar se preocupa.

La condesa sintió también algo semejante al dolor de una derrota, pero supo ocultarlo tan bien, que nadie se apercibió de lo que sentía.

Entre el coro de espectadores que había aplaudido con el rumor de su admiración á las dos damas de que venimos ocupándonos, se hallaban el rico americano Don Augusto Morella, que viajaba por Europa para estudiar el mundo y aprender á conocerlo, dando un paseo por sus alrededores, y el diputado catalán D. Genaro Valls, que se figuraba hacer algo útil para Cataluña, estendiendo la propaganda de sus negocios por los círculos de recreo.

—¡Hermosa mujer! dijo el americano



mirando á Aurelia con su lente, como si por ser rico pudiera mirar de frente á la hermosura: y luégo dirán que degeneran las razas, diremos más bien que se afinan, que se perfeccionan.

—Bah! Una golondrina no hace verano, y para una mujer así hay mil anémicas, raquíticas, pobres de sangre y de espíritu...

—No descienda usted así, hombre de Dios, y no busque ahora las enfermedades sanguíneas de estas mujeres: hay que juzgarlas bajo el punto de vista de la estética...

—Pues, como no son de mármol, claro es que tienen sangre y nervios...

—Cosas que no sirven para aumentar la riqueza industrial de Cataluña.

—Pero que se prestan admirablemente á asimilarse el oro americano...

—Ja! ja! ja!... el oro no el hierro es el que vigoriza la sangre empobrecida.

—El hierro se aplica á la sangre tosca, el oro es el que tonifica estas sangres azules.

—Oh! si la sangre de esa hermosísima mujer necesitase un tratamiento de oor puro...

—¿Qué? preguntó con sorna el catalan.

—Que no me pesaria ser el doctor.

—¡Quién sabe! A veces esas naturalezas espléndidas en apariencia tienen debilidades orgánicas, especiales, que exigen tratamientos enérgicos, aplicados discretamente.

—¿Pero Vd. sospecha? dijo cándidamente el americano.

—Yo! Dios me libre! Yo no sospecho, hablo en hipótesis.

—Decia Vd. que esa linda señora que lleva mantilla negra está casada con un generál.

—Sí por cierto: con un general que puede ser su padre...

—Sí? preguntó con gran interés Don Augusto, ¿y por qué eso?

—Aquí de Olona, que resolvió las dudas del por qué, contestando *porque sí*; esa es la gran razon; no me lo han dicho ni yo lo he preguntado, pero puesto que lo han hecho les habrá convenido.

—Con que el marido es viejo...

—Alto ahí, tanto como viejo, no; es un hombre como Vd., como yo, como cualquiera, pero ella es más jóven.

—Pues si puede ser su padre no será jóven.

—Qué edad supone Vd. á la generala.

—¡Quién es capaz de suponer la edad de una mujer! Ellas tienen el privilegio de parar la rueda de la vida, ¡son casi inmortales!

—Hombre, no; si parecen bellas bajo los adornos, la frescura de la juventud no se imita: Aurelia es fresca como una rosa: apénas tendrá veinte y cinco años.

—¿Se llama Aurelia?

—Creo que sí: bonito nombre para una novela romántica, ¿no es verdad?

—¿Y el general?

—No sé dónde estará, creo que salió de España con su hija...

—¿Tiene una hija?

—De su primera mujer, y casi de la edad de la segunda: era viudo cuando se casó con Aurelia.

—¿Ella era pobre?

—Creo que sí: ahí tiene Vd. un tratamiento de oro discretamente propinado á una sangre no muy surtida de metales.

—De suerte que el general Castillo es rico.

—¡Oh, no, ni mucho ménos! Pero ocupa altos puestos, hace política y hace discursos, se agita, en fin, y en nuestro siglo el movimiento es dinero.



—Pero eso no basta para vivir así.

—¿Cómo?

—Con lujo; vistiendo admirablemente, viajando, alternando con lo primero: esa vida es muy cara.

—Sí, debe serlo, pero donde la renta no llega, llega el crédito; se hace un déficit en el presupuesto, pero se vive.

—El crédito se agota.

—Como todo, pero ahí no hay riesgo: está muy en su principio el filon.

—Qué quiere Vd. decir, preguntó con su candidez ultramarina Morella.

—Nada más que lo que digo: el general Castillo es una apreciableísima persona que tiene talento, oportunidad, un grupito de amigos en el Congreso y una mujer muy hermosa en su salon: debe ir, y sin duda irá muy léjos.

—A Alemania? preguntó queriendo hacer un chiste el americano.

—No, á un ministerio...

—Ah!...

Las figuras del rigodon, cambiando el sitio de las parejas aproximaron á nuestros dos charlatanes á Aurelia y el conde.

Villa-Quemada habia comprendido el éxito de belleza obtenido por la generala,

y lo habia saboreado como si lisonjeara su amor propio.

Su frente se habia desarrugado algun tanto; su esposa al cruzarse con él en el vaiven del baile lo habia mirado con tan perfecta indiferencia, se habia sonreido con tan negligente abandono, que empezaba á pensar que no se habia apercebido de su *irregularidad*.

Aprovechando la oportunidad que el azar le ofrecia, quiso preguntar á Aurelia si podria verla al dia siguiente, y la habló á media voz, con ese acento que revela lo que dice sin dejar comprender las palabras.

—Parece que el conde?... murmuró el americano interrogando al catalan.

—Phs! eso dicen!...

—Ah! Sí?...

—Bah!... murmuraciones de ociosos!

—¿Es rico el conde? preguntó Morella siguiendo su pensamiento.

—Debiera serlo, pero segun parece su hacienda está como la villa de su título, quemada...

—Ah!...

D. Augusto quedó profundamente pensativo.



Su razon práctica le demostraba sin duda en aquel silencio, que el humo de lo quemado se va y no vuelve, y que un presupuesto con déficit necesita algo más que humo para nivelarse.

El rigodon terminaba en aquel instante.

Las damas tomaban el brazo de sus caballeros para ir á buscar sus asientos.

La condesa, que no se prodigaba nunca, y que sabia muy bien que una mujer para ser deseada apénas debe ser vista, buscó con la mirada al conde y se dirigió hácia él.

Villa-Quemada se estremeció ligeramente.

¿Proyectaria su mujer, como venganza, alguna de esas escenas, fuertemente ridículas, que son la comidilla de las sociedades, formando lo que se llama en los salones el escándalo del dia?

Eso seria horrible.

Aurelia se apercibió y se puso en guardia.

Si Angela pretendia humillarla, se vengaria.

La condesa llegó, sonriente, tranquila, algo fatigada, y preguntó á su esposo con la mayor naturalidad, despues de saludar

con perfecta indiferencia á la generala:

—¿Nos iremos temprano?

—Cuando quieras, se apresuró á contestar Enrique, estoy á tus órdenes.

—En ese caso búscame ahora: estoy cansada...

Iba ya á retirarse, despues de saludar ligeramente, cuando Aurelia, obedeciendo á un deseo pueril de malestar á su rival la preguntó:

—¿Ha sentado bien el baño á Loreto?

—Muy bien, dijo la condesa comprendiendo la intencion, y pretendiendo anularla con su laconismo.

—¿Y no ha venido? siguió diciendo la generala.

—¡Oh, no! dijo ya impaciente la condesa, ¿cómo habia de venir?

—Pues es una mujercita ya, y tan bella, tan bella que se parece á Vd. en extremo, condesa...

—Gracias, dijo la de Villa-Quemada, y sonriendo siempre preguntó: ¿y de su hija política de Vd. hay buenas noticias?

La generala recibió impasible aquel disparo á quema-ropa y se apresuró á decir:

—Muy buenas, gracias.

Las dos damas cambiaron su saludo y se separaron.

—Me ha llamado vieja diciendo que mi hija es una mujer, pensaba la condesa, estas advenedizas son muy atrevidas!... Será preciso vengarse!...

—Ha querido humillarme recordándome que mi marido es un viejo, se decia la generala; estas aristócratas son de acero, saltan pero no se doblan, ¡oh! ya me lo pagará!

El conde, entre tanto, obtenido el permiso para visitarla al siguiente día, fué á buscar á su esposa para retirarse.

Con gran sorpresa suya, Angela no pareció recordar siquiera, que su marido habia bailado, contra su costumbre, en el rigodon de honor del baile del casino.



## CAPITULO XIV.

La retirada de la condesa dejó un vacío en aquella elegante reunión, pero ya se sabía que la noble dama se hacía desear, y que prodigando poco su presencia la valoraba.

Aurelia y Josefina, reunidas de nuevo después del rigodón, hablaron riendo de lo que parecía una fuga, y aunque no lo dijeron, se alegraron de verla desaparecer.

Por extraño azar parecían encargadas de representar por el momento en aquella sociedad los tipos que sobresalen eternamente en la novela de la vida.

Angela personificaba la aristocracia de la sangre, con su sello singular de distinción y nobleza, que ni se busca ni se adquiere, pero que se hereda con la vida; Josefina era la riqueza ruidosa y soberbia, que se arroja á los ojos de los demás cual distintivo de un poder que se impone

en el estado moral de las sociedades actuales como la fuerza absoluta.

Aurelia era la hermosura espléndida, carnal, irresistible, que domina con esa atracción sensual y profana, dueña de los sentidos.

Y Pilar hubiera podido, de estar allí, como está en nuestra novela, personificar la virtud, modesta, sencilla, silenciosa y fuerte, que pasa desapercibida de los que estudian la superficie, pero que dejan profundas y sagradas huellas de su paso por la tierra, en el bien que reparte, en las esperanzas que siembra, en los consuelos que difunde.

Hé ahí los cuatro puntos cardinales del mundo femenino, entre los cuales surgen con variedades infinitas los caracteres diversos, las condiciones especiales, las medias tintas indispensables para el grandioso cuadro de la existencia!

Sírvannos ellos para dar forma á esta reduccion de la vida real, que ni alardea de ofrecer enseñanzas, ni pretende ilustrar á los que desde luego supone ilustrados lectores, aspirando únicamente á agradarles con un cuento de cuentos.

Volvamos á nuestras damas.



Indicamos que Josefina y Aurelia no habian sentido la partida de Angela, y nuestros lectores no han de extrañarlo, pues nunca las mujeres (en su regla general y salvo honrosas escepciones), gozaron con los triunfos de las mujeres, sus naturales enemigas.

La condesa de Villa-Quemada era una estrella que proyectaba demasiada luz para no dejar en la sombra á marquesas tan ricas como la de Casa-Nueva, y á generallas tan bellas como la de Castillo.

Mujeres ricas y hermosas las ofrece nuestra sociedad á cada paso, son precisamente los géneros predominantes, pero tan distinguidas, tan espirituales, tan elevadas, tan damas, en la verdadera acepcion de la frase, como la condesa, son muy raras, van escaseando, y como restos de una raza que pasa, que se agota, que se bastardea con absurdas asimilaciones, son estimadísimas.

Aquella marquesa que todo lo tenia nuevo, las joyas y los blasones, y aquella generala que habia compartido una faja, pescada en rio revuelto y no muy limpio, comprendian, por instinto, que existia una superioridad moral, una alteza indudable en aquella gran señora que hubiera podido

envolverlas en blasones nobiliarios, con muy poco que hubiera revuelto sus archivos.

Les hacia, como vulgarmente y con graciosa propiedad dice nuestro pueblo, sombra; les estorbaba, hablando claro, ya que ellas no se atrevian á decirlo.

Una vez solas, se creian más libres, más dueñas de divertirse, sin faltar al buen tono que la presencia de la condesa imponia.

—La condesa busca siempre la ocasion de distinguirse, dijo la de Casa-Nueva que era la más habladora de las dos amigas; apénas bailado el rigodon de honor, se retira para brillar por su ausencia.

—No es eso, dijo la de Castillo con maliciosa sonrisa.

—Ya lo creo que sí; quiere que se la busque; hace que se sienta su partida.

—Te digo que no estás en el secreto.

—¿Qué secreto?

—El de la ausencia de Angela.

—¿Secreto? Siempre hace lo mismo.

—Pues esta noche tenia una causa.

—¿Cuál?

—Una pregunta que yo la hice.

—¿Tú?

—Yo misma.

—¿Y qué pregunta era esa?

—Me interesaba por la salud de su hija, y como impensadamente dí algunos detalles acerca de su edad, huyó de contestarme.

—¿Eso hiciste?...

—¡Como te lo digo!

—¡Eres sublime! De modo que se fué huyendo...

—Ya lo has oído.

—La verdad es que con su aire juvenil y su *toilette* irreprochable pasa por jóven y no lo es.

—¡Qué ha de serlo! ¡Si su hija es una mujer! ¡Ya ves, ella misma dice que tiene diez y seis años!

—¡Ella dice diez y seis! Pues entónces lo ménos que tiene son diez y ocho ó veinte!

—Desde luégo: aunque no lo parece porque es endeble y añiadita: como que la pobre chica estuvo siempre encerrada en el colegio, carece de desarrollo.

—Pues debiéramos hacer que la jóven fuese conocida, dijo pensativa la de Casa-Nueva.

—Ya me ha ocurrido á mí esa idea, pero no tenemos medios para ello.



—Se buscan.

—No es fácil.

—Tú puedes conquistar á la chica, puesto que se baña contigo.

—Su voluntad es lo de ménos en este asunto.

—Además, dijo vacilando Josefina, puedes conseguir que su padre lo mande.

Aurelia enrojeció levemente.

—No tengo influencia ninguna con el conde.

Josefina hizo un movimiento de impaciencia.

—Bien, bien, dijo, pensemos.

—Además, aunque yo me empeñara, Loreto está vestida de niña...

—Sí, y eso no tendria efecto.

—Dime, dijo la generala con oscura sonrisa, ¿no han de ir los de Villa-Quemada á tu castillo en Setiembre?

—Creo que sí.

—Pues, ahí está el negocio.

—¿Qué negocio?

—El de nuestra broma, que hará muy poca gracia, supongo yo, á la condesa.

—Explicate.

—Ahora no, pero te aseguro que nos vamos á divertir; sólo que es preciso que

á los condes acompañe su hija.

—Eso corre de mi cuenta.

—Y lo demás de la mia: ya lo verás.

—Bien podias indicarme desde luego lo que te propones.

—No, no; es un embrion de plan que se irá perfeccionando con el tiempo; luego te hará más efecto.

La marquesa iba á objetar algo, pero no tuvo tiempo: Silvano Bochs, el gomoso con el cual habia bailado un rigodon, se adelantaba, con un paso solemne, rítmico, marcado, como se quisiera dar á su menuda persona una majestad armónica y ceremoniosa que contrastase con la alta mision que desempeñaba en aquel momento.

Iba á presentar, sin previo permiso, pues esa arrogante juventud prescinde de reglas anticuadas, á sus amigos el diputado catalan y el rico americano.

Un círculo balneario no tiene, en ningun caso, la rigidez ni las exigencias de un salon, y la marquesa y la generala recibieron muy bien á los dos presentados, dispensándoles el honor de conversar con ellos con la agradable franqueza de unas antiguas amigas.

D. Augusto Morella se atrevió á ofrecer



su brazo á Aurelia, á la hermosísima mujer cuyos ojos de andaluza fulguraban como dos brillantes negros en la sombra movable de la mantilla de antigua blonda española.

Le parecía un sueño que lo aceptase, y hubo de convencerse de que hay realidades más valiosas que todas las fantasías: Aurelia aceptó con graciosa sonrisa.

Media hora despues sabia la generala de memoria cuanto hubiera necesitado saber el que se hubiera propuesto escribir la historia del americano.

Sus riquezas, su posicion, su estado, el motivo de sus viajes, su edad, las condiciones de su existencia, y hasta lo que Morella no se atrevió á decir lo adivinó la graciosa jóven, esto es, que su belleza lo habia fascinado, y que podia contar con la influencia que podia ejercer sobre aquel pobre hombre que viajaba por recurso, para no morir de hastío entre su oro y sus títulos de propiedad, suficientes para haber hecho ricas á varias familias, si entre ellas se hubiesen distribuido.

Nada habia preguntado Aurelia, pero supo impulsar la conversacion de tal suerte, que el sencillo americano se fué anticipando á sus preguntas.

Y estuvo tan feliz, tan interesante, tan oportuna en sus frases, que D. Augusto se confesó á sí mismo que no existia mujer más encantadora ni de una gracia más perfecta.

La impresion que la condesa, con su elegancia incomparable y su distincion suprema, habia causado en su espíritu, habia ido desapareciendo, borrándose al fin, como la huella de un perfume exótico que nos es desconocido; la sensacion que Aurelia despertaba en aquel pensamiento vulgar y embotado por los goces que se compran, debia ser más duradera.

Cuando la de Casa-Nueva, que ya se aburría oyendo al diputado hablar de sus discursos, de líneas férreas, de carbones, de proteccion á Cataluña, y de otras cien cosas que no entendia, vino á buscar á su amiga, ésta decia las señas de su casa al americano, y le otorgaba el permiso de visitarla, señalándole la misma hora que habia señalado al conde.

La marquesa invitó á ambos para su castillo, en el cual preparaba el marqués brillantes fiestas para fecha muy próxima, y sin pensar en lo prematuro de la oferta, ambos aceptaron dando las gracias á la generosa castellana.

Cuando las dos amigas se separaron, Josefina notó que su amiga, tan radiante y satisfecha al dejar el baile, parecía preocupada y pensativa.

---



## CAPITULO XV.

Contra lo que Villa-Quemada esperaba, la condesa nada le dijo que aludiese, ni remotamente á su ligereza, en alto grado reprochable, respecto á la generala.

Fuese tacto diplomático para evitar una explicacion á todas luces enojosa, fuese indiferencia, que á la verdad más bien que lo primero podia admitirse, fuese olvido de lo sucedido, ó cansancio del reproche ántes de formularlo, que todo podia ser, Enrique vió con sorpresa que su esposa parecia no haberse apercebido de su falta.

Y ¡cosa extraña, aunque muy frecuente!...

Aquel hombre que temia al escándalo sobre todo en el mundo; que admitia hasta la culpa, con tal que la ocultase la buena forma de cometerla; que habia reconocido su debilidad, y lamentaba las consecuencias de ella, sintió al ver que su falta

pasaba desapercibida una inquietud no exenta de amargura.

Su esposa, que habia mantenido su nombre puro de toda mancha entre las frivolidades de la vida del gran mundo; que habia sabido hacerse respetar á pesar de la libertad que gozaba, segun la costumbre de las damas de buen tono; que hacia alarde de su derecho á reprochar toda incorreccion de conducta, puesto que la suya se ajustaba al deber como el líquido al vaso que lo contiene, su esposa no tenia una advertencia, una queja, ni una indirecta siquiera que dirigirle!...

Tan alejada estaba de él, moralmente, que no la ofendia aquel alarde necio de independencia, y tan poco le interesaba su afecto que no creia necesario pedir cuentas del desamor que se le demostraba públicamente!...

Enrique glosó estos pensamientos con esa tristeza fria que semejante á una ceniza que se remueve, parece flotar sobre los pensamientos y las sensaciones de esos seres que han agotado la esencia de la vida, como abejas hambrientas de mieles y perfumes, y en vano buscan despues en su seno ajado y marchito una gota del



elixir creador que reanima el corazón y enciende el pensamiento.

Algo doloroso fluctuó en su ser agitado por el despecho y el egoismo, semejante á una amarga semilla que el orgullo hubiera reconocido como suya, pero la frialdad calculada é impuesta de sus actos, venció ese principio de rebelion de la vanidad personal, ni humillada, ni vencida.

Calculó las ventajas que para él tenía aquel silencio.

Ganar tiempo, hacer olvidar el hecho lamentable; y si despues llegaba á él un recuerdo envuelto en delicada ironía, olvidar á su vez para desvanecer la duda de su culpabilidad.

La casualidad lo arreglaba perfectamente, y puesto que todo iba por lo mejor toda la habilidad estaba en dejarlo ir.

La condesa, entre tanto, no pensaba en aquella especie de reto que le habia lanzado, en plena sociedad, su marido.

Las debilidades, aunque en sentido inverso que las virtudes, suelen á veces defender como éstas.

Halagada por su triunfo, satisfecha de vencer como César, al llegar y ser vista, alejaba de su pensamiento la idea del ridículo y de la derrota.

Todavía resonaba en sus oídos aquel murmullo de admiración, aquellas frases oídas aquí y allí, que probaban el éxito de su belleza y de su elegancia.

Una sonrisa dulce, benévola, casi beatífica vagaba en sus labios.

La marquesa de Casa-Nueva, como si fuera vestida de billetes de Banco, hacia pensar en sus millones: allí no había gusto, sentimiento, delicadeza, *esprit*; no había más que dinero; oro trocado en sedas y encages, oro cambiado por brillantes y perlas; siempre oro, y nada más. El maniquí estúpido que ostenta lo que le ponen y que se contenta con inspirar envidia.

La generala como si se presentase desnuda, hacia ver hasta en sus galas, la belleza de la carne, la regularidad de las líneas, apenas cubiertas por la finísima tela, pero de contornos perceptibles; el busto espléndido, la cabeza magnífica, los ardientes ojos, la sangre circulando bajo el terciopelo del cutiz, con una palpitación que se adivinaba en el color.

Allí no había más que materia: el deseo que aquella mujer inspirara debía ser como la sed que despierta el rumor del agua, que una vez saciada, se olvida.

Sólo ella habia llevado allí una nota de elevacion y dignidad: sólo ella debia ser recordada y admirada, como lo es siempre entre lo vulgar lo escogido.

Estaba satisfecha.

Envuelta en su peinador de batista, descansando muellemente en un sillón de lienzo, seguia, con los ojos entornados y los labios entreabiertos aquella imágen vaga y gentil que adelantaba envuelta en luz, por entre una sociedad sorprendida.

Era ella, ella misma, con su belleza juvenil, su atavío incomparable, su aspecto distinguido, que pasaba, humillando á las mujeres, entre los homenajes de la multitud.

Coralia abrió una puerta con cuidado: creia algo adormecida á su señora.

—¿Qué hay? preguntó la condesa sin cambiar de postura.

—La señorita Loreto llega del baño y voy á recibirla.

—Ah! Ruegue Vd. de mi parte á la señora de Ponce que suba un momento á verme, pero á ella sola, no olvide Vd. que no estoy vestida.

—Creo que no viene el caballero.

—Vaya Vd., no se haga tarde.



Coralia salió.

La condesa, sin moverse, volvió los ojos hacia la puerta.

Pasados algunos instantes se abrió ésta, y Coralia anunció á Pilar.

—Querida, dijo la condesa tendiendo hacia ella su mano y sin levantarse, me perdonarás la libertad que me tomo?...

—¡Quién lo duda! contestó alegremente la de Ponce: no me atrevia á pedirte que me recibieras por temor de molestarte, y habia encargado á tu hija te ofreciese mis recuerdos.

—Gracias, y siéntate: ¿puedes disponer de mucho tiempo?

—¡Ah, no! Rafael me espera en casa para almorzar: se fué con su padre, y yo me quedé con las niñas...

—Oh! aún es temprano...

—Para los que madrugamos no tanto, pero en fin, dí lo que quieres.

—Hacerte algunas preguntas.

—¿No es más que eso? Pues en ese caso ya te escucho.

—Tambien quiero pedirte que me dispenses si no te he visitado ya; no sé tus horas...

—¡Bah! ¡quién piensa en eso! Aquí se

destierra la etiqueta en absoluto. Irás cuando quieras, y yo vendré cuando me sea posible.

—Sí, eso es; ya ves que te pruebo mi confianza...

—Te lo agradezco mucho; ¿pero no tenías que decirme algo?

—¡Ah, sí! En primer lugar quiero saber si Loto se porta bien.

—Perfectamente: es una niña encantadora; dócil, discreta, seria como una mujer: mis hijas la adoran!...

La condesa sonrió levemente; aquel día había indulgencia plenaria.

—Y no te ocupa demasiado?...

—No, sinceramente; más bien me acompaña.

—Pero será un cuidado para tí... ¿se baña contigo? preguntó dando á su acento una vacilacion perceptible la de Villa-Quemada.

—Sí, conmigo; ayer nos acompañó Aurelia.

—Aurelia? preguntó como si no recordara de quién se hablaba la condesa.

—La del general Castillo... ¿no recuerdas?

—Ah!... sí! Tú la tratas? preguntó con



un acento singular la condesa.

—Sí: éramos amigas en Sevilla, cuando yo estaba con mi tia la de la Cañada.

—Ya lo comprendo: ¿mas no será con intimidad?

—No nos habiamos visto desde que éramos las dos solteras; al encontrarnos aquí hemos reanudado nuestras relaciones: ¿pero por qué dices eso?

—Como tú eres tan severa en tus principios, tan esclava de la opinion... así lo eras á lo ménos... dijo Angela deteniéndose al ver que Pilar la miraba con asombro.

—Soy tan celosa como la que más de mi buen nombre, pero no comprendo lo que quieres decir: ¿acaso Aurelia tiene alguna mancha que haga peligroso su trato? Te confieso que nada sé y te pido que me lo digas.

—Yo no lo sé tampoco, querida, pero algo se oye que toma la consistencia de una opinion entre lo vago de un rumor que se pierde.

—¿Algo?

—Se la recibe, se la trata, pero observa y encontrarás frialdad en las amistades y vacío á su alrededor: te repito que nada

se confirma, pero algo se murmura: las madres no le confiarían sus hijas... nada más puedo decirte.

—Si nada puede afirmarse en contra suya, debo pensar que esas murmuraciones nacen de la envidia: ¡es tan hermosa!

—Sí, dijo sin cambiar de voz ni de actitud la condesa, muy linda, pero otras lo son, ó lo parecen más, y no provocan la maledicencia.

—Las circunstancias ayudan á ello: es jóven y su marido no lo es; está casi siempre sola...

—Porque quiere.

—Convengo en ello; no es preciso ir á todas partes.

—Ni cuando se va llamar la atención.

—Eso es difícil cuando se trata de ella.

—Sí, porque gusta de exhibirse: anoche mismo...

—Ah! algo me han hablado del baile de anoche.

—¿Quién?

—Eduardo Ponce, un hermano de mi marido que estuvo allí...

—¿Qué te dijo?

—Me dió noticias de la fiesta muy á la ligera, apenas tuvimos tiempo de hablar.

—Pero... dijo impaciente la de Villa-Quemada, algo te diria...

—Sí, me indicó, sin conocerte, que fuistes la reina del baile por tu elegancia incomparable, por tu distincion suprema...

—Ah! es muy galante tu cuñado.

—Me dijo tambien que Aurelia lo fué por la hermosura.

—Y por el escándalo, no es así? preguntó secamente la condesa.

—Te aseguro que no me dió noticia de escándalo alguno.

—Pues hizo mal, fué una omision que puede perjudicarte: debió añadir á sus datos, que el conde de Villa-Quemada, que todo el invierno ha llamado la atencion de la alta sociedad de Madrid, galanteando sin recato alguno á la generala Castillo, llevó anoche el descaro hasta llevarla del brazo para hacer *vis á vis* conmigo en el primer rigodon.

—El conde! Tu marido?...

—Sí, mi marido.

—Pero eso mismo te prueba que el conde nada tiene que ocultar... ¿cómo se hubiera atrevido á provocar un escándalo tan néciamente, siendo como es un cumplido caballero?



—Se atrevió, yo te lo afirmo: pero yo demostré no apercibirme de ello, y aparte de esta revelacion, que mi confianza en tí justifica, nadie sabrá nunca que yo comprendí la intencion del suceso.

—Sin duda te engañas...

—¡Oh, no! fué un reto provocado por ella, pero no lo admití.

—La sociedad tiene en cada suceso un compromiso ineludible: el conde se doblegaría á esos compromisos sociales.

—Sí; Enrique obró contrariado, porque él es esclavo de las apariencias, y por nada del mundo provocaría un escándalo.

—En ese caso, la prueba de que te engañas te se ofrece por sí misma.

—No, la prueba de la influencia que sobre él ejerce: es una mujer que no teme á las murmuraciones.

—Me dá pena oírte hablar así, Angela. Sin duda ofuscada por lo que juzgas una ofensa no eres justa con Aurelia: la he tratado con intimidad y sé que es honrada...

—Tú eres buena, y por lo mismo inocente y crédula. La has conocido soltera y hay una gran diferencia entre los medios de accion de una niña á los de una mujer.

—Convengamos en que yo la miro y la juzgo imparcialmente, y á tí te ofusca la pasión.

—No lo creas.

—Los celos son malos consejeros de la justicia.

—No tengo celos.

—Sin embargo, temes que la ame tu marido.

—Temo que me ofenda con alardes públicos que puedan ponerme en ridículo; que la ame, no; nosotros somos hoy dos buenos amigos y nada más.

—No lo creo, no quiero creerlo; en el matrimonio debe existir siempre algo superior á la amistad.

La condesa hizo un gracioso movimiento de indiferencia, y comenzó á remover entre sus dedos las cintas de seda de los lazos de su peinador.

Pilar se levantó dando la entrevista por terminada.

—¿Te vas? preguntó la condesa.

—Es tarde, y Rafael me espera con las niñas para almorzar.

—¿Me has dicho que tiene un hermano?

—Sí, están aquí, con nosotros, su padre y su hermano: sus dos hermanas están



casadas, una en Huelva y otra en Sevilla.

—¿Su hermano es jóven?

—Veinte y tres años.

—¿Soltero?

—Ah! sí!

—¿Abogado tambien?

—No, ingeniero civil.

—Ya me lo presentarás.

—Iba á rogártelo; él tendrá una verdadera satisfaccion en conocerte.

—¿Su padre es anciano?

—Sesenta y cuatro años, pero sano y fuerte: parece un jóven.

—¿Vive contigo?

—Sí, por deseo mio: desde que se casó su hija menor quedó solo, y en esa edad se necesitan cuidados y cariño.

—Pero es mucha carga...

—No lo creas: la familia hace dulces y fáciles los cuidados de la vida.

—A mí me aburrirían de muerte.

—A mí me encantan: la soledad y el aislamiento es lo único que se me haría insoportable.

—Cuestion de gusto, dijo Angela con su sonrisa indiferente.

—Así es, pero permítame que aplacemos para otra vez su discusion, es muy tarde...

—Adios, pues, pero ven despacio.

—Te lo prometo.

Y la de Ponce se inclinó para besar cariñosamente á su amiga que no se tomó la molestia de levantarse, contentándose con tenderle su mano.

Apénas hubo salido Pilar vibró el timbre que la condesa tenia á su lado, y Coralía apareció en la puerta:

—Diga Vd. á la señorita que la espero, dijo la condesa.

La doncella desapareció, y un momento despues Loto asomaba su linda carita por entre las cortinas, asombrada de que su mamá la necesitase para algo.

—¿Me llamabas? preguntó tímidamente.

—Sí; ven y cierra.

La niña obedeció.

Tomó una sillita y fué á sentarse al lado de su madre.

—¿Te has bañado? preguntó ésta.

—Sí, mamá.

—¿Y has dado leccion hoy tambien?

—Desde luégo: dice la señora de Ponce que voy á nadar muy bien.

—Pero eso será muy peligroso, cuidando de tí una sola persona.

—¡No lo creas! Hay muchas en el baño,

y los bañeros, y luego que me he puesto unas corchas!

La condesa se recostó con negligencia: no encontraba la palabra que necesitaba para que la niña dijese lo que ella deseaba saber.

—De todos modos, añadió, es peligroso y me tiene inquieta: será mejor que lo dejes.

—No, mamá, dijo Loto próxima á llorar, si voy muy bien y me gusta mucho; déjame aprender!

—Pilar sola no puede servirte en el caso de una desgracia, y la menor imprudencia es fatal.

—Es que esa señora no está sola, dijo la niña, rompiendo con el temor de verse contrariada en sus gustos, la especie de consigna que la prohibición de su padre para que no hablase de la de Castillo á su mamá la había impuesto, la acompaña esa hermosa señora que ayer te dije...

—Ah!... sí!... ¿Todos los días vá?

—Debe ir... yo lo creo así... hoy no estuvo.

—Ah! ¿Por qué?

—No sé, creo que estaba cansada, según dijo la de Ponce á su cuñado, que deseaba conocerla...



—¿Tú lo viste?

—¿A quién?

—Al cuñado de Pilar.

—Ya lo creo, y á su papá tambien; es una familia tan buena, tan cariñosa...

—Sí, sí, una familia feliz, dijo con desdenoso acento la condesa, ya lo sé: ¿y dijeron algo más acerca de Aurelia?

—Yo nada oí: ese jóven preguntó á Pilar si no iban al baño las amigas de quienes la habia hablado...

—¿Y cómo es que no la conocia, siendo él de Sevilla y ella amiga de Pilar?

—Segun parece él ha viajado, ha hecho fuera de Sevilla su carrera...

—Pero anoche estuvo en el baile: allí debió verla.

—Como yo no he oido hablar á ese jóven más que desde aquí á los baños, le oí poco, pero recuerdo que preguntaba á Pilar por esa señora que segun parece estuvo anoche en un baile, y muy hermosa por cierto, y de un americano muy rico...

—¿Un americano?

—Eso dijo.

—¿Cómo se llama?

—Si yo no lo sé, mamá; como Eduardo, el hermano de Ponce, llegó ayer, no co-

nocia á nadie, y como Ponce y Pilar no quisieron salir por no dejar las niñas y el papá solos, el pobre jóven se fué á verlo todo, aburrido y solo...

La condesa miró á Loreto con atencion: aquella especie de intimidad que se establecia entre su hija y una familia extraña comenzaba á infundirle recelos.

Comprendió que habia estado torpe en acceder á que la niña se bañase con Pilar, y pensó en que habia necesidad de buscar un medio que cortase sin violencia el mal en su principio.

—Y como ese jóven será, dijo la de Villa-Quemada con intencion, tímido como buen provinciano, lo veria todo desde léjos.

—Te engañas, mamá, no es tímido ni parece provinciano: es fino, elegante, amable...

—Tonterías de chiquilla, dijo volviendo á su seriedad la condesa: las niñas no se ocupan así de los hombres!...

Loreto se puso encendida como una rosa y no contestó.

Sus párpados se bajaron, como si hubiera sentido de nuevo deseos de llorar.

¿Qué mal habia hecho en decir la verdad?



¿Acaso las niñas no debían mirar á la cara á los hombres?

Pues, entónces ¿cómo hacían para llegar á casarse, final soñado con el cual acababan aquellas soledades, aquellas tristezas, aquellas riñas, y sobre todo, la malhadada trenza suelta y el maldito vestido corto?

Si se le prohibía saber cuál jóven era amable y cuál no lo era, si no había de distinguirlos para nada, aquello iba á ser el cuento de nunca acabar, el encierro se haría interminable, y ella estaba decidida á que no fuera muy largo.

Tentaciones tuvo de declararse en abierta rebelion haciendo tales reflexiones á su madre, pero se contuvo por miedo, proponiéndose mirar con más atención al hermano de Ponce, sólo porque su madre le decía que de él no se ocupara, que toda presión, por leve que sea, despierta el instinto de la independencia.

La condesa llamó, sin añadir una palabra más á lo dicho á su hija.

—Coralia apareció con su eterna y servicial solicitud.

—Advertirá Vd. al señor conde que almuerzo aquí, dijo Angela sin moverse.

—¿La niña también? preguntó sin de-

mostrar su asombro la francesa.

—¡Oh, no! Loto puede bajar con su padre al comedor.

La doncella se inclinó para retirarse.

Loreto, comprendiendo que habia terminado la entrevista, se levantó y besando tímidamente á su madre salió con la sirvienta.

---

## CAPITULO XVI.

Pilar fué á reunirse con su familia preocupada con lo que acababa de oír.

Ella, cuyo pensamiento semejaba un lago sereno que refleja siempre el mismo paisaje, al tener que volver la vista hacia aquellas pequeñas miserias sociales que se le habian mostrado tan cercanas, notó que el cielo azul de aquel cuadro purísimo se empañaba por un instante con la sombra de una duda.

No la afectaba personalmente el relato de la condesa, pero la sorprendia, lastimando una de sus más dulces afecciones.

La historia de Pilar la sabe ya el lector, aunque no la hayamos escrito detalladamente.

Hay biografías, así como hay rostros, que se copian con algunas líneas, con sólo trazar los rasgos más culminantes.

¿Qué habia que decir de la vida de una



niña, nacida en ilustre casa, huérfana en esa edad en que el cuidado y el cariño de los padres es tan necesario, y obligada á sufrir los caprichos, los desdenes, la limosna, en fin, de una parienta anciana, llena de manías, que bajo el egoismo de la vejez y la dureza del beneficio forzado, hacia conocer á la pobre criatura todo lo amargo de la soledad moral, y todo lo angustioso de la lucha por la vida?

De plácido carácter, de corazón generoso y pensamiento alegre, la triste jóven fué haciéndose reservada, silenciosa, melancólica y seria, á medida que se estrechaba á su alrededor aquel helado círculo que alteraba todas sus bellas cualidades, conservando, sin embargo, el germen de aquellos sentimientos, como se conservan entre la nieve los de las flores, para mostrar más tarde su esplendor.

Cuando un cariño leal y sincero envió hasta ella ese calor de la esperanza que reanima como sol del alma, Pilar sintió que su verdadero sér, el sér risueño y dulce, confiado y puro, de pensamiento florido y cándido, de corazón tierno y sencillo, de carácter igual y amoroso, existía en ella, oculto por aquel otro sér ficticio que

las circunstancias habian formado.

Al sentirse amada, al creerse feliz, aquella vaga tristeza, aquella inquietud inconsciente, aquella desconfianza instintiva, desaparecieron, como desaparecen las sombras de un velo al arrancarlo de una estatua, y la esposa amante, la apasionada madre, fortificó su fe en la verdad de la dicha, de las afecciones, de las virtudes, de cuanto grande y bello admite el hombre como creencia, en el goce y la práctica de los más elevados sentimientos.

Pero aquella amarga memoria, aquel pasado solitario y sombrío, tuvo una influencia extraña sobre su presente radiante y sereno: la de una exagerada gratitud.

Como si quisiera pagar la dicha que gozaba á cuantos conocia, suponiendo que hubieran contribuido á ella, era vehemente bajo su aparente dulzura en todas sus afecciones.

Su marido, sus hijas, su familia, en primer lugar, y cuantas amigas la habian acompañado ó querido en su época de aislamiento, eran tan sagrados, tan poderosos para ella que no les hubiese negado ni su sangre, si le hubieran exigido semejante sacrificio.



Aurelia, la hermosa sevillana casada con el general Castillo que podia ser muy cómodamente su padre, habia sido una de estas amigas.

Hija de un coronel de artillería retirado, pobre, viviendo con su madre, de la escasa pension que como viuda de un militar cobraba ésta, habia encontrado medio de ser recibida en todas partes, citada por su belleza, su gracia y donosura, y elogiada por su elegancia modesta y fina.

Era el ornamento de los salones, y disponiendo de tan escasos medios, suplía con su ingenio, con su alegría, con sus encantos, lo que la suerte le negaba de riqueza y posicion.

La de la Cañada trataba, como toda la alta sociedad sevillana, á la viuda é hija del coronel Mendoza, y aunque hacia una vida muy retraida, alguna vez la alegre risa de Aurelia, sus animadas descripciones, su graciosa pintura de una fiesta, llevaban como un reflejo de luz á las sombras que rodeaban á Pilar, animando á la pobre niña que deseaba las visitas de las de Mendoza como desea la planta encerrada un rayo de sol.

Las dos jóvenes se sentian atraidas por una mútua simpatía.

Esta amistad, que no se estrechaba porque faltaban las ocasiones de probarla, se sostenía, acaso por esa misma distancia que no permitía gastarla en alardes vanos.

Aurelia supo que Pilar se casaba bien, y se alegró; así como también celebró la boda de la señora de Ponce, que aquella brillante Aurelia, cuya elegancia, cuya gracia, cuya soltura y gallardía eran incomparables, hubiera hecho la alta conquista que la dió de un golpe y sin más escalafones que la epístola de San Pablo, la faja de generala.

Ya era tiempo, porque la primera juventud de la mujer es muy breve en Andalucía, y es preciso para que esas hermosuras espléndidas pasen sin transición sensible por los distintos grados de la belleza femenina, que esos cambios se justifiquen con el cambio natural que produce la variación de estado.

Aurelia había cumplido cuando se casó los 27 años, y aunque lo ocultaba bien y había quien lo dudaba, los que pretendían saber su edad afirmaban que había hecho bien en casarse.

Una vez casada, en otro círculo, bajo otro clima, en distintas condiciones psico-

lógicas, su hermosura ganó en esplendor tanto como su talento en experiencia.

Las dos amigas, que nunca habían tenido intimidad ni asídúo trato, dejaron de verse por completo.

Cuando alguna vez Pilar, leyendo en un periódico de la corte la descripción de un baile ó de una solemnidad teatral, hallaba el nombre de la generala Castillo, precedido de varios adjetivos encomiásticos á su belleza y su *toitette*, la feliz esposa solía decir:—«esta generala Castillo que iba vestida de color de rosa, es Aurelia, aquella chica tan guapa.»

—«Sí, le contestaba su marido, esa es, sigue divirtiéndose en grande.»

Ninguno insistía y la noticia se olvidaba.

La casualidad las reunió en San Sebastian durante la temporada de baños, y no hay que decir que renovaron con gusto su amistad, á la cual unia Pilar sus recuerdos para hacerla más viva y sincera.

Hé aquí por qué las noticias de Angela, otra amiga de su primera época feliz, de aquella primera edad en que tenía el amor de sus padres, la preocupaban y afligían: porque de ser ciertas la pondrían en un



gran compromiso, en una grave perplejidad.

¿Cómo seguir tratando á Aurelia si habia en su conducta algo de irregular y dudoso?

¿Y cómo demostrar frialdad ni herir con un desaire á la que habia sido tan buena para ella?

Era un problema que la impresionaba desagradablemente.

Rafael conoció á simple vista que Pilar estaba inquieta, é inquietándose á su vez le demandó el motivo.

Pilar no vaciló en confiárselo.

Aquella amante pareja pensaba siempre en voz alta, como si un solo pensamiento sirviera para los dos.

Ponce oyó con interés la explicacion de su mujer acerca de lo que oyó á la condesa.

—¿Y es eso todo? preguntó.

—Sí, todo. ¿Te parece poco?

—Muy poco, querida mia; ménos que nada.

—¿Cómo! ¿Tú no das importancia á esas noticias?

—Ninguna.

—En ese caso, ¿qué debo hacer?

—Olvidar lo que has oído.

—Pero ¿y si es cierto?

—Siempre será cuenta suya.

—Es que si dá motivos para que de ella se ocupen...

—Tanto peor para ella, no por eso se han de ocupar de tí.

—Esto es muy pequeño...

—Por lo mismo le haría daño tu desden, y además de cruel sería injusto.

—¿Injusto?

—Desde luego: creerías hacer una obra meritoria alejándote de tu amiga porque pueden atribuirle algunas coqueterías, y servirías así á los planes de la que, celosa acaso de su hermosura, muerde en su honra para afearla.

—Angela siempre fué buena...

—No lo dudo, pero espero poco por regla general, de quien siente poco. El corazón debe caldear el pensamiento sino ha de ser estéril.

—Es verdad, y Angela es fría, egoísta...

—Si no puede amar, ménos podrá sentir celos: no es la pasión, es el amor propio el que habla: no son celos del hombre, son envidias del éxito.

—¡Oh! tanto no! La juzgas con mucha severidad.



—Te confieso que no me es simpática.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, porque no siente. Su hija me inspira una gran compasion: la pobre niña tan inteligente, tan graciosa, tan dócil, crecerá abandonada de cuidados maternos, viciando su corazón en ejemplos perniciosos...

—Angela es honrada...

—¿Y qué vale esa honradez basada en la indiferencia, sino la avaloran la abnegacion y el sacrificio? Si un solo hecho, si el retraimiento de una sola falta constituyese la honradez, abandonando por ella todos los demás deberes morales y sociales, habria que pedir que pasase á la categoría de los vicios tan peligrosa é inadmisible virtud.

—La juzgas mal; Angela sigue el fatal ejemplo de la clase en que vive, pero en el fondo es buena; se aburre en la soledad, pero no admite la vida íntima de la familia porque rebajaria ese falso buen tono que impone sus preceptos á esos pobres ilusos, esclavos de la forma.

—En ese caso, sobre no saber sentir no sabe pensar, y la necedad hace un maridaje natural con el orgullo.

—Eres cruel!...

—No, soy justo.

—La justicia no debe apreciar por instinto, sino por razón.

—Mi razón es la que habla: la condesa es en la sociedad un miembro muerto; una rama seca en el árbol humano que puede caer sin perjudicarlo para nada.

—Pero ella quiere á su manera...

—Se quiere á sí misma, y esto es poco, por lo cual te aconsejo que acompañes cuanto puedas á su hija, para que guarde en su pensamiento infantil el recuerdo dulce y bello de tus virtudes, como una defensa contra el ejemplo de aquellos defectos.

—Quieres que me ruborice!

—La verdad no tiene más que un lenguaje.

—La pobre Loto!...

—Bien sabe Dios que quisiera sacarla de esa atmósfera helada donde no pueden vivir las afecciones tiernas y puras, porque las mata el egoísmo: me ha sido esa niña profundamente simpática: diez años más y la nuestra tendrá esa edad, y comenzará á despertarse su pensamiento de la misma manera...

—¡Ah sí!

—Qué sería de ella con una madre como la condesa.

—¡Hija de mi alma!

—Ni confianza, ni ternura, ni sanos consejos, ni vigilancia amorosa...

—Dices bien, afirmó Pilar conmovida, será muy desgraciada.

—Solo habria un medio...

—¿Cuál?

—¡Casarla!

—Casarla!... Qué dices? Si es una niña!

—Mejor: ya que no la educa su madre, la educaria su marido.

—¿Pero con quién la casariamos? preguntó con sencillez Pilar.

—Eh! qué sé yo! dijo riendo Rafael, será cosa de buscarle un novio!

—Sus padres no lo consentirán.

—¿Por qué nó?

—¡Es tan niña!

—¡Ya veriamos! Yo creo que se apresurarian á consentir.

—Dejemos eso: ¿por qué no preguntas tú á Eduardo si en efecto se habló anoche algo de Aurelia?...

—No pienses más en ello: sigue tratándola como hasta aquí, sin preocuparte de



agenas denuncias muy fáciles de hacerse pero muy difíciles de probar. Cuando tú veas en esa ó en otra amiga tuya algo que ofenda tu decoro, obra segun tu razon, pero siempre con indulgencia: el ser bueno no autoriza á ser inexorable con las agenas faltas.

—¡Oh sí! tienes razon; siempre ves las cosas bajo su verdadero aspecto: admiro en tí esa serenidad de juicio.

—Me he engañado tantas veces que la experiencia me ha enseñado á tener calma...

Pilar, como habia prometido, no volvió á pensar en los rumores de que la condesa se habia hecho eco para con ella.

## CAPITULO XVII.

El conde de Villa-Quemada entendió que su forzada condescendencia para con la generala, prestándose á ser su pareja en el baile, valia bien la pena de ser recibido por la bella y caprichosa dama, y se dirigió confiado al modesto alejamiento de la de Castillo.

Iba decidido á exigir una respuesta categórica; queria hacer valer sus derechos de asídúo pretendiente, y confiaba en que el triunfo no seria difícil, pues la hermosa andaluza con su burlona sonrisa y su radiante mirada parecia invitarlo á seguir adelante.

En su naturaleza apática y fría la contrariedad más que el empeño traia el cansancio, y la impaciencia, precursora de éste, se iniciaba ya con síntomas indudables.

Algo semejante á la ira lo hacia palide-



cer ante el temor de verse burlado, y como allí donde no hay pasión ni entusiasmo puede haber muy bien ódio y venganza, estaba dispuesto á cobrarse de algún modo el ridículo que habia arrostrado bailando aquel maldito rigodon, en el cual hacia *vis á vis* á su mujer.

Cuando Lola, la doncella de Aurelia, le dijo sonriendo que podía pasar, le pareció que se abrian para él las puertas del cielo, y dió un suspiro de satisfaccion y acaso de triunfo, que nuestra imaginacion toma con frecuencia por victorias los accidentes del azar.

Aurelia de pié, en el centro de una modestísima pero fresca y limpia salita, hablaba con una señora, que el conde á primera vista no pudo conocer.

El arrogante busto de la andaluza se destacaba de aquella suave sombra cortada por una blanca línea movible y vaporosa, en la cual se adivinaba más que se veia el contorno de un talle fino y gracioso envuelto en muselina y encage.

El conde se detuvo contrariado.

No estaba sola, luégo la gracia que él habia creido obtener en ser recibido era un don ofrecido á la casualidad al primero que llegara.

Un movimiento nervioso crispó su mano sobre el puño de su caña de indias, y frunció sus cejas, clávándolo en el dintel de la puerta.

La palabra *adios* pronunciada por Aurelia pareció devolver á su corazon el movimiento, así como devolvía á su pensamiento la esperanza.

Debia ser una visita importuna, acaso una de esas personas que sin ser una visita tenemos necesidad de ver: una vecina, la modista quizá, una de tantas peticiones como apuran nuestra paciencia.

Adelantó, y pudo rectificar sus juicios. La señora que se despedía de Aurelia, y que sus ojos deslumbrados por el reflejo del sol que aún bañaba la calle, no habían podido ver en los primeros momentos, era la de Ponce.

—Adios, conde, dijo Aurelia apercibiéndose de su llegada, ¿qué catástrofe viene usted á anunciarnos con ese aspecto tan desolado?

—Mi desolacion no tiene otro motivo que el haber llegado á interrumpir una conversacion que debia ser muy interesante.

—En ese caso recobre Vd. la calma: no

habia conversacion y por lo tanto la interrupcion no era posible: nos despediamos.

Villa-Quemada se inclinó como si no quisiera ser motivo para que se prolongase la conversacion.

—¿Y Angela y Loreto? preguntó Pilar que á su vez habia saludado.

—Buenas, muchas gracias.

—¿No salen?

—Creo que nó: Angela sufre con el calor.

—Si me atreviera la pediria que me dejase á Loreto por las tardes para que pasase con las niñas: á su edad el movimiento es necesario.

—Su bondad de Vd. no tiene límites con esa niña, y si no ha de causarle una molestia, creo que la condesa accederá como yo á lo que constituye un nuevo favor...

—En ese caso, dijo sonriendo Pilar, encárguese Vd. de obtener su permiso y desde mañana iré á buscarla.

El conde se inclinó: Pilar le tendió su mano, besó á su amiga y salió.

La de Castillo señaló un sillón á su visitante, y ocupó á su vez una mecedora, tomando un abanico del velador que tenia delante.



—¡Oh, al fin! dijo el conde con voz algo irritada y temblona.

—Al fin... qué? preguntó Aurelia con extrañeza.

—Puedo verla á Vd. sola, ya era tiempo. La generala sonrió, abanicándose con calma.

—Pero, amigo mio, dijo, eso es egoísmo! Si hubiera de verlo á Vd. sólo, tendría que renunciar á todas mis amistades.

—¿Y por qué no? Acaso no vale más un sólo amigo, leal, adicto, eterno, que esa corte de necios aduladores que rodea siempre á la mujer hermosa!...

—Un sólo amigo!... Hé aquí una teoría completamente nueva: se ha dicho un sólo Dios y un amor único, pero á la amistad nadie habia puesto límites.

—Es que la amistad que yo ofrezco, dijo el conde con voz apasionada é inclinándose hácia Aurelia, es...

—Como todas las amistades, interrumpió con acento algun tanto frio la generala, algo exigente. Dejemos eso; yo no puedo ir cortando todos los hilos que me unen á la sociedad porque uno de mis amigos tenga el capricho de pedirlo.

—Yo no pido eso, lo que pido es algo

único, algo mio, una hora por ejemplo de soledad, que seria premio de mi...

—Diga Vd., conde, interrumpió de nuevo riéndose la generala, que pide un privilegio exclusivo de visitas, cosa que yo, francamente, no lo puedo acordar.

Un movimiento de impaciencia contenida difícilmente, crispó la mano del conde sobre la mesa en que se apoyaba.

—Para no pedir imposibles, dijo dominando lo inseguro de su acento, quiero saber qué puedo esperar y qué debo pedir.

Aurelia frunció levemente las cejas.

Aquel tono de amargo reproche, contenido en las afectuosas formas de una pretension amorosa, la molestaba.

Impulsando su mecedora, como si la monotonía de su forzada quietud comenzara á cansarla, echó atrás la cabeza, y se dejó mecer con una especie de encanto.

—Hé ahí, dijo con indiferencia, una cosa bien difícil, saber lo que se puede esperar y lo que se debe pedir.

—Difícil? preguntó el conde.

—Más que difícil, inverosímil, fabulosa, imposible.

—No lo comprendo.

—La esperanza nace por sí misma, y no



hay medio de marcarle un límite; en cuanto á deber pedir, no creo que pueda aunarse una acción á la otra, pues lo que se nos debe no hay que pedirlo, y lo que no se nos debe, aunque se pida no puede obtenerse.

—Pues bien, me he explicado mal respecto á las palabras, pero estoy convencido de que en el hecho tengo razón: hace tiempo, hace mucho tiempo que espero este momento, y no he de perder sus instantes, que prolongaría al precio de mi vida, en discutir frases: yo necesito saber si Vd. me ama...

La voz del conde era trémula, agitada, ardorosa.

Al hablar se habia inclinado hácia Aurelia, y sus manos sin guantes tocaban la vaporosa batista de la bata de la de Castillo.

La cinta de uno de los lazos celeste y rosa que se ocultaban entre los encajes de su adorno, vino á quedar entre sus dedos, y la asió con ansia, como retiene el naufrago el manojo de algas que se rompe en sus manos.

—Qué exageración! dijo la generala sin alterarse, ántes bien con burlona sonrisa:

parece Vd. un colegial haciendo una declaración...

—Aurelia! dijo el conde retorciendo entre sus dedos la delicada cinta, no son burlas ni risas lo que pido, sino una respuesta!...

—Pero qué daño le han hecho mis lazos para que así los destroce? dijo Aurelia, impulsando un poco hácia atrás la mecedora para separarse del conde; eso es cruel!

—Lo que es cruel es hacerme esperar así.

—¿Esperar? ¿El qué?

—Por Dios, Aurelia, que hay para volverse loco! Hace tiempo que sabe Vd. que la amo; anoche mismo me ha obligado Vd. ha hacer un papel, que no diré que fuera ridículo, pero que desde luego era inconveniente, incorrecto, inoportuno...

—Aseguro á Vd. que no sospeché que fuera todo eso el bailar conmigo un rigodon, de otro modo me hubiera resignado á no tener pareja, es decir, á no bailar...

—Yo he creído serle agradable bailando, y olvidándolo todo la he obedecido.

—Se lo agradezco sinceramente, y siento haberlo obligado con mi ligereza, tal vez á sufrir una desagradable escena íntima.

La generala al decir esto pensaba en la digna indiferencia demostrada ante el público por la de Villa-Quemada, y gozaba pensando que salvado el orgullo de aquel momento habria sobrevenido la explosion.

Pero el conde se apresuró á añadir:

—Oh, no! A los diez y siete años de matrimonio los celos no tienen razon de ser; además mi mujer tiene talento y comprende el ridículo de ciertas escenas.

—¿No es celosa? preguntó incorporándose ligeramente, y asiendo entre sus dedos la malhadada cinta que el conde habia arrugado en los suyos.

—Creo que no, pero no hablemos de ella, al ménos ahora.

—Pues yo creo que un marido no debe felicitarse de la indiferencia de su mujer, dijo la generala, que como si fuese acometida de un mal humor repentino, revolvía la cinta de seda en torno de su dedo índice con nerviosa agitacion.

—¡Qué nos importa todo eso!... Qué singular empeño en alejarme de mi objeto, y qué divagar siempre para no llegar á una conclusion!

Aurelia iba á contestar cuando un leve rumor de pasos le hizo volver la cabeza hácia la puerta de la sala.



El conde la volvió también con un movimiento de impaciencia.

Durante aquel segundo la mecedora de Aurelia retrocedió algunos pasos, y el abanico que había sobre el velador pasó á la mano de su dueña que lo abrió con calma.

El americano D. Augusto Morella, y el madrileño D. Silvano Lopez aparecieron en el dintel.

El americano llevaba en la mano un pequeño *bouquet* de gardenias y nardos al que servia de centro una magnífica rosa: en vez de papel picado lo envolvía un rico encaje y lo ataba un hilo de oro que pasaba por entre los claros del encaje para sostenerlo.

Podria no ser delicado, ni usual, ni distinguido hacer alarde de riqueza en un pequeño ramo de flores, ofrecido á una dama á la cual se hacia la primera visita, pero la generala halló las flores encantadoras, su aroma esquisito, y no pareció apercibirse de que fuera encaje de hilo tejido en Bruselas, ó papel picado á máquina la blanca envoltura que parecia preservar del contacto exterior el delicado ramillete.

A los dos minutos de recibirlo y despues

de haberlo aspirado y mirado durante aquel tiempo, lo dejó sobre el velador, y señalando asiento á sus visitantes siguió agitando su abanico con una pereza de americana.

El conde, que se habia sorprendido de la intempestiva visita, haciendo un movimiento de mal humor, se puso lívido al ver el precioso *bouquet* en manos de Aurelia.

Aquel obsequio que en un amigo antiguo hubiera sido calificado de mera galantería, en una persona desconocida, apenas saludada por una presentación oficiosa, era el colmo del atrevimiento y ofendia á la generala, que no parecia haberse apercibido de ello.

Hubo un momento en que Enrique sintió una llamarada de ira abrasarle el rostro, y fué aquel en que Aurelia llevaba el ramillete hácia su rostro para aspirar su aroma.

Su sangre aristocrática se sublevó ante la osadía de aquel vulgar millonario que se permitia tratar á las damas españolas con la libertad con que trataria á las negras de su ingenio.

¿Por qué y cómo aquel atrevimiento se



autorizaba con la aquiescencia de aquella señora, que llevaba un nombre distinguido y lo comprometia con tan incomprensible debilidad?

Hubiera querido tener derecho para pedir cuenta al ricacho americano de su osadía, pero comprendia que su incursion en aquel asunto, pareceria ridícula y quijotesca, produciendo un escándalo sin ventaja alguna.

Sin embargo, no renunciaba á dar una leccion al flamante ultramarino, para que si no las sabia aprendiese las costumbres de la buena sociedad.

Su sangre apática y fria se habia encendido, él mismo no sabia si en celos ó en ira.

Aurelia no lo perdía de vista.

Notaba algo extraño en su mirada y se inquietaba sin conocer la causa de su inquietud.

Sostenia con el americano y el gomoso un cambio de palabras que no se podia llamar conversacion porque no explanaba ningun asunto concreto.

Hacia calor; los baños estaban muy animados; San Sebastian era muy bonito: el baile de la noche anterior estuvo brillante.

esto era todo: lo preciso para no guardar silencio.

Aurelia hubiera deseado que Villa-Quemada se despidiese.

Su mirada fija y dura la molestaba; parecia denotar un derecho de exclusivismo.

—¿Hace mucho, preguntó Enrique á Morella, que ha llegado Vd. á la península?

—Unos tres meses, durante los cuales he viajado por Francia.

—Ah! ¿entonces no conoce Vd. aún las costumbres españolas?

—Muy poco, pero como nosotros somos españoles tambien, la diferencia no es gran cosa.

—Oh! nuestras costumbres no pueden estudiarse como una ley de reglas fijas, dijo la de Castillo que veia condensarse sobre la frente del conde la nube amenazadora de su disgusto, pues, varian hasta lo infinito: en cada pueblo, en cada familia, y aún en cada individuo, hay gustos diversos que se trasforman en costumbre.

—Hay usos invariables para todas las clases, que son respetados en todos los pueblos...

—Tratándose de asuntos graves no lo niego, pero en pequeñas cosas...

—Hoy la sociedad es en todas partes un tanto cosmopolita, dijo con pedante aplomo el americano: es el kaleidoscopio de colores diversos que entretiene y recrea: la igualdad sería la monotonía.

—Además, dijo Silvano lastimado de su forzado silencio, la educación es igual en todas partes, y ella gradúa los actos del individuo.

Villa-Quemada se volvió hacia aquel muñeco de pantalon estrecho, levita corta y ceñida y reluciente cuello, y le dijo con calma:

—La educación no impide la inconveniencia cuando se ignoran los usos de un pueblo ó de una clase.

—En efecto, dijo Morella, que á todas luces queria ser amigo del conde, nada más fácil.

—Por ejemplo, dijo el conde de Villa-Quemada, mirando, acaso involuntariamente, las gardenias y los nardos, que blancos como la inocencia seguian perfumando su calada envoltura sin cuidarse de conveniencias sociales, en la Habana serán muy admitidos los mútuos regalos, y aquí hay necesidad de que la confianza los autorizara no inferir con ellos una ofensa.



El acento de Enrique era acerado y frío, y aunque sus palabras parecían dichas con la cortesía más esquisita, sonaron como una provocación.

Pasó sobre aquellas cuatro personas como el soplo helado de un latigazo.

Aurelia, comprendiendo perfectamente el sentido de aquel reproche, quiso deshacer su efecto, interponiendo su opinión independiente.

—Según cual sean los regalos, dijo riendo como para deshacer con su risa el hielo de aquella censura, que tal es la cuestión.

—Oh! dijo con grosera expresión de materialismo el millonario, los regalos siempre caen bien, y cuanto más buenos, mejor.

Aurelia sintió la mirada del conde fija en ella como la picadura de una abispa, y quiso terminar aquel incidente que amenazaba convertirse en accidente desagradable.

—Hay regalos y regalos, dijo con calma; flores, libros y dulces, pueden regalarsen sin ofensa así á los niños como á las damas: regalos de otro género exigen condiciones especiales...

Y tomando el ramillete, dijo alegre y festiva, sonriendo á todos:

—Estas bellas flores, deberian protestar, si tuvieran voz como tienen perfume, del monopolio de que son víctimas! Venderlas en mercado público como unas esclavas de nuestro capricho, es vergonzoso: debieran ofrecerse como un don del corazón, ya que lo son de la naturaleza: darlas y recibirlas tendria entónces el mismo encanto; pero mientras se arregla el mundo á nuestro gusto conformémonos con arreglar lo que nos pertenece, y repartamos generosamente estas gallardas hijas de la tierra como dádiva de amistad.

Y arrancando el hilo de oro que enredaba el encaje, sugetándolo, fué dando á los tres caballeros una gardenia y un nardo, colocándose despues en su pecho, con dos largos alfileres de plata que tomó de su peinado, la rosa que ocupaba el centro, y un pequeño grupo de las blancas flores que la habian rodeado, como corte de una reina.

El encaje quedó en su mano, arrugado, roto el hilo de oro que le servia de sosten, formando una bola blanca y esponjosa, como si fuera un papel inútil que se preparase á tirar.

El conde miraba con atencion.

El americano tenia tambien curiosidad



de saber lo que haría aquella hermosa mujer con aquel trozo de encaje que le había costado cincuenta pesos, para realzar las flores que apenas valían dos pesetas.

La de Castillo, con su viveza de andaluza, llevó insensiblemente la conversacion hacia otro punto: habló de que el paseo estaba delicioso, y ella iba todas las tardes con su amiga la de Casa-Nueva.

Su mano seguía estrujando la bola del encaje, como si hubiera querido fundirla en una masa compacta.

De repente, como se arroja una flor que se ha deshojado, con naturalidad, sin alardes, sin aparentar saber lo que hacía ni pensar en ello, la mano se abrió, y aquel amasijo de hilo cayó debajo de la mesa, como si hubiese de esperar allí á que la esco-ba lo enviase á su último destino.

El conde exhaló un suspiro de satisfacción; el americano hizo un gesto de indiferencia, Silvano de nada se apercibió.

El conde se despedía momentos despues, sin saber qué pensar de Aurelia, pero más enamorado que nunca.

El americano se proponía insistir, regalando algo que no se arrugase como un papel viejo, y Silvano, silvando un ária y

chupando el puño de su baston, pensaba en que es cosa muy divertida visitar á una mujer hermosa.

---

## CAPITULO XVIII.

Cuando Aurelia quedó sola fijó con tenaz insistencia su mirada en la puerta.

Su hermosa mano, algo grande, como remate digno de aquel brazo escultural que Loreto habia admirado desnudo y mojado por la ola, sostuvo el peso de su cabeza que se inclinó suavemente sin desviar la direccion de su mirada.

Meditaba, y su meditacion no debia ser nada agradable porque su frente se habia puesto sombría, fruncidas sus cejas y caido el labio inferior, señal evidente en ella de abstraccion y disgusto.

La mano que tenia libre asía con violencia las cintas celestes de su bata de encaje, y las retorcia con nerviosa impaciencia, como si aquel fino tegido de seda tuviera la culpa de su mal humor.

Difícil hubiera sido seguir su pensamiento, que como un torbellino rodaba arras-



trando memorias, esperanzas, planes y temores.

Pensaba en su situacion, en sus triunfos, en sus sinsabores, en sus proyectos, y pensando en todo vino á recordar lo que por el momento debia reclamar su atencion.

—Es un necio, dijo moviendo apenas sus labios, y se dá aires de dueño celoso: me comprometerá el mejor dia, y es preciso evitarlo. Es una esperanza! Un conde arruinado, con pretensiones y pergaminos por todo capital! No! Muchas gracias, para amante práctico es muy pobre!.. Que se dirija á Josefina: á esta le sobra el dinero y le falta el buen tono: será admitido sin discusion, con gratitud, pero yo no quiero blasones ni idilios: tan inútiles me son los escudos de armas como la poesía. Estos juguetes sirven cuanto más para entretener al que todo lo tiene, nunca para satisfacer al que todo le falta!...

La mirada de la bella andaluza se tornó más sombría, más dura; su mano retorció con más fuerza sus pobres lazos, castigados como si hubiesen cometido un delito, y las palabras más que vibrar silvaron entre sus dientes apretados.

—Necesito dinero, dijo, á toda costa y

por cualquier medio: esta situación es insostenible, violenta y ridícula: hoy tuve la intención de dejarme ahogar por las olas, pero pensándolo mejor se me ocurrió que antes se pueden intentar muchas cosas!... Ah! cómo envidio á esa necia de Josefina! Gasta cuanto quiere, es verdad que vá un poco deprisa y acabará con todo, pero para entónces ya será vieja, y una vieja no necesita dinero: con dejarse morir es bastante!...

La mano que sostenia la cabeza se retiró cansada sin duda de aquel peso, y por un movimiento nervioso se puso de pié y comenzó á pasearse.

Sus miradas se fijaron en aquella bola de encaje estrujado por su manó, y sin recordar lo que era le dió con la punta del pié empujándolo con violencia.

Instantáneamente se detuvo, algo brilló en su mirada con siniestra alegría y se bajó á recojer el blanco despojo que debió barrer la escoba, y que la casualidad volvía á llevar á sus manos.

Con fría calma lo estendió, lo desarrugó, limpió con su bata un poco de polvo que el encaje habia recogido en su ignominiosa escursión por los rincones, y fué se-



parando cuidadosamente las rotas hebras de oro que habian quedado entre los calados del hilo.

Una vez terminado este trabajo fué ensanchándolo y estirándolo sobre su rodilla.

El encaje era uno de esos trozos que forman la vitela de los abanicos de lujo, y que encierran en tan breve espacio un dibujo complicado de flores, arabescos y medallones primorosamente combinados.

—Ah! dijo, es bonito y muy bueno, era una tontería tirarlo: las flores están ya marchitas y esto servirá algún tiempo. Es una galantería algo pesada, algo cursi, pero positiva....

Verdaderamente el quijotismo exajerado del conde me ha hecho ser un poco ridícula con este hombre: á la verdad no habia motivo: se admite el papel y no debe admitirse el encaje! Bah!.. antiguallas, romanticismo pasado de moda!.. Cuando se tiene un marido que señala para alfileres la bonita cantidad de seiscientos reales á una mujer como yo, es preciso no pedir goyerías! Ah, señor general Castillo! preciso seria no elevar tanto las torres de la fortaleza cuando en ellas no hay municiones para defenderse!.. Al pensar en mí, debió

pensar que una mujer hermosa no es género barato, y si era pobre renunciar generosamente á la mano de Doña Leonor!.. Y si al ménos ya que no tiene Vd. dinero tuviera juventud, nombre ilustre, posición política... pero, nada!.. una faja ganada con tres ó cuatro sublevaciones y arrojada con desden como un hueso á un perro para que se calle; una renta mezquina y una hija que dotar... Es decir, que sin las revoluciones el Sr. Castillo seria un honrado comandante ó teniente coronel á lo sumo, y su hija próxima á ser embajadora, una militar vestida á la moda del año pasado, sin otras visitas que las del gremio. Y cómo en ese caso yo no me hubiera casado con el subalterno, yo sola soy la que he perdido con sus ascensos!

Todas estas cosas, verdaderamente asombrosas, las decia Aurelia con tal convicción, con tan amarga naturalidad, que parecian la afirmacion de una creencia largo tiempo madurada.

Su monólogo tenia las proporciones de una confesion: parecia que revelándolo todo, el peso de sus reflexiones habia de aligerarse.

Dejando el encaje sobre el velador siguió diciendo:

—Algun dia habrá de saber mis deudas; no han de ser mis acreedores tan simples que se callen, y como no podrá pagarlas, estallará el escándalo. Debo mucho, no sé cuanto, pero la modista pone unas cuentas horriblemente altas, los criados roban, los amigos piden para hacer obras de caridad á costa ajena, y los viajes devorán el oro sin que alcance jamás.... Quisiera yo saber qué haria una mujer en mi lugar, con tres duros diarios para el gasto de la casa y un duro para alfileres... pues qué habia de hacer, vamos á ver, lo que yo hago, ni más ni ménos, gastar en alfileres los cuatro, y otros veinte más que se deben! Despues de todo las leyes son paternales para nosotras y no podemos quejarnos: lo gasta la mujer y lo paga el marido: ménos mal. Pero como él no tiene con qué pagarlo en dinero, lo pagaremos por igual en escándalo... No, no: es preciso buscar un medio... Cuando no se tiene dinero hay que tener paciencia, Sr. General: Vd. ganó la faja faltando á su obligacion; pues bien, yo ganaré la mia por el mismo sistema.... la traicion se aprende, y la lealtad vá siendo ya entre generales y mujeres. que tanto monta, *rara avis*....

Aurelia se echó á reir: nerviosa y exci-



tada su mano volvió á asir el encaje, mirándolo fijamente.

—Este hombre debe ser rico, dijo tomando la parte por el todo, y como si aquel trozo de calados y labores de hilo tuviese nervios y sangre para comprenderla: es vulgar, feo, rudo, pero tiene dinero; es decir, lo tiene todo. Villa-Quemada hubiera podido servirme como influencia, este me servirá como realidad. He sido una necia en ofenderlo, y necesito saber si realmente se ha ofendido: Lola! gritó llamando á su doncella.

La jóven acudió al punto.

—Vaya Vd. al *Hotel* y diga Vd. á la Sra. Marquesa que á las seis la espero para ir al paseo, que no tarde: ¡ah! y otra cosa que tenía que decir á Vd!

—Cual? si es que prepare la ropa ya lo está.

—No es eso: cuando vuelva el conde de Villa-Quemada no estoy en casa; sea la hora que sea, invariablemente, he salido.

Ah! murmuró la doncella asombrada.

—Me fastidia, dijo Aurelia por vía de explicacion.

—Bien, murmuró filosóficamente Lola, ¿y los otros?

—No: yo iré avisando.

—Hasta luégo, dijo alejándose Lola.

Aurelia al quedar sola pasó al gabinete que le servia de tocador y comenzó á preparar su *toilette*.

Las gardenias, los nardos y la rosa, refrescados con unas gotas de agua debian más tarde adornar su pecho.

Su frente se habia despejado, y estaba alegre como si hubiera hallado la solución del problema que la preocupaba.

---



## CAPITULO. XIX.

El tocador de una mujer hermosa que desea parecerlo, suele ser en nuestros tiempos un complicadísimo trabajo.

Aquellas mujeres que Goya pintaba entre las ondas de encaje de sus mantillas, no conocían la mayor parte de las necesidades que se han creado sus nietas.

Lavaban su rostro con agua fresca; peinaban su cabello con lustrosa pomada, y ajustándose la fina media y el pequeño zapato, atando la blanca enagua y abrochando el corto traje, que las dejaba lucir los brazos y el cuello, todo el accesorio del tocador consistía en los mitones, el ridículo, el abanico y la mantilla, sirviéndoles este tocado así para el sermón como para los toros, lo mismo para el paseo que para el sarao.

Ahora es distinto: quién se atrevería á decir todas las adiciones que se unen á la

limpieza y vestido de una mujer?

Y quien podria contar las esenciales diferencias que median entre el traje de paseo, de visitas, de comida, de teatro, de baile, de mañana, de casa, de recibir, de playa, de castillo, de viaje, de amazona, de pesca, de carreras, de salto de cama, de convaleciente, de calle, de coche, de compras, etc. etc., cuya lista es interminable para las señoras modistas, y más aún para los modistos, debiendo añadir que cambian con las estaciones; y que cada uno de ellos necesita como complemento el sombrero, los guantes, el calzado, el quita-sol, el abanico, la manteleta, el abrigo, la mantilla, el adorno, las joyas, formando un presupuesto tan terrible de gastos, que no hay casa por fuerte que sea que no sienta el desnivel de sus entradas y salidas, es decir de su *haber* y su *deber*, desequilibrio que arruina los más sólidos caudales, y mucho más en una época de empobrecimiento y decadencia como la que atravesamos.

Y ya que de pasada y por incidencia tocamos esta cuestion, bueno será advertir, aunque no sirva de nada, que es tiempo ya de que los espíritus serios opongan su veto á ese ridículo afan de lujo y ostentacion.

que mata el bienestar de las familias, y agota en inútiles manifestaciones de vanidad las riquezas que pudieran ser germen de productivas industrias ó elementos de prosperidad en la agricultura y el trabajo.

Y no se nos diga que esas compras de fantasía favorecen á la industria ni sostienen al comercio.

Todo centro mercantil vive de realidades y no de apariencias, y esos gastos, no satisfacen por sí solos las necesidades del negocio comercial; son una explotación accidental, ficticia, por decirlo así, hija del capricho, que un día enriquece y otro día arruina.

En nada se parecen esas ganancias que la moda ofrece, á las ventajas regulares y seguras de un estado social próspero, una agricultura floreciente, y una vida holgada en una nación ó un pueblo.

Además, que para colmo de insensatez y desventura, las que hacen esas compras fabulosas no suelen hacerlas en España, motivo por el cual la ruina es más elegante puesto que viene del extranjero.

Aurelia era en trajes, modas, gastos y locuras de compras y deudas, la primera entre las primeras.



Era hermosa, ya lo hemos dicho, demasiado hermosa, y lo sabia, como sabe toda mujer aquello que le interesa.

Se habia casado sin amor, por vanidad, por salir de la oscura medianía que apagaba el brillo de su juventud en una capital de provincias, y necesitaba deslumbrar.

Castillo habia comprendido, aunque tarde, que habia cometido una irreparable imprudencia casándose con una mujer tan jóven y tan hermosa, pero la cosa era de las que no tienen remedio: ¡una batalla perdida! decia el bueno del general.

Como táctica adoptaba una plácida indiferencia: su mujer podia creerse libre en la vida social, halagada por su hermosura, respetada por el nombre que llevaba.

Con tal sistema creia el sencillo militar ponerse á cubierto de quejas y peticiones, y nunca se le ocurrió que aquellas cintas, aquellas plumas, aquellos encajes, aquellos graciosos y llamativos adornos que tanto embellecian á su mujer, valiesen tanto dinero ni proporcionasen á esta inquietudes tan serias!

¡Aquellas bagatelas suponian tan poco!

Ya hemos visto que para Aurelia eran una amenaza de escándalo y disgustos.

Profundamente preocupada, como quien duda antes de tomar una resolución, comenzó á vestirse sola, deteniéndose á cada instante para perfeccionar el peinado ó modificar algun detalle importante de su adorno.

Cuando el hermoso busto apenas cubierto por la onda de batista y encaje que formaba la camisa, se reflejaba en el espejo con la pureza de líneas de un relieve de mármol, la generala sonreía: aquella era su fuerza, el porvenir le pertenecía!

Lola apareció, con la noticia de que la marquesa llegaría muy pronto.

—Pues, no tardes en vestirme, no he visto el paseo y quiero llegar temprano.

La doncella se apresuró á vestir á su señora.

La *toilette* fué muy sencilla.

Parecía que Aurelia ponía empeño en que su belleza fuese la primera atracción de su persona.

Un traje de granadina crema armado sobre seda azul, con lazos de terciopelo: un sombrero de paja con ala vuelta y un ramo de espigas y amapolas.

Sobre su pecho la rosa, las gardenias y los nardos coquetamente prendidos.



Cuando Josefina la vió la encontró demasiado sencilla.

—No estás mal, dijo, pero resultas muy aniñada... pareces, no la señora sino la señorita de Castillo, que busca novio.

—Puede ser, dijo riendo Aurelia, que lo busque para un caso imprevisto: los viejos se mueren antes que los jóvenes.

—Castillo no es viejo, dijo la marquesa.

—De lejos ninguna casa denota ruina.

Las dos amigas se acomodaron lo mejor posible en el coche y se dirigieron al paseo.

La marquesa iba destumbradora de lujo, y con una radiante expresión de vanidad satisfecha.

La sencillez de que Aurelia alardeaba, aumentaba su esplendor.

No tardaron mucho en encontrar personas conocidas que las saludaban al pasar.

—Es muy divertido esto, decía la marquesa, parece que nos encontramos en Madrid.

Aurelia saludó afectuosamente con la mano.

—A quien saludas? preguntó Josefina.

—A Pilar Ponce, allá va con su marido y sus niñas.

—Es aquella? Qué modesta, qué humil-

de, parece la mujer de un empleado de 6.000 reales de sueldo con descuento!

—Pero fina y distinguida siempre, aunque demuestre humildad.

—Bah! Déjate de finuras, que para probar eso es menester tratarla y buscar quintas esencias: lo que hace es llamar la atención con esa estudiada sencillez.

—No lo creas: en ella no hay nada aparente; es la bondad misma.

Josefina se encogió de hombros.

Qué le importaba á ella, la flamante marquesa de la más nueva de las casas, aquella trasnochada aristócrata ingerta en burguesa retraída y sentimental?

El paseo de la Concha estaba admirable; habían dejado el coche y paseaban asidas del brazo, riendo y charlando como el que á toda costa se propone divertirse.

De repente el brazo de Aurelia oprimió con involuntario movimiento nervioso el de su amiga, que preguntó separando el lente de sus ojos:

—Que pasa?

—Nada, dijo Aurelia: un escalofrío, esta brisa es húmeda.

Y saludó graciosamente á un caballero que adelantaba hácia ellas.

—Quién es ese? preguntó á media voz la marquesa.

—Un americano, muy rico, creo que se llama Morella, dijo muy bajito Aurelia.

—Que feo es! objetó la marquesa.

La crispacion del brazo de Aurelia, que esta vez no respondia á un escalofrio, la advirtió que debia callar.

Don Augusto se habia acercado sonriendo, con esa confianza que las personas sencillas demuestran á los que apenas conocen, solo con haberles hablado.

—Viene á saludarte? preguntó muy quedo la marquesa.

—Sin duda, murmuró Aurelia que no queria dar explicaciones.

—Ah! ya recuerdo! Lo vimos anoche!..

Aurelia, nerviosa é impaciente volvió á estrechar su brazo.

La marquesa fijó su lente en el americano, con toda la frescura del que tiene dinero y se cree con derecho á mirar muy alto.

—Te repito que es feo, dijo, sin poder apenas terminar la frase, pues Morella se habia aproximado, dando la mano á Aurelia con exagerada franqueza, que solo podia disculpar su origen ultramarino, y sa-



ludando con reverente ceremonia á la marquesa.

—Qué felicidad, dijo el americano siguiendo al lado de la de Castillo, encontrar á Vd. por aquí: me aburría sin ver una cara conocida.

—Hace poco que está Vd. en San Sebastian? preguntó Aurelia contrariada de que la marquesa asistiera á la entrevista de la cual iba decidida á sacar partido.

—Muy poco, unos días, y crea Vd. que ya comenzaba á fastidiarme esto, pero ya se ve, vienen aquí cosas tan buenas, que le hacen á uno quedarse á discrecion de los fondistas que lo explotan.

—Esto es caro, dijo la marquesa, que á toda costa queria alternar en la conversacion.

—Carísimo: se come oro: pero lo que se vé, vale la pena de que se pague así.

Aurelia contuvo un movimiento de hastío; la vulgaridad de las frases del millonario la aburría y humillaba, pero es cosa sabida que la naturaleza rara vez acumula sus dones en un mismo sér, y que no es fácil hallar distincion, belleza, talento y dinero reunidos en una sola persona.

¡Quién podría limitar el poder del sér fe-

liz que reuniese bajo la fuerza de impulsión de su voluntad, la fuerza resultante de todas esas ventajas que crean una omnipotencia?

El tener una sola de ellas es ya bastante para considerar que en la lotería de la vida, donde hay tantos números en blanco, se alcanzó un lote de distinción que recompense las dificultades del juego.

Y á la verdad que D. Augusto no podía quejarse: el lote *riqueza* es el que ménos pide y más dá.

¡Cómo que todo lo lleva en sí!

Gozar, y pagar lo que se goza es fácil y llano para el que no tiene otra cosa que hacer.

Conociendo sin duda estas verdades se mostraba satisfecho de sí mismo, y tenía una gran seguridad en todas sus empresas.

El oro remueve el mundo hasta sin punto de apoyo.

Es extraño que no se le ocurriera á Arquímedes buscar esa palanca para su empresa.

—Estará Vd. mucho tiempo aquí? preguntó Josefina.

—No lo sé, señora, no lo sé, dijo dando á su acento una expresion singular el ame-



ricano, depende de las circunstancias.

—Es, dijo con su ligereza habitual la marquesa, que á fines de la próxima semana debo marcharme á un Castillo de mi propiedad donde daremos algunas fiestas, contamos con varios amigos, y tuviera mucho gusto en que Vd. fuese de los nuestros.

—Yo quedo honradísimo con su deseo y acepto para no parecer ingrato.

—Gracias mil: ya recibirá Vd. la invitación oficial.

—Nunca me será tan grata como la que acabo de oír; y esta señora será también, como Vd. decia, de los nuestros? preguntó Morella señalando con la mirada á la generala, que contrariada ó pensativa guardaba silencio.

—Quién lo duda! exclamó alegremente la marquesa: Aurelia es siempre de las mías!..

—Que felicidad! murmuró Morella.

Aurelia oyó aquella frase que parecia el eco de un pensamiento y se sonrió: el americano iba muy deprisa por el camino de las esperanzas.

Las dos amigas seguian sin volverse por el lindo paseo, llamando la atención de los paseantes la una por su gentil belleza y la otra por su lujoso atavío.

—Me sentaría de buena gana, dijo Aurelia de repente.

—Pues nos sentaremos en ese kiosko y tomaremos un vaso de agua de limon, dijo la marquesa.

—Me permitirán Vds. que las acompañe?

—Por que nó? se apresuró á decir Josefina.

Morella se inclinó para dar las gracias, y al ofrecer los asientos que colocados al rededor de una mesilla de hierro habia en el pabelloncito indicado por la marquesa, tuvo cuidado de quedarse al lado de Aurelia.

Dos preciosas niñas vestidas de blanco con lazos celestes y altos sombreritos de paja adornados con cintas del mismo color, pasaron jugando y riendo junto al kiosko, y al ver á Aurelia prorumpieron en alegres exclamaciones.

—Lolita! Carmela! dijo la generala Castillo reconociendo en las niñas á las hijas de Pilar: que haceis aquí? y mamá?

—Mamá no ha venido, dijo Lolita con su media lengua de seis años, que le daba una gracia encantadora: hemos salido á pasear con tio Eduardo, y nos ha traído en coche á tomar leche con bollos.

—Y donde está tu tio? preguntó la marquesa besando á la niña.

—Allí... señaló con viveza la pequeñita, hablando con aquel caballero.

—En efecto, allí está Eduardo Ponce, dijo Aurelia.

Siguiendo la direccion marcada por el dedito de color de rosa de la niña, Josefina vió dos jóvenes que hablaban en un extremo del paseo.

—Es aquel que habla con Silvano Lopez? preguntó Josefina.

—Sí, dijo Aurelia, ignoraba que fuese amigo suyo.

—Bah! amigos de *sport*! dijo la marquesa.

—Ponce frecuenta poco los círculos del *schut*, afirmó Aurelia.

—Y Vd. por qué lo sabe? preguntó con celosa expresion Morella.

—Su cuñada, la madre de estas niñas, es mi amiga... amiga de la infancia...

—Ah! murmuró el americano satisfecho con aquella explicacion.

Las niñas que se habian alejado, volvieron corriendo hácia Aurelia.

Eduardo Ponce, al ver alejarse á las niñas las buscó con la vista, y al ver á las dos



amigas saludó respetuosamente aproximándose con Silvano al pabellon.

—Carmela, Lolita, sois muy revoltosas y no vendreis más conmigo, dijo á las niñas que en sus juegos volvieron á buscarle.

—Es que está aquí Aurelia, dijo para disculparse Lolita.

—Es una gran razon, dijo Ponce riendo, y aproximándose á la generala para saludarla, es una gran razon para perder el juicio.

Aurelia presentó á Ponce y el círculo se hizo más ámplio.

Habian servido refrescos y dulces, que apenas habian probado las damas.

Josefina comenzó á explicar á Lopez y Ponce las mejoras que se habian llevado á efecto en su Castillo; las fiestas que pensaban celebrar, y los proyectos de cacerías y giras en el Otoño, á las cuales, por supuesto, quedaban invitados.

Las niñas corrian empujando sus aros forrados de terciopelo, riéndose grandemente cada vez que se escapaban de entre sus manos ó iban á caer á sus piés.

Morella, aprovechándose de aquella ocasion ofrecida por la casualidad, comenzó á hablar á media voz con Aurelia.

—Agradezco á Vd. mucho, le dijo sin rodeos, que haya aceptado mis flores, por más que le pareciese mal mi obsequio al señor conde de Villa-Quemada.

—Se engaña Vd.; el conde no tenía por qué encontrar malo ni bueno el obsequio: hablaba en términos generales.

—Estoy seguro de que hablaba conmigo, pero en tanto que Vd. lo recibía bien, me es indiferente su opinion.

—En ese caso prescindamos de ella: como buen aristócrata está muy apegado á las formas antiguas.

—Yo creía que á lo que tenía apego el conde era á las formas modernas, dijo Morella con una sonrisa tan poco delicada que hizo enrojecer á Aurelia.

El americano añadió viendo que no obtenía respuesta.

—Encontrará también inoportuno el que yo vuelva á visitar á Vd.?

—Yo no le pregunto su opinion sobre mis acciones, ni me preocupo de ella.

—Dicen, sin embargo, que él se interesa mucho por cuanto á Vd. se refiere.

—Debieran añadir que no conozco el motivo de ese interés ni de él me ocupo.

—En ese caso podré volver á tener la dicha de verla?



—Sin duda!

—Estará allí el conde? preguntó con intencion Morella.

—Creo que no, contestó Aurelia con adorable coquetería.

—En ese caso no hay peligro en llevar flores?

—Oh! ninguno! Las flores me encantan!

—A mí me encantan las flores vivas, las que resplandecen como la rosa, huelen como la violeta, y aprisionan el corazon como la pasionaria el trocco...

Aurelia ruborizada é inquieta dirigió su mirada al rededor teniendo ser observada.

La marquesa absorbía con su charla la atencion de Silvano y Eduardo, y las niñas se comian entre las dos un bizcocho que habian tomado recatándose de su tio del velador.

—Podré esperar, siguió el americano, que esa hermosísima flor que me encanta me permita contemplar de cerca sus colores y aspirar sus perfumes?

—Las flores, dijo en tono de broma Aurelia, no pueden oponerse á lo que es resultado de la agena voluntad.

—Si no pueden y no se oponen no hay mérito en ello: de poder hacerlo y no realizarlo ya seria otra cosa.

—Pues, aunque puedan, no serán tan crueles.....

—Eso es una esperanza? preguntó atrevidamente el americano.

—Una esperanza de qué? preguntó riéndose Aurelia: acaso se necesitan esperanzas para mirar?

—No, pero se necesitan para obtener lo que se mira....

—Eso no estaba previsto, dijo Aurelia siempre en tono festivo.

En aquel momento hizo un movimiento de contrariedad.

Acababa de ver al conde de Villa-Quemada que adelantaba á caballo y debía siguiendo la direccion que llevaba pasar por aquel sitio.

Con naturalidad y aplomo llamó la atencion hácia las niñas que comian, en el temor de que pudiera hacerles daño.

Eduardo se levantó á inquirir el origen de aquella alarma; Josefina se inclinó hácia su amiga, y el peligroso *aparte* que podia hacerse sospechoso á los ojos celosos del conde, desapareció.

Nadie se apercibió de ello.

Villa-Quemada se fijó con extrañeza en el grupo que formaban nuestros conocidos,

saludó con alguna frialdad, y se alejó.

Aurelia respiró.

La idea de que el conde la comprometiese con sus alardes de enamorado celoso, la estremecía.

Desde luego no tenía ningún derecho, pero era preciso evitar que sin derecho diese lugar á murmuraciones.

Josefina se levantó advirtiéndole que era tarde.

Aurelia se felicitó de ello.

Hay situaciones que no pueden prolongarse sin producir complicaciones.

Las damas se despidieron, encargando Aurelia á Ponce recuerdos para Pilar y oyendo esta pregunta de Morella, formulada á media voz:

—La veré mañana?

—A la misma hora estoy siempre en casa, dijo la generala que no quería dar á su afirmación el carácter de una cita.

—Hasta mañana, pues!

—Has hecho la conquista del americano, decía la marquesa un momento después á su amiga.

—Bah! contestaba Aurelia con indiferencia, en todo caso no sería una conquista, sino el hallazgo de un saco de pesos fuertes!



—Y te parece poco?

—Ni poco ni mucho: el que encuentra en su camino una bolsa con dinero, no puede decir que lo conquista, sino que lo halla.

—Y guardar uno y otro...

—Segun: si le hace falta el dinero guardar éste y tirar la bolsa; si no lo necesita, darle con el pié por temor de ensuciarse las manos.

—Convengo en que la bolsa no es del mejor gusto, pero el dinero siempre suena bien...

—Allá veremos....

Y las dos amigas se miraron sonriendo.

---

## CAPITULO XX.

Loto, la encantadora primogénita de los condes de Villa-Quemada, habia bajado la escalera del Hotel alegre y gentil como un pájaro á quien abren la jaula, para unirse á la familia de Ponce, con la cual iba al baño.

Su fresca carita iba perdiendo el blanco enfermizo del colegio, ese color perlino, como dice Zorrilla, que denota la escasa robustez de nuestra anémica juventud, para matizarse con esa ligera sombra rosada que imprimen el sol y el viento en los rostros que besan, dejando en ellos la alegre animacion de la salud.

—Y mamá? le preguntó Pilar besándola cariñosamente, en tanto que las pequeñas corrian hácia ella con risas estrepitosas.

—Bien, es decir hoy aún no la he visto, pero debe estar bien, contestó la niña



apresurándose á tender sus manos á sus pequeñas amigas y saludando á todos.

—No se baña? preguntó Rafael Ponce, por decir algo.

—Sí, en casa, dijo Loto: mamá se molesta mucho con madrugar; además, objetó vacilando, dice que no le gusta el mar!

—No le gusta! dijo en son de protesta Pilar: ¡pero eso no puede ser!

—Pues así es, afirmó la niña: dice que le da vértigos su movimiento constante; miedo sus traiciones; cansancio sus ruidos...

—Vamos, eso lo dirá en algun momento de mal humor, porque su imaginación es viva y brillante, y lo bello le ha gustado siempre.

—Es que asegura que no es bello.

—Más que bello, grandioso...

Rafael se había alejado algunos pasos para evitar que sus hijas corriesen con peligro de caerse.

—Estoy muy triste, dijo la niña de Villa-Quemada interrumpiendo á Pilar, muy triste...

—Por qué? preguntó la de Ponce alarmada.

—Porque nos iremos muy pronto de aquí.

—¡Pues cómo!

—Segun me ha dicho Coralía, la doncella de mainá, vamos al castillo de la marquesa de Casa Nueva: papá ha aceptado la invitacion de la marquesa.

Rafael que volvía al lado de su esposa oyó las últimas palabras.

—Nosotros iremos tambien, dijo sencillamente.

—Ah! Sí? exclamó Loreto: ¡qué alegría!

—Al fin te has decidido?.. dijo Pilar.

—Más bien papá que yo... conoce al marqués desde que era niño: ha sido el abogado de la casa de su padre, cuando no era *nueva*, es decir, cuando no tenía título y no se denominaba ni nueva ni vieja, sino la casa de un honrado caballero, chapado á la antigua, que acaso no hubiera visto con gusto que su hijo hiciese edificar sobre los antiguos cimientos derruidos esos edificios deslumbradores...

—El marqués era pobre? preguntó Pilar.

—Su padre, que era un noble de antigua prosapia, se arruinó sosteniendo un pleito disparatado en el que pretendía revindicar un derecho que no existía.

—Papá fué el abogado? preguntó Pilar con curiosidad.

—No por cierto: quiso convencer á Don Luis de Vargas, que así se llamaba, lo mismo que su hijo, de que no tenía razón y por lo tanto no podía defender lo que en su conciencia era injusto, y D. Luis sin darse por ofendido, pero sin convencerse tampoco, dijo á papá: «otro lo defenderá, mi buen Lorenzo; así como así tú no sirves para estas cosas.»

—Y encontró quien defendiera lo que no era de justicia? preguntó con seriedad Pilar.

Rafael lanzó una carcajada y contestó entre su risa á su mujer.

—Pues ya lo creo! Medrados estarían los abogados si solo se encargasen de causas justas.

—Pues mira como papá lo hizo, dijo sin convencerse Pilar.

—Oh! Papá es *rara avis*, en cuanto á la pulcritud de sus costumbres.

—Hace bien.

—Ya lo creo que sí, y á mí solo alabarle me toca, pero Dios libre al gremio de imitarlo en sus gustos.

—Y por qué?

—Pues, hija, por muchas razones, entre otras porque no siempre se aprecia á pri-



mera vista la razon de las cosas, y obrando así ninguna injusticia seria deshecha, ninguna falsedad seria anulada.

—Eso sí, dijo dócilmente Pilar.

■ —Y luégo que para eso ejercen, de eso viven y por eso estudian.

—Pero si el talento logra hacer parecer verdad lo que no lo es, el triunfo resulta una inmoralidad.

—Admitida y sancionada por la costumbre: además el abogado no juzga, presenta el hecho, y razones exentas de pasión, y conciencias serenas y templadas en el deber, lo aprueban ó rechazan.

—Sí, pero pueden ayudar al error... en fin, acaba de contarme cómo papá salió del pleito de la casa de Vargas.

—Pues muy sencillamente, no entrando en él: al principio todo iba bien; D. Luis le daba cuenta de los planes de su abogado, de sus esperanzas, y mi padre se limitaba á mover la cabeza negativamente.

—Tenia su conviccion...

—Sí, tanto que el bueno de D. Luis le decia: «son dos pleitos en uno lo que voy á ganar; uno en los tribunales y otro en tu concepto.»

—«No lo espero,» afirmaba mi padre.

—«Ya lo verás, mi buen Lorenzo, solia contestar; la razon está de mi parte, es clara como la luz, y si tú no la ves, es porque Dios ciega tambien á sus predilectos para demostrarles su flaqueza.»

—Qué obcecacion!...

—Completa! El tiempo pasó: el dinero acumulado en las labradas arcas de cedro de la casa de los Vargas, fué trasladándose poquito á poco y con gran suavidad al moderno *secretaire* del *pica pleitos*, segun mi padre, que levantó de cascos al viejo aristócrata sabiendo que la ruina seria el término de su gestion: llegó el dia fatal, y D. Luis vió con espanto que el pleito se perdia, y que las costas, derechos de curia y otras zarandajas, amen de lo cobrado por el abogadito en cuestion, lo dejaban casi por puertas y pobre de hecho y de derecho, puesto que no le quedaban ni esperanzas.

—Qué lástima!

—Si, fué un asunto lamentable; mi padre lloró con él su fatal error, y tomando cartas en el asunto, pudo salvarle algunos menguados restos de lo que habia sido poderosa riqueza, con los cuales se limitó á vivir en honrada oscuridad, educando á



sus hijos en esa modesta medianía.

—Eran muchos?

—Dos solamente: una hija que casó con un jefe de ejército, si no recuerdo mal, y D. Luis.

—El marqués?

—Sí, marqués consorte...

—Ah, ella es la marquesa?

—Sí, tan nueva como su casa, según parece; es un título modernísimo.

—Sí, eso he oído.

—Es otra historia que casi no pasa de romance callejero: riquezas ganadas Dios sabe cómo; títulos comprados Dios sabe en cuanto; nobleza adquirida como un esmalte pronto á saltar al más pequeño golpe...

—Misérias humanas!

—Dices bien, querida mía, misérias que todo el mundo conoce y desprecia y que sin embargo la sociedad tolera cobardemente.

—Qué ha de hacer? Es época de concesiones, pero no de abdicaciones.

—Bah! allá se irán...

—No lo creas; lo admite todo, pero solo venera lo que es digno de ser venerado.

—Mamá, mamá, dijo alborotando con

sus gritos al grupo en que se escondía la pequeña Lolita, ahí viene tío Eduardo... yo lo ví, yo lo ví...

—Jesús qué loca eres, dijo Pilar riendo, calla, no alces la voz, que te va á reñir.

Pero la chiquilla que ansiaba llegar junto á su tío para recoger algun dulce prometido, comenzó á chillar corriendo con alegres risas y esparcidos los rubios cabellos como un nimbo de la alegría y la salud.

—¡Tío Eduardo! ¡Tito!.. ¡Eduardito!.. aquí está mamá, y Carmela... ¡aquí está Lotito!..

—Calla, niña, dijo Loreto ruborizándose y replegándose hasta encontrar á Pilar... qué tontería!

—Lolita! gritó Ponce, si no eres buena te quedarás encerrada en casa esta tarde.

La niña se detuvo en el momento; sus mejillas encendidas temblaron como si fuese á llorar, y gracias á que Eduardo llegó á tiempo de impedir que brotasen las lágrimas.

—Qué es eso! Qué es eso? dijo Eduardo Ponce tomando sus dos manos y tirando de ella hasta asirla por la cintura para besarla fuertemente: eres una loquilla y te riñen!..

—Es que te ví, que te llamaba...

—Vamos, te daré una cosita para que otra vez no corras tanto...

Carmela, como esperando su parte, se aproximó también.

Lola, mimosa y contenta, comenzó á decir desarrugando el ceño y tomando con sus dos manos pequeñas y regordetas la mano varonil, pero fina y cuidada de su tío:

—Loto me lo dijo...

—Qué te dijo? preguntó Eduardo inclinandose hácia la niña con curiosidad, y risueño y solícito.

—Me dijo, balbuceó Carmela: «mira quien viene por allí, Carmelita, á que no le ves?

—Ah! y tú me viste?

—Al pronto, no; pero cuando corria ya te ví...

—Ah! pobrecita!.. por eso corriste, no es cierto?

—Sí!

—Vamos, vamos, pues ya no te reñirán más, y ahora vamos á ver lo que tiene esta cajita...

—Chocolates! Chocolates! gritó Carmela palmoteando.



—No comas eso, niña, dijo Pilar, que has de bañarte...

—Eso no es nada, dijo Ponce, déjalas.

—Y papá? preguntó Pilar á Eduardo.

—Ahí debe esperarnos, yo me detuve un poco: sabes, añadió dirigiéndose á su hermano que he sido invitado por la de Casa-Nueva para su Castillo? Parece que proyecta grandes fiestas...

—Es un convite universal... el Castillo debe ser alguna antigua abadía, con centenares de cellos.

—O un moderno *Chalet* con departamentos independientes para convidados, risueños lagos, poblados montes, barquillas ligeras, paisajes encantadores.

—Es probable que tú encuentres todo eso.

—Y por qué yo solo? preguntó Eduardo.

—Porque á tu edad el eden no está en el panorama, sino en el pensamiento.

—Sospecho que tú no verás el erial donde yo vea el oasis.

—Pues no estás en lo cierto, afirmó Rafael; yo no veo paisaje triste donde veo á mi Pilar con nuestras niñas de la mano, pero sin ella todo se oscurece y la belleza se hace negativa.

—Así pues...

—Con ella el Castillo ha de parecerme un paraíso, sin ella me sería insoportable.

—Pero Rafael! exclamó Pilar encendida como una doncella que oye la primera palabra de amor: has perdido el juicio!

—Bah! quieres que mienta á mi hermano?

—Déjalo decir, contestó Eduardo, ya sé que á todos los enamorados les pasa lo mismo; el egoísmo de dos, el sublime egoísmo, pero yo no estoy en el mismo caso y veo el cielo en donde quiera que descubro el espacio azul...

La conversacion se interrumpió.

Habian llegado á la orilla del mar.



## CAPITULO XXI.

Don Lorenzo Ponce era uno de esos ancianos simpáticos, indulgentes, sencillos, que parecen olvidar la experiencia que los años han debido darles, para poder acompañar en sus fantasías y esperanzas á los jóvenes que los rodean.

Apasionado de sus hijos, lo era aún más de sus nietas, que lo adoraban, y como no tenia más que dos, y éstas eran tan lindas y cariñosas, y como no habia motivo para hacerse regañon y severo cuando todos los hombres se hacen débiles y amorosos, es decir, al ser abuelos, y además por otros muchos motivos que él reconocia justos, mimaba más de lo regular, y hasta más de lo conveniente para no hacerlas mal educadas, á las pequeñas Lola y Carmela, hijas de su primogénito Rafael y de su muy querida Pilar, por la cual tenia un afecto verdaderamente paternal, y una gran veneracion hácia sus virtudes.

Hé aquí por qué el buen anciano se hallaba en San Sebastian y en los baños, cuando ni se bañaba ni de veranear gustó nunca.

Iban sus hijos, y él iba tambien.

¿Qué haria sin las niñas, alas de su corazón, sin Pilar su compañera de dominó, su lectora en las horas de calma de la noche, cuando las niñas dormían y Rafael trabajaba?

¿Con quién discutiría si su hijo se marchaba sin él?

Acostumbrado á los rumores dulces y sonoros de la casa, cuando las niñas jugaban llorando ó riendo y Pilar la llenaba con su autoridad suave y digna, ¿qué haria en ella sin aquellos queridos seres?

No se lo preguntó siquiera, y los siguió sin vacilar, que á esa edad no se aflojan sin pena los lazos de la costumbre.

Si le hubieran consultado, es probable que hubiera preferido quedarse, pero una vez en camino tomaba su partido y era un alegre y bondadoso compañero de viaje, dispuesto á todo y sin demostrar nunca ni cansancio ni disgusto.

Identificado con las afecciones, deseos y sentimientos de sus hijos, habia demonstra-

do á Loreto de Silva una viva simpatía, sin que ocultase con su franqueza de viejo el disgusto que le causaba la soledad en que la dejaban sus padres.

Como privilegio de su edad, se permitía tutear á la primogénita de los Villa Quemada, dándola algunas bromas que hacían reír á la niña con ingenua sencillez.

Cuando Pilar vestía á sus hijas despues de bañarlas, Loreto solía ir al lado del anciano, que la recibía con gran complacencia.

—Qué tal estaba el agua? le preguntaba al salir del baño el día en que la vimos dirigirse á la playa.

—Muy fría! contestaba Loto.

—¡Bah! fría! muy fría! siempre dicen ustedes lo mismo! Estas señoritas de mírame y no me toques siempre tienen frío!

—Como Vd. no se baña no puede tenerlo!

—Qué más quisiera yo que bañarme! Pero dice el refran que de sesenta para arriba, ni casarse, ni embarcarse, ni mojarse la barriga... y yo tengo más de sesenta!

—Y eso qué importa! decia con su candidez de niña Loto: Vd. no es viejo...



—Já! já! já!.. Que no soy viejo!.. Me parece que me quiere adular esta pica-  
rilla...

—Si es la verdad!...

—Pues mira, la verdad es que aunque no debo bañarme por no dejar en mal lugar la sabiduría de las naciones, que así me lo ordena, me parece que tienes razón en eso de que no soy viejo, aunque tengo ya suficientes años para serlo.

—Mamá tampoco se baña, dijo Loto.

—Ah! tu mamá no tendrá tiempo para eso.

—Si no tiene nada que hacer! exclamó ingenuamente la niña.

—Bah! qué sabes tú!

—Se pasa las horas sola... yo la veo!...

—Bonita ocupacion...

—Es que mamá es muy delicada: se pone mala de cualquier cosa.

—No trabaja?

—Qué ha de trabajar! exclamó Loto asustada, eso no es posible!

—Es un error, niña mia, dijo D. Lorenzo con seriedad, el creer que no sería posible que trabajase una dama, solo por serlo, cuando el trabajo es una ley de la naturaleza, de la cual nadie puede ni debe excluirse.

—Pero en qué habia de trabajar mamá, preguntó con asombro Loreto, que no entendia una palabra de leyes naturales ni deberes morales acerca de esa necesidad del trabajo, que á decir verdad no le agradaba mucho, pues á fuer de aristócrata sentia la irresistible propension á la pereza de la indolente sangre azul.

—En muchas, en muchísimas cosas, hija mia, dijo D. Lorenzo empleando con gusto el afectuoso y paternal acento que tan simpático lo hacia á la hija de los condes de Villa-Quemada. El ser una gran dama no excluye, ántes bien obliga, á cumplir con los deberes de su posicion, y además de trabajar por la prosperidad de su casa, cuidando del orden interior, por la dicha de su familia, rodeándola de goces y alegrías, por el esplendor de su nombre ilustrándolo con nobles hechos, y por cuanto pueda redundar en bien de los suyos, todavía puede ocupar su tiempo en mejorar la condicion del desgraciado, en plantear obras de caridad que lleven el consuelo al que sufre, ofreciendo un hermoso ejemplo á los que no brillen en tan alta posicion.

—Sí, dijo pensativa Loto, como si las palabras que acababa de oir abriesen las



puertas de su pensamiento á un enjambre de ideas nuevas y brillantes, que sin fijarse voltegeasen haciendo irradiar colores y luces, todo eso es muy hermoso pero no es posible.

—Por qué?

—Falta tiempo para tanto...

—Cuando se pierde en lo inútil falta para lo bueno.

—Mamá es delicada, se pondría enferma.

—De ningún modo: se robustecería con la actividad; su razón tomaría el lugar que le corresponde en turno con la imaginación, y su descanso en la verdad neutralizaría los efectos peligrosos de su fantasía. El ocio y el tedio van unidos como hermanos gemelos, y si el uno destruye la salud, el otro agota en gérmen todos los sentimientos generosos y todos los instintos buenos. El egoismo y la indiferencia son el resultado.

—Pero, dijo Loreto con una intuición superior á su edad, para que mamá se ocupase en algo sería preciso que papá le ayudase.

—Es muy cierto, hija mia, los dos unidos podrian hacer mucho bueno.

—Es que ahora están descansando, dijo Loreto como para defender á sus padres de la inculpacion de no hacer nada, veraneando...

—Es justo, dijo sonriendo el anciano.

—Y como no es costumbre, añadió sonriendo Loreto, que ninguna señora del gran mundo se ocupe de esas cosas...

—Es un error, queridita, pensar que esa costumbre exista, y aún de existir que obligue á imitarla. Tu vida empieza ahora, y perdóname si el cariño que me inspiras me hace tomarme tales confianzas, y has de pensar siempre en que sus horas se nos conceden para algo. La nada es la muerte, el vacío que disuelve cuanto toca. Ser algo útil, algo bello, algo bueno en el mundo, es la aspiracion de los seres superiores; pasar envueltos en el torbellino, confundirse en la vulgaridad, sea en la cima sea en la base, es triste y miserable.

—Sí, dijo siempre pensativa la niña.

—Pasó ya, siguió diciendo el anciano, como si hablase consigo mismo, la época en que la grandeza descansando segura en su propia majestad todo lo esperaba de sí misma: aquellas damas que apenas sabian leer encerraban su pensamiento en la inac-

cion como sus cuerpos en los castillos, y no conociendo del mundo otra cosa que el espacio que abarcaba su vista desde la reja de su camarín, no se afanaban con sus penas ni comprendían la necesidad de regenerarlo; pero en esta época de luchas, de ambiciones, de conquistas para el derecho, la mujer tiene marcado su puesto de honor en el combate social!

—Ah! exclamó Loto.

—Bah! dijo D. Lorenzo; te estoy cansando con mis filosofías, no me hagas caso.

—No me causo; me parece que tiene Vd. razon.

D. Lorenzo miró fijamente á la chiquilla que sería como una mujercita que oye un sermón, lo escuchaba.

Sus grandes ojos atentos parecían buscar algo en lo desconocido.

—Todo esto viene á decirte que no seas perezosa, que aproveches la vida: ahora estudia y goza, despues piensa y siente, y luégo en la vejez descansa recreándote en tu obra.

—Y qué he de estudiar y qué he de hacer sola?.. murmuró Loto tristemente.

—Hé ahí una de las grandes ocupaciones de las madres, sean reinas ó sean pas-



toras: pensar con sus hijos y para sus hijos; guiarlos, enseñarlos á conocer la vida.

—Ah, sí!

—Para que á su vez sepan luego guiar los suyos.

Loreto quedó muy pensativa.

Aquella idea de otros hijos que necesitaran de los cuidados que ella necesitaba entónces, llevó á su pensamiento el profundo problema de la vida, sucediéndose en eterna corriente, eslabonándose en cadena gigantesca de la cual van quebrándose los eslabones en la nada y de la nada van surgiendo para que no se interrumpa.

Las caricias de Pilar á sus hijas llevaron á su memoria la idea del amor y el recuerdo de su soledad, del desvío de su madre, la amarga sensación del desengaño.

¿Había, pues, madres que amaban y madres que cansadas de serlo no lo parecían?

¿La distincion de raza, la riqueza, la posición, sólo servían para romper los lazos de la familia y cambiar en indiferencia el amor?

Acababa de oirlo: cada uno en su esfera debía luchar, trabajar, ser útil.

Aquella indiferencia, aquel egoismo, aquel cansancio de todo que demostraba

su madre era contrario á las leyes de la naturaleza, á las necesidades de la vida.

El problema aparecía confuso pero estaba planteado.

Aquel pensamiento infantil que se despertaba con las primeras sensaciones, lucharía por resolverlo.

Cuando Pilar apareció con las niñas, sonrió á Loreto que aún meditaba silenciosa.

—Y Rafael? le preguntó, y Eduardo?

—No han venido aún, dijo la niña.

—Pues ya tardan, exclamó Pilar.

—Ya salieron del baño hace rato, dijo

D. Lorenzo.

—Y dónde han ido? dijo Pilar curiosa.

—No me lo dijeron.

—Es singular, murmuró Pilar con acento de queja.

Loreto la miró con atención, siguiendo el vuelo de su pensamiento: ¡nunca su mamá se preocupaba de ausencias de su padre! ni las notaba siquiera! Esto era amor, unión, alma, nervios, cariño!... aquello era la nada!...

La voz de Eduardo que la ofrecía un ramo de nardos y heliotropo, la sacó de su abstracción, y todos juntos volvieron á la ciudad.



## CAPITULO XXII.

El conde de Villa-Quemada, nervioso, disgustado, con ese mal humor que parece exigir la comunicacion de molestias y de inquietudes, llamó á la puerta del departamento que Angela ocupaba en el Hotel.

La condesa acababa su fresca y deliciosa *toilette* de playa y arreglaba aún sobre su frente los finos rizos castaños, tan vaporosos y delicados como una sombra movable.

—Sales hoy? preguntó el conde.

—Sí; iremos á dejar tarjeta á la de Casa-Nueva, la de Ponce y la de Castillo.

—Y por qué no visita? Aquí no se debe hacer la vida madrileña.

—Falta tiempo, pues quiero dar una vuelta.

—Viene Loto?

—Oh, no!

—Y por qué no?

La condesa miró á su marido atentamente: aquella pregunta que parecia un reproche la obligó á fijarse en el aspecto disgustado de Enrique.

—No he pensado en ello: no creo que me obligues á sustituir al aya llevándola de la mano á estudiar la flora de estos campos.

—Siempre puede una hija acompañar á sus padres.

—Una niña haciendo visitas!... Sabes querido que esto seria de un efecto sorprendente, dijo con sarcástica risa Angela.

—Mejor efecto hará dejarla sola en la fonda, entregada á una mujer que no se ocupará de ella para nada...

—De cuando acá te has dado á hacer de moralista furibundo? No te conocia ese mérito!

—Dejemos ironías inútiles, Angela: creo, sinceramente, que debe acompañarnos Loreto, y encuentro esto tan natural que ni defensa necesita, se defiende solo con anunciarlo.

—Es muy niña para eso, dijo con acento frio Angela, poniéndose tranquilamente sus largos guantes.

—No es tan niña, y sentirá tu desvío.

—Bah! estás verdaderamente fastidioso con tu empeño! Se conoce que la picarilla te ha buscado para que ganes su causa... no ha lugar... Nos vamos? añadió con risa forzada.

—Como quieras, pero te anuncio que debemos hablar seriamente de este asunto.

La condesa se encogió ligeramente de hombros, y salió.

Enrique la siguió contrariado.

Sea que realmente hubiera logrado interesarle su bonita hija, con su aspecto dulce y tímido, su carita inocente y fresca y su vocecita suave, ó que se le hubiesen hecho en tal sentido algunas discretas indicaciones, es el caso que la colegiala del *Sagrado Corazon* tenía en su hasta entonces indiferente padre un defensor algo tímido, pero que prometía empeñarse al encontrar resistencia.

La condesa notó aquel pálido alarde de interés tan vago como todos los deseos de aquella naturaleza gastada, y no se preocupó del resultado.

Estaba segura de que el cansancio haría por sí solo más que su negativa, y no valía la pena de molestarse en convencerlo.



Realmente pensaba que no valia la pena: su hija era una niña y nada más que una niña, y debia continuar siéndolo algunos años todavía; en uso de su omnimoda voluntad de madre jóven y de mujer bella, habia decidido que la niñez de su primogénita debia prolongarse, y pesara á quien pesara así seria.

Pues era acaso posible entablar competencias ante su voluntad?

¡Qué disparate!

Quien lo pensara no la conocia!..

Habia de sufrir ella, para la cual se habian agotado todos los adjetivos encomiásticos del Diccionario, que un revistero indiscreto la comparase á la tarde, diciendo que su hija era la mañana, ó que otro más necio aún, hablase de la primavera y el otoño...

Ni pensarlo!...

Pasaba con trabajo por la imagen del capullo y la rosa, porque al fin hay rosas que valen mil veces más que los capullos, en frescura, en elegancia y en colores, pero lo de las estaciones y los crepúsculos la crispaba los nervios.

Y hay gacetilleros tan aduladores! Capaces son por decir una lisonja de exhibir una partida de bautismo.

¡Imposible!

La naturaleza habia sido cruel con ella al darla una hija...

Si fuese un muchacho pasaria desapercibido en el colegio, pero una señorita hay que tenerla en casa...

Las hembras se adelantan demasiado, y es tan aburrido sufrir sus incipientes coqueterías!

Decididamente habia que poner remedio y no dejarse vencer por la inesperada exigencia del conde. ¡Como él no habia de sufrirla!...

Estos pensamientos abstraian á la condesa, que habia salido á la calle y seguia al lado de su marido sin darse apenas cuenta del lugar en que se hallaba.

El conde por su parte no iba ménos preocupado.

Eran dos cuerpos que marchaban unidos en tanto que sus pensamientos se alejaban todo lo posible.

Preciso es confesar que Enrique no habia vuelto á ocuparse de su hija.

Las impresiones de aquella naturaleza muerta para la pasion, eran siempre efímeras.

En el fondo de todos sus deseos se iniciaba el vacio.

( 9 )



Todo era igual, la nula el fin, la nula el principio... ¿qué importaba el resultado? Perseguirlo era inútil: él se imponía. La indiferencia no lucía ni espera, se entregaba al acaso.

Maquinalmente dejaron las tarjetas en las casas cuyas señas consultaba el conde en su cartera, y siguieron al piseo.

Al llegar á la casa de la generala Castillo la doncella había dicho sonriéndose:

—La señora está...

—No importa, se había apresurado á decir la condesa, es la hora del piseo...

Y se alejó sin dar lugar á explicación alguna.

Enrique se estremeció pero no tuvo valor para pedir á Angela que se detuviese, y siguió á su lado.

Aurelia estaba allí, probablemente en la misma suite fresca y silenciosa donde la había visto arrugando el encage de un ramillete; acaso sentada en la misma mecedora y con la misma bata fina y provocativa...

Pero estaría sola?...

Esto es lo que hubiera querido saber!

Algo semejante á un zumbido lejano había llegado hasta él.

«Alguien había dicho que Aurelia no perdía el tiempo.

«Era una idea confusa pero existía en su cerebro como embrión de una ofensa.

La semilla estaba ya en el surco; el tiempo la haría brotar.

Cuando llegaron á la Concha ni uno ni otro había hablado una palabra en alta voz.

«Su conversacion era íntima en el fondo de su pensamiento.

«Conservaban, sin embargo, el aspecto risueño, tranquilo, casi dichoso, que podríamos llamar máscara social para presentarse en público.

«Nadie al ver aquellos dos seres tan distinguidos, tan afables, tan unidos al parecer, hubiese creído que sus pensamientos y sus corazones estuvieran tan distantes.

«La presencia de la condesa produjo el efecto que ya en ella era natural.

«Murmillos apagados, miradas de simpatía, rápidas palabras pronunciadas á su paso...

«Angela olvidó sus temores para saborear su triunfo.

«Era una ovacion muda, sin ecos, sin rumores, pero indudable.

Una mujer no se engaña jamás en juzgar el efecto que produce.

Su figura juvenil y graciosa, tan sencillamente ataviada, tan fresca, tan original en su *toilette*, se imponía.

Las damas hacían al notar tal *succes* un gesto de mal humor.

¡La dichosa condesa!

Con sus melindres y sus monadas, con sus risas y sus trages, era siempre una niña mimada de la sociedad!

Y sin embargo decían que aquella frescura debía venderse á precio muy alto en París ó Viena, así como sus vestidos, porque ya no era jóven ni mucho ménos, y la prueba era que cuando la más injustificada de las revoluciones arrojó del trono á la más buena de las reinas, á la noble Isabel II, ya Angela de Villa-Quemada tenía una hija, y de esto hacía lo ménos veinte años!

Aquí las historiadoras para dar á la condesa algunos años más de edad tachaban las fechas escribiéndolas á su gusto!

¡Y qué lujo de detalles para convenir en que era un anacronismo que fuese jóven, y una falsificación que fuese bella!...

Cual había conocido á su madre, una



respetable señora que nunca llevó á bien el lujo de su hija.

Cual otra que al parecer le doblaba la edad, habia jugado con ella, eran compañeras de colegio, pero los cosméticos que la condesa usaba hacian el milagro de sostenerle una juventud eterna.

Las más, siéndole desconocida, celebraban su elegancia y buen gusto, si bien les parecia demasiado perfecta para una dama casada.

Angela entre tanto era feliz. El aura de la admiracion penetraba embalsamada en su sér, enorgulleciéndola, halagándola, indemnizándole todas sus molestias.

En sus largas horas de soledad seguia oyendo aquel rumor encantado como el sonido de un arpa eolia!

Ser admirada, ser aplaudida, esa era su mayor ventura!...

Qué importaban las penalidades de la vida, sus oscuras luchas, sus ambiciones, sus temores, si se dominaban venciendo, imponiendo ese vasallage que los séres superiores inspiran como un homenaje que el vulgo les ofrece?

El conde cortó con su voz fria y opaca aquel sueño de gloria.

—Abí viene la marquesa, dijo, y viene á buscarnos.

—Ah! sí! dijo con orgullosa risa la condesa, quiere probar que es mi amiga.

Y sin desviarse de la senda que seguía contestó á la sonrisa de la de Casa Nueva.

Destimbradora de luto llegaba la flamante marquesa, pero ¡cosa extraña! no la acompañaba Aurelia.

El conde lo notó enseguida y tuvo deseos de saberlo.

—Cómo tan sola? preguntó á la marquesa que llegaba ya hasta ellos siempre sonriente.

—Estaba en coche, los he visto y vengo á buscarlos.

—Bienvenida, dijo la condesa.

Y continuaron los tres el paseo.



## CAPITULO XXIII.

La condesa, aristócrata de abolengo, sufría mal á la flamante marquesa que la humillaba con sus riquezas, más positivas y sólidas, más prácticas y tangibles que los laberínticos blasones pintados de gules, azul y oro, verdaderamente deteriorados, que cimentaban el orgullo de su raza.

Ella toleraba como todo el mundo, porque el dinero se impone hoy como la razón suprema, pero la dejaba sentir el peso de la superioridad de su linaje, cosa que importaba muy poco á Josefina, que no admitía otra que la del mayor capital.

No hizo mucha gracia á la condesa aquella inopinada compañía, pero como no podía oponerse á ella, la recibió con esa indiferencia suave que en los círculos de la buena sociedad es moneda corriente, pues el entusiasmo se enfria con el aire de los abanicos de encaje y de plumas que circula en ellos.

—Qué sitio tan bello! dijo la condesa por decir algo.

—Sí, muy hermoso, contestó Josefina, pero que comienza á parecerme monótono: siempre el mismo panorama, me hace el efecto de una acuarela inmensa.

—Es una acuarela viva, sonriente, exuberante de luz y de movimiento, dijo el conde.

—Convenido, pero que llega á saberse de memoria; y ya que son ustedes tan aficionados á los paisajes pintorescos, ya que les gusta ver mucho cielo, mucho espacio, mucha luz, creo que han de estar encantados en mi Castillo, que domina un horizonte soberbio.

—Siempre lo estaríamos con tal castellana, dijo con su frío buen tono el conde.

La condesa se sonrió como si aprobase el cumplido.

—Gracias, dijo envanecida la marquesa, la castellana lo estará con sus huéspedes.

Sonrieron los condes de Villa-Quemada, y guardaron silencio como dando por terminado el incidente.

—Supongo que ustedes vendrán de los primeros, insistió la de Casa Nueva.

—Cuándo es la marcha? preguntó el conde.

—En esta semana.

—No sé fijamente el día en que podremos marchar, dijo la condesa que temió que el conde se comprometiese á fecha fija.

—Pero es indispensable que sea para la gran cacería...

—Oh, sí! contestó el conde, para cuándo es?

—El marqués debe llegar á fin de mes, entre tanto organizaremos cabalgatas, paseos por el lago, pesca, tiros de pichon, y de noche tresillo, rifas, música, bailes... no se perderá el tiempo.

—Es un programa delicioso, dijo Angela.

—Aún tengo otros proyectos; ya veremos la manera de no aburrirnos.

—Con usted no es eso posible, dijo el conde.

La condesa volvió á sonreír y volvió á dar las gracias envanecida la de Casanueva.

—Usted marchará sola? preguntó el conde.

—Me acompaña la generala Castillo, dijo la marquesa, ó al ménos lo creo así.

—No está Vd. segura? insistió el conde



sin poder contener su curiosidad al tratarse de Aurelia.

—De ningún modo: Aurelia es mudable como la pluma en el viento, para ella sin duda se hizo esta frase.

—Ah! dijo siempre sonriendo la condesa.

Enrique frunció las cejas.

Le parecía que el epigrama se hacía para él.

—Esta tarde le hemos dejado tarjeta dijo la condesa que gustaba de aprovechar las ocasiones, y se le presentaba sin buscarla la de mortificar al conde que en otras la mortificaba á ella.

—Si? interrogó la marquesa, pues estaba en casa!

—Ocupada según creo, dijo Angela, y no quisimos molestarla.

—En efecto, afirmó Josefina con su ligereza habitual, estaba allí ese americano...

La condesa miró á su marido.

Ningun observador hubiera podido hallar en la mirada de la dama la más leve ironía.

Tranquila, fría, indiferente, parecía agena á cuanto se venia diciendo.

El conde, sin embargo, la sintió pene-

trar en el fondo de su cerebro y tembló con un escalofrío de ira que le hizo ponerse pálido.

Si su mujer hubiera estado celosa, acaso hubiera sentido con aquellos celos halagosa su vanidad, pero que ella lo creyese burlado era tan humillante que no podía sufrirlo.

—Quién es ese americano? insistió con gran sencillez la condesa.

—A él ya lo conozco, dijo la de Casa-Nueva; creo que se llama Morella y que es muy rico, hace poco que me fué presentado...

—Acaso lo conozca Enrique, dijo sin cambiar su plácido acento la condesa.

—En efecto, dijo Villa-Quemada haciendo un esfuerzo para dominarse comprendiendo que lo amenazaba un espantoso ridículo, lo he visto algunas veces, pero no lo he tratado.

—Le ha prometido ir al Castillo, dijo Josefina.

Los esposos nada dijeron, pero casualmente sus miradas se encontraron.

Enrique bajó los ojos.

Su situación no era nada airosa y así lo comprendía.



Hubiera querido cambiar de conversacion, despedirse, hacer algo que lo arrancase de aquel silencio terrible, pero no se atrevia por miedo á comprometerse más.

Un acontecimiento inesperado vino á salvarlo.

La señora de Ponce apareció en el otro extremo del paseo, llevando á su lado una bella jovencita y sus dos pequeñas hijas.

—Cómo! dijo Angela con acento sorprendido, es Loreto!

—Sí, dijo Enrique con viveza, es Loreto con la señora de Ponce, tu amiga.

La condesa frunció imperceptiblemente las cejas, y un ligero pliegue de sus labios demostró lo desagradable de su sorpresa.

—Ah! dijo, y se detuvo como si esperase la explicacion del enigma.

Pilar se adelantaba sonriendo, y Loto encendido el rostro y llena de confusion.

—Querida mia, dijo Pilar tendiendo sus manos á la condesa y saludando con la cabeza á los demás, absuélveme del pecado que he cometido sacando del *Hotel* á Loreto sin permiso tuyo; la pobre niña no queria, pero mis hijas, sus pequeñas amigas, tienen la culpa de no haber esperado á saber ántes si tú consentias...

—Pero qué sucede? preguntó con forzada sonrisa Angela.

—Pues poca cosa: que hoy cumple años Lolita y quiso convidar á comer á Loto: yo debí avisártelo ó decírselo esta mañana, pero no sé cómo lo olvidé; y como Lolita no se resignaba á comer sin ella, me fuí al *Hotel* para suplicarte que nos la dejaras; no estabas y me tomé la libertad de buscarte con ella para ganar tiempo: hice mal?

—De ningun modo, contestó con reprimido disgusto la condesa, pero es el caso que como solo ha salido del convento para tomar baños no tiene equipo, y traerla así al paseo...

—Por Dios! Si está encantadora con su trage blanco y sus grandes lazos marron.

—Para correr por la playa puede ser, pero no para venir aquí...

—En fin, que si me das tu permiso me la llevo...

—Como gustes, no puedo negarte nada.

—Gracias, dijo contenta Pilar, y perdonen ustedes si nada les he dicho, esto era tan urgente...

El conde la hubiera abrazado de buena ana por haberlo sacado tan á tiempo del

atolladero en que lo metió la curiosidad de su esposa.

La marquesa le dijo sonriendo:

—Reciba V. E. mi despedida: presto que nos hemos de ver en el Castillo, creo inútil decirles a los.

—¿Cuán pronto es la marcha?

—Muy pronto, y ustedes deben ir en seguida.

—Veremos si es posible.

—Pues no ha de serlo! Ponce me lo ha ofrecido.

—Tendremos en ello mucho gusto.... Conque con permiso de ustedes nos retiramos; Loreto quedará un ratito con nosotros despues de comer y yo te la llevaré.

—No te molestes, dijo la condesa que temió la visita; Coralía la irá á buscar.

—Como quieras y gracias, dijo saludando.

—Adios mamá, adios papá, dijo Loto, hasta luego.

—Adios, contestaron.

—Yo me despido tambien, dijo la de Casa-Nueva, me espera el coche.

Cuando se alejaron, Angela se apoyó indolentemente en el brazo de su marido y preguntó en tanto que daba vueltas á su abanico:



—Y asciende á mucho la riqueza de ese cubano, de ese amigo de la generala?

—Si tienes empeño en saberlo, contestó con nerviosa ironía Enrique, se lo preguntaré para decírtelo.

—No te molestes, contestó mirándolo con intencionada sonrisa, lo conoceremos por el tiempo que dure su favor...

---

## CAPITULO XXIV.

Cuando la hija de los condes de Villa-Quemada se veía libre de la mirada fría é indiferente de su madre, de la desdeñosa sonrisa de su padre y de la solicitud servil y burlona de la elegante doncella francesa, le parecía que su corazón se desprendía de una envoltura de hielo, que su pensamiento se despejaba de brumas y sombras, y el color volvía á sus mejillas, la alegría á sus ojos, la risa á su boca, sin que paralizase el temor esos movimientos tan naturales á esa edad como los colores al alba.

Al dejar á sus padres para ir á pasar el resto de la tarde con la señora de Ponce, la alegría de Loreto era tan grande, que no podía contenerse en los límites de una correcta reserva, y reía y hablaba, y tendía sus manos á las niñas como si hubiera querido acompañarlas á correr y á jugar,



desprendiéndose de buena gana de los años que le sobraban para no incurrir en falta de compostura al entregarse á semejante ejercicio.

Y su alegría fué aún mayor al saber que la familia de Ponce habia decidido comer aquel día en el campo, en la ribera del Urumea, como unos buenos burgueses, que celebrasen el descanso del Domingo, con fiambres y vinos comprados con los ahorros del trabajo.

Era tan nuevo todo para Loreto, que se quedó encantada al saber que se le ofrecia aquella alegre ocasion de divertirse, precisamente en la ocasion en que más triste se hallaba.

Cuando llegó Pilar con Loreto y las niñas al lado del puente, estaba allí ya Don Lorenzo con Eduardo, y las recibieron con alegres bromas por su tardanza.

—Es que tuve que buscar á la condesa en paseo para anunciarle que me traia á Loto, pues nada le habia dicho; y gracias que la encontré!...

—Vd. no habia salido? preguntó Eduardo á la niña de Villa-Quemada.

—No, señor, contestó ruborizándose Loreto, nunca salgo con mamá: iba á salir

con Coralía, la doncella de mamá, porque aquí no tengo aya... como estamos veraneando...

—Y á dónde la lleva á Vd. Coralía? preguntó con curiosidad no exenta de tristeza Eduardo.

—No he salido con ella más que un día, dijo Loreto.

Eduardo, que sentía un vivo interés hacia todo cuanto con la niña se relacionaba, tuvo un movimiento de indignación para los padres que de tal modo descuidaban su sagrada misión, y quiso saber hasta qué punto era peligroso aquel abandono.

—Y no se divirtió Vd. ese día? insistió con dulzura.

—No por cierto, dijo la niña con infantil expansión: fuimos á la playa; Coralía se reunió allí con dos conocidas de Madrid, que han venido con sus señoras, una de las cuales iba al cuidado de un niño de diez años: me dijo Coralía que podía pasearme con él, pero como el chiquillo era muy revoltoso y solo atendía á una gran pelota de goma que llevaba en una red, preferí sentarme con ellas.

—Ah! dijo sonriendo Eduardo; Vd. ya no juega!

—Naturalmente... Pero me aburrí mucho, pues no acababan de hablar nunca en medias palabras y con grandes risas de sus años... es decir, á mí me pareció que era de ellos, porque no los nombraron.

La llegada de Rafael, que se habia retrasado para encargarse que les sirviesen una comida en aquel sitio, puso fin á tan interesante conversacion.

Eduardo quedó preocupado y silencioso.

Aquella niña de dulce belleza, de instinto delicado, de claro entendimiento, estaba completamente abandonada á sí misma.

Al salir del colegio, donde la rutina de las lecciones y la amistad de sus compañeras ocupaban constantemente sus horas y sus pensamientos, se veía, por egoismo de sus padres, relegada á la compañía de una mujer asalariada, y acaso indigna, pero de todos modos de educacion grosera y de costumbres vulgares.

El despertar de aquel corazon, de aquel espíritu que se adivinaba superior, iba á tener lugar entre banales murmuraciones y palabrotas equívocas.

No! esto era infame y no podia consentirlo: Loreto no debia perder entre las



criadas de su madre la pura idealidad de sus creencias, la sencilla ingenuidad de sus pensamientos.

Puesto que la condesa la entregaba á su doncella para no sufrir la molestia de su presencia, de mejor gana la entregaria á una amiga de fama tan inmaculada como Pilar, y era preciso intentarlo.

Buscando el medio de conseguir el fin que anhelaba, comió poco y habló ménos, oyendo á veces con encanto la voccecita de Loreto; su risa infantil que hacia el efecto de un gorgceo, y contemplando el hechicero rubor que invadia su semblante, la confusion cándida y singular que la agitaba cuando sus miradas se encontraban con las de Eduardo.

—Y por fin, dijo en uno de los accidentes de la conversacion Pilar, dirigiéndose á Loreto, vuelves á Paris, al colegio?

—No lo sé, dijo Loto cuya risa se apagó de repente: á veces quisiera volver, porque al fin allí está mi hermana Euriqueta, que me quiere mucho, y las Madres, que aunque son muy severas, me quieren tambien, pero cuando pienso que ya no tengo nada que aprender allí, y que estaré encerrada, me dan ganas de no volver.

—No tiene Vd. allí amigas? preguntó Eduardo con interés.

—Sí, algunas, casi todas las compañeras españolas; Blanca, la hija de la Duquesa de Pino Alto, mi hermana sobre todo, aunque es más pequeña, y muy mala, es muy bonita y me quiere.

—Y por qué es muy mala? preguntó Rafael que sonreía con las contestaciones de la niña.

—Porque todo lo enreda; las madres la castigan todos los días: no hay nada seguro de sus manos: cambia los registros de los libros de las religiosas, abre la llave de la fuente, esconde los libros, cierra las puertas dejándonos encerradas... Si es la más mala del colegio!

Pilar se echó á reír.

—Pues, cuando venga, tu mamá la reñirá si no cambia, dijo.

—No, mamá no riñe, afirmó convencida Loreto; si yo fuese mala haría lo mismo que hace siendo como soy buena, porque como no lo ve...

Rafael y Pilar cruzaron una mirada llena de palabras y de tristeza.

Aquella niña acababa de decir una gran verdad: el mal y el bien son iguales para



la indiferencia: el egoismo al pasar del mismo modo sobre ambos, alimenta al primero aniquilando al segundo.

El mal se afirma destruyendo el bien, y desde el momento en que éste pasa desapercibido, sin aprobacion ni recompensa, decae el estímulo que lo sostiene.

Qué importa el resultado de dos acciones distintas, si ha de pasar igualmente inadvertido?

—Lo ve Dios, dijo D. Lorenzo tomando entre las suyas con paternal cariño la mano pequeña y suave de la primogénita de los Villa-Quemada. Cuando se obra bien no hay necesidad de que lo vea nadie, pues la conciencia nos lo avisa: el mal, en cambio, como deja huella, no puede ocultarse.

—Pero mamá nunca está contenta de mí, y yo no hago nada malo, insistió la niña.

—Y qué sabes tú de que esté contenta ó no, dijo D. Lorenzo que queria apartar el pensamiento de Loreto de aquella amarga idea.

—Pues, ¿no he de saberlo? afirmó seria como una mujercita aquella chiquilla de trenzas sueltas y vestido corto; cuando esta señora besa á sus hijas se ve la ale-

gría en sus ojos y el cariño en sus besos.

—Bah! bah!... dijo D. Lorenzo esquivando la explicacion.

—Mamá, siguió Loreto como expresando su pensamiento completo, apénas me toca cuando me besa: si fuera igual el cariño serian los besos iguales.

—Pero, señorita, dijo Rafael procurando alejar de Loreto aquellos pensamientos, ¿es posible acariciar lo mismo á los cuatro años que á los quince?

Loreto iba á contestar: iba á decir que á ella jamás la habian acariciado así, que nunca habia sentido aquellos besos más bien dados con el alma que con los labios, pero su instinto la advirtió que no debia acusar de frialdad á su madre, sintió lo que habia dicho, y aprovechando la disculpa que se le ofrecia se apresuró á decir:

—Es verdad.

Y quedó seria, triste, pensativa.

Eduardo se inclinó hácia ella.

—En qué piensa Vd., dijo á media voz.

Loreto levantó suavemente la cabeza y lo miró con los ojos humedecidos por las lágrimas:

—Pensaba, dijo, en que los niños son muy felices.

—Cada edad tiene sus alegrías, dijo Eduardo.

—La mia no las tiene?

—Pues no ha de tenerlas!... Más que ninguna!... Es la aurora de la existencia!

Loreto suspiró.

—Vamos, dijo Pilar, á jugar y á reir, niña, que no hemos venido aquí á suspirar!

Y asiendo la mano de Loto, tiró suavemente de ella y la llevó con las pequeñas que jugaban.

—Pobre niña! dijo Rafael, ¿qué será de ella?

—La casarán con algun sietemesino arruinado por fuera y por dentro, dijo Don Lorenzo; con algun mono de levita corta y pantalon estrecho, tan menguado de salud como de hacienda, que la luzca un mes en paseos y salones y no se vuelva á ocupar de ella.

Eduardo callaba siguiéndola con la vista.

—Tiene un criterio superior á su edad, dijo Rafael; ya han visto ustedes con qué tacto cortó la explicacion de si su madre la acariciaba ó no con cariño: comprendia perfectamente la diferencia, pero no quiso hacer acusaciones.



—Pero es incomprensible la indiferencia de esos padres, dijo Eduardo con calor; una niña tan bella, tan buena, que debían mostrarla con orgullo...

—Y lo harían así á no ser porque la vanidad estúpida se opone...

—La vanidad!

—Pues ya lo creo: la condesa presume de jóven, de bella, de elegante... es la reina de los salones, la diosa de la moda: tuvo esa hija demasiado jóven, y es hoy una acusación de su verdadera edad que oculta cuanto puede...

—Qué necedad! Como si eso pudiera ocultarse! No puedo creer que no haya otro motivo...

—Pues no debes buscarlo que no existe.

—Menguado pretesto para faltar á un deber.

—Pretesto que ellos no hacen valer, pues tienen buen cuidado de ocultarlo.

—La infamia se oculta siempre, dijo cada vez más impresionado Eduardo.

—No exajeres, dijo D. Lorenzo, que las exajeraciones, sobre ser injustas son perjudiciales á la causa que se defiende: eso no es infame ni mucho ménos, á la manera que comprendemos la infamia dentro de

nuestro sentido moral: es egoista, es indiferente, es si tú quieres, y para no negártelo todo, odioso el sér que así procede, pero no infame.

—Bien; llamémoslo como Vd. quiera, dijo Eduardo, la infamia como toda pasión que juzga el recto sentido, tiene muchos puntos de vista, pero infame ú odioso, que tanto monta, es trascendental, porque se trata del abandono moral de una niña que al comenzar la vida puede extraviarse, y se extraviará seguramente, no teniendo para guiarla ni la experiencia de su padre ni el amor de su madre, esas dos atracciones que sostienen en el vacío de lo desconocido el equilibrio del espíritu y la materia, al desenvolverse de la inercia de la ignorancia.

—Pero hombre, dijo D. Lorenzo sonriendo, si eso se vé todos los dias! Son madres emancipadas, padres autócratas, hijos libres del despotismo paternal de antaño... la obediencia es ya un mito... Dios nos dió la voluntad para algo, como para algo dió al pájaro las alas...

—Oh! no se burle Vd., dijo con acento de reproche Eduardo: la pobre niña no tiene la culpa, y será sin embargo la víctima de ese absurdo sistema.



—No me burlo, es que cuando un mal no tiene remedio, paso de largo sin perder el tiempo en lamentaciones.

—Pudiéramos buscarlo... dijo Eduardo como hablando consigo mismo.

—El qué? preguntó D. Lorenzo.

—El remedio á ese mal.

El anciano se encogió de hombros.

En esa edad las ilusiones no ocultan la crudeza de la verdad con fantásticas apariencias.

—Y cómo lo buscaríamos, preguntó Rafael cuyo pensamiento, por razón de su juventud, seguía más de cerca que el de su padre, la esperanza que se dibujaba en el de Eduardo.

—Se me ocurre un medio, dijo éste: Pilar, además de un claro talento tiene un gran corazón, lo cual avalora la bondad de su carácter.

—Gracias en su nombre, dijo Rafael, pero no comprendo...

—Pues, oye, siguió Eduardo con calor; si esa niña estuviese algún tiempo al lado de Pilar; si su pensamiento se nutriese en la enseñanza que brota de los hermosos ejemplos de virtud que emanan de tu mujer, que al consagrarse con tan sencilla

alegría á sus deberes de esposa y madre, realiza, sin darse cuenta de ello, el ideal de la mujer cristiana, de la mujer fuerte de la civilización, anillo de una familia que se desarrolla en su círculo de oro con la precisión de las obras superiores; si aprendiese amar, sufrir, esperar, creer, trabajar y sonreír con Pilar, esa niña se habría salvado.

—Estás inspiradísimo, dijo D. Lorenzo riendo. ¡Lástima que aún no seas diputado, cosa que vendrá con el tiempo, pues según parece por la facilidad con que se obtiene, hemos convenido en turnar todos los españoles en tan sabroso cargo: como te decia, si ya lo fueras podías lucirte con un discurso semejante.

—Padre! dijo en son de queja Eduardo.

—No te enfades, hombre, que esto es una broma; yo como tú opino que debíamos quedarnos con esa chiquilla para que Pilar hiciese de ella una mujercita en regla.

—Ah!

—Y cómo haríamos? preguntó Rafael: á pesar de nuestro buen deseo del cual indudablemente participará Pilar, los condes de Villa-Quemada no nos dejarán á su hija...

—De qué se trata? preguntó Pilar que llegaba sola, viéndose á lo lejos á Loto y las niñas.

Rafael se lo dijo en pocas palabras.

—Pues bien, dijo sencillamente la joven, sin encontrar nada de extraordinario en el proyecto de los tres hombres, yo hablaré con la condesa.

Rafael estrechó su mano con cariño, D. Lorenzo se sonrió como diciendo ya está hecho, y Eduardo lanzó una exclamación de alegría.

—Vámonos, niñas, dijo Pilar envolviendo en el mismo cariñoso mandato á sus dos hijas y á su amiguita, tengo que hacer y es tarde.

Al llegar al *Hotel* para dejar á la niña, la condesa, que se hallaba sola y con no muy buen humor tuvo á bien recibirla.

Al cambiar las primeras palabras anunció á Pilar que pensaba marcharse.

—Cuánto lo siento! dijo ésta: á Loreto le sientan admirablemente los baños y ha tomado pocos; si me atreviera te haria una proposición.

—Cuál? preguntó indolentemente Angela.

—Que la dejases conmigo estos dias:



acabados los baños hemos de ir al Castillo de la de Casa Nueva, y puesto que vosotros habeis de ir tambien, allí se os reunirá Loto.

—No sé lo que pensará de ello Enrique.

—Bah! Lo mismo que pienses tú; es igual que si la dejaras en el colegio quince dias más.

—Por mi parte no tengo inconveniente...

Podemos asegurar á nuestros lectores que por parte de Enrique no lo hubo tampoco, y al marchar los condes, Loreto, con gran alegría de su parte, quedó en San Sebastian.

---

## CAPITULO XXV.

No fué solo Loreto la que se alegró de esta partida.

Aurelia la tuvo por feliz coincidencia para sus planes.

Ofendido Villa-Quemada del inesperado desenlace de sus pretensiones acerca de la generala Castillo, que habia sabido entre- tenerlo todo el invierno con esperanzas irrealizables, hizo freno de su orgullo para dominar sus deseos, que no llegan jamás á ser pasiones en seres tan cansados de todo, y se alejó de ella por completo.

Esta retirada fué oportuna.

La colonia madrileña murmuraba ya de las asiduidades del americano con la bella andaluza.

Necio y pretencioso Morella, como suelen serlo los que solo tienen el oro como carta de presentación para ser admitidos en ciertos círculos, decíase que hacia alar-



de de sus cuantiosos gastos, llegando la crónica escandalosa á escribir en sus fastos pecaminosos, la estupenda afirmacion de haber tenido que pedir D. Augusto Morella por telégrafo que le remitieran fondos con gran premura, pues necesitaba para urgentes asuntos algunos miles de duros.

Como no juzaba, ni compraba, ni prestaba á sabiendas de sus amigos, y no era nada espléndido en sus costumbres particulares, habia que buscar en sus reticencias y oscuridades un motivo á sus gastos, que la maledicencia encontraba, si bien á costa del buen nombre de una mujer que comprometia así el de su honrado marido.

En los casinos, en los círculos y en los paseos de San Sebastian, se sabia al dia todo el movimiento de la colonia veraniega.

Los desocupados viajan para divertirse, y una de las mayores diversiones es desollar al prógimo, con más ó ménos primor, segun á la clase á que pertenezca.

¡La murmuracion es una de las formas de la popularidad en nuestro tiempo, y nadie tiene valor á rechazarla en absoluto.

Las notas de gastos de que Morella hablaba indirectamente, eran la más sabrosa de las comidillas de los desocupados.

Se hacían cálculos y se cruzaban apuestas acerca de la cifra total, es decir de lo que sufriría la paciencia amorosa del plebeyo enriquecido, y de lo que se atreverían á devorar los blancos dientes de aquella sirena aparecida en la cantábrica playa, convertida en *Leona* por obra y gracia del abandono del Castillo en que se resguardara.

Debemos advertir que estos dimes y di-retes no salían aún del círculo íntimo de los amigos de Morella; que las bromas cruzadas jamás tomaban por base un nombre, y que la malicia más bien adivinaba que veía la falta que se comentaba.

Josefina Casa-Nueva oyó algo, y con su natural ligereza quiso erigirse en mentora de su amiga.

Tenia mucha confianza con Aurelia. La primera esposa del general Castillo había sido Matilde Vargas, hermana de su marido, de suerte que la hija del general, María Castillo, recientemente casada con el diplomático Carlos Miller, era sobrina carnal de Luis de Vargas, marqués de Casa-Nueva.

Estaban, pues, en familia.

Un día que paseaban juntas en la Zu-

—riola la marquesa dijo á Aurelia:

—Te vendrás conmigo al Castillo?

—Cuándo te vás?

—Muy pronto, en esta semana quizá: ya comprenderás que tengo allí mucho que arreglar para las fiestas.

—Sí, lo comprendo, pero aún debo bañarme.

—Ya te has bañado bastante: se siente fresco y además Castillo cree que estás conmigo.

—Que lo crea!

—Es que puede saber que no es así...

—Bah!

—Ten cuidado...

—De qué? preguntó Aurelia riendo.

—De todo: Castillo es digno y no sufrirá...

—El qué?

—Ya sabes lo que quiero decir; no te comprometas demasiado con ese hombre.

Aurelia se encogió de hombros.

—Es necio, siguió diciendo la marquesa, tiene demasiado apego al dinero...

—No entiendo, dijo Aurelia encendida de vergüenza.

—Dicen que gasta aquí una fortuna, que se queja de que se está arruinando ...



—Estúpido! murmuró trémula de ira la generala, miserable negrero que cree caro el pagar con algunos ramos de flores el hablar con una mujer como yo!... Te juro que ha de decirlo con motivo!

—Ten cuidado!

—El viaje á España le costará un millon: ni un céntimo ménos... murmuró riendo con risa nerviosa y violenta: un millon... y es barato...

—Estás loca!...

—Como te lo digo...

—En fin, te vienes ó nó?

—No! Tengo que ultimar un pequeño negocio.

—Y cuándo irás?

—Yo te avisaré: de todos modos no tardaré mucho.

—Los Villa-Quemada se han ido.

—Han hecho bien: nada tenían que hacer.

—Pero creo que se han dejado á la niña.

—Sí: con esa boba de Pilar que le ha quitado ese peso de encima á la condesa.

—No olvides que tenemos pensado hacerle una jugada á Angela con la edad de su hija.

—Ya la combinaremos en el Castillo.

—Ahora se van á Biarritz.

Aurelia se encogió de hombros.

—Es decir, dijo Josefina riendo, que va deshauciado?

—Por completo.

—Por el Becerro ó por Cupido?...

—Ni por uno ni por otro...

—Pues escribiremos sobre su tarjeta de despedida las letras R. I. P. de los muertos.

—Amen, dijo con tranquilidad la generala, como si en efecto hubiese deseado la paz á un ánima apenada.

La marquesa no insistió en su deseo de llevar consigo á Aurelia, y se limitó á recomendarla que no tardase.

Antes de marchar á su Castillo tuvo ocasion de oir una peregrina historia que se contaba en voz baja y con cierto misterio en los círculos elegantes de San Sebastian.

En ella figuraba un rico americano que viajaba por Europa cerramando el oro, pero haciéndolo sonar cuanto podia, y una hermosa dama que segun se murmuraba le habia ganado una apuesta, para cuyo pago tuvo el ultramarino que pedir fondos á su banquero con gran urgencia.



No hemos podido averiguar este asunto con claridad, pero se dice que la marquesa murmuró al oír la historia:

—El pobre general!... Bah!... Es mucha suerte la de esa pícara!...

---

## CAPITULO XXVI.

La marquesa de Casa-Nueva podía estar satisfecha, y sin temor de equivocarse puede creerse que lo estaba.

Su Castillo, una antigua fortaleza restaurada espléndidamente en la cima de un monte de Guipúzcoa, resplandecía de galas y de colores, como si chispease en su atmósfera tibia y brillante la alegría de su dueña.

Nada faltaba allí; ni aristócratas linajados, ni hermosuras á la moda, ni burgueses ilustrados, ni siquiera *touristas* ni corresponsales de los periódicos que publican revistas del gran mundo, y que, naturalmente, describirían el castillo con gran copia de datos, y á su dueña con gran prodigalidad de adjetivos.

Indudablemente la frivolidad es la mariposa de blancas alas que trae los sueños encantadores de la dicha á los mortales.

que la acarician, pero que desdenea por completo á los espíritus serios y á los pensamientos elevados, negándoles sus favores.

Josefina era feliz, completamente feliz, y no le demos vueltas á la frase; la felicidad existe; siempre que sepamos contentarnos con ella, tal como es, tal como puede ser en relacion al momento en que se desarrolla, la encontraremos; pero si nos hacemos los descontentadizos, si le pedimos idealidades que no puede dar, sublimidades que no alcanza á conseguir, el *quid* divino, el *algo* inmanente, el *verbo* creador que el espiritualismo siente tomar vida y calor en el seno de la nada, entónces nos exponemos por visionarios á que se burle de nuestro anhelo esa juguetona mariposilla que no gusta de paisajes sombríos para tender el vuelo, sino de risueños espacios que inunde la luz y que mate el color.

Y aquella graciosa marquesa que se habia encontrado con el lote de la riqueza y de la salud, dos elementos que constituyen una fuerza, sin haber hecho para merecerlo otra cosa que nacer, gozaba en plena juventud de los triunfos que le ofrecia su



dinero, sin que se le hubiera ocurrido como á un rancio filósofo, pensar que los éxitos se debieran, como la veneracion del burro de la fábula, á las reliquias que sustentaba.

¿Quién habia de pensar en semejante cosa?

Puesto que el dinero hacia el milagro y el dinero era suyo, el mérito residia indisputable en su personalidad.

Ni dudarlo le ocurría.

Por eso decíamos que era completamente feliz.

Aquella sucia historia de un sardinero enriquecido en una guerra civil surtiendo de víveres ora á los vencidos, ora á los vencedores, era un cuento asqueroso, que olía mal, y que debia ser relegado, y sin duda lo habia sido, de toda mansion elegante.

Y luégo que el olor á las sardinas no ha de trasmitirse como los pecados mortales hasta la quinta generacion.

¿Qué tenia ella que ver con su abuelo?

Ni siquiera lo habia conocido.

Su padre habia sido ya marqués y ella lo habia heredado.

La Casa no era tan *nueva* como á primera vista parecia.

Se remontaba el título nobiliario á los tiempos de Don Amadeo I de Saboya, un gran rey demócrata, en cuyo reinado comprendiendo sin duda que el dinero debe servir para todo, se hizo que el Estado cobrara algunos millones, ennobleciendo casas nuevas y viejas y engalanando con cruces de todos colores el pecho de los que podían darse el lujo de pagarlas.

Por aquel tiempo Josefina, que ya no tenía madre, era una preciosa jóven que hizo bordar la corona de marquesa, á guisa de heredera presuntiva, hasta en sus medias de seda, y no sabemos si en la suela de sus zapatos.

¡Nada más natural!

¡Había que hacer honor á la clase!

El flamante marqués tomó tan á pecho el sentir los miles de duros que le había costado el poder usar la corona que con tanta profusión hacía bordar su hija, que decían malas lenguas que había muerto de un entero-coronitis que no pudo digerir.

¡Séale la tierra ligera!

Josefina se encontró hecho el trabajo de las coronas, y casi hecho el del casamiento, pues rica y huérfana, era un tesoro hácia el cual se elevaban aspiraciones sin cuento.



Eligió, naturalmente, al aspirante que acreditaba mejores títulos, al más noble, al que podía poner debajo de la corona vacía dos escudos con limpios cuarteles.

Hay seres que lo encuentran todo hecho.

Josefina tuvo esa suerte: el abuelo le dió la riqueza, el padre el título, y el marido la aristocracia.

Y Dios, de quien todo proviene, le dió como dicha suprema el contentarse con lo que tenía, con lo cual la hizo feliz.

Cuando volvemos á encontrarla esa felicidad era un colmo.

Un triunfo colosal.

Su Castillo albergaba una docena de huéspedes, la flor y nata de la *high-life* madrileña, lo más esquisito de la *crema*, cortesana, la *élite* de la buena sociedad.

Y aún debían venir más.

Era una inauguración brillante de la temporada de *chateaux*.

Aquella gentil castellana había estudiado su delicado papel y lo cumplía á la perfección.

Todo estaba previsto.

Los huéspedes habían de gozar una libertad absoluta, con el *confort* más envidiable.

Las grandes cacerías no debían comenzar hasta la llegada del marqués.

Esto era correcto y aumentaba el lucimiento de la fiesta, reservando para el final los grandes efectos, y dando tregua para las pequeñas diversiones.

Además, ya que hay que decirlo todo, los trages de caza no habían llegado aún, esos trages tan atrevidos, casi masculinos, que dan á las damas tan extraño aspecto; para no ser ridículos es fuerza que estén hechos por una mano hábil, por un *modisto* francés, los únicos, segun la opinion de Josefina, que sabían hacer esas cosas.

Si el traje resultaba tan lindo como el figurin era un encanto, un capricho, una monada, con su bota alta, su pantalon bombacho, y su levita ceñida.

El grabado andaba sobre las mesas, pero la marquesa esperaba que Woord haria hábiles y artísticas modificaciones para que no resultase demasiado atrevido.

En la prevision de que alguno de los trages tuviese algun defecto, la marquesa habia hecho venir una modista de pretensiones, con telas, adornos y útiles de costura, instalándola en el último piso del castillo por lo que pudiera ocurrir.

Y lo que ocurría desde luego era que la buena señora, acostumbrada al oscuro cuarto tercero (segundo con entresuelo) de Madrid, al trabajo agobiador del corte y la prueba, y á la lucha con las costureras, que por fortuna eran pocas, se creía transportada al quinto cielo, así por la altura como por el descanso con que gozaba de aquellas incomparables perspectivas.

Y hé aquí cómo el capricho de la dama rica hizo feliz por unos cuantos días á la modista pobre, dándole asunto para las conversaciones de toda su vida.

Y puesto que nuestros lectores han tenido la bondad de seguirnos al Castillo, continúen en nuestra compañía que vamos á quedarnos en él por algún tiempo y entre personas que nos son conocidas.



## CAPITULO XXVII.

Atrelia habia sido de las últimas en llegar al Castillo.

Habia hecho una excursion á Paris, de incógnito por supuesto, para lo cual habia quedado en San Sebastian su doncella con algunas cartas escritas en las fechas correspondientes á los dias convenidos para escribir al general, á fin de que puestas en el correo á su tiempo, no alarmasen con los temores de un viaje al respetable veterano.

La intencion no podia ser mejor.

Y en esta excursion que era en su vida una de esas locuras encantadoras que se permiten alguna vez las mujeres hermosas, para tener el gusto de recordarlas, habia tenido el placer sin igual de realizar todos sus caprichos, de hacer compras extravagantes, de admirar, de copiar, de envidiar á las parisienses que tenian la di-

cha de no salir de aquella Babel incomparable, donde la libertad es una realidad deliciosa, y el dinero el alma-verbo de esa realidad.

Al llegar al Castillo pidió á su indulgente dueña que guardase el secreto de su viaje, cosa bien fácil para Josefina, que se encantaba con saber intriguillas amorosas y gozaba con tomar en sério el papel de consejera.

Ella á su vez deseaba tener secretos, historias íntimas y cuentos realistas que contar en esos pequeños círculos que se forman como grupos aislados en el seno de las grandes sociedades, para forjar á veces rayos que abrasen el honor de un nombre ó la dicha de una familia, porque lanzados por manos invisibles hacen siempre certero camino, divirtiendo los ocios de las bellas perezosas, que si por casualidad ven sus extragos, se lamentan, más del dicho que del hecho, más del Júpiter que los lanza, que de la diosa que los provoca.

Josefina tenía esa moral especial que forma en nuestros días tan original amalgama, y que viene á ser una especie de convenio tácito entre nuestros gustos y nuestros deberes.



Encontraba muy natural que una mujer casada viajase sin su marido, que tuviesen sus amistades la independencia que hoy alcanzan en todos los países civilizados; lo demás era anticuado é insoportable para las mujeres distinguidas, quedándose tal esclavitud reservada á las pobres mujeres de la clase media.

Creía ser ella una de las comprendidas en la reprimenda del Padre Mon, porque los traviesos gacetilleros habian hablado, á propósito de su exagerado descote en el teatro Real, de su busto de mármol, de aquella espalda redonda y blanca que se destacaba con el brillo de la seda sobre el ceñido corpiño de terciopelo, tan atrevido y coquetamente abierto en el pecho, que una rosa habia sido la encargada de suplir lo que faltaba para dejar á salvo el pudor, comprometido con el desnudo elegante de su *toilette*.

Y como al día siguiente, con la cabeza cubierta modestamente por la mantilla de blonda, el rosario en la muñeca y el libro en la mano, poco despues de levantarse y tomar un ligero desayuno, es decir, á las tres de la tarde, habia ido á la iglesia á cumplir con sus deberes de *Hija de María*,

se habia encontrado sin saberlo con aquella magnífica peluca que le regaló su reverencia, así como á todas las elegantes devotas que allí se hallaban!

Y afirmaba la marquesa, como un verdadero mérito, que á ella era á la que más miraba el respetable señor, sin duda recordando aquello del descote y la rosa, por lo cual, y deseando hacer las paces, regaló al día siguiente al intransigente jesuita, cuando fué á la estacion á despedirlo para su destierro, un magnífico estuche de navajas de afeitar, con lo cual, según decia ella, quedaron tan amigos, y aquella noche al volver al palco, volvió á orlar de rosas la nieve de su seno sin el menor escrúpulo de conciencia.

Algo de envidia le inspiraba la expresión sonriente, satisfecha de Aurelia, cada vez que llegaba al Castillo un envío de sus compras en Paris.

Faltaban aún algunos trages y sombreros, y la marquesa temia que los de la generala fuesen más lindos ó más extravagantes, para llamar más la atención.

Se consolaba sin embargo con la idea de que podría hacer venir otros cientos, cuando le ocurriese, y Aurelia no siempre

podria pagar tan costosos caprichos.

Cuando llegamos á encontrarlas hacia pocos dias que la familia de Ponce se encontraba en el Castillo con la niña de los condes de Villa-Quemada, que no habian fijado aún la fecha en que debian llegar.

Josefina estaba encantada.

Entre todas sus amigas Pilar era la única que ostentaba la modesta sencillez de la madre de familia, las costumbres puras y dignas de la burguesa pobre pero distinguida, y esto era delicioso para dar variedad al cuadro de sus fiestas.

Debia haber de todo, y no hubiera cambiado por diez elegantes amazonas, cazadoras, jugadoras, y cuanto puede ser para alternar en el gran mundo una alta dama, no hubiera cambiado, deciamos, aquella jóven señora, modesta, dulce, instruida, que cuidaba de sus hijas, y sonreia á su esposo, como debia hacerse en aquellos tiempos que hizo célebres Mari-Castaña.

Era la nota suave de aquella chillona sinfonía de pasiones y necesidades, de vanidad y pequeñez, y Josefina que tenia, si nó el conocimiento el instinto de la verdadera bondad, la estimaba en su gran valor.



A Pilar acompañaban su suegro y su cuñado, además de su marido y sus hijas, y Loreto de Silva, que habia quedado á su cuidado en San Sebastian, y que debia unirse á sus padres en el Castillo.

La Marquesa les destinó un pobellon independiente y cómodo, situado en una torre del Castillo, con entrada independiente, unida al centro del edificio por un estrecho puente, formado sobre un arco, el cual vestian de gala continuamente las madreselvas y las yedras, cubriéndolo de flotantes colgaduras.

La marquesa habia montado en grande la servidumbre del Castillo: nadie diria, á no saberlo, que se trataba de una advenediza de la nobleza, de una *parvenue* como dicen los franceses para designar al que ocupa un puesto por asalto, ó por casualidad.

Los huéspedes de la Casa-Nueva (hemos olvidado decir, y siempre es tiempo de remediar el olvido, que el Castillo llevaba ese nombre que servia de título á sus dueños, nombre que le dió el pueblo al ver surgir de las antiguas ruinas la nueva casa, brillante y reluciente como el oro de su amo) estaban admirablemente servidos.

Pedian su almuerzo cuando querian, dejaban aviso de la hora en que habian de ser llamados para las excursiones matutinas, y todo se hallaba dispuesto; los burros, pues lo quebrado del terreno no permitia otra cabalgadura para pequeñas excursiones, los aparejos de pesca, las municiones de caza, las escopetas, los cuchillos y cuanto el más exigente pudiera desear.

La castellana les dejaba libertad completa durante el dia, y solo por la noche, despues de la comida, recobraba para la velada sus atributos de reina y señora.

Como sus invitaciones habian sido tan amplias, se renovaban en el Castillo los personajes con desusada frecuencia.

Ministros, que se ponian enfermos para ir á reponerse durante una semana en el campo; Senadores que padecian idéntico mal, con más holgura pues no los llamaban sus tareas por el momento; Diputados, hombres políticos de todos los tamaños, es decir de todas las tallas, periodistas, poetas, banqueros, *gomosos*, y cuanto forma la rica variedad en que la sociedad descompone sus grandes centros, iba á la Casa-Nueva, haciendo honor á la invitacion de la marquesa, que los recibia enva-



necida y gozosa sintiendo que se fuesen tan pronto.

Señoras llegaban ménos: generalmente á las damas gusta recibir córte, pero no prestar su concurso á otras que la reciban.

No faltaban, sin embargo, y Josefina organizaba pequeñas expediciones, siempre animadas y divertidas.

Pilar temia no poder alternar en esas fiestas tan contrarias á sus gustos y á sus costumbres, pero cuando vió la agradable independendia que en aquella hermosísima hacienda se disfrutaba; cuando pudo gozar con sus hijas el espectáculo grandioso que ofrece la naturaleza en sus agrestes montañas; cuando los sanos olores de los pinos y los tomillos azotaron su rostro, y el sol de otoño perfiló en los paisages sombríos siluetas de oro, que encantaron su vista, aceptó con gran placer aquella encantada residencia de unos dias, y pensó con tristeza, pero sin envidia, en que debe ser cosa muy buena tener mucho dinero para poder rodearse de tres bellezas.

Las niñas tomaban como suyo el encanto que del campo se desprendia, que esa edad tiene el privilegio de apropiarse

cuanto mira, como se apropiaba el malogrado poeta Lopez García, todo cuanto veía,

el mar, la arboleda, el monte,  
la nube y el horizonte  
que se pierde en el vacío...

Y seguramente que nadie había de disputarles su propiedad sobre tales cosas que á todos nos pertenecen.

La sombra de un árbol que formaba caprichosos y extravagantes bocetos sobre el lienzo gris-verdoso de la tierra, los cuales borraba la luz; el canto de un pajarillo que saltaba de rama en rama; la chillona rana que cantaba á la orilla del lago sin cuidarse para nada de los convidados de la marquesa, su dueña y señora, y saltaba á las aguas cristalinas apenas sentía el más ligero ruido, poniendo en movimiento la superficie azul y asustando á los cisnes que en ella se mecían con ese ritmo suave de la pereza que para todos los seres tiene la misma cadencia y el mismo compás; las mariposas que batían sus alas de gasa sobre las flores silvestres, todo era motivo de alegría para las hijas de Pilar, que si hubieran tenido noticias de aquel Paraíso que no supieron conservar los señores de

Adan, como hoy les hubieran llamado, por las coqueterías de D.<sup>a</sup> Eva, seguramente que lo hubieran creído renovado para ellas, según lo hermoso que lo encontraban.

También Loreto lo hallaba delicioso, pero su pensamiento, que ya se daba cuenta del tiempo y la distancia, así como de otras muchas cosas que ya irán sabiendo los lectores, pensaba con pena en que aquellos días pasarian muy pronto, y volvería la soledad en el hogar paterno, la tristeza del aislamiento, la vida sin cariño, sin confianza, sin deseos.

La niñez gozaba y la juventud temía: tristísima gradación de la vida que nos lleva de uno en otro sentimiento desde la plenitud de la confianza á la plenitud del desencanto, por suave declive de esperanzas y temores que dejan en pos de sí la amarguísima huella de la experiencia.



## CAPITULO XXVIII.

Los dias que habia pasado Loreto en el seno de la familia Ponce, habian sido para ella de importantísima enseñanza.

La madre amantísima siguiendo con inteligente cuidado el desarrollo moral y material de sus hijas; el padre que descansaba de su trabajo con las alegrías del cariño de la familia; el abuelo digno y benévolo, suprema autoridad de la casa, que aconseja al hijo, mimaba á las nietas, y respeta y ensalza á la dulce intermediaria de esos afectos, á la esposa de su hijo; eran para la niña educada en la fria atmósfera del colegio, fuente perenne de conmovedoras sensaciones.

Aquella era la familia, no la que por tal se tenia en otros círculos; así amaban las madres, no como ella era amada; así el padre era sosten y orgullo de sus hijos, no como el suyo, aceptando con cansancio

y hartura el cargo que un azar de la naturaleza le ofrecía.

Aquella razon dormida en la inocencia, despertaba rápidamente herida por el choque de tan violentos contrastes; aquel sentimiento envuelto en las fantasías infantiles, se fijaba en la verdad, como el volante despedido por la raqueta despues de oscilar en inseguros círculos se clava en el círculo que le sirve de blanco.

Desde el fondo de sus ternuras de niña surgia una queja, no vaga y caprichosa como nubecilla del alba de la vida, sino amarga, enérgica, razonada.

No queria pensar y la idea se abria paso por entre las sombras de su cerebro; no queria acusar, y la verdad de los hechos, desnuda y fria, prestándose á ser examinada en una comparacion lenta y tenaz, hacia por sí sola el trabajo.

La señora de Ponce veia con pena las alternativas de tristeza silenciosa y de nerviosa alegría que turnaban en el delicado temperamento de la pobre niña, imprimiendo á su carácter extrañas variaciones.

Solo Eduardo Ponce comprendia la lucha sostenida por el pensamiento de aque-



lla jóven, que conocia que dejaba de ser niña en el amargo dejo del dolor, que no cabe en pensamientos infantiles.

Interesándose por la angelical criatura, y exagerando acaso los peligros que habian de rodearla al comenzar la vida social entre la indiferencia de sus padres, seguia con singular empeño y con incomprendible afán todas las fases que atravesaba el desarrollo moral de aquella crisálida encantadora que muy en breve seria mariposa brillante.

Y una especie de angustioso anhelo, de duda, de temor injustificado, le hacian luchar, con una impaciencia mal contenida ante los ojos de los suyos, por alejar de su jóven amiga el imaginario peligro que presentia.

Cuando llegaron á la Casa-Nueva sus temores aumentaron, porque veia cercano el momento de separarse de su protegida.

Loreto por su parte sentia tambien una tristeza infinita ante aquella naturaleza espléndida, y Pilar comenzaba á desear que llegase la condesa, temiendo que la ausencia de sus padres fuese causa de la tristeza invencible que por momentos la embargaba.

La dueña del Castillo mimaba á Loreto con toda clase de halagos, así como su amiga Aurelia, que la invitaba á acompañarla en sus excursiones, sin que la niña de Villa-Quemada se resolviese á complacerla.

La marquesa organizó una cabalgata en burro, para ir á pescar truchas durante la mañana, almorzando luego al lado del riachuelo que se iba á buscar, y que era el mismo que alimentaba el lago en el cual se mecía pausada y coquetamente una ligera barquilla, que llevaba el nombre de su dueña, y una toldilla de ióna con la corona de marqués recortada en paño azul, á manera de sello de fábrica, y para que no quedase duda de su importante condición.

Pilar, usando de la discreta libertad que á los huéspedes del Castillo se concedía, optó por no ser de la partida á fin de que las niñas no se fatigaran demasiado, y Loreto prefirió también quedarse con ella.

Don Lorenzo y Rafael prometieron ser de los expedicionarios, y Eduardo quedó encargado de acompañar á su cuñada y sobrinas, si podían reunirse á los madrugadores á la hora de almorzar.

La mañana fresca y perfumada, el cielo brillante á trechos y cubierto hácia el horizonte de blanca celagería; las montañas plateadas por el rocío, sobre la aterciopelada alfombra de las plantas, convidaban á gozar de sus encantos, y nuestros perezosos dejaron el Castillo una hora despues que los bulliciosos pescadores.

Pilar llevaba á Lolita de la mano y Loreto á Carmela, que apenas podia contener sus piececillos para no correr tras de cada mariposa que pasaba volando como un recorte de gasa.

Eduardo seguia á las señoras, contestando á las preguntas de sus sobrinas con aire distraido, y mirando á Loto, que con su hermoso cabello recogido en una ancha trenza que flotaba sobre su espalda, su sencillo sombrero de paja y su vestido de listas rojo y azul estaba tan bella que hubiera podido dar envidia no ya á las niñas como ella, sino á las damas como su madre.

El aire puro de la mañana, la limpidez del cielo, la hermosura del paisaje que se cerraba por un horizonte esmaltado de vivos colores, inspiraban á la niña, que solo conocia del mundo el colegio y el camino



por donde de él habia salido, una admiracion tan viva, una alegría tan infantil y sincera, que hubiera corrido á través de aquel espacio radiante, dando gritos de placer como Carmela y Lolita, á no impedírsele esa pudorosa reserva de la juventud, que apaga como peligrosos los entusiasmos que hacen tan feliz á la niñez.

Pero la alegría que no se desbordaba en sonidos en su boca, palpitaba en sus ojos, en su sonrisa, en el color de rosa de sus mejillas, en todo su sér, como una oleada de vida juvenil y pura que lo inundase.

Eduardo absorbía aquella alegría como absorbe un cristal la luz que refleja.

Por conservarla para aquella niña querida, por ver siempre aquellos labios sonrientes y aquellos ojos serenos, hubiera dado, si hubiera sido preciso, una parte de su existencia.

Pilar declaró que se hallaba cansada, y que siendo aquel sitio delicioso deseaba sentarse allí para contemplar desde aquella eminencia el valle cubierto de luz que relampagueaba en las gotas de rocío de la aterciopelada alfombra que tegian las yerbecillas; la cinta azulada que formaba el

arrollo, inmóvil entre una orla de adelfas y matas, que á trechos lo cubrían, como envidiosas del azulado espacio que en sus aguas se reflejaba; la nota luminosa, dorada con los matices del oro líquido, que se marcaba en los claros de los árboles al cerner entre sus hojas los rayos del sol naciente; y tantas y tantas bellezas como la naturaleza ostenta en sus días espléndidos, y que tan poco gozan los que viven entre los muros de piedra y hierro de las grandes capitales, sin otro aliciente que el negocio, ni otro descanso que el trabajo.

Loto encontró muy natural el descanso y muy bella la contemplación de aquel sitio, y su carita entristecida se animó con la alegre sonrisa con que la adolescencia saluda cuanto le ofrece un placer.

Eduardo expresó su temor de que llegasen tarde al sitio de la cita y Pilar se echó á reír objetando que no faltaría algo que almorzar, si bien fuese tan solo un vaso de leche y un poco de pan.

Eduardo no insistió.

Alejándose un poco de las dos señoras, como si quisiera dejarles completa libertad, se recostó en la húmeda yerba, sacó una cartera y un lápiz y se dispuso á to-



mar un apunte de aquella deliciosa vista.

Desde el sitio en que se hallaba veía de perfil el busto delicado de Loreto, destacándose sobre aquel fondo brillante con el relieve suave de un camafeo.

La niña de Villa-Quemada se había quitado el sombrero, y su cabeza juvenil radiante de luz y de belleza, enviaba al artista (porque Eduardo Ponce lo era, y muy notable) raudales de inspiración tierna y poética, como el perfume de aquella florida tierra en que descansaba.

Sin cuidarse de árboles ni montes, sin apreciar aquel paisaje fuertemente agresivo, el lápiz fué trazando con desusado ardor las líneas de un boceto.

Aquella cabeza fina y movable fué marcándose sobre el papel con inspirados rasgos, y cada vez más dominado por la inspiración y el sentimiento, cada vez más encantado de su obra, Eduardo no vió que el modelo había desaparecido, que la cabeza gentil se había borrado en aquel fondo de luz.

Pilar que no veía á su cuñado y sospechaba que había seguido el camino áspero y accidentado que había de llevarlos á la isleta donde pescaban los convidados

de la marquesa, invitó á Loreto á seguir, y la niña aceptó con tanto más gusto cuanto que no hallándose cansada, sólo por complacer á su amiga habia aceptado aquel descanso.

Impacientábase tambien la heredera de la casa de Silva de la ausencia de su amigo; ¿por qué no habia esperado?

Con la distancia ganada en aquel tiempo de reposo ya no se encontrarían en el camino!

—Eduardo estará esperándonos en algun pico de la sierra, buscando ejemplares de mineral ó de madera, dijo Pilar, no puede estarse quieto.

Loto nada dijo, pero deseó que fuese así.

Pilar asió la mano de Lolita, la más traviesa de las dos, y Loto tomó la de Carmela, pues la amante madre no se atrevía á dejarlas solas entre aquellas escarpadas pendientes.

Apénas se pusieron en marcha Carmelita deseó coger una flor azul que parecia una crucecilla de turquesas, y Loto accedió á ello.

Despues se le antojó una amarilla, que parecia una campanillita de oro, y Pilar

que iba delante oyó á la niña de Villa-Quemada decir con reprimida impaciencia:

—No vamos á llegar nunca!...

—No tengas prisa, dijo á su amiguita, yo me adelanto un poco á ver si encuentro á Eduardo.

Alentada con tal permiso Carmela deseó más flores rojas, azules y amarillas, y Loto fué cogiéndolas y formando un pequeño ramillete.

De repente Cármen dió un grito y palmeteó alegremente.

Habia visto un nido en la copa de un árbol, un nido auténtico, lleno de bedijas de algodón, de hojas secas y de briznas suaves de aromática yerba, y en su fondo pequeñísimo, que parecia de seda, una cabecita viva, que piaba sin cesar.

—Qué hallazgo!...

Era un tesoro, pero inaccesible!

Loreto lo miró con tanto afán como la niña, pero no habia que pensar en alcanzarlo: para ella estaba á la altura de la luna.

¡Qué lástima!

Y pensar que con un poco más que hubiera crecido lo alcanzaría!



Disponíase á renunciar á su deseo, cuando Carmela, que habia dejado su mano y daba vueltas al tronco del árbol, levantando las manos, sacando la lengua para imitar al pobre pajarillo, llamándolo con los más dulces nombres y haciendo mil locuras, comenzó á palmotear de nuevo diciéndolo con alegría:

—Tio Eduardo! Allí está tiito!... Míralo!... Míralo!...

Siguió Loto con su mirada la direccion que marcaba la manita extendida de la niña, y vió á Eduardo, casi oculto por un grupo de pinos sentado en una piedra á medias oculta por las plantas de tomillo y retama, dibujando en su cartera abierta sobre sus rodillas, tan abstraído, tan dominado por su inspiracion que no oia los gritos de la niña ni se daba cuenta de lo que á su lado pasaba.

Carmela se lanzó á su encuentro para pedirle que alcanzara aquel nido donde se asomaba para ver el valle un pájaro tan bonito, pero tan pequeño que no podia volar.

Loto, asustada de que corriese sola por aquel accidentado terreno, asió su mano para detenerla, amenazándola con llamar

á su mamá, pero la chiquilla que cuando queria una cosa la queria de veras, tiró de ella con fuerza, y haciendo á sus piés perder terreno en aquella brusca pendiente, la arrastró consigo hácia el sitio en que se hallaba Eduardo.

El ruido hizo á éste volver la cabeza, y al ver llegar casi rodando y á manera de avalancha á Loto y Carmela, extendió los brazos para contenerlas y dejó caer el álbum.

Loreto fijó en sus hojas su mirada curiosa, y quedó absorta, ruborizada y confusa al ver allí su retrato.

---



## CAPITULO XXIX.

—¿Qué es eso? dijo Eduardo pasado ya el susto y sonriendo; ¡vaya un modo de correr! me han asustado ustedes, señoritas!

—Es Carmela, dijo Loto aún confusa, que tira de mí: es muy loca y se lo voy á decir á su mamá.

Estas razones no hicieron mella alguna en la niña, que atenta á su deseo gritó asiendo la mano de su tío:

—El nido!... alcánzame el nido!... ven! ven pronto!... está allí, en aquel árbol, y se va á ir el pajarito!...

—Pero qué dice esta loquilla? preguntó Eduardo á Loreto.

—Quiere un nido que ha visto en un árbol: por eso corre y me ha hecho venir hasta aquí, replicó la herederade Villa-Quemada, como si quisiera dar cuenta de aquella niñería.

—¿Lo siente Vd.? preguntó Eduardo,

dando á su acento tal expresion de seriedad, de sentimiento, de verdad, que Loreto lo miró, no con la mirada vaga de la niña que no comprende bien lo que vé, sino con la mirada de la mujer que revela en ella cuanto siente su alma.

—No lo siento, dijo Loreto con voz segura, me alegro mucho.

—Ah! murmuró con una explosion de involuntaria alegría Eduardo, gracias!...

Carmela, como vió que no la atendian por el momento comenzó á buscar florecillas, mirando á los cercanos pinos por si escondian en sus altas copas nuevos nidos.

En su inspeccion de flores tropezó con el album de su tio.

—Toma, dijo dándoselo abierto, y hazme á mí otro muñeco como ese.

—Ah! murmuró Eduardo cerrándolo, qué mala eres Cármen!...

—Quiero ver ese dibujo, murmuró con voz insegura Loto, por eso me alegraba de haber venido aquí.

—Sólo por eso? preguntó con acento de queja Eduardo.

Rosado color bañó las mejillas de la niña.

El pudor enviaba ya á su rostro esas

tintas simpáticas que anuncian el sentimiento en el alma de la mujer, y que tienen los mismos tonos que esas manchas de color que anuncian la proximidad del sol en la mañana.

Las dos auroras, la del amor y la del día, tienen como distintivo el mismo matiz con que se reflejan en el cielo y en el rostro.

¡Hermosa armonía de la naturaleza que confunde en una sola nota grandezas tan distintas!...

—Sólo por eso se alegraba Vd. de haber venido? insistió Eduardo con esa voz conmovida que va directamente al corazón.

—Quiero verlo, dijo Loto eludiendo la respuesta, pues la inocencia toma á veces los mismos giros que la maestría.

—No es posible, dijo Eduardo guardando la cartera y contrariado con no obtener respuesta.

—Ah, sí! dijo Loto animada con aquella vacilación y con la súplica en la voz y en la mirada, quiero verlo!

—Se enfadará usted acaso de haberlo visto?...

—Prometo que no!



—Nada vale...

—Yo se lo suplico...

Eduardo sacó de nuevo el libro del bolsillo y vaciló.

Estaba Loreto tan bonita con las mejillas encarnadas como los amapolas que Carmela cogia de entre la yerba, los ojos brillantes, la boca sonriente y los cabellos desordenados bajo el sombrero brillando al sol como hebras de oro; era tan blanca y pura su frente, tan gentil su talle, tan graciosas sus manos que apenas cubrian los mitones de seda, tan atractivo su conjunto infantil, que Eduardo sintió una oleada de pasión subir de su corazón á su cerebro, una ternura infinita que sin esfuerzo se hubiera desbordado en llanto, un anhelo, una duda, una angustia que dominaron por un momento su razón.

—Loreto, dijo con acento serio, triste y dulce á la par, no es á la niña á quien me dirijo sino á la mujer, si Vd. ha de oirme como niña es inútil añadir una palabra más.

—Continúe Vd., dijo con graciosa gravedad Loto, no es la niña la que escucha.

—Pues bien, señorita, pues bien Lore-

to, rectificó al ver un movimiento de contrariedad de la hija de los condes de Villa-Quemada, hay en ese libro que Vd. tiene empeño en ver una revelacion que yo hubiera ocultado mucho tiempo, siempre acaso: la casualidad lo dispone de otro modo; Vd. quiere ver lo que yo dibujaba y no tengo valor para negarme á ello.

—Pero qué mal hay en que lo vea? preguntó con lágrimas en los ojos Loreto.

—Un mal que Vd. no comprende, porque no emana de Vd. ni de mí, sino de los otros...

—No comprendo...

—Pues bien, ya que Vd. lo ha querido vea Vd. ese libro.

Loreto asió con ansia el pequeño album y lo abrió.

Un boceto sin acabar, un perfil de admirable parecido, se mostró á sus ojos sobre la hoja de grueso papel amarillento de la cartera.

La niña reconoció su retrato y quedó confusa.

Una línea de letra menuda y correcta habia escrito por debajo del dibujo la fecha, y luégo esta frase de sin igual amargura: *jella, nunca!... ¡tú, siempre!...*



Las lágrimas que la emoción había agolpado á los ojos de Loreto, cayeron como desordenada lluvia del corazón sobre el pequeño ramo de flores silvestres que tenía en la mano.

Devolvió el libro en silencio.

—Llora Vd.? preguntó Eduardo, la he ofendido?

—Oh, no!

—Pero esas lágrimas qué significan?

—No lo sé, dijo la niña procurando sonreírse.

—No es ofensa?

—No.

—Pues si es así, y como prueba de ello, regáleme Vd. esas flores.

Carmela, que como si comprendiera que se trataba de algo grave había asido la mano de Loto y había puesto fin á sus exigencias, dijo á su tío:

—Toma estas...

—No, querida, dijo Eduardo, no son esas las que quiero.

—Son iguales, dijo Carmelita comparándolas.

—Oh, no! Iguales á esas no las hay para mí en el mundo.

—Dáselas, pues, dijo Carmela, yo te cogeré otras.

—No quiere Vd. dármelas para que yo crea que no la he ofendido, dijo con suplicante acento Eduardo.

—Antes, dijo Loreto haciendo al mismo tiempo señal á Carmen de que callara, explíqueme Vd. lo que quiere decir lo que ha escrito al pié de ese retrato.

—Ah! no por Dios!

—No quiere Vd.?

—No es que no quiero, Loreto, es que es muy difícil, muy amargo.

—Qué importa que lo sea? Quiero saberlo si es verdad.

—Sí, es verdad, Loreto, es una gran verdad, que no emana de Vd., pobre niña á la cual harán víctima de esas vanas preocupaciones, sino de otras muchas cosas, tan invencibles como despreciables!

—Cuáles son?

—Imposible seria explicárselo... la sociedad, la costumbre, el falso brillo de un nombre aristocrático, la farsa de esas grandezas que vistas de cerca son tan pequeñas, todo eso ha de separarnos para siempre, aunque se buscaran nuestros corazones.

Loreto se habia puesto muy pálida; un temblor leve y continuo movia su pecho y

sus labios como si luchara entre llorar ó reír.

—Comprendo: por eso dice Vd. *nunca*.

—Sí, porque aunque yo la amase á Vd., aunque como hombre honrado y digno consagrarse mi vida á su felicidad, me sería imposible llamarla mia, imposible verla mi esposa, y esa fatal palabra, ese *nunca*, que arroja del pensamiento la esperanza, me contesta de antemano.

—Y por qué no podría Vd. amarme y por qué no le habia yo de amar? preguntó Loreto, con la voz segura y el rubor en el rostro.

—Ah! no soy rico, no soy aristócrata, carezco de méritos... solo soy un hombre honrado y Vd. es heredera de una ilustre familia...

—No es más que eso?

—Sí es un mundo, si es un colmo!

—Pero no hay algo más que pueda obligar á Vd. á decir *ella nunca*?

—Sólo eso... yo lo juro...

—Deme Vd. el retrato, dijo Loto.

—Ah! Ni siquiera merezco guardarlo: ni siquiera á esa hoja de papel he de poder decirle *tú siempre*!

—Pronto...



Eduardo impresionado con la actitud seria y enérgica de Loreto volvió á entregarle la cartera.

La hija de los condes de Villa-Quemada tomó el libro, miró aquel esbozo elegante y bello, en el cual habian colaborado el amor y el arte, y mojando el lápiz en sus labios frescos y húmedos, borró lentamente, y mirando á Eduardo con graciosa malicia la última frase.

Eduardo que habia seguido con anhelo la accion de Loreto, lanzó una exclamacion de alegría, y asiendo la mano que habia borrado la palabra *nunca* la estrechó con tal pasion que los calados de la seda de los mitones grabaron su señal en el blanco cútiz.

—Ah! con que el nunca no existe, con que hay esperanza...

—Tome Vd., dijo Loreto devolviéndole el libro, y vamos que es muy tarde.

—Una palabra, una sola, la gloria, la dicha para mi alma, despues de las dudas y las luchas que la han agitado: Loreto, Loreto mia, siempre mia, siempre conmigo, es verdad que me amará Vd., que debo esperar...

Loreto bajó los ojos ruborizada y conusa...

—Pero, Loto, dijo Carmela con su charla graciosa y viva, acaba de hablar con tío Eduardo y vamos por el nido.

—Tiene razón, dijo Eduardo, vamos á buscar un nido donde hallemos amor, fé, confianza, la dicha del alma, el calor del cariño... todo lo demás es sombra vanal... Quiere Vd. que lo busquemos, Loreto? Me ayudará Vd. á encontrarlo?

Loreto sonrió.

—No quiere Vd. contestarme? Pues deme Vd. esas flores como respuesta.

—Dáselas pronto, Loreto, dijo Carmelita moviendo impaciente sus lindos piés, que nos vamos.

Eduardo estendió la mano para recibirlas: Loreto alargó la suya, y al dejar caer aquellas florecillas que habian salpicado sus lágrimas, una impresion de suave calor le hizo volver la cabeza.

El pacto estaba sellado: Eduardo al besar las flores habia besado la mano que se las daba.



## CAPITULO XXX.

Siguieron andando llevando cada uno asida una mano de la niña.

No hablaban, no encontraban voces ni sonidos ni acaso palabras, porque el corazón, en sus momentos de explosion, se aísla, se cierra, como esas flores delicadas que no pueden resistir los rayos del sol.

Loreto gustaba por primera vez el encanto de vivir dentro de sí, y aislada completamente del mundo exterior.

Una sensacion plácida y viva, una alegría tierna y vaga, algo que rueda en el pensamiento con la vertiginosa rapidez del torbellino y pasa dejando partículas de luz y estelas de colores; la fascinacion en plena fuerza, dominándolo todo, absorbiendo el poder de la razon y de los sentidos; el alma desbordándose libre y produciendo una embriaguez de gloria en el débil pensamiento humano... ¿quién no lo ha

sentido? Ah! si la juventud se diera cuenta de lo efímero de esas realidades, que de léjos semejan sueños!...

Loreto no pensaba, sentia.

Algo tumultuoso y grande agitaba su pensamiento; alguna fuerza desconocida y poderosa golpeaba su corazon para despertarlo: oia palabras nuevas que vibraban sin ecos; sentia armonías celestiales y se deslumbraba con reflejos de luces extrañas.

De vez en cuando estrechaba la mano de Carmelita como si temiera caer, y sus ojos buscaban á Eduardo para asegurarse de que no estaba dormida...

El ingeniero por su parte, sentia tambien la fascinacion deliciosa de un anhelo del corazon satisfecho, pero mezclada con algo de amargura que volvia sombrío el pensamiento que lo dominaba.

El no habia hecho los sucesos, la casualidad los habia precipitado.

Loreto era una niña, él la amaba, es verdad, con un amor casto y dulce en el cual entraba por mucho la compasion que le inspiraba su aislamiento enmedio de unos padres egoistas.

Su belleza seductora le atraia, por el

encanto que de la belleza emana, pero la hubiera amado del mismo modo si hubiera sido fea.

No era su carita fresca y rosada lo que recordaba cuando no la veia, era su inocencia, la pureza de su alma, que mancharian con frases groseras las doncellas de la aristocrática condesa; su inteligencia clara y recta, que se viciaria en pequeñas intrigas; su corazon noble y generoso, que abandonado á sí mismo, herido por los desengaños, se haria duro y egoista y quién sabia si perverso!

Su intencion al amar á Loreto era realizar una buena obra; salvarla del miserable abandono en que la costumbre del mundo elegante la dejaria, protegerla y avalorar con su amor, con su respeto, aquellos tesoros de que no se cuidaba nadie.

Podia culpársele por ello?

De ningun modo: las personas honradas lo aplaudirian, pero los indiferentes podian ver en su conducta una mira interesada.

Aquella niña estaba confiada á su cuñada, y acaso pensaran que hacerse amar de ella constituia un abuso de confianza.



Esta idea se fijaba con pertinaz insistencia en su cerebro, y de ella surgia este dilema:

—Entre perder á Loreto ó provocar murmuraciones tan graves, ¿cuál era su deber?...

Carmela, que como no estaba enamorada no podia estar mucho tiempo sin hablar, gritó alegremente al llegar al corpulento roble en el cual se ocultaba el nido:

—Ahí está!... Cógelo, cógelo, para llevárselo á Lolita!

—Pero, niña, si no alcanzo, dijo Eduardo riéndose con su sobrina, como si le agradeciera que lo hubiese arrancado á sus tristes meditaciones.

—Que sí! que sí! gritó Carmina dando vueltas para ver la cabecita calva del pájaro, y palmoteando alegremente: tú sabes subirte, tú puedes cogerlo!...

—No seas loca! está muy alto!

Carmela se negó á continuar, llorando y gritando que queria el nido.

—Pero mira, hijita, dijo Eduardo tomándola en sus brazos y besándola, ese pajarito tiene su madre, como tú; vendrá á buscarlo y llorará de pena si se lo quitamos, y se morirá.

Carmela dejó de llorar y escuchó con atención.

—No, dijo riéndose sin tener tiempo de secarse las lágrimas, los pájaros no lloran!

—Si no lloran como tú, quieren y sienten, y se mueren de pena.

—No, no, no se muere, dámelo, dámelo!

—Pero y cuando venga su mamita? insistió Eduardo oyendo gustoso las réplicas de su sobrinilla.

—No viene, dijo confiada y alegre, no tiene mamá, tú no ves que está solo?

Esta charla, dicha en el idioma especial de los niños, logró sacar á Loreto de su abstraccion, y dijo intercediendo porque Eduardo complaciera á la graciosa niña:

—Es verdad, no debe tener madre porque está solo.

Eduardo siguió con su pensamiento la amarga idea, el doloroso recuerdo que habia inspirado aquellas palabras, y confirmó la intencion de ellas añadiendo:

—En efecto las madres, al ménos entre los pajaritos, nunca abandonan á sus hijos, y si está sin madre le hacemos un bien con recogerlo y salvarlo.

Loreto comprendió y nada dijo, pero



una amargura sin nombre hizo que sus ojos se llenasen de lágrimas.

Eduardo entre tanto habia puesto el pié en un hueco del árbol, se habia abrazado á su tronco, é izándose fácilmente se habia asido de la primera rama, doblando con la otra mano la que tenia el nido y diciendo á Loreto:

—Tómelo Vd. con cuidado para no hacerle daño.

La hija de los condes de Villa-Quemada volvió á ser niña en aquel momento, alegrándose de asir el nido, y contemplando con encanto, no á uno, sino á dos pajaritos que en su fondo habia, sólo que uno más atrevido ó más fuerte era el único que se permitia asomarse al balcon de su casa.

Carmela se volvió loca de alegría.

En aquel momento asomaba Pilar por el recodo escarpado que formaba aquella ladera y decia:

—Pues me gusta!... Podia estar esperando mientras ustedes cogen nidos!

—Y qué quieres, dijo Eduardo sin bajarse de su atalaya, y con su buen humor habitual, al que Dios no le dá hijos el diablo le dá sobrinos.

Lolita se habia unido á Carmela para

contemplar el nido que Loto sostenía con gran cuidado entre sus manos.

Las exclamaciones de alegría de las dos niñas apagaban el piar desolado é incesante de los dos pájaros, que siempre el ruido que revela el triunfo de los que gozan hace que no se escuche la queja en que se exhala el dolor de los que sufren.

—Vaya una disculpa! dijo Pilar que en vano se quería demostrar severa, pues se sentía halagada con las pruebas de cariño ofrecidas á sus hijas, á los sobrinos cuando piden tonterías se les dice que nó como á todo el mundo.

—Un nido no es una tontería, hermanita, dijo Eduardo riendo y siempre asido á la rama del roble, sino algo semejante á un templo en el cual consagra la naturaleza el principio de la vida, como te diría un filósofo; un hogar pequeñísimo, pero perfecto, en el cual se cumplen todas las leyes naturales...

—Pero tú te vas á estar ahí toda la mañana, interrumpió Pilar, pronunciándonos un discurso acerca de los nidos?

—Nunca con mejor auditorio, replicó Eduardo sin cambiar su tono festivo, y ántes de bajarme de este mirador impro-

visado quiero decirte que veo desde aquí á los expedicionarios, á la Sra. Marquesa de la Nueva Casa, que no siempre se ha de anteponer el sustantivo, y á varios de sus convidados.

—Y dónde están? preguntó curiosa Pilar.

—Muy cerca! Ahí, en un valle delicioso hácia el Norte... en quince minutos estamos allí!

—Ya podíamos haber llegado, pero como ví á Loreto tan entretenida cogiendo flores con Carmela, me senté á esperarla, hasta que temerosa con su tardanza me ocurrió venir...

—Pues mejor para tí, dijo desliziéndose hasta el suelo Eduardo, ahora te hallas descansada.

—Sí, pero llegaremos tarde.

—Bah! en el campo no hay horas; si nos persiguiese aquí el órden con sus relojes regulados como sus leyes matemáticamente, seria inútil venir á estos montes á coger nidos, almorzar en el suelo, correr por los valles y otras mil lindezas.

—Bueno! Bueno, ya veo que no importa nada para la etiqueta llegar tarde; pero como Rafael me espera, démonos prisa.



—Pues, vamos, y correremos si quieres, pero no te enfades, dijo Eduardo ofreciendo su brazo á su cuñada; ya verás cómo nos hacen correr sin desearlo estos montecillos tan graciosos.

Loreto iba delante con las niñas que todavía no se habian cansado de contemplar el nido.

—No te parece, preguntó á media voz Pilar, que Loreto está triste?

—No, dijo Eduardo con tal acento de ternura é interés que Pilar lo miró con fijeza; no está triste, sino seria; no es que sufre, es que piensa; que despierta su razon y se dá cuenta de lo que vé; que su corazon se trasforma; que la mariposa bate ya sus alas de oro dentro del capullo que tegió la crisálida; que la juventud llega y la niñez se vá; esto es todo.

—Sabes que me parece, y perdona la crudeza del juicio, que el campo te inspira demasiados discursos y te hace un poco pedante, dijo Pilar riendo de muy buena gana.

—Gracias, hermanita, eso es verdad; pero algo hemos de conceder á la juventud: aunque sea formal como un benedictino soy un muchacho, y la edad tiene sus privilegios.

—Vaya, no tanto! Vas á cumplir veinticinco años!

—Qué afán de dármelos! si todavía no los tendré en algunos meses; pero en fin, si tú te empeñas los tomaré por anticipo: pues bien, veinticinco años son la edad del romanticismo bien entendido; de la pedantería bien sentida; de todo lo grande, de todo lo generoso... No es verdad, Loreto?

La niña de Villa-Quemada que habia vuelto la cabeza al oír la risa de Pilar, y se sonreía con las palabras que oía, se puso muy encendida al oír su nombre y afirmó con un gesto sin contestar.

—Qué sabe Loreto de esas cosas, dijo Pilar para evitarle la confusion.

—Pues no ha de saber!

—Cómo puede saber lo que no ha aprendido?

—Ah! si no me hubieras llamado pedante, verias como yo te regalaba un discurso, sin subirme á la tribuna, es decir, á la encina, para probarte cómo dentro del arte la enseñanza tiene que dar á conocer al neófito lo que la humanidad guarda como concepciones portentosas de su sabiduría, y dentro de la naturaleza todas



las enseñanzas surgen por revelacion espontánea, por ese instinto que lleva al ave á fabricar su nido, como lleva al hombre al amor...

—Calla, calla, que además de pedante te voy á llamar charlatan insufrible!

—El amor es poesía, es religion, es arte, es vida, mi querida hermana; si me equivoco, pregúntaselo á Rafael, ó mejor, pregúntaselo á tu corazon, ó más bien, que te lo digan tus hijas...

—Te concedo la razon por esta vez, pero llama al órden á tus sobrinas; por amarlos mucho van á matar á esos pobres pajarillos... ya que eres tan moralista, pudiste dejárselos á sus padres...

—Asaltóme la duda de que no fuesen dignos de conservarlos cuando de ellos no se cuidaban, y entendí que la verdadera moral, no la de la fórmula, sino la del alma, me aconsejaba quitárselos... Loreto pensó lo mismo.

Pilar iba á replicar haciéndose explicar el misterio que encerraban aquellas palabras, cuando una alegre gritería pareció saludarlos con aclamaciones y palmadas.

Los expedicionarios los habian visto al bajar una loma y habian salido á su en-

cuentro, haciéndoles una gran ovacion, mitad seria, mitad alegre, pues si celebraban la llegada se burlaban de la pereza.

No hay que decir que llegaron en tiempo hábil para almorzar.

---

## CAPITULO XXXI.

Si Loreto de Silva no hubiera sido tan inocente; si en aquel cándido y florido pensamiento en el cual alboreaba ya la razon, hubiera habido alguna nocion de la ciencia del mundo, de las intrigas juveniles, de las malicias que como intuiciones vagas despiertan á la inocencia, se hubiera dado cuenta despues de su conversacion con Eduardo de que amaba á un hombre y era amada por él, de que en las blancas hojas del libro de su vida acababa de escribirse un nombre y una fecha, comienzo acaso de una historia, recuerdo sin duda del suceso más importante de su vida.

No lo pensaba siquiera, ignoraba por completo la trascendencia de aquellas sencillas palabras cambiadas tan fácil y brevemente y si alguien hubiera intentado convencerla de su importancia no lo hubiera comprendido.



Tampoco se le ocurría que aquello fuera un noviazgo.

Ella que había deseado tener novio de la misma manera y con idéntica aspiración con que deseaba tener vestido largo, esto es, para librarse del aburrimiento que lleva consigo la niñez rayana á la juventud, sin juguetes de niña ni ocupaciones de jóven, sin libertad en sus juegos ni seriedad en sus actos.

Víctima de la arbitrariedad maternal que la negaba los privilegios concedidos á sus floridos años, había pensado en casarse como pensaba en salir del colegio cuando en él se encontraba, como un medio de libertad, con el cual no relacionaba, porque no conocía la vida ni sus múltiples formas y medios de acción, las impresiones simpáticas que ejerciesen una influencia sobre sus sentidos llevando una imágen de invencible atracción á su pensamiento.

Tener novio era para la niña de Villa-Quemada un juego, un triunfo, una ostentación, la escala, en fin para llegar á la meta y descansar con beatitud del trabajo realizado.

Algo semejante á pasar con el vestido

largo y el cabello recogido por delante de sus compañeras de colegio, y darles envidia, y probarles que habia dejado de ser niña para convertirse en señora.

Ninguno de estos pensamientos surgia del encanto que la embargaba despues de hablar con Eduardo: ni recordaba siquiera tan inocentes aspiraciones, ni aunque las hubiera recordado las hubiera creido relativas al mismo asunto.

Aquel eco vago, pero inextingible que vibraba en su oido; aquel sello ardoroso que se grabó en su mano, aquella idealidad radiante de luces y de colores, aquellos mil nada que formaban tan armonioso todo, producian sobre su pensamiento una fascinacion tan completa que envolviéndolo en sus fantasías, borraban ante sus ojos cuanto brillaba y resplandecia en el mundo exterior.

Nada veia: era la sonámbula del pensamiento que dormido en un recuerdo, solo para su memoria existia.

Pilar notó aquella abstraccion profunda, aquella extraña preocupacion y se alarmó.

—Qué tienes? preguntó á la niña alejándose del alegre grupo de los convidados de la marquesa.



—Nada, contestó Loreto sencillamente.

—No sé qué te encuentro yo de singular; parece que estás triste.

—Oh no!

—Si estás cansada nos iremos.

—De ningun modo.

—Pero no te sientes mal?

—Nunca he estado mejor...

Pilar no insistió: para una niña recién salida del colegio, un círculo de personas extrañas es siempre imponente, y creyó que su timidez era la que la ensimismaba.

Volvió al lado de los expedicionarios y dejó á Loto sentada en una pequeña eminencia combinando un ramillete con las florecillas silvestres, las hojas y las yerbas cogidas por las niñas.

Estas corrian, gritaban, volvian al lado de su amiguita y se reian de verla tan seria procurando alegrarla.

Eduardo miraba desde léjos aquel grupo ideal, y una tristeza profunda caia como una pesada sombra sobre las alegrías de sus esperanzas.

Acaso no era una locura pensar en que aquella niña pudiera amarle?

Pues qué sus padres consentirian?

Su misma delicadeza no le impediria

aspirar á una jóven más rica que él, y nacida en una clase más elevada?

Para contestar estas dudas se suscitaba una verdadera lucha en su pensamiento: tenia razones en pró y en contra, y la incertidumbre dejaba en su espíritu la desolacion y el vacío, que despues reanimaba con sus fulgores la esperanza.

Aprovechándose de la libertad del campo, fué buscando algunas florecillas de las que brotaban entre las espesas matas, y aproximándose á la niña sin ser visto por ella, comenzó por esparcirlas sobre su cabeza como menuda lluvia.

—Ah! exclamó Loreto conmovida pero sin sorpresa, cuántas flores!

—Te gustan? preguntó muy bajito Eduardo.

—Sí.

—Yo te daré siempre flores!

—Ah! volvió á murmurar sin poder responder.

—Quisiera que fuesen perlas y brillantes, pero solo tengo flores.

—Mejor... dijo como soñando Loreto.

—Te gustan? volvió á preguntar Eduardo, con esa voz vaga y débil que más bien se adivina que se oye.

—Sí, afirmó de nuevo Loreto.

—Te acordarás de mí? insistió Eduardo, que gozaba en la candorosa confusión de la niña, cuyas mejillas se matizaban con manchas rosadas, y cuyos ojos bajos parecían perseguir en la vaguedad del sueño una imagen fugitiva.

—Sí, dijo de nuevo.

—Siempre? interrogó el enamorado joven.

—Siempre! contestó como un eco la inocente niña.

Eduardo esparció las últimas flores que tenía en las manos sobre aquella rubia cabecita, inmóvil y pensativa ya, á pesar de su trenza suelta, que más hacía creer en pensamientos de alegres juegos que en problemas de trascendencia suma, y se alejó con alegre sonrisa, contento de haberla sorprendido tan agradablemente.

Loreto siguió inmóvil, con la mirada vaga, la sonrisa beatífica, y las mejillas rojas, como si las esmaltase la clara luz de aquella hermosa mañana.

Pilar que había visto á su cuñado acercarse al grupo que formaban las niñas, le preguntó al verlo volver:

—Te decia algo Loreto?



—No, contestó con ligera turbacion Eduardo; la llevé unas flores para su ramillete.

—Parece que está triste!

—No lo creo!

—Indudablemente tiene algun disgusto; la veo silenciosa, distraida, y esto no es natural.

—No lo he notado.

—En fin, sus padres vienen muy pronto al Castillo y esto me tranquilizará, pues seria un disgusto para mí que estuviese enferma.

—No lo temas, afirmó Eduardo; son tristezas de niña: la juventud suele iniciarse con extrañas sombras.

—Dices que sus padres vienen pronto al Castillo, preguntó con interés Aurelia, que sentada cerca de la de Ponce habia oido la conversacion.

—Así parece: la marquesa lo ha anunciado á Loreto, diciéndole que la han escrito desde Biarritz.

—Ah! nada me ha dicho.

—No es extraño: con tanto á que atender lo habrá olvidado.

—Me ha dicho, sí, que en esta semana llega el marqués, y que en seguida se organizarán las fiestas.

—Yo me iré antes.

—Qué ocurrencia! Pues entónces á qué has venido?

—A pasar unos dias en este delicioso sitio para no desairar á la marquesa.

—Pero estando aquí ya no comprendo que te vayas.

—Rafael tiene siempre negocios.

—Pues ahora es cuando comienza á animarse el Castillo: se espera una nube de convidados.

—Dios mio! compadezco á la castellana.

—Ella lo quiere!

—En efecto: Y el general vendrá?

—Oh no! Aun tardará un par de meses en volver á España.

—Ah!

—Yo volveré á Madrid con Josefina.

—Muy pronto?

—No lo sé. Y tú te vas?

—A Sevilla, sí.

—Pero hará aún calor.

—Ya no: el Otoño es allí hermosísimo.

—Sí, lo recuerdo, pero no tanto como la Primavera.

—A veces lo es más.

—Puede ser; y dices que la de Villa-Quemada viene pronto.



—Sí.

—Me alegro saberlo.

—Por qué?

—Es una broma de Josefina y mia á la condesa; ya la sabrás.

—Pero que es?

—No; si te lo dijera no tendria gracia; dijo Aurelia riendo.

—Como quieras, dijo sin insistir y sin preocuparse por ello Pilar.

—Pero no digas nada...

—Que he de decir si nada sé!...

La generala Castillo demostró en el resto de la *matinée* una alegría y una vivacidad nerviosa que llamó la atención de todos, suponiendo los convidados de la marquesa que aquella hermosa dama tenia motivos de satisfaccion que la hacian mostrarse tan contenta y feliz.

## CAPITULO XXXII.

Las preocupaciones de Loreto de Silva no habian llamado la atencion de ninguna de las personas que se albergaban en el Castillo de la marquesa.

Quién habia de ocuparse de que estuviese ó no pensativa una niña de trenza suelta y falda corta?

Bah!

Habria olvidado traer la muñeca predilecta!

¡Si hubiera sido la preocupada una de las damas elegantes, de mundana hermosura, que escribian en capítulos breves de género realista la historia de su vida!..

Pero una chiquilla insustancial y silenciosa como la esfinge de alma muerta á cuya sombra duerme la inocencia; una esperanza de mujer que á juzgar por su aspecto nunca tendria, no ya historia, ni siquiera novela vulgar ó romance prosáico, no

valia la pena de ocupar á nadie.

¡Oh! si Loreto hubiera tenido una amiga seria y leal!..

Si su madre le hubiera inspirado confianza y con la confianza cariño! Cuantas confidencias encantadoras, cuantas dudas resueltas, cuantas sombras desvanecidas!...

No habia que pensar en ello.

Eduardo se limitaba á sonreir á la niña cuando se veian en el comedor, en el salon de la Castellana ó en alguna excursion por las sierras.

Nada tenia que decirle: el sentimiento que le inspiraba era de una idealidad tan pura que apenas necesitaba apoyarse en lo real para cimentar su obra.

La veia, la sentia cerca de sí; era feliz y no iba más allá por temor de romper aquel encanto.

Un dia, sin embargo, Loreto creyó que su secreto habia sido adivinado y que se la iba á pedir cuenta de sus sueños.

Aurelia, la hermosa generala, halagándola con mil caricias la llevó consigo hablándole de un importantísimo asunto que debia ocultar á todos, hasta un momento dado en el cual tendria lugar la revelacion.



¡Cómo tembló la bella niña de Villa-Quemada al temor de ser descubierta! ¡Y cuál se tranquilizó volviendo la risa á sus labios al ver que sólo se trataba de la modista que la marquesa tenia guardada para su servicio particular en una torrecilla del Castillo!

El gran secreto era un trage, un bellísimo trage que habia de confeccionarse para Loreto, pero era forzoso que nadie lo supiera, á fin de reir un poco sorprendiendo á los convidados!

Y qué trage tan maravilloso!... ¡Todos los atrevidos caprichos que la moda combina para embellecer á la mujer, todas las libertades con que la belleza se muestra iban á formar aquel conjunto!

Se trataba de un delicadísimo trage azul muy pálido, casi blanco, adornado con tulles sembrados de chispas de plata, con grandes guirnaldas de rosas.

La cola mediana, como de trage de Castillo, y el cuerpo escotado en punta: ó mejor dicho, sin cuerpo, un cinturón orlado de rosas, sirviendo de base á nudos de tul que semejaban cubrir con ondas transparentes los hombros y la espalda.

Aurelia habia recibido de Paris ése ves-

tido ideal, tan atrevido en su forma como encantador por sus efectos, y con el pretesto de que le estaba pequeño, habia pensado, como una broma de campo, en que la modista lo arreglase á la niña.

El color azul no era el que mejor realizaba su belleza, y luégo que de ese modo realizaba su plan de venganza contra la condesa.

Su llegada al Castillo produciria la sensacion simpática que en todas partes; su edad seria olvidada y era forzoso recordarla.

Cuando la de Villa-Quemada se presentase deslumbradora de juventud y belleza; cuando los murmullos de admiracion sancionasen su éxito incomparable, en la puerta del salon apareceria del brazo de un caballero una señorita elegantísima, fresca, bella, sonriente, luciendo gallarda sus diecisiete primaveras, y su madre, que la creeria dormida desde las nueve de la noche, sufriria en un momento tanto como sus rivales con el recuerdo de sus innumerables triunfos.

Era un gran proyecto.

Solo Josefina tenia conocimiento de él y lo aprobaba con su acostumbrada frivolidad.



El día que se probó el vestido á Loreto ésta quedó encantada: parecía haber crecido en una hora; su talle era airosísimo, su pecho y su cuello no tenían por qué avergonzarse de dejarse ver.

Aurelia por sí misma improvisó un peinado, y la marquesa dió de buena gana enaguas de cola, medias de seda y zapatos de raso blanco á los que se puso un lazo de encage con una rosa.

Josefina facilitó tambien los guantes largos, y como estuvieran un poco grandes Aurelia encontró en su equipaje inédito unos mitones larguísimos de encage blanco con unas rosas bordadas, y un abanico igual á los mitones.

Loreto estaba encantada. Parecía que las Hadas de la elegancia y de la riqueza se complacian en colmar á la absorta excolegiala con todos sus tesoros.

La modista de Madrid, respetando la obra de la de Paris, no alteró en nada su originalísima confeccion, que parecía inventada para aquella juvenil y dulce figura.

Trabajo le costó quitarse sus galas y darlas á guardar, sin que la viese Pilar con ellas, y las niñas y Eduardo.

Al pensar en este último una confusión singular la acometía. ¿Qué diría de aquel capricho? ¡Si no le gustaría!

Pero estaba ella acaso destinada á pasarse la vida vestida de corto?

Era por ventura una muñeca que ni crece ni varia de forma?

—Y en último caso, se preguntaba, ¿no son unas amigas de mamá las que lo hacen? Pues á mí no me toca nada más que obedecer.

La llegada de los condes estaba anunciada para aquella semana, coincidiendo con la del marqués de Casa-Nueva, que al fin se decidía á obsequiar á sus huéspedes con su presencia.

Todo estaba dispuesto para la gran caería.

Hasta los trages de las damas que debían ser de la partida, habían llegado ya.

Se aproximaban, pues, grandes acontecimientos.

## CAPITULO XXXIII.

El Castillo de Vizcaya, como llamaban pomposamente los de Casa-Nueva á la magnífica y renovada casa que coronaba la valiosa hacienda que en el país vasco poseían, deslumbraba de lujo y aturdia de ruido, la víspera del día de la gran fiesta tan esperada de todos.

Debia ser una cacería soberbia: se esperaba que fuesen cobradas innumerables reses mayores y menores, y los dueños de los terrenos que debían ser recorridos por los cazadores, se proponían satisfacer todos sus apetitos, saciando á la vez sus sentidos materiales y sus sentidos morales, que también los tiene el deseo y el sentimiento, y no ménos exigentes que los que á la carne satisfacen.

La vanidad loca, el orgullo ciego arroja el oro á puñados sobre la sociedad, que aplaude el derroche, sin tener un movi-



miento de protesta y de reprobacion para ese necio alarde, que si se convirtiese en generosidad útil ó en gasto productivo, tanto bien podia reportar á la humanidad, quedando en ella como semilla de esperanza que ofreciese para el porvenir cosecha de prosperidades.

El triunfo indisputable del oro, tan poco importante para el pensador, tan ilógico para el moralista, tan deslumbrador para el necio, era para los dueños de la Casa Nueva tan grato y fascinador como si se tratase de un triunfo personal, ó de un premio ganado con el talento, con la virtud ó con el trabajo.

Ni por un momento se les ocurrió pensar en el vacío que aquella gran victoria tenia por base, pues para nada entraba el mérito propio en los plácemes y encomios que recibian.

Aquellas bellezas que los convidados admiraban eran suyas, las habian adquirido con su dinero y tenian el derecho de apropiarse los elogios que merecian: aquellas comodidades que gozaban sus amigos, ellos las habian pagado á peso de oro, suyo era, pues, el mérito de exhibirlas.

El marqués consorte, como lo llamaban

en voz baja sus amigos, ó el *marquese*, como invirtiendo los términos burlescamente lo titulaban los que gustaban de dar á entender que habia recibido nombre en el matrimonio, en vez de darlo, era un buen muchacho en toda la acepcion de la palabra, que como ya hemos dicho representaba su papel de millonario *in partibus* con la misma garbosa seriedad con que hubiera paseado por el mundo los dones adquiridos con el gran premio de la lotería.

¡No es el matrimonio una jugada, y es un azar de la suerte, venga de donde venga el dinero?

Se divertia sin acordarse de su lánguido papel de noble arruinado, y estimaba á su mujer como pudiera estimar un libro talonario, cuyas hojas fuesen factibles de transformarse en oro.

Cuando Don Lorenzo saludó al hijo del que habia sido su amigo y su cliente; cuando aquel elegante caballero de largas patillas, color pálido, ojos hundidos y manos blancas y finas, respondió á su afectuoso saludo, dedicando algunas frases de fria cortesía á la memoria del noble señor que con tanta veneracion habia guardado en su vida las leyes de la hidalguía, un suspiro



acudió inconsciente á los labios de N. Lorenzo, como un adios triste y vago á una grandeza extinguida.

Nada podia recordar el carácter del padre en el hijo: ni un solo rasgo de valor, ni una frase de entusiasmo, ni un átomo de sentimiento.

La indiferencia fria, el cansancio de todo, la corrupcion dorada, oculta entre las flores mundanas de lo conveniente: la ambicion sin objeto, el capricho por ley, tal le pareció al anciano que era el que debia haber heredado con la sangre y el nombre todos los nobles instintos, todas las grandes pasiones que sintió su padre.

Lamentando su error no buscó la ocasion de modificar su creencia cultivando el trato del elegante marqués, el cual se olvidó por su parte del que solo le habia hablado de asuntos tristes... ¡como si los padres pudieran ser eternos! pensaba él.

Por otra parte no hubo tiempo de reanudar lazos ni crear relaciones; el marqués llegó al Castilló de su mujer dos dias ántes de la gran cacería, para la cual se le habia hecho el honor de esperarlo, más como pretesto para prolongar la temporada que porque hiciese falta realmente.

Con algunas horas de diferencia habian llegado los marqueses de Villa-Quemada, y algunos otros personajes que acudian á la invitacion de la marquesa desde Biarritz, San Juan de Luz, San Sebastian y otros puntos cercanos.

Verdaderamente que Josefina tenia motivos para estar orgullosa.

Era un *succés* que haria murmurar de envidia á todas sus conocidas, un colmo de popularidad bien entendida, de atraccion innegable.

Luis de Vargas marqués de Casa-Nueva, no se ocupó en averiguar el origen de cada convite hecho por la marquesa.

Saludó á todos, repartió sonrisas y apretones de mano, segun el sexo á que se dirigian; preguntó en voz baja el nombre que no recordaba de alguno con quien cambió breves palabras, y alternó en las conversaciones, en los juegos y en los planes, como si fuera el primero y más galante de los huéspedes del Castillo.

Estos lo hallaban siempre oportuno, encantador, hombre de mundo, marqués de su época, y él recogia los aplausos como moneda corriente, como un homenaje que le era debido y con el cual le pagaban las molestias que le ofrecian.

Pilar extrañaba grandemente aquella union, que solo tenia de comun la caja, siendo indiferentes en todos sus sentimientos y libres en todos sus actos.

Acaso era aquel lazo el del matrimonio. ¿Dónde estaban sus alegrías íntimas, sus compartidas tristezas, su confianza sin límites, sus ternuras sencillas y sus dulzuras inefables?

No; aquello no era el matrimonio tal como Dios lo instituyó, tal como lo busca el hombre, tal como lo sanciona la ley.

Era la union convencional de dos seres que permanecian extraños en los afectos, ligados el uno al otro por mútua conveniencia.

Y sin embargo, pensaba Pilar, viven felices: el oro llena con sus fríbolos y brillantes dones el vacío que la indiferencia ahonda en sus almas.

Y si de los marqueses de Casa-Nueva pasaba á los condes de Villa-Quemada, su asombro subsistia más profundo, puesto que el enigma de la felicidad conyugal de los aristocráticos esposos era aún más oscuro y sombrío.

Unidos, no por cadena de oro sino por conveniencias sociales, conservaban en pú-



blico su actitud correcta é intachable, sin que el más leve afecto suavizase con su ternura aquella farsa ofrecida al mundo en holocausto, en cambio de su respeto.

Y aquí el problema era más grave, más trascendental, puesto que tenían dos hijas, olvidadas en el fondo de un colegio como carga pesada y ruda, superior á sus fuerzas.

Tampoco era éste el matrimonio que puede ser origen de bienes, fuente perenne en el desierto donde el alma honrada sacie su sed de afecciones puras, cuando cae rendido el sér que lucha por regenerar al hombre en la arena inflamada de la vida.

No, no era el manantial de limpias aguas que purifica y sostiene, era el extinguido cáuce que en su agotado seno ofrece la idea de la nada, la imágen de la muerte.

Y si la observadora señora de Ponce fijaba sus miradas en su amiga Aurelia, sola en aquel centro de personas extrañas, llena de galas y joyas que no hubiera podido pagar con el sueldo de diez años el general su esposo, haciendo de su mundana belleza un encanto de las fiestas, su lujo un motivo de murmuración, su

vista se apartaba con cansancio y su pensamiento con repugnancia, refugiándose su corazón para no desfallecer en sus santos afectos de madre y de esposa, deseando volver á su oscuridad bien amada, á su modesta medianía, á su retiro tranquilo y grato.

Por fortuna suya aquellas fiestas estaban á punto de terminar, y de ellas sólo le quedaria un recuerdo confuso, no un estudio serio y amargo, puesto que habia de quedar muy léjos lo que hubiera podido asustarla.

Cuando los condes de Villa-Quemada llegaron, les presentó á su hija, como si les hiciese entrega de la joya confiada, limitándose la condesa á darla un beso en la frente y el conde á abrazarla preguntándole si se habia portado bien.

Pilar pidió que la niña continuase á su cuidado para no separarla de las suyas en los breves dias que faltaban para dejar el Castillo, y la condesa accedió con verdadera complacencia.

Cuando volvemos á encontrarlos, y perdonen nuestros lectores la digresion, comenzaban los preparativos en el Castillo para la gran fiesta.



En él hemos de detenernos algun tanto, buscando el desenlace de nuestra historia en sus inesperados acontecimientos.

---

## CAPITULO XXXIV.

Nada más comunicativo que esa alegría ruidosa y palpitante de las grandes concurrencias, que parece una explosión en que vibra el contento universal repercutido por los predilectos de la suerte.

Los servidores del Castillo aumentados con un centenar más que hacían necesarios las circunstancias, se agitaban como un hormiguero inmenso, luciendo en la librea los colores de sus amos, que parecían, según lo chillones, haber heredado de los loros la preeminencia de los matices fuertes.

Lacayos iban y venían conduciendo armas, arreos, objetos diversos, llevando avisos á los que esperaban en los alrededores del Castillo, produciendo un ruido infernal, el cual se aumentaba con el piafar de los caballos, los aullidos de los perros, el abrir y cerrar de puertas, el resbar

lar de los piés en el pavimento, y el ruido apagado de los timbres eléctricos del Castillo, que parecían heridos por una desencadenada corriente, según sonaban todos á la vez.

No es nuestro ánimo seguir la fiesta en todo su brillante movimiento, pues nos ocuparía mucho y no entra en el plan de nuestra historia el darle demasiadas dimensiones; así es que nos limitaremos á los incidentes más notables ó que mejor se relacionen con nuestros personajes en la fase en que los estudiamos para darlos á conocer á nuestros lectores.

Josefina acababa de vestirse el traje de cazadora, y aunque estaba muy bien hecho, aunque su corte artístico debía ocultar las imperfecciones de su dueña, no quedaba por completo satisfecha, pues alta y delgada aparecía algo desgarbada, algo fría, con la casaca de finísimo paño azul, el pantalón sujeto con la alta bota, y el cinturón de cuero.

El marqués llegaba á buscarle en el momento en que colocaba en su cabeza, peinada con tal arte que apenas se notaba la largura del cabello, un lindo sombrero con plumas, que la sentaba muy bien y borra-



ba el mal efecto que le habia causado el vestido semi-masculino de cazadora.

—Estamos listos? preguntó el marqués.

—Por mí, sí, pero no sé si lo estarán todas las señoras.

—Hay que pasar aviso; se hace tarde y en estos casos la puntualidad es la cortesía.

Josefina llamó.

—Vean ustedes si las señoras que van á cazar están dispuestas para la marcha, dijo sin mirar siquiera al criado que se presentó, y avísenles que el Sr. Marqués y yo esperamos en el salon del patio.

Y volviéndose hácia el marqués le dijo mientras comenzaba á ponerse los guantes:

—Todo está en orden?

—Todo.

—Será una gran fiesta.

—Así lo creo.

Y como si no hubiese reparado hasta entónces en su mujer, añadió sonriendo:

—Es elegantísimo y original ese traje de caza.

—Es de Woord.

—Se conoce, y lo llevas muy bien.

—De veras? dijo la marquesa complaci-

da, pues tenia en mucho el buen gusto de su marido; pues, te aseguro que no estaba del todo contenta con él.

—Es una niñería: pareces una Diana.

El criado que habia recibido las órdenes de la marquesa volvió á decir que las señoras esperaban en el salon.

—Vamos allá, dijo el marqués dando el brazo á su esposa, que al cruzar las galerías aún repitió algunas órdenes.

—No viene al fin la señora de Ponce? dijo el marqués.

—No; es muy tímida, se asusta de todo, y además no tiene costumbre de estas cosas; me ha dicho que prefiere almorzar junto al lago.

—Puede ir á buscarnos en la lancha.

—Vale más dejarla hacer su voluntad, porque como han de quedar con ella las niñas es una molestia.

—Pero se aburrirá sola, dijo el marqués por decir algo.

La marquesa no tuvo tiempo de contestar. Aurelia se adelantaba hácia ella, tan admirablemente vestida, tan hermosa, que palideció de rabia al verse vencida por la despreocupada generala.

El marqués la saludó con algunas frases de galante admiracion.



—Admirable, deslumbradora, dijo la marquesa, sin demostrar su mal humor; si Luis no me hubiese llamado Diana á mí, te compararia con más justa razon á la Diosa cazadora.

—Para que Diana no se ofenda por estar sola en estos bosques, nos permitiremos creer que Vénus ha venido á la tierra para acompañarla.

La marquesa atendió á los demás invitados.

Aurelia, en efecto, estaba hermosísima, espléndida, como pocas veces puede verse á una mujer modelo y encanto de la belleza plástica.

Sus formas de estatua se marcaban tersas, limpias, como si se modelasen en mármol, bajo la fina y flexible gamuza de una chaquetilla de fantasía que tenia alguna semejanza con la ropilla acuchillada de raso de nuestros caballeros del siglo diez y seis.

No habia aceptado el pantalon bombacho, que no es nada gracioso, y habia completado el traje con una falda estrecha y corta de terciopelo granate, formada con hábiles y complicados pliegues, que parecian á cada paso de su dueña que iban á

deshacerse para dejarla desnuda, y sólo dejaban ver los ligeros bordados de oro y sedas de colores que la adornaban.

La bota alta hasta la rodilla era de ante con bordados primorosos, y dejaba ver un pie semejante á un juguete.

Anchos vuelos de encaje rodeaban el cuello y las mangas, y una gorrita de terciopelo granate con plumas de ave del paraíso, sujetas por un broche de oro, del mismo estilo que los botones del corpiño, completaban aquella original y caprichosa *toilette* de caza, que parecia hecha por un enamorado para realzar la belleza de su dueña y señora.

La generala no llevaba la escopeta ni la bolsa de caza, que tomaria segun dijo sobre el terreno, solo un puñal monísimo, una joya artística de mango de oro y pedrería pendia de su cinturon, más como adorno que como arma.

Josefina apreció todos estos detalles de una sola mirada, y su primitivo despecho fué extinguiéndose, porque le pareció demasiado vistosa su amiga para que su tocado no pareciese provocativo.

Realmente era más lindo que el suyo, no podia dudarse; pero el suyo era más serio y distinguido.

El marqués galante con su mujer en aquel día, si bien con la cortesía glacial del marido indiferente, dijo á Josefina en un momento en que estuvo á su lado:

—Estás admirablemente vestida, querida mía, tal como se viste una dama y no como se viste una *cocotte*.

La marquesa estimó el cumplido, más que por lo que decia porque respondia á su pensamiento.

Los convidados fueron agrupándose hacia el puente del Castillo que debian bajar á pié, para ir á tomar los caballos ó vehículos de todo género que los esperaban.

—La condesa aún no ha venido, dijo Josefina que sentia una curiosidad no exenta de temor por la *toilette* de Angela: se le ha avisado?

—Ahí viene, dijo Aurelia.

En efecto, los condes de Villa-Quemada bajaban en aquel momento la escalera principal.

Las miradas ávidas de las dos damas se fijaron en la condesa que hablaba con su marido sencilla y naturalmente.

Angela habia desdeñado el traje de cazadora: gustaba de llamar la atención por la sencillez, por el buen gusto, por la ele-



gancia esquisita; pero de ningun modo por la extravagancia.

Una amazona de finísimo terciopelo azul ceñía su cuerpo airoso y bien modelado.

La falda se recogía por una combinación de cordones interiores sujetos con un broche de plata oxidada, que servía igualmente para sostener un guante, un pañuelo ó cualquier otro objeto ligero, formando tan graciosos pliegues despues de recogida que hubiera podido servir muy bien para trage de paseo.

El corte de la chaqueta era tan nuevo como artístico, abierta sobre un chaleco blanco, que dejaba ver una fina camisa de hombre, con todos los detalles del trage masculino en corbata, reloj, botonadura, látigo y sombrero.

—Llego tarde? preguntó la condesa sonriendo.

—De ningun modo, se apresuró á decir el marqués, es la hora exacta.

Y galante como debían haberlo sido sus aristocráticos abuelos, ofreció su brazo á la condesa que lo aceptó en tanto que su marido hacia igual oferta á la dueña del Castillo.

Aurelia aceptó el de otro caballero y salieron para cruzar el puente, que en otro tiempo habria sido levadizo pero que las modernas costumbres habian fijado, y bajar al valle donde esperaban los caballos.

Una corneta de caza dió la señal de la partida; los perezosos fueron llegando, y los exactos se alegraron de no esperar más.

Angela montó la primera: la falda, una vez suelta resultó no muy larga, pero de gracioso corte, cayendo en toda su longitud, gracias á la ligera presion con que su dueña desprendió los cordones del broche que los sujetaba.

Los magestuosos pliegues del terciopelo, con sus matices suaves, ocultaron el costado del caballo tordo que le habia sido destinado, y que si no era de gran mérito por su belleza, tenia el indisputable de poder marchar por aquel breñoso terreno sin temor á accidentes, pues en él habia nacido.

El busto gentil de la dama se destacaba airoso, en aquel vacío brillante, y su graciosa cabeza de niña, parecia levantarse con la alegría de los primeros años para empapar su espíritu en los esplendores de la mañana.



Como si quisiera dejar el puesto á otro, hizo caracolear su caballo y se colocó en una pequeña eminencia del terreno, donde quedó inmóvil, con la mirada vaga, la actitud gallarda de una estatua ecuestre, y la sonrisa dulce y tranquila del que conoce el valor de sus actos.

Los hombres reconocieron como siempre aquel encanto incomparable y un vago murmullo de contenida admiración circuló en los grupos que la contemplaban.

Las señoras naturalmente no participaron de aquel entusiasmo.

—¡Es insoportable, decia la de Casa-Nueva á la generala, esta avasalladora condesa! Con su aspecto inocente, estoy segura de que ha seducido á mi *modisto* para ver mi trage y vencerme con el suyo.

—No digas eso, querida, dijo Aurelia que la envolvía en una radiante mirada, en la cual nadie hubiera descubierto el odio que la inspiraba: eso no vale nada! Alguna compostura de un trage viejo de córte!.. Si está arruinada!..

—Compostura ó nó, hace efecto.

—Bah!..

Los ginetes fueron montando á caballo; Josefina y Aurelia ocuparon un pequeño

cochecito semejante á una calesa que debia conducir las, pues como muchos de los invitados habian preferido este medio para trasladarse al sitio en que la cacería debia tener lugar.

Entre los que iban á caballo se hallaban los hermanos Ponce: D. Lorenzo quedaba con Pilar y las niñas entre las cuales se hallaba Loreto, ataviada como las pequeñas, con su trage infantil.

—Realmente, dijo Rafael á Eduardo, la condesa es una mujer bellísima.

—Dí una linda muñeca, más bien que una bella mujer.

—No por Dios! Mujer y muy bella: nada hay en su figura que no tenga el encanto femenino.

—En su figura puede ser, pero en sus sentimientos, no.

—Bah! rencoroso! la tratas como á suegra, dijo Rafael riendo.

Eduardo guardó silencio.

Temió que su hermano hubiera descubierto la simpatía que le inspiraba la hija de los condes de Villa-Quemada, y que si no era amor lo parecia mucho.

Se alejó algunos pasos y un grupo encantador se ofreció á su vista.

Colocados junto á la trocha, para ver pasar la brillante comitiva, estaban los que sin aliento para seguir la cacería en sus bruscos accidentes, debían salir más tarde para unirse á los expedicionarios á fin de comer con ellos en el monte.

Un poco aislados aparecían D. Lorenzo dando el brazo á su nuera, y Loreto llevando de la mano á las niñas de Ponce.

Por una gracia especial obtenida de la condesa, debía su hija asistir á la comida que había de hacerse en grupos ó secciones y naturalmente iría á la sección infantil.

La niña de Villa-Quemada vestía un tragecito de lana color de rosa con encajes blancos, y un alto sombrero de paja con grupos de rosas.

Aquel delicado color parecía envolverla como una alegre nube.

Eduardo le envió una sonrisa, y aprovechando la confusión dirigió su caballo hácia aquel sitio.

La comitiva se puso en marcha como si él hubiese dado la señal de partir; cuando pasó como una gran avalancha de polvo y gente, de la cual partían alegres rumores y risas sonoras, todas las manos



saludaron á los que presenciaban el brillante desfile, y algunas frases se oyeron de reproche por la pereza y de encargo para no faltar, al par que de cariñosa despedida.

La condesa habia saludado con su latiguello.

Loreto nada habia oido, nada habia visto, sólo habia escuchado una voz que le decia: ¡hasta luégo! al mismo tiempo que las niñas palmoteaban alegres diciendo: ¡Tiito! Tiito Eduardo!.. Adios, Adios.

---

## CAPITULO XXXV.

La cacería habia sido una brillantísima fiesta cinegética, que debia ser contada con minuciosos detalles en los periódicos, cuyos corresponsales habian tomado nota de sus incidentes, de las piezas cobradas, y del lujo desplegado por los opulentos anfitriones.

Pocas señoras habian seguido la fiesta hasta el fin.

Aunque hacemos esfuerzos por seguir las corrientes que llevan á la mujer hácia los gustos y las costumbres masculinas, todavía tenemos mujeres, á Dios gracias, que ni aprenden la esgrima, ni fuman, ni juegan, ni votan, ni matan.

Aún pasará mucho tiempo para que la mujer española cambie su condicion suave y dulce, para alternar con las que siguen al hombre en sus gustos, desde el tabaco hasta la pistola.



Aurelia y Josefina, con pretensiones de innovadoras, habian seguido la caza algun tiempo, pero fatigadas al fin volvieron junto al lago, para esperar á los cazadores incansables, es decir, á los verdaderos cazadores; pues, los que no tenian ni costumbre de este ejercicio, ni conocimiento del arte que protege San Huberto, hubieron de buscar pronto reposo y solaz en aquella deliciosa calma.

Pero como Josefina queria á toda costa divertir á sus huéspedes, improvisó allí un blanco para que luciesen su habilidad en el tiro los pseudo cazadores, y hasta inventó una pesca en el lago, cosa que dió lugar á varios graciosos incidentes.

La señora de Ponce habia llegado oportunamente con las niñas, y la condesa al verla tan complacida con su compañía infantil tuvo una sonrisa para ella dirigiéndole un cumplimiento que podia tomarse por un epígrama:

—Si hubieras nacido en Inglaterra, la dijo, serias un aya estimadísima, por tu paciencia y tu amor á los chicos.

—El ser española no impide que se me reconozcan y estimen esas cualidades, dijo riendo Pilar, sólo que el círculo en que

lucen es muy reducido, pues sólo soy aya de mis hijos.

—Y de la mia, moralmente al ménos.

—La tuya no necesita ya de aya; está perfectamente educada.

—Por Dios que no te oiga! Es insoportable con sus pretensiones de mujer!

—Pretensiones justas.

—Bah! la picarilla te ha seducido! dijo con acento festivo y burlon la condesa: defiende bien su causa.

Y no volvió á ocuparse de aquel asunto, ni de Loreto, que medrosa y tímida ante su madre, recobraba su alegría corriendo tras de las mariposas con las risueñas niñas, y subiendo á las pequeñas colinas que rodeaban el lago para ver si volvian los cazadores recalcitrantes entre los cuales se encontraba Eduardo Ponce.

Cuando volvieron victoriosos contando varias proezas más ó ménos verosímiles, una carita de rosa sonreía como otorgando perdon por la tardanza.

## CAPITULO XXXVI.

Habia llegado el gran acontecimiento tan anhelado por la marquesa de Casa-Nueva, como digno remate de las fiestas de su Castillo: el baile para el cual se habian reunido, además de los expedicionarios de temporada, un centenar de aves de paso en forma de mujeres elegantes y hombres distinguidos; que desde los cercanos puertos del cantábrico donde pasaban agradablemente entretenidos el Otoño habian levantado el vuelo para posarlo por breves horas en la vieja peña que sostenia aquella Casa, Nueva de nombre por haber sido renovada al ser adquirida, pero antigua de historia, que ocultaba sus perfumadas leyendas y sus recuerdos poéticos bajo el colorete y la cascarilla con que la vanidad la habia cubierto, cerrando sus desmoronadas almenas, que semejantes á tristes ojos vacíos y eternamente



abiertos lloraban con lágrimas de piedra su abandonada soledad, con rosetones de yeso y arcadas de ladrillos pintados y compuestos como para cantar un himno á los gustos modernos que de tal modo usan en su provecho de la combinacion de los colores.

Era cosa decidida volver á sus hogares de verano una vez terminada la fiesta: el Castillo no podia albergar tanta gente, á ménos que no convirtiese en dormitorios patios y terrazas; para darles de comer hubo que preparar toda la planta baja, incluso el gran patio, poniendo distintas mesas que debian ser ocupadas segun las distintas categorías.

La marquesa estaba encantada, nerviosa, feliz ante aquel espectáculo.

Se creia una diosa dispensando á los mortales el favor de gozar placeres desconocidos.

Los convidados habian llegado en un tren expreso que debia dejarlos despues de la fiesta en las diversas estaciones en que los habia recogido, y como iban vestidos ya para el baile, su llegada fué un verdadero desfile de lindas *toilettes*, de flores, de uniformes y de fracs.

Por su parte los huéspedes del Castillo habian desplegado tambien un lujo deslumbrador, como si quisieran formar la corte de la arrogante anfitriona que llevaba una fortuna en encages y terciopelos, ya que de las joyas, por estar en su casa, se habia abstenido, usando las que al ménos en la apariencia eran más sencillas.

Aurelia vestia de blanco con grandes ramos de rosas y capullos, realzando su belleza lo fresco y seductor del atavío.

A las nueve de la noche los salones del Castillo no tenian nada que envidiar á los de la corte cuando se abren para una gran recepcion.

La marquesa apoyándose en el brazo de su marido, los recorria ufana, repartiendo sonrisas y dulces frases, dejando en pos una huella de perfumes, y arrastrando magestuosamente la cola de su trage, de terciopelo color melocoton, con cascadas de encage blanco.

La condesa de Villa-Quemada, que acababa de hacer su entrada triunfal en el salon, y recibia los homenajes de admiracion de un numeroso grupo, que con el pretesto de saludarla la aplaudia, fijó desde luego las miradas de la marquesa que



palideció de ira al ver que el éxito seguía por todas partes á la gentil condesa.

Y no se explicaba por qué.

El atavío de la condesa era de una sencillez que degeneraba en pobreza... sencillez aparente, pero que armonizaba con el mal estado de sus negocios.

La marquesa al pensar esto no tenía presente que cuando una mujer como la condesa necesita gastar en un vestido, si no lo paga lo debe, pero no se priva de él.

Estaba realmente encantadora, con su *toilette* de crespon de la China, de un color de rosa muy pálido, muy delicado, y sus encages de punto de Alenzon, orlando como una espuma aquellos rizados, aquellas ondulaciones que se interrumpían con una línea de enérgicos tonos formada por la quilla de fina *peluche* verde, bordada de rosas casi deshojadas, sin hojas pero con perlas en su cáliz descolorido, adorno que se repetía formando el centro del corpiño descotado en cuadro, y orlaba igualmente el descote.

Un collar de perlas de gruesos hilos, muy ajustados al cuello, y unas rosas naturales en la cabeza, donde una peineta

de gruesas perlas formaba la corona con-  
dal, era todo el atavío de aquella elegante  
señora que parecía transformar bajo su de-  
licada eleccion en ideales creaciones todos  
los caprichos de la moda.

Josefina se detuvo á su lado, sonriendo,  
y felicitándola como todos por su elegan-  
cia, despidiendo á su marido con un gesto  
como dando por terminado el paseo oficial.

Angela recibió sus cumplimientos con  
suave sonrisa, devolviéndoselos discreta-  
mente, acerca de su brillante fiesta y de  
su amabilidad inagotable.

Villa-Quemada despues de saludar á la  
marquesa se alejó dejando juntas á las dos  
damas.

Sus miradas buscaban entre la multi-  
tud algo que no encontraban, y atravesan-  
do el salon pasó á un gabinete que estaba  
solitario y que pertenecia á las habitacio-  
nes particulares de la marquesa.

Al poner el pié en su dintel se detuvo  
y retrocedió, sin ver en un ángulo de aque-  
lla solitaria estancia á una figura blanca y  
gentil que esperaba sola y con señales de  
estar muy aburrida.

Pasó á un saloncito cercano destinado á  
tocador, y vió avanzar á la hermosa Aure-

lia, sola, como si buscase algun objeto que hubiese perdido.

—Qué casualidad! dijo el marqués sonriendo, si hubiera intentado hallar á Vd. en los salones no lo hubiera conseguido, y hé aquí que mi buena estrella me depara esta fortuna, cuando ménos le esperaba.

—Gracias por la galantería, y debo advertirle que este es un terreno vedado á los caballeros; es el tocador y venia á servirme de él...

—La ley que me expulsa no será tan severa que no me conceda algunos minutos para estudiarla ántes de cumplirla: se trata, por ejemplo, de mí, ó del sexo en general?

—Yo no he dado la órden, pero supongo que no establece excepciones, dijo Aurelia.

—Ah! si Vd. la hubiera dado la estableceria en mi contra, dijo el conde con acento de reproche.

La forma blanca y gentil que se aburría en el gabinete solitario, se puso de pié y se fué aproximando lentamente á la puerta al oir el eco de aquellas dos voces.

Reinó un momento de silencio.

—No es verdad, volvió á preguntar el



conde, que en toda orden emanada de Vd. se haria una excepcion en contra mia?

—Qué disparate! dijo con violenta risa la generala.

—No me excluyó Vd. de sus visitas?

—Yo? no hay tal!... la casualidad!...

—Ah! dijo con irritado acento el conde; la casualidad, no, algo peor, el cálculo frío, la conveniencia egoista, yo estorbaba...

—Conde! Me parece que no tiene Vd. derecho para quejarse, dijo Aurelia con acento ligeramente burlon, y esas recriminaciones son cuando ménos de mal gusto.

—Tiene Vd. razon, pero cuando la causa es mala el efecto no puede ser bueno: necesitaba una ocasion y la casualidad me la ofrece, pues no seré tan inocente que la deje pasar, que ya habrá Vd. tenido varias de reirse de mis credulidades, y no quiero ofrecerle una más.

—Acabemos! dijo con altivez Aurelia: nada tiene Vd. que exigirme, nada le he prometido...

—Las promesas de amor, señora, no se guardan firmadas como pagarés á plazo fijo, son obligaciones morales, sin otro resguardo que la buena fé.

—Jamás he admitido sus promesas de amor!..

—Aurelia! dijo el conde con el acento alterado; cuando un hombre como yo insiste, es porque se le hace creer que obtendrá la victoria: Vd. ha aceptado mis galanterías...

—Jamás!..

—No me obligue Vd. á recordarle fechas y sucesos...

—Pero en último caso qué es lo que Vd. desea? Si no lo he comprendido en un principio, mi deber me ha hecho rechazar sus pretensiones al comprenderlas.

—El deber! Hé aquí una palabra que es un sarcasmo en sus labios... me ha rechazado Vd. por un hombre que no tiene ni educacion ni sentimientos, pero que tiene dinero...

—Conde! esos insultos...

—Vd. los ha provocado! Vd. que me ha comprometido con sus coqueterías á pasar por su amante ante mi mujer y ante la sociedad; Vd. que me ha rechazado cuando las groseras proposiciones de ese millonario estúpido le han parecido más convenientes que mis ofertas, y no ha tenido siquiera la consideracion de ocultarme el motivo de su desden...



—Nada de cuanto Vd. dice es verdad, dijo irritada la generala, y faltar así á una dama...

—Hace dos dias que he abofeteado á Morella en el Casino de San Sebastian, por oírle hacer cínicamente la cuenta de lo que ha gastado con Vd. en su viaje á París.

—Ah! dijo Aurelia, que indignidad!

—Cuál, preguntó el conde, la suya ó la mia?

—Las dos: me han comprometido Vds. con esa locura.

—No espere Vd. más á Morella: vuelve á América sintiendo los miles de pesos que le cuesta su viaje...

—Oh! murmuró Aurelia.

—En cuanto á mí, queria hablar con Vd. para prevenirla del suceso, y que no piense que lo he provocado por interés hácia Vd., sino por no sufrir una frase inconveniente del americano, que como no se bate, por sistema, ha preferido marcharse: en cuanto á Vd., señora, deseo y espero que no recuerde siquiera que nos hemos conocido.

El conde de Villa-Quemada se inclinó y se alejó volviendo á los salones.

Aurelia quedó un instante pensativa, y la sombra que observaba desde el gabinete solitario se dejó caer en un asiento como si se sintiera desvanecida.

La vacilacion de la generala duró poco, sonrió ante el espejo y dijo á media voz:

—Qué necio! Si yo lo deseara volverías á mí, pero no me sirves de nada... Morella se ha ido... Ha hecho bien, es demasiado grosero... pudiera haberme comprometido en Madrid... Bah!... una aventura de verano... se acabó!..

Como epílogo vamos á preparar la apo-teosis de la bella condesa de Villa-Quemada, presentándola con un aspecto nuevo, como madre de una linda mujer, lo cual borraba las discusiones sobre su partida de bautismo.

---

## CAPITULO XXXVII.

Cuando la generala Castillo entró en el gabinete solitario para buscar á la hija de los de Villa-Quemada, iba tranquila y sonriente como siempre: Loreto, la blanca figura que esperaba inmóvil que fuesen á buscarla, con su trage de cola, sus largos guantes y su peinado de mujer, estaba pálida y temblorosa como si hubiese asistido á la consumacion de un gran crimen.

—¿Hace mucho que espera Vd? preguntó Aurelia con ligera inquietud.

—En este momento acabo de llegar, contestó la niña lanzándose al corredor como si se ahogase en aquella atmósfera.

—Vamos, pues, dijo sonriente Aurelia.

Y pasando el brazo de Loto por debajo del suyo fué con ella á buscar á Josefina que debia esperarla, segun lo convenido, en el primer salon.

Cuando la luz de las bugías dió de lleno



sobre la juvenil figura de Loreto de Silva, la generala hizo un movimiento de extrañeza.

Nunca pudo imaginar que resultase tan cumplida belleza aquella chiquilla que corría el día antes con su trenza suelta y su traje corto.

Nada más delicado que su rostro de color de nácar, nada más gracioso que su talle naturalmente elegante, aprisionado en la faya celeste, y dejando ver un cuello y unos brazos de correcta forma y suave blancura.

—Parece que es de familia, murmuró; esta niña gustará tanto como su madre!

Y siguió adelante.

La marquesa lanzó al verla una exclamación de asombro.

—¡Cómo! dijo, es un prodigio! No la creía tan bella!.. Y en tanto que arreglaba los cabellos de Loreto transmitió una orden á un criado.

Un instante despues llegaba el marqués.

—Amigo mio, dijo Josefina, hazme el favor de ofrecer tu brazo á la señorita de Villa-Quemada para presentarla en los salones: la pobre niña se aburría soberanamente con su traje corto y su trenza suel-

ta, y hemos preparado esta broma...

—Pero su madre no lo sabe? dijo con asombro el marqués.

—Nó: si es una broma: ya te lo he dicho; una *toilette* de Aurelia completada con objetos míos... para que asista al baile; estamos en el campo y todo pasa...

—Señora, dijo Loreto muy conmovida y alterada, me asusta presentarme sin conocimiento de mis padres, y si Vd. quiere lo dejaremos...

—Qué tontería! Estas bromas dan animacion á la vida del campo; mañana volverá Vd. á vestirse de niña: no perdamos tiempo, y entremos en el salon: el efecto va á ser mágico.

El marqués se inclinó y ofreció su brazo á la niña que lo tomó temblando.

El portero de estrado anunció:

—La Srta. Loreto de Villa-Quemada!

Las dos damas, para no perder un detalle, habian entrado por una puerta lateral colocándose frente á la condesa.

El efecto de aquella voz fué sorprendente: todas las cabezas se volvieron, y algunas por curiosidad se levantaron para ver mejor.

Se formó un gran círculo.



—Quién es? se preguntaban los que no habian oido bien.

—La señorita de Villa-Quemada, contestaban.

—De Villa-Quemada! El conde no tiene hermanas...

—Será su hija!

—Imposible! parece hermana de la condesa... y es bellísima...

—Ideal!.. Será una estrella de los salones...

—Pero quién es?

Las preguntas á media voz se repetian.

Entre tanto Loreto, pálida como las rosas blancas que adornaban su pecho, con los ojos bajos, temblorosa y sin vista, seguia al marqués arrastrando la cola de su vestido, y sosteniendo como una sonámbula el abanico de plumas.

Los murmullos de admiracion y de curiosidad fueron haciéndose persistentes.

Los grupos, siguiendo el movimiento de concentracion que se habia iniciado, siguieron en pos del marqués.

La condesa que apenas habia comprendido el anuncio, pero que adivinó algo importante, y por un presentimiento muy propio de su naturaleza desconfiada y fria,

algo que la interesaba de cerca, dió dos pasos hácia el conde que hablaba con Don Lorenzo Ponce en el hueco de una ventana, y dijo poniéndole su mano, cubierta con fino guante de seda sobre el brazo:

—Amigo mio, ven.

El conde sorprendido la miró y siguió la direccion de su mirada.

Entónces vió avanzar hácia ellos á Loreto pálida y trémula arrastrando su largo trage de mujer, y con la mirada fija y extraviada del miedo.

—Ah! murmuró.

—Silencio! dijo la condesa en voz baja é imperiosa: ya hablaremos!

Y adelantó fria y serena hácia su hija.

—Señora condesa, dijo el marqués recordando las frases que su mujer le habia recomendado para el caso presente: tengo el honor de presentar á Vd. á la señorita Loreto de Silva, primogénita de los condes de Villa-Quemada, que se aburría mortalmente en su cuarto con su trage corto y su trenza suelta, y como en este Castillo está prohibida la tristeza, unas buenas Hadas la han vestido de mujer y la han traído al baile...

El conde estaba absorto, y tuvo tenta-

ciones de echarse á reir al ver el aire contristado de Loreto, pero por la presión nerviosa de la mano de su mujer sobre su brazo, comprendió que aquella broma llevaba en su seno algo muy serio, como la nube al parecer inofensiva lleva consigo el rayo.

La condesa, algo pálida, pero perfectamente serena, se adelantó con una helada sonrisa.

—Gracias á esas buenas Hadas por tan gran favor, dijo llegando junto á su hija, y puesto que el cambiar de trage divierte á mi querida niña, tendrá á su voluntad el corto y el largo para que elija á su gusto.

Y llegando junto á Loreto, sonriendo siempre, tomándola de la mano, la dijo con suave tranquilidad:

—Ahora da las gracias á tu caballero, que te ha hecho el honor de presentarte á sus amigos, y no lo molestes más.

Loreto, más muerta que viva, se inclinó ante el marqués.

—A mí no me molesta esta señorita, dijo el marqués, y si quiere honrarme de nuevo me tiene á su disposición.

—Gracias, marqués, dijo atrayendo há-



cia sí á su hija, pero no es cosa de abusar de su amabilidad haciéndole que descuide á sus convidados por jugar con mi hija á los disfraces.

Los invitados que habian rodeado á la condesa comenzaron á felicitarla por la belleza de su hija, á la cual no conocian, y las invitaciones de baile pusieron á la señorita novel en el caso de no saber qué decir.

—Mi hija no baila aún, contestaba la condesa sonriendo, es una niña.

—Josefina y Aurelia se aproximaron á la condesa con malévola sonrisa.

—¡Oh, qué bella! dijeron, ¡es una perla!...

—Supongo que habrán ustedes ejercido de Hadas, para hacer la trasformacion, dijo la condesa con tan indolente sonrisa que el brazo de Josefina se movió para expresar á Aurelia su sorpresa.

—Un poco, dijo Aurelia con risa al parecer ingénua, pero en realidad insolente: en el campo está todo permitido, hasta la magia...

—Quién lo duda, contestó sonriendo la condesa, y mucho más si se trata de magas tan amables... Loreto está encantada...

La pobre Loreto más que encantada parecía asustada horriblemente.

Pálida é inmóvil, con la mirada fija y sin atreverse á hablar, estaba muy arrepentida de su condescendencia.

—Amigo mio, dijo la condesa á su marido, hazme el favor de buscar á Pilar Ponce, tengo que hablarla...

La marquesa y la generala se alejaron saboreando el goce que para ellas se desprendia de la contenida irritacion de Angela.

—No me parece que le importa gran cosa, decia Josefina al alejarse, al fin es madre...

—Bah! querida, no tienes experiencia del corazon humano; disimula porque teme al ridículo, pero el golpe la ha herido en el corazon.

—El público apenas se ha apercibido.

—El público, como tú llamas á tus convidados, es lo de ménos; ya se sabe y basta.

El conde entretanto habia vuelto al lado de su esposa dando el brazo á la señora de Ponce, que sencillamente vestida de negro llegaba con la sonrisa en los labios.

—Ah! dijo al ver á Loreto, qué niñería!



—Pilar, dijo la condesa en voz baja á su amiga, te necesito...

—Dispon de mí...

—Gracias; hazme el favor de encargarte de Loreto hasta que yo termine un rigodon que debo bailar; es víctima de una broma, y pudiera cometer alguna inconveniencia.

—Pero cómo es que está aquí? Yo nada sabia.

—Ya te lo diremos: espérame con ella en el gabinete tocador, y hasta luégo.

—Vamos, pues, dijo Pilar á Loreto.

Don Lorenzo las siguió, lleno de cuidado por aquellos apartes que no habia podido comprender.

—Espérame, Pilar, dijo; yo que no bailo me iré con ustedes.

Y se unió á las dos señoras alejándose con ellas de aquel torbellino de raso y encajes que lo desvanecía.

—Qué es esto? dijo á Loreto cuando salieron del amplio círculo de los que bailaban; cómo es que te has vestido de mujer sin avisárnoslo.

La niña lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

Estaban solos en el gabinete destinado

á tocador y el anciano sentó á su lado á la niña de Villa-Quemada.

—Lloras? preguntó con asombro, pero que ha pasado?

—Yo no lo sé, dijo Pilar; el conde, me suplicó en nombre de Angela que fuese á su lado, y estaba tan pálido y demudado que tuve miedo.

—El conde?... hace poco hablaba conmigo tranquilamente... dijo Don Lorenzo.

—Lo seguí, continuó Pilar, y Angela me suplicó que acompañase á su hija en tanto que ella bailaba; nada me ha dicho pero he comprendido que sucedia algo grave...

—Loto nos lo dirá, dijo el anciano cuidadoso: sabe cuánto la queremos y nos contará lo ocurrido.

—Yo, dijo la niña con temblerosa voz, creia que no me veria mamá...

—Pero por qué?!. preguntó Pilar.

—La marquesa y la señora del general Castillo, que me han encargado que nada dijese á nadie, me arreglaron este vestido y estos adornos de mujer, y me presentaron en el baile.

—Ah! dijo dolorosamente Pilar, comprendiendo el enigma.

—Se trataba de una broma? preguntó cándidamente Don Lorenzo, pero á qué vienen esas lágrimas? Es que mamá se ha enfadado por eso?

—No me ha dicho nada, dijo Loto, pero comprendo que he hecho muy mal: no he debido consentir sin permiso de mamá, y tengo miedo, mucho miedo.

—No está bien hecho, dijo Pilar suspirando, porque adivinaba que la niña habia servido de instrumento á las dos vengativas damas, pero como se trata de una broma, haremos que mamá perdone.

—Oh no! dijo Loreto seria y triste como una mujer que siente y piensa, aunque mamá no se enfade yo tendré siempre una gran pena, un dolor inmenso.

—Qué ocurre? preguntó Eduardo entrando precipitadamente en el gabinete: he oido medias palabras, frases de doble sentido, risas y comentarios acerca de no sé qué venganza de mujeres...

Pilar lo miró en silencio como si quisiera advertirle de que no debia hablar.

Don Lorenzo se volvió bruscamente y dijo con acento severo:

—Tonterías!..

—Ah! dijo Eduardo viendo á Loreto



con el rostro entre las manos, abatida y llorosa, ¡ah! se trata de Vd!.. Es Vd. la niña convertida en mujer, que el conde...

Se interrumpió bruscamente y se acercó á su padre.

—Venga Vd., le dijo; voy á hacerle una pregunta.

Don Lorenzo lo siguió.

—Pero es verdad, dijo Eduardo, que el conde, que no sospechaba que su hija vestida de mujer se encontrase en este gabinete, la quiso enamorar sin conocerla?

—Qué disparate! dijo D. Lorenzo, yo no sé nada de eso.

—Lo cual no implica que no pueda ser verdad.

—No lo creo; á un hijo no se desconoce aunque se vista de turco.

—Podemos preguntar á Loreto si vió aquí á su padre.

—Es inútil, dijo D. Lorenzo, todo se reduce á una broma, y no hay que darle importancia.

—Es más que una broma, padre, es una infamia sin nombre.

—Bah!

—Para demostrar á la condesa que no es jóven, ó por lo ménos que no lo es tanto

como suponen sus admiradores, han presentado á esta pobre niña en el baile, sin tener en cuenta el enojo de la condesa, ni las murmuraciones de los concurrentes...

—Pero, hombre, si todo ello es muy poca cosa, no comprendo por qué le des esa importancia.

—Porque la tiene.

—Te digo que nó.

—Y yo le digo á Vd. que sí: Vd. conoció el mundo de su época, que no se pareció en nada al de la nuestra.

—Bah!.. bah!.. todo es igual, poco más ó menos...

Rafael Ponce apareció en la puerta y se dirigió á su mujer.

—Qué hay? preguntó cuidadoso señalando á Loreto.

—Te diré lo mismo que á papá y á Eduardo; no lo sé. La condesa me ha suplicado que acompañe á su hija, y me ha extrañado no poco verla aquí y en ese traje.

—Hay mil hablillas, dijo en voz baja Rafael á su esposa: algo que pudiéramos llamar mar de fondo; se murmura que la generala se ha vengado de Villa-Que-mada...



—Nada sé, dijo Pilar.

Loreto continuaba inmóvil, la mano sosteniendo la frente, los ojos, fijos en la mesa en que apoyaba el codo, llenos de lágrimas que se extendían como hilos de cristal por sus pestañas.

Eduardo se aproximó á ella.

—Loreto, dijo con acento cariñoso pero sério: hágame Vd. el favor de contestarme la verdad.

Loreto al oír aquella voz querida levantó sus párpados lentamente y las lágrimas contenidas hasta entónces cayeron con aquel involuntario movimiento.

—A qué, preguntó, he de contestar?

—Por qué ha venido Vd. al baile? dijo comenzando su interrogatorio Eduardo.

—Porque la marquesa y Aurelia se empeñaron en que viniese.

—Pero cómo no ha dicho nada á sus padres ni á nosotros, dijo Eduardo dando á su última palabra el acento quejoso del que recuerda un derecho.

—Me encargaron que nada dijera; parece que la marquesa quería embromar á mamá con mi trage largo y mi peinado de mujer.

—Y, dijo Eduardo vacilando como si

no encontrara la frase oportuna que demostrase su pensamiento, cómo ha venido Vd. aquí? cuéntemelo todo.

Loreto asustada, volvió á ocultar su rostro entre las manos, para que Eduardo no viese sus lágrimas.

—Loreto, amiga mia, dijo éste dulcemente, me ha prometido Vd. decírmelo todo...

—Pues bien, la marquesa fué á buscarme á su cuarto, donde me vestían su doncella y la generala.

—Y qué más?

—Me trajo aquí, á este gabinete...

—Ah! siga Vd!..

—Me dejó sola, y me encargó que esperase un momento su vuelta ó la de Aurelia.

—Y qué?..

—Tuve miedo, y me refugié en ese rincón, donde apenas se me veía.

—Y vino aquí alguna persona?

—No sé, dijo Loreto ahogada de pena, no recuerdo...

—Loreto, ¡por Dios! hay que decírmelo todo!

—Pero por qué? Qué importa eso?

—Importa mucho, tanto que si no me

dice Vd. la verdad de lo ocurrido, sin ocultarme nada, salgo del Castillo y no me vuelve Vd. á ver más.

—Pero por qué? preguntó anhelante Loreto.

—Despues lo sabrá.

—Pues bien, se lo diré todo... pero á Vd. sólo...

—¡Oh! gracias...

—Poco despues de estar yo aquí sentí pasos, iba á levantarme creyendo que era la marquesa y me quedé yerta de espanto viendo entrar á mi padre.

—Ah!

—Creí que lo sabia todo y que venia á reñirme y á mandarme desnudar... me quedé inmóvil, tan asustada que ni respiracion tenia... mi padre pasó sin verme, se detuvo junto á la puerta de esa otra habitacion y habló con una persona, que sin duda venia á buscarme.

—Con quién? interrogó severo Eduardo.

—Oh!...

—Hay que decirlo todo.

—Con Aurelia, dijo con precipitacion Loreto.

—Ah!.. y Vd. oia lo que hablaban, preguntó con las cejas fruncidas y la voz temblorosa, adivinándolo todo.



—Si! murmuró Loreto con voz apenas perceptible.

—Y despues? preguntó cada vez más nervioso y agitado Ponce.

—Despues vino á buscarme la marquesa con Aurelia; el marqués me dió el brazo y me llevó á donde estaba mi mamá...

—Gracias, Loreto, por su confianza, y hasta luego, esté Vd. tranquila que todo se arreglará.

Eduardo se alejó de la mesa junto á la cual se habia sentado Loreto, y aproximándose al divan en el cual hablaban Pilar, Rafael y Don Lorenzo llamó á su hermano y salió con él.

---

## CAPITULO XXXVIII.

En breves palabras contó Eduardo á Rafael lo sucedido.

La marquesa y Aurelia, queriendo vengarse de la fama de belleza y juventud de la condesa, habian preparado esta sorpresa, que la inocencia de Loreto habia aceptado, sin temer consecuencia alguna.

La casualidad ó la malicia habian combinado el encuentro del marqués y Aurelia, teniendo á Loreto por testigo.

Este suceso, que solo tenia de sensible el fatal recuerdo que dejaria en la memoria de aquella inocente niña, habia sido explotado sin duda por algun necio á quien la maldad ó el acaso habian dado de él conocimiento.

Se habia tergiversado, se habia cambiado por completo, y como sucede en semejantes casos se habia alejado tanto de la verdad la fábula, que los mis-



mos que habian intervenido en el suceso no lo reconocian.

Se murmuraba de una intriga de Aurelia para vengarse de la condesa, haciendo que su hija presenciara oculta una entrevista suya con el conde.

Decíase tambien que Josefina habia combinado una burla, citando misteriosamente al conde y haciendo que lo esperase su hija, á quien no habia reconocido.

Y por último era opinion general que la condesa egoista y coqueta tenia á su hija oculta, vestida de niña, sacrificada á sus caprichos, y que la muchacha cansada de despotismo y arbitrariedades se habia sublevado buscando auxilio en sus amigas, presentándose contra la voluntad de sus padres y produciendo el escándalo consiguiente.

Con más ó ménos piedad, con más ó ménos consideracion, de este asunto se ocupaban todos.

Era la presa que habia caido en el círculo de vagos hambrientos de impresiones que allí se congregaban, y la presa era devorada sin piedad.

La marquesa estaba algo asustada.

Habia obrado siguiendo las inspiracio-

nes de su amiga y no creyó que tuviese el asunto que como broma habia aceptado tal resonancia.

Aurelia estaba encantada, saboreando satisfecha su venganza.

En cuanto á la condesa, risueña, tranquila, magestuosa, llamando la atencion de todos por su elegancia, bailaba el rigodon como si fuera completamente extraña á cuanto sucedia.

Fijándose mucho hubiérase podido descubrir en su palidez algo de profundo, que denotaba una alteracion poderosa.

Eduardo se alejó de Rafael que volvió al lado de Don Lorenzo, y fué á ver las últimas figuras del rigodon en cuyo cuadro se encontraba la condesa.

Cuando terminó saludó á la dama y la dijo estas palabras:

—Pilar me envia...

—Ah! sí? pues entónces, con su permiso, dijo á su pareja que le habia ofrecido el brazo, voy á buscarla. Gracias!

Saludó y se alejó del brazo de Ponce.

—Desearia hablar con Vd. un momento, señora condesa, dijo Eduardo friamente.

—Como Vd. guste, murmuró la dama.

—La broma preparada por la marquesa de Casa-Nueva y la señora de Castillo, dijo Eduardo comprendiendo que debía ser franco y breve, ha causado pésimo efecto...

—Lo adivinaba, dijo Angela que mujer discreta y sagaz comprendió que no era ocasión de orgullosas protestas ni de negativas inútiles, sino de buscarse aliados para contrarrestar la tormenta desencadenada contra ella.

—Sea casualidad sea malicia, dijo Ponce que daba á su conversacion la apariencia de un diálogo indiferente, en tanto que paseaba con languidez á la bella condesa, el asunto ha tomado tan inesperadas proporciones, que amenaza convertirse en escándalo.

—Oh! qué necedad de niña! dijo con amargura la condesa, parece imposible...

—No, señora condesa, dijo con energía Eduardo, no parece imposible, sino muy fácil, lógico y natural.

—Pues cómo? preguntó con ligero acento de desden la condesa, pretende Vd. que ha hecho bien?

—No por cierto, pero esa niña está en la edad en que la imaginacion despierta, en que los deseos se inician, y, es forzoso



hablar claro, como está sola, la voz que la halague será una ley para ella.

—Pero estamos en una temporada excepcional, dijo Angela pensando que Eduardo se refería al aya que faltaba á Loreto, de viajes, de baños, y no es fácil hallar un aya...

—Señora condesa, á la edad de Loreto no hay más que dos compañías posibles: los padres ó el marido.

—Oh! es muy niña!..

—Es una mujer jóven, no es niña ya, dijo Eduardo.

—Es forzoso convenir, dijo la condesa, que esto ha sido una indignidad, lo que se llama un abuso; pueden creerse muchas cosas...

—Se creen, señora, y es preciso que no se crean.

—Cómo cortar las murmuraciones á las cuales ha dado origen esta imprudencia?

—Justificando de algun modo la presentacion inesperada de Loreto: buscando un motivo que satisfaga al público.

—Cuál? preguntó con interés Angela, como el que está dispuesto á aceptarlo todo ántes que el escándalo.

Eduardo se detuvo un instante, fijó su

mirada severa y leal en los ojos de la condesa y dijo:

—El casamiento de la señorita Loreto de Silva es indispensable para salvar la situación de esa niña, que ni puede volver al colegio ni puede continuar abandonada á sí misma!

La condesa miró fijamente á Eduardo Ponce: con su doble vista de mujer y de madre lo habia comprendido todo: su hija era amada ya, y ante el temor de que su nombre fuese pasto de las murmuraciones, se arrostraba por todo y se provocaba el desenlace.

Casar á su hija, y casarla en provincias, sin luchar con las competencias naturales de la vida en el mismo círculo, era bastante atractivo: además si era su gusto, su conciencia no tenia por qué alarmarse, y se evitaba cuidados sin cuento y luchas incesantes.

—Es Vd. quien se casaria con ella?

—Yo, sí, señora, que creo poder hacerla feliz.

Estas frases fueron dichas con tal aplomo, que la condesa estuvo á punto de soltar una carcajada, pero se contuvo.

—El conde nada sabe, dijo.



—Debe saberlo ya, mi hermano le habrá hablado de ello, y mi padre lo confirmará despues.

—Luégo era un complot.

—De ningun modo: el resultado lamentable de esa absurda broma, cuyas consecuencias no podemos preveer, me ha hecho pensar en lo que no me habia ocurrido, y probablemente jamás me hubiera atrevido á proponer. Hay algo en el fondo de esa ridícula farsa, señora condesa, tan grave y doloroso, que es forzoso destruirlo con una enérgica resolucion.

—Pero qué es ello?

—No puedo decir más, pero si Vd. me autoriza...

—Vamos á ver á mi hija, dijo la condesa nerviosa é impaciente.

Y siguió en silencio, inquieta con dolorosos presentimientos.

Cuando llegaron al gabinete en que Loreto se habia refugiado con Pilar, estaba allí el conde de Villa-Quemada, de pié, pálido, extrujando un guante entre sus crispados dedos.

Cuando vió aparecer á su esposa fué hácia ella como si quisiera hacerla compartir el peso de su disgusto.

—Te esperaba, dijo.

—Pues aquí estoy: hay algo de nuevo?

—Qué pregunta! Pues no es novedad la tontería cometida por esta niña, que es forzoso explicar de algun modo...

—Pues tiene una explicacion bien sencilla, dijo la condesa, que suponía habrias adivinado.

El conde miró absorto á su esposa.

¿Era posible creer que supiese lo sucedido y lo admitiese con tanta tranquilidad?

—No comprendo, dijo.

—Pues es muy fácil; Loreto quiere vestirse de mujer porque sabe que van á pedir su mano: algo sospechaba yo, y por eso, como viste, no me causó el cambio gran extrañeza.

—Pero tú sabias todo eso?

—Sospechaba algo, y como el asunto es tan sencillo...

—No tanto como tú piensas, Angela, pero más vale creer que lo es, dijo el conde con íntima amargura.

—Pues bien, anunciaremos á la marquesa para que lo sepan sus convidados, que le agradecemos infinito su delicada atencion de vestir de largo á nuestra hija

en la noche en que íbamos á participar á nuestros amigos su próximo casamiento.

—Ah! tu lo aceptas! Don Lorenzo Ponce acaba de pedirme la mano de Loreto para su hijo Eduardo.

—Y que has dicho?

—Que sometia el asunto á tu voluntad.

—Pues queda aceptado, dijo la condesa con fria precipitacion; y acercándose á Loreto que inmóvil, silenciosa, con los ojos muy abiertos contemplaba á sus padres sin darse cuenta de lo que oia, la preguntó asiendo su mano:

—Supongo que tu, picarilla, no te opondrás á ello?

Loreto, roja como una amapola, próxima á llorar, no contestó.

—Es preciso saber tu voluntad ántes de obligar la nuestra, dijo la condesa, que cómo si desease acabar pronto tan enojoso asunto hablaba sin detenerse: tu te quieres casar con el Sr. D. Eduardo Ponce?

La tímida niña, ruborosa y confusa miró á Eduardo que la miraba con una ansiedad dolorosa.

La idea de sus tristezas, de su abandono, de su soledad eterna, cruzó por su pensamiento, reflejándose luego en él cómo



contraste la vida feliz, modesta y risueña de Pilar, sin luchas, sin envidias, sin temores, consagrada á sus hijos y á su familia, como si esa fuese su única misión sobre la tierra.

—Sí, mamá, dijo con temblorosa voz.

—Pues queda acordado, y vamos á participarlo, dijo el conde.

—Seria preciso fijar la fecha, dijo Don Lorenzo.

—Oh! hay tiempo, dijo el conde.

Bueno será que el lector no ignore que Villa-Quemada tuvo noticias de haber presenciado su hija oculta en la sombra, su entrevista con la generala, y se apresuró, noticioso de lo que ocurría, á aceptar el desenlace que se le propuso.

La que se hallaba absorta entre tan diversos acontecimientos era Pilar, que sencilla y buena no comprendía nada de cuanto pasaba, y hasta llegó á creer que en efecto, y sin ella saberlo, se había convenido la boda vistiendo á Loreto de largo para tan fausto suceso.

Nadie le había dado explicaciones, ni á nadie pudo pedir las, y á Loreto ménos que á ninguno.

La verdad quedaria oculta entre Rafael,

Eduardo y el conde, pues la condesa tampoco comprenderia nunca toda la importancia del hecho que apénas habia conocido.

Loreto no se daba cuenta de lo que sucedia.

En vez de riñas y encierros por su traviesa, la casaban con el hombre que habia elegido su corazon, y no podia tener más dulce recompensa en sus solitarias penas.

Tan feliz se encontraba enmedio de sus temores que creia soñar.

Rafael estaba sério y disgustado. Repugnaba á su bonradez aquella precipitacion may semejante á una exigencia, y hubiera querido aplazar la resolucion de aquel asunto importantísimo; pero Eduardo se lo habia dicho, se trataba de Loreto, era forzoso salvarla del abandono egoista en que la dejaban sus padres, habia que aprovechar las circunstancias.

El fin justifica los medios, y el fin era bueno: lo aceptaba, pero no se convencia: siempre quedaba en pié la imposicion.

Don Lorenzo no comprendia que su hijo tuviese tanta prisa para comprometerse ante los condes: habia sospechado que



amaba á aquella niña angelical y buena, á la que él mismo quería entrañablemente; deseaba la felicidad de los jóvenes; pero hubiera deseado esperar; sin embargo, no habia podido negarse á los ruegos de su hijo.

Tenia miedo de que el orgullo de la condesa lo lastimase con una repulsa; pero no fué así, y su temor se trocó en complacencia.

—Sr. Ponce, dijo la condesa, dé Vd. el brazo á su prometida y vamos al comedor: ha cesado el baile y se oye bajar la escalera.

Eduardo se adelantó hácia Loreto, que pálida otra vez, y temblorosa se apoyó en su brazo.

Don Lorenzo dió el brazo á la condesa y el conde á Pilar, colocándose Rafael á la derecha de Villa-Quemada.

Cuando llegaron al gran patio donde estaba puesta la mesa de honor, la curiosidad fué general, y un rumor vago y contenido onduló sobre aquella gozosa multitud, que parecia tener el placer y la risa como objeto de su vida.

Algunos epigramas se pensaron, sin salir á los labios, y alguna frase se cambió á media voz.

La marquesa, que no se hallaba muy tranquila con la prolongada ausencia de sus huéspedes, respiró al verlos, y se levantó para recibirlos.

—Querida marquesa, dijo la de Villa-Quemada con aquella voz indolente y suave cuyo buen tono era la envidia constante de la de Casa-Nueva, tengo que dar á Vd. las gracias más espresivas por su amabilidad, y pedir á Vd. me dispense si en su casa me he permitido tratar asuntos de familia...

—No comprendo, dijo la marquesa realmente inquieta, en tanto que la atención de sus convidados se fijaba en el grupo que formaba con los de Villa-Quemada y los de Ponce, sin perder una sola palabra.

—Las gracias, continuó la condesa, por haber accedido á nuestro deseo presentando á mi hija en esta escogida sociedad, deseo que tiene una explicación natural: esta noche debía concertarse su casamiento...

—Su casamiento? preguntó absorta la marquesa.

—Tengo el honor de participar á ustedes que acabo de prometer la mano de mi

hija Loreto de Silva al Sr. D. Lorenzo Ponce, para su hijo D. Eduardo.

—Ah! exclamó la marquesa realmente sorprendida, reciban mi felicitacion...

La noticia circuló de boca en boca, la presentacion inesperada de aquella niña, cuya existencia casi se desconocia, no obedecia á una malévola intencion, sino á una conveniencia de sus padres.

Cuánto se habia dicho era falso, y la prueba era que su madre, cuya voluntad aseguraban se violentaba al presentarla, era la que participaba aquel acontecimiento.

Las hablillas se desvanecieron como por encanto, riéndose algunos de la broma que se les habia dado, y fijando la atencion en Loreto, que estaba encantadora con sus galas prestadas y su rubor de vírgen.

Eduardo estaba encantado, como el general que hubiese ganado una victoria por sorpresa, y cuando murmuraba alguna dulce palabra al oido de Loreto y ésta sonreia, creia ver entreabrirse el cielo ante sus ojos.

—Bien hiciste, la dijo en voz queda, en borrar la palabra *nunca* que mi temor habia escrito, Dios habia grabado ya para nosotros la palabra *siempre*.



Loreto lo miró como una sonámbula.

—Supongo que esa no intentarás borrarla? preguntó Eduardo.

—Nunca, contestó Loreto conmovida.

—Hé aquí una ocasión en que yo tampoco borraré esa, pues quiero escucharla siempre.

Una sola persona sintió como una ofensa propia el anuncio de la boda próxima de la hija del conde de Villa-Quemada.

La generala Castillo que vió deshecho con ella el ruidoso efecto de su venganza.

---

## CAPITULO XXXVIII.

La noticia de la boda de Loreto, como no tenia nada de particular, pues un casamiento es la cosa más natural del mundo, se olvidó enseguida, pues la sociedad sólo le apropia lo extraordinario, para voltigearlo entre sus manos, despedazarlo, destruirlo, y arrojarlo como despojo in-mundo á la sima del olvido.

Alguno se preocupó de ello; pero fué de los interesados por diverso sentido en aquel acontecimiento, que tan inesperadamente surgia.

Los condes volvieron al dia siguiente del baile á San Sebastian, donde se habia convenido en verificar la boda, sin ruido, sin exposicion de regalos y galas, como se hacen las bodas modestas y sencillas, que no tienen otra riqueza que el amor que los con-cierta y la esperanza que los embellecen.



Loreto creía soñar.

Tener novio, casarse, salir de aquella triste soledad, de aquel aislamiento humillante; poder hablar sin temor con un sér querido, era tanto como escalar el cielo...

La adorable niña hablaba poco, por temor de perder aquel dulce encanto, y se dejaba llevar á la felicidad como si cumplierse con ciega obediencia su grato destino.

El conde habia hablado algo de intereses con D. Lorenzo Ponce, y para colmo de dicha el honrado anciano no le permitió llegar á la dolorosa confesion de su ruina.

Se conformó desde luego con que Loreto de Silva no llevase á su marido otra dote que sus prendas personales, y hasta exigió, en lucha con la vanidad del conde, que el *trousseau* de la niña, ya que la costumbre hacia preciso que lo recibiera de sus padres, fuese de lo más sencillo, de lo más modesto.

—La señora de un ingeniero no podría gastar sin humillar á su marido muchas batistas y muchos encages; hay que pensarlo todo, y aunque por fortuna tienen para vivir cómodamente, una cosa es la comodidad y otra es el lujo.

No hay que decir que el conde accedió por fin á los razonables deseos del digno *burgués* que habia sabido asegurar la posición y la felicidad de sus hijos educándolos en esa prudente modestia.

Como Eduardo apénas acabada su carrera desempeñaba ya un cargo lucrativo, se acordó que Loreto iria á vivir con su marido á Sevilla, al lado de Pilar, que la acompañaria como una hermana, prestándole el caudal de su experiencia en los primeros y no siempre fáciles problemas de la vida.

Este plan obtuvo todas las simpatías de la condesa, que encontraba muy bello tener á su hija mayor casada en provincias, y la menor en el colegio, de donde no debia salir en algunos años.

Decididamente era un negocio que se habia arreglado á gusto de todos, pues no hay que decir que Pilar estaba complacidísima, y lo mismo Rafael, disponiéndose á ser los padrinos de la boda de Loreto.

La marquesa, que apénas habia comprendido lo que dió origen al proyecto de matrimonio de la hija de los Villa-Quemada, admitió de buen grado la idea de haber sido protectora de aquellos amores, y pre-

parando un magnífico regalo á la novia, fué á San Sebastián para asistir al casamiento, disculpando al marqués que habia tenido que marchar á París, y á la generala Castillo, que llamada por su marido enfermo, habia tenido que salir para Madrid.

Malas lenguas dijeron en aquellos dias que el general tuvo por enfermedad una herida recibida en duelo, por desmentir cierta historia de una bella dama que se habia dado el lujo de un viaje de recreo, acompañada de un rico americano; pero el asunto ofreció poco interés porque desafío más ó ménos no preocupa ya, así como no tienen novedad ninguna tales viajes.

Díjose tambien que la marquesa habia tomado por pretesto *la boda de la niña*, para salir de su castillo, y despedir bonitamente á los que pensaban pasar allí el otoño, pues habia invitados que no se despedían sin que ántes los despidieran.

Y susurróse por último, que la espléndida marquesa de Casa-Nueva, convencida de que Aurelia no volveria á aparecer en la sociedad durante algun tiempo, fuese por curar á su valetudinario marido, fuese porque éste quisiera curarla de sus aficio-



nes de viajes, encontrando el campo libre, pensaba consagrar el invierno á probar al conde de Villa-Quemada la diferencia que media de una generala pobre á una marquesa rica...

El día de la ceremonia, hecha casi en familia, pues era ya muy reducida la colonia madrileña en la capital de Guipúzcoa, fué un día de regocijo para todos, pues por las diversas causas que dejamos indicadas, aquella boda acertó á satisfacer todas las aspiraciones, y á colmar los deseos de la elegantísima madre de la novia, que se libraba con el casamiento de su hija del difícil papel de *madre joven*.

Algunas horas despues los condes de Villa-Quemada despedían en la estación á su hija, que marchaba á Andalucía con su marido y su nueva familia.

—Adios, hija mia, la dijo la condesa, que no nos olvides!..

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—Lloras? la preguntó Eduardo, acaso no vas contenta?

—Oh sí! dijo Loreto estrechando su mano rápidamente, lloro de pensar lo que hubiera sido de mí sin tu cariño! Ya ves cómo me despiden.

—Pues qué más quieres, ambicionsilla? te miman y no te quieren afligir!..

—Puede ser, pero me da pena...

Cuando el tren se puso en marcha Loreto dijo á Eduardo con la formalidad de una mujer:

—Estoy segura de que allí me han olvidado ya!... Y señalaba al sitio que habian ocupado sus padres en la estacion.

—En cambio aquí, dijo Eduardo señalando á su corazon, no te se olvidará nunca.

—Por eso está en tí toda mi familia.

La condesa por su parte decia á su marido:

—Mañana nos vamos; gracias á Dios que voy á descansar de este aburrido viaje, y de las molestias y fastidios que nos ha ocasionado la dichosa *boda de la niña*.

FIN.



# ÍNDICE.

|             |        |   |   |   |   | PÁGINAS. |
|-------------|--------|---|---|---|---|----------|
| DEDICATORIA | I.     | . | . | . | . | 3        |
| CAPÍTULO    | II.    | . | . | . | . | 5        |
| »           | III.   | . | . | . | . | 19       |
| »           | IV.    | . | . | . | . | 33       |
| »           | V.     | . | . | . | . | 45       |
| »           | VI.    | . | . | . | . | 58       |
| »           | VII.   | . | . | . | . | 73       |
| »           | VIII.  | . | . | . | . | 86       |
| »           | IX.    | . | . | . | . | 98       |
| »           | X.     | . | . | . | . | 109      |
| »           | XI.    | . | . | . | . | 120      |
| »           | XII.   | . | . | . | . | 139      |
| »           | XIII.  | . | . | . | . | 152      |
| »           | XIV.   | . | . | . | . | 168      |
| »           | XV.    | . | . | . | . | 178      |
| »           | XVI.   | . | . | . | . | 188      |
| »           | XVII.  | . | . | . | . | 207      |
| »           | XVIII. | . | . | . | . | 219      |
| »           | XIX.   | . | . | . | . | 237      |
| »           | XX.    | . | . | . | . | 245      |
| »           | XXI.   | . | . | . | . | 264      |
| »           | XXII.  | . | . | . | . | 275      |
| »           | XXIII. | . | . | . | . | 285      |
|             |        | . | . | . | . | 295      |

|          |          | PÁGINAS. |
|----------|----------|----------|
| CAPÍTULO | XXIV.    | 304      |
| »        | XXV.     | 319      |
| »        | XXVI.    | 326      |
| »        | XXVII.   | 333      |
| »        | XXVIII.  | 343      |
| »        | XXIX.    | 355      |
| »        | XXX.     | 365      |
| »        | XXXI.    | 377      |
| »        | XXXII.   | 386      |
| »        | XXXIII.  | 392      |
| »        | XXXIV.   | 401      |
| »        | XXXV.    | 414      |
| »        | XXXVI.   | 417      |
| »        | XXXVII.  | 427      |
| »        | XXXVIII. | 444      |
| »        | XXXIX.   | 459      |

